PALESTINA

UNA CUESTIÓN DE JUSTICIA Y VERDAD

AZMI BISHARA

CATARATA

PALESTINA

UNA CUESTIÓN DE JUSTICIA Y VERDAD

AZMI BISHARA

CATARATA

PALESTINA

UNA CUESTIÓN DE JUSTICIA Y VERDAD

AZMI BISHARA

CATARATA

Índice

LISTADO DE CUADROS, GRÁFICOS Y MAPAS

LISTADO DE ABREVIATURAS

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

La dimensión palestina

La dimensión internacional

La posición regional

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE. REFLEXIONES SOBRE UNA CAUSA JUSTA

CAPÍTULO 1. SOBRE NARRATIVAS, MITOS Y PROPAGANDA

Independencia

La Nakba

El mito de los pocos contra los muchos

Refugiados

De refugiados a un pueblo organizado

CAPÍTULO 2. REFLEXIONES, MEMORIA E HISTORIA

Sobre los derechos nacionales: ¿quién necesita el nacionalismo arqueológico?53

El colectivo nacional palestino como una identidad moderna

Memoria y amnesia

La conmemoración y su cronología

Memoria política y memoria folclórica

CAPÍTULO 3. REFLEXIONES ADICIONALES: LA CUESTIÓN ÁRABE Y LA CUESTIÓN JUDÍA

Palestina y la cuestión judía

Palestina y la cuestión árabe

Más consecuencias del enredo con la cuestión árabe

La relevancia contemporánea de entender la Nakba

La cuestión árabe desde una perspectiva distinta

CAPÍTULO 4. SOBRE EL CONFLICTO ÁRABE-ISRAELÍ

Los síndromes de la guerra de junio de 1967

¿Puede una paz separada servir de modelo para los palestinos?

¿Cómo ayudó la ocupación a que el ocupante evadiese la cuestión colonial?

CAPÍTULO 5. DE LA LUCHA POR LA LIBERACIÓN A LA DISPUTA FRONTERIZA

De la OLP a la AP

La ruptura

Gaza no es solamente un territorio ocupado

Una Iniciativa de Paz Árabe

CAPÍTULO 6. EL CAMINO HACIA NINGUNA PARTE

Después de Oslo

Después de Camp David

SEGUNDA PARTE. EL ACUERDO TRUMP-NETANYAHU145

Discurso religioso-nacionalista sionista

CAPÍTULO 7. EL DISCURSO RELIGIOSO-NACIONALISTA SIONISTA EN UN TEXTO OFICIAL ESTADOUNIDENSE

Empezar desde cero

Acciones primero, acuerdos después

El texto: no hace falta leer entre líneas

Falacias

Sobre el Estado y la soberanía

CAPÍTULO 8. OPCIONES E ILUSIONES

Israel y la opción histórica

Colonialismo de asentamientos o apartheid: ¿por qué no ambos?

De la etnocracia al apartheid

¿Una solución de un Estado?

CAPÍTULO 9. OBSERVACIONES FINALES

El camino hacia delante

A la espera de las elecciones israelíes

Estrategia de resistencia a largo plazo

Un discurso democrático de la justicia

La solución de un Estado y la lucha armada

APÉNDICE. OPINIÓN PÚBLICA ÁRABE SOBRE LA CUESTIÓN PALESTINA

BIBLIOGRAFÍA

Informes, estudios, documentos y discursos

Páginas web de noticias

NOTAS

Hitos

Cover

Página de título

Página de copyright

Índice de contenido

Lista de cuadros

Prólogo

Introducción

Apéndice

Bibliografía

Notas al pie

Azmi Bishara

Es uno de los académicos e intelectuales más reconocidos del mundo árabe. Ha destacado por su crítica del autoritarismo y el colonialismo, y por ser un firme defensor de la transición democrática en la región. Ha publicado sobre pensamiento político, teoría de la formación del Estado, teoría social y filosofía. Entre sus libros, publicados en varios idiomas, se incluyen Sectarianism without Sects; Arduous Paths: On the Theory and Practice of Democratic Transition; Religion and Secularism in Historical Context; Civil Society: A Critical Study; The Question of the State: Philosophy, Theory, and Context; On Salafism y From the Jewishness of the State to Sharon: A Study in the Contradiction of Israeli Democracy.

Azmi Bishara

Palestina

Una cuestión de justicia y verdad

DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

Publicado por primera vez en 2022 en el Reino Unido

por C. Hurst & Co. (Publishers) Ltd., New Wing,

Somerset House, Strand, London, WC2R 1LA

Copyright © Azmi Bishara, 2022 Todos los derechos

reservados

© Azmi Bishara, 2025

© Los libros de la Catarata, 2025

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

Equipo de traducción: Andrea Álvarez Sáez, Ramón Ruiz López, Andrés García Arrojo y Pablo Calero Clavero

Equipo de edición: Haizam Amirah Fernández y Rosa Meneses

Palestina.

Una cuestión de justicia y verdad

isbne: 978-84-1067-374-8

ISBN: 978-84-1067-330-4

DEPÓSITO LEGAL: M-12.045-2025

THEMA: 1FBP/1FBP-PS-G

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

LISTADO DE CUADROS, GRÁFICOS Y MAPAS

Cuadros

Cuadro 1.1.	Inmigrantes judíos a los Estados Unidos y
Cuadro 1.2.	Distribución de la población asentada en
Cuadro 6.1.	Resoluciones de la ONU que reflejan los l
Cuadro 10.1.	Motivos para oponerse al reconocimiento
Cuadro 10.2.	Motivos para apoyar el reconocimiento d
Cuadro 10.3.	Posición sobre el reconocimiento de Israe
Cuadro 10.4.	Posición sobre el reconocimiento de Israe
Cuadro 10.5.	Posición sobre el reconocimiento de Israe

Gráficos

Gráfico 6.1. Crecimiento del PIB de Israel (% anual) 1
Gráfico 6.2. Crecimiento del PIB per cápita de Israel (
Gráfico 6.3. Crecimiento del INB per cápita de Israel (
Gráfico 6.4. Entradas netas de capital de inversión ex
Gráfico 6.5. Tasa de desempleo en Israel 1983–2005 (
Gráfico 10.1. ¿Es Palestina una cuestión panárabe o un
Gráfico 10.2. ¿Apoya que su país reconozca a Israel? 3

Mapas

Mapa 6.1 (a-f) Expansión de los asentamientos israelíes
Mapa 7.1. El Triángulo palestino 243
Mapa 7.2. Mapa de Palestina según la “visión de Tr
Mapa 7.3. Palestina según la “visión de Trump” com

LISTADO DE ABREVIATURAS

ACRPS Centro Árabe de Investigación y Estudios Políticos

AIPAC Comité de Asuntos Públicos Estados Unidos-Israel

ANC Congreso Nacional Africano

AP (ANP) Autoridad Palestina (Autoridad Nacional Palestina)

BLM Black Lives Matter

CIJ Corte Internacional de Justicia

CPI Corte Penal Internacional

CNP Congreso Nacional Palestino

FDI Fuerzas de Defensa de Israel

FDLP Frente Democrático para la Liberación de Palestina

IED Inversión Extranjera Directa

INB Ingreso Nacional Bruto

IOA Índice de Opinión Árabe

OLP Organización para la Liberación de Palestina

ONU Organización de las Naciones Unidas

PIB Producto Interior Bruto

RdP Responsabilidad de proteger

UNCCP Comisión de Conciliación de las Naciones Unidas

para Palestina

UNESCO Organización de las Naciones Unidas para la Educación,

la Ciencia y la Cultura

UNRWA Organismo de Obras Públicas y Socorro de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente

UNSCOP Comité Especial de Naciones Unidas para Palestina

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Han pasado más de dos años desde que este libro se publicó en inglés en 2022. Durante ese tiempo, estalló la guerra de Gaza. Mi análisis del contexto y de lo acontecido desde entonces no dista mucho de los análisis que el lector hispanohablante puede encontrar en este libro. Espero que las próximas páginas contribuyan a comprender lo que está en juego.

Cuando empecé a escribir este prólogo a la edición en español, Gaza y todos los que simpatizaban y apoyaban a su pueblo en el mundo respiraban aliviados tras el alto el fuego, con la esperanza de que se convirtiera en un cese permanente de la guerra. Las personas que habían perdido sus pertenencias y sus sueños buscaban entre los escombros los cuerpos de sus seres queridos que aún permanecían sepultados. La tregua se alcanzó tras unas negociaciones que exigieron una firmeza de dimensiones épicas por parte del pueblo palestino en la Franja de Gaza, dado que la principal herramienta de negociación de Israel en todo momento fue la fuerza letal. No es necesario entrar en detalles sobre las razones del alivio que trajo la tregua, ya que su número es igual al de los crímenes cometidos durante los 15 meses que precedieron al alto el fuego.

Israel había optado por prolongar la guerra, movido por razones de política interna y un ansia desenfrenada de venganza y represalias contra los palestinos. También había consenso en Israel de que no se podía permitir que la situación en Gaza volviera a ser la que era antes del 7 de octubre. Este objetivo se logró, y no podría haberse hecho sin una guerra total de aniquilación, un genocidio. Pero incluso después de lograr este objetivo, no cesó su agresión debido a la política partidista en Israel y porque no tenía una visión factible para administrar Gaza después del genocidio.

Aunque Israel logró su objetivo de reducir a escombros la Franja de Gaza, siguió haciendo llover fuego y azufre. Esto se debió a que los responsables de la potencia ocupante se sintieron envalentonados

por el férreo compromiso de Estados Unidos de apoyar a Israel y por las condenas verbales oficiales árabes unidas a una demostración de impotencia. Los dirigentes israelíes se convirtieron en expertos a la hora de poner a prueba el impacto y las posibles consecuencias del uso incontrolado de la maquinaria de destrucción en Palestina y en la región. Optaron por matar de hambre a Gaza, aplicar una política de tierra quemada, intensificar la construcción de asentamientos y reprimir y aterrorizar a la población de Cisjordania.

Estados Unidos e Israel habían intentado forjar un acuerdo estratégico regional expansivo —como ilustra claramente este libro — que implicara a múltiples países árabes antes del 7 de octubre de 2023. Sin embargo, la resistencia palestina lo frustró. De ahí el tamaño de la coalición que ha apoyado la aniquilación de la resistencia en Gaza.

Dos afirmaciones que hice al principio de esta guerra han demostrado ser correctas: 1) esperen lo peor después del 7 de octubre; y 2) lo que venga después no será lo mismo que lo que había antes, no solo para los palestinos, sino para toda la región. No fue ninguna sorpresa que la respuesta israelí fuera la guerra total, que el apoyo estadounidense fuera absoluto y que algunos actores del orden árabe se quedaran sentados esperando a que la respuesta israelí acabara con la resistencia islámica. La fractura entre facciones palestinas persistió sin reparos ni escrúpulos incluso a la sombra de una guerra genocida contra el pueblo palestino.

El peor escenario posible fue la decisión de Israel de convertir una guerra de venganza —una supuesta guerra de autodefensa— en un genocidio contra los palestinos de la Franja de Gaza. La guerra se hundió en un pozo cada vez más profundo, poniendo a prueba las reacciones internacionales y árabes después de cada ronda, hasta que Israel se sintió seguro de que podía matar y destruir con absoluta impunidad. Su tenacidad en este sentido acostumbró al "mundo" a sus frenéticos bombardeos de escuelas y hospitales, a sus manifestaciones de sadismo y a su deliberada superación de todas las líneas rojas.

Sobre el tema de la legítima defensa, permítanme reproducir una cita de una introducción que escribí para un libro que se publicará

próximamente, que incluye una traducción completa al árabe de las actas del caso abierto contra Israel por genocidio. En este pasaje, abordo el problema de la necesidad de probar la intencionalidad para demostrar la comisión de un genocidio:

Cualquier determinación de la intencionalidad en el genocidio perpetrado por la ocupación contra la población indígena no puede quedar atrapada en la jurisprudencia ignorando la historia y la cultura. Hay cuatro elementos principales cuyo impacto en la formación de la intención genocida en el caso israelí no debe ignorarse. La relación entre estos elementos, las declaraciones directas de los funcionarios israelíes y las acciones y crímenes a gran escala cometidos durante la guerra puede examinarse fácilmente: 1) el racismo y el sentimiento de superioridad sobre los indígenas como grupo (desprecio hacia ellos y su cultura, negación de su existencia como pueblo y como individuos), que fomenta la aquiescencia ante su expulsión y sustitución y la aceptación de una realidad en la que se les agrupa en guetos como Gaza; 2) la justificación de represalias colectivas contra ellos porque no son individuos, organizaciones o un pueblo, sino grupos retrógrados que deben ser castigados colectivamente; 3) la omnipresente sensación de inseguridad israelí, tanto consciente como inconsciente, derivada de la arraigada convicción de que la población autóctona no puede aceptar a los colonos y su política, unida a los prejuicios sobre la brutalidad y el primitivismo de la población autóctona; y 4) la propagación por parte de las autoridades israelíes de la ilusión de la posibilidad de lograr una seguridad absoluta y permanente a pesar de la ocupación, y la subyugación de todos los valores y consideraciones al mito de la seguridad absoluta, incluido el bombardeo masivo de civiles que son presentados como una amenaza para la seguridad.

Cuando los tambores de guerra empiezan a sonar y el Gobierno anima a sus soldados a responder a una operación como la que tuvo lugar el 7 de octubre contra una franja de tierra pequeña, asediada y densamente poblada, y cuando las autoridades expresan de más de una manera que la guerra no distinguirá entre combatientes y

civiles, los cuatro elementos antes mencionados de la cultura imperante son prueba suficiente de que las declaraciones de los dirigentes israelíes no son meros estallidos de ira, sino que se entienden públicamente como una demostración de intención genocida.

Los genocidios pueden estar motivados por justificaciones patológicas de autodefensa. El motivo en estos casos es una retorcida noción de autodefensa contra un peligro imaginario o real. Esta perspectiva puede ayudar a iluminar ciertos aspectos oscuros de los motivos de los autores de atrocidades y su racismo entrelazado con el miedo al otro. Por otra parte, los perpetradores pueden actuar basándose en fríos cálculos, falta de empatía humana y sed de sangre, arrastrados a una orgía de asesinatos en masa, divorciados del yo, de la conciencia humana y de toda restricción moral.

La cultura política prevaleciente en Israel está dominada por una obsesión neurótica por la seguridad, que facilita la aceptación de la noción de amenaza existencial propagada por las autoridades gobernantes. Por diversas razones, el origen de esta fijación se encuentra en la historia del colonialismo de asentamiento, la negación del crimen y la criminalización de la víctima, y la forma en que este miedo se alimenta de estereotipos racistas sobre los árabes y los musulmanes hasta el punto de provocar repulsión física, lo que a su vez facilita la aceptación de la matanza de árabes y la participación en ella.

No siempre se puede percibir el momento en el que el miedo y la venganza se transforman en arrogancia y expresión de placer por expulsar el miedo al llevar a cabo actos de destrucción, así como el regocijo por el poder y la recuperación de la virilidad masculina —que, en consonancia con el ethos sionista, los judíos de la diáspora que fueron conducidos al Holocausto no poseían—. De ahí la necesidad de Israel de centrarse en el Holocausto tras los sucesos del 7 de octubre, no solo para suscitar la simpatía mundial y convertir al perpetrador en víctima, sino también para generar el miedo y la necesidad de superarlo aplastando al otro.

A pesar de la importancia moral y política de la demanda presentada por Sudáfrica contra Israel en virtud de la Convención

para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, los juristas y abogados se ven obligados a preocuparse por definir los delitos en lugar de combatirlos. Los alegatos jurídicos giran en torno a identificar exactamente qué crímenes ha cometido Israel. ¿Son crímenes de genocidio, o "meros" crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad? La responsabilidad de proteger (RdP), refrendada por los Estados miembros de la ONU en la Cumbre Mundial de 2005, es vinculante para todos los jefes de Estado y de Gobierno, y esta responsabilidad incluye la protección no solo frente al genocidio, sino también frente a los crímenes de guerra, la limpieza étnica y los crímenes contra la humanidad.

El hecho, sin embargo, es que la RdP no es vinculante, como tampoco lo son las decisiones de la Corte Internacional de Justicia (CIJ). La distinción entre consultivo y vinculante en el derecho internacional es puramente moral cuando la ley no es soberana y ningún Estado es capaz de aplicarla y está dispuesto a hacerlo. La prueba es que Israel no aplicó las medidas provisionales ordenadas por la CIJ el 26 de enero de 2024, lo que obligó al Gobierno de Sudáfrica a volver al tribunal en varias ocasiones (13 de febrero, 6 de marzo, 10 de mayo) para solicitar una orden de aplicación. El 29 de mayo de 2024, Sudáfrica recurrió también al Consejo de Seguridad de la ONU, precisamente porque la Corte no dispone de mecanismos de ejecución. Aunque los palestinos y el movimiento de solidaridad celebran que la CIJ haya reconocido que existe una base razonable para considerar la acusación de genocidio y sentar a Israel en el banquillo de los acusados por el delito de genocidio en particular, las medidas provisionales establecidas a la espera de que la Corte se pronuncie sobre la cuestión no se aplicaron, e Israel siguió cometiendo sus crímenes en la Franja de Gaza.

La dimensión palestina

El pueblo palestino estuvo unido durante la guerra, mientras la división entre las facciones palestinas se mantuvo sin vergüenza ni reparos, incluso ante una guerra de exterminio emprendida contra su pueblo. Sin embargo, si ni siquiera el sufrimiento de los palestinos durante esta guerra sirvió para lograr la unidad de los dirigentes palestinos, entonces hay pocas esperanzas. El liderazgo actual no puede lograr la unidad palestina debido a sus conflictos de intereses, que están totalmente divorciados del interés nacional. No existe un techo bajo el cual pueda prosperar el pluralismo político palestino ni una base común en la que apoyarse. La Organización para la Liberación de Palestina (OLP) ha sido sistemáticamente liquidada por la Autoridad Palestina (AP) durante más de dos décadas.

En ausencia de una entidad nacional integradora, ya sea un Estado o una organización, no hay pluralismo que pueda unirse bajo un marco o preservarse por una causa común. Solo hay fragmentación, conflictos de intereses y una fractura crónica que no puede repararse con el intercambio de besos y palabras melosas ni profundizarse con invectivas recíprocas.

Es imposible narrar adecuadamente las particularidades de la catástrofe en la Franja de Gaza y Cisjordania. Los intentos de hacer descripciones reflexivas y sofisticadas resultan manidos y trillados, solo aptos para buscar likes en las redes sociales. La tarea ahora es trabajar por un alto el fuego sostenido —esa es la voluntad de todo el pueblo palestino— y avanzar hacia la reconstrucción. Esta es la única manera de apuntalar la firmeza y evitar el desplazamiento masivo de Gaza, si eso llega a ser factible, que es lo que quiere la nueva Administración estadounidense. La segunda tarea es impedir que Israel se lave la mancha del genocidio y sea aceptado regionalmente como un actor decidido a rediseñar el mapa de la región.

No me cansaré de recordar las consecuencias del acto llevado a cabo por la resistencia palestina y el genocidio israelí. Tras un largo periodo de marginación, la causa palestina vuelve a figurar en las agendas internacionales y regionales. Debemos aprovechar este cambio. La guerra es inútil en el caso de Palestina, pues el conflicto solo terminará o con la aniquilación total del pueblo palestino o con una resolución justa. Israel no puede librar una guerra más salvaje que esta última, la cual sirvió también para mostrar sus límites. Por lo tanto, la causa palestina debe volver a plantearse. O el conflicto continúa o hay una solución justa.

A lo largo de la historia moderna, los colonizadores se han enfrentado repetidamente a un dilema del tipo "o lo uno o lo otro" en el momento en que su superioridad militar se hacía patente y, al mismo tiempo, sus limitaciones.

El hecho de que Israel se haya enfrentado a este dilema es una conclusión lógica basada en la experiencia histórica, no en el determinismo histórico. Sin embargo, sabemos por experiencia que el orden oficial árabe desafía toda lógica. Solo espero que Israel y Estados Unidos no encuentren árabes e incluso palestinos que ofrezcan a Israel una salida a su callejón sin salida sin resolver la cuestión de Palestina.

No quiero describir el dilema de Israel como un logro, ya que es producto de la eterna dialéctica entre el derecho del poder y el poder del derecho. Esta dialéctica no puede resolverse sobre el terreno sin una voluntad política consciente que devuelva la causa palestina a la agenda internacional utilizando el lenguaje de los derechos y la justicia, y que no ofrezca a Israel y a su patrocinador estadounidense una salida para no tener que enfrentarse al predicamento histórico del colonialismo.

Dar con una postura palestina unificada es de máxima urgencia. Debe enfrentar al mundo a dos opciones: o avanzar hacia una solución justa o continuar con el embrollo. En la actualidad no existe una postura unificada de este tipo, y precisamente por eso Israel puede maniobrar con tanta libertad a nivel internacional, regional y dentro de Palestina para ocultar su propio dilema: o establecer en Gaza una administración local con una participación árabe aprobada por Israel bajo la supervisión israelí, o seguir

diezmando Gaza al tiempo que se impide su reconstrucción para fomentar que sus habitantes emigren. Como si la elección entre lo malo y lo peor fuera un destino predestinado para los palestinos.

La AP puede reanudar la administración de Gaza a pesar de Israel y con el consentimiento de la resistencia, que ya ha declarado que aceptaría un Gobierno dirigido por la AP y del que no formara parte. Esto es suficiente para lograr una forma de consenso, y es preferible a que el regreso de la AP sea por la vía de la imposición, como si estuviera cobrando un dividendo tras haber invertido en la guerra israelí.

La dimensión internacional

En el plano internacional, la postura de Estados Unidos fue especialmente llamativa por sus rasgos ideológicos, que iban mucho más allá del reflejo de sus intereses económicos y geoestratégicos. Muchos funcionarios y políticos en Washington se apresuraron a abrazar la narrativa israelí de los sucesos del 7 de octubre, su instrumentalización del Holocausto nazi y sus falaces definiciones del antisemitismo. Incorporaron estos elementos a campañas que vilipendiaban a cualquiera que protestara contra la guerra de agresión israelí y el apoyo absoluto que Israel recibía de Washington. La imagen de la Administración estadounidense se resintió debido a su perpetua disposición a repetir como un loro las mentiras de Israel, justificar sus crímenes, desestimar el discurso de los derechos humanos cuando se trataba de los palestinos y amplificar el supuesto derecho de Israel a la "autodefensa" (aunque las guerras de las potencias ocupantes contra los pueblos ocupados no se consideran autodefensa según el derecho internacional). Parecería como si el conflicto hubiera comenzado el 7 de octubre y como si la autodefensa justificara pisotear todos los valores humanitarios y perpetrar un genocidio.

La imagen del Congreso estadounidense no salió mejor parada tras las escenas en las que la mayoría de los congresistas se pusieron en pie de un salto para aplaudir cada mentira de Netanyahu durante el discurso que les dirigió el 24 de julio de 2024, y para vitorear su pretensión de representar a los hijos de la luz frente a los hijos de las tinieblas. La política fue despojada de toda sustancia moral, y casi ningún funcionario o portavoz pestañeó. Lo mismo ocurrió, en mayor o menor medida, en otros países occidentales, que se mostraron dispuestos a suprimir la libertad de expresión en sus democracias para complacer a un Estado que lleva a cabo un genocidio y afianza un sistema de apartheid en pleno siglo XXI.

¿Ha agotado la potencia ocupante las reservas de hipocresía de los

países occidentales y su voluntad de renunciar a sus principios autoproclamados cuando se trata del pueblo palestino? ¿Ha vaciado Israel de contenido los términos “Holocausto” y “antisemitismo” hasta el punto de trivializarlos, aventurándose a explotar un genocidio reconocido para justificar otro? En el futuro, cuando la propaganda oficial israelí utilice el Holocausto nazi, la gente recordará el genocidio de la Franja de Gaza. Repercusiones de este tipo son inevitables.

Sin embargo, es poco probable que Estados Unidos y otros países occidentales que apoyan a Israel revisen sus políticas por un sentimiento de culpa o remordimiento. De hecho, el peligro es que ocurra lo contrario. Esto es lo que sugiere el poderoso lobby israelí en Washington. Sostiene que el enfoque israelí ha demostrado su eficacia y que Israel hizo bien en ignorar los susurrados consejos estadounidenses sobre su conducta en la guerra de Gaza. En el caso de la guerra contra el Líbano, Estados Unidos estaba convencido de la lógica israelí de desechar las reglas de enfrentamiento en favor de una guerra a gran escala para sacar a Líbano de la esfera de influencia iraní después de eliminarla de las ecuaciones en Gaza. En otras palabras, según el lobby israelí y sus aliados, Israel tenía razón al no acatar las vacilaciones de Washington por preocupación por los intereses de otras potencias de la región, ya que los regímenes árabes tienden a responder a este tipo de dureza de estilo colonial, ya sea la aplicada por Estados Unidos en Irak en 2003 o por Israel en Palestina y Líbano. El lobby israelí y sus aliados de derechas en Washington afirman estar más familiarizados con las inclinaciones reales de los países árabes que los liberales.

Por otra parte, la causa palestina ha ganado nuevos amigos en Occidente, concretamente a nivel popular. Algunos Gobiernos (como los de España, Irlanda, Eslovenia y Bélgica) se han vuelto más críticos con las prácticas de Israel. Muchos han tomado medidas para reintroducir la cuestión palestina en la agenda política. Así debe interpretarse la iniciativa coordinada de España, Irlanda y Noruega para reconocer el Estado de Palestina el 28 de mayo de 2024, aunque este gesto, altamente simbólico, no ha logrado su objetivo de atraer a más países de la UE a implementar la posición común declarada, promovida por España, de apoyo a la celebración de una conferencia internacional de paz que respalde la

solución de dos Estados.

La operación militar israelí en Gaza provocó una fuerte oposición en gran parte de América Latina, especialmente en Bolivia, Colombia, Venezuela, Cuba, Nicaragua y Chile. Por su parte, Bolivia y Colombia rompieron relaciones diplomáticas con Israel, mientras que Chile, Brasil y Honduras retiraron a sus embajadores. España, Eslovenia, Bélgica e Irlanda —en Europa— y Brasil, Bolivia, Colombia, Cuba, Chile, México, Nicaragua y Venezuela —en América Latina— se unieron o expresaron su intención de intervenir en la causa interpuesta por Sudáfrica contra Israel ante la CIJ en virtud de la Convención sobre el Genocidio. Varios enviaron observaciones y notas a la Corte Penal Internacional (CPI) reafirmando su reconocimiento de la jurisdicción de la corte. Estas acciones han socavado la tradicional impunidad con la que Israel cuenta a nivel internacional.

Sin embargo, esta ganancia en apoyos, por significativa que sea, no puede convertirse en una ventaja política efectiva sin una estrategia palestina para invertir en ella, y en ausencia de un discurso político democrático nacional a la altura de la tarea.

Durante los próximos cuatro años, Estados Unidos estará gobernado por una Administración de extrema derecha que complacerá y explotará los caprichos de un presidente narcisista. En el centro de ese proceso habrá un enfoque teológico evangélico irracional hacia Israel que es incluso más extremo que la extrema derecha israelí. Simultáneamente, está en consonancia con la nueva oligarquía de magnates empresariales que no solo ya no ridiculizan el modelo Trump, sino que se han dejado seducir por él. Algunos de ellos padecen claramente un trastorno narcisista de la personalidad.

La creencia de que el presidente estadounidense es imprevisible pero fácilmente manipulable jugando con su vanidad es una ilusión y una mala compensación de la impotencia. Este presidente chantajeará a los impotentes de diversas maneras, aunque no es este el lugar para entrar en detalles. Sí, es caprichoso. Mantiene ocupados a los medios de comunicación con sus disparatadas afirmaciones. Está obsesionado con la atención y el reconocimiento de su autoproclamado liderazgo y habilidades. Pero todo ello está definido por un marco específico, a saber, los intereses

estadounidenses tal y como los percibe la extrema derecha que lo llevó al poder, y tal y como se formulan en el discurso populista que atrae a su base. Es una etapa peligrosa, tanto para Estados Unidos como a escala internacional.

Trump no va a reevaluar críticamente su anterior mandato. Hará lo mismo que antes, solo que con más fanatismo. Intentará llevar a cabo ideas que el tiempo o la pandemia del COVID-19 no le habían permitido realizar o que, según él, otros obstruyeron. Intentará demostrar que todo lo que hizo o no pudo hacer estaba bien. Para la región árabe y Palestina, esto significa una vuelta a los llamados Acuerdos de Abraham como solución al conflicto.

Trump hizo saber a Netanyahu quién es el jefe y quién el subordinado en su relación. Esto se debe a que quería anotarse un éxito personal negociando una tregua para detener la guerra en Gaza. Sin embargo, ahora intentará que más países árabes se sumen al marco de los Acuerdos de Abraham para la normalización con Israel sin una solución justa a la causa palestina. Reconocerá los asentamientos ilegales y la soberanía israelí sobre ellos. De lo único que servirán los halagos de la parte palestina será para inmunizar personalmente al adulador, permitiéndole desempeñar un papel en el plan de juego estadounidense, pero sin influir en las reglas y los principios. Hasta aquí llegarán los caprichos de Trump.

Para Trump, la reconstrucción de Gaza debe verse a través de la lente de un proyecto de desarrollo inmobiliario junto a la playa —la "Riviera de Oriente Medio", la calificó— que requeriría "limpiar" la Franja de Gaza y reubicar a su población en otro lugar (hay que tener en cuenta que el 80% de la población de Gaza son refugiados de 1948 que fueron desplazados de su tierra natal, que ahora es Israel). Trump quiere asentarlos en Egipto y Jordania para deshacerse de Gaza y de la cuestión de los refugiados al mismo tiempo, recurriendo a la misma lógica empleada para desmantelar la UNRWA. Liquidar la cuestión de los refugiados desplazándolos de nuevo es una innovación estadounidense-israelí.

Dicho esto, el presidente de Estados Unidos no es el destino ni un fenómeno natural. No es omnipotente. Basta recordar cómo lanza escandalosos globos sonda para calibrar las reacciones. Calcula y retrocede ante la resistencia y avanza y exige más cuando la otra

parte recula. La moral y las apelaciones a la conciencia no tienen cabida en su mundo. El poder y la riqueza son sus valores más elevados. Significan éxito y su ausencia, fracaso. No tiene tiempo para los débiles e impotentes. Sin embargo, este enfoque encontrará oposición en Estados Unidos y en otros lugares. Nuestra región tiene fuentes de fortaleza que son demasiadas para enumerarlas aquí. Simplemente aprovecharé esta oportunidad para subrayar que la incapacidad de aprovechar estas fortalezas para contrarrestar el chantaje reside en la naturaleza de los regímenes y los conflictos entre ellos. La resolución de estos conflictos reducirá al mínimo las posibilidades de presión y chantaje.

La posición regional

La guerra contra Gaza puso en aprietos al orden árabe oficial. Esto se debió, en primer lugar, a la solidaridad generalizada con el pueblo palestino en toda la región árabe, a la frustración con las posturas oficiales árabes y al enfado con los aliados internacionales de estos regímenes —Estados Unidos, sobre todo— por su apoyo incondicional a la guerra israelí. En segundo lugar, porque la guerra se prolongó durante mucho tiempo sin que Israel consiguiera sus objetivos declarados de eliminar la resistencia palestina o liberar militarmente a los rehenes. Puede ser cierto que la opinión pública árabe sea impotente y en gran medida pasiva, pegada a las pantallas grandes y pequeñas, y consumida por las redes sociales con toda la basura que difumina las líneas entre un foro de discusión y una plataforma para la vanidad. Pero no se puede ignorar el alcance de la ira y el resentimiento populares. Por eso se celebraron conferencias patrocinadas por Gobiernos, se pronunciaron discursos y se tomaron algunas buenas decisiones, aunque no para su aplicación.

A pesar de la vergüenza, los regímenes árabes tenían dos motivos para "resistir" la ira popular: 1) la persistencia israelí en proseguir la guerra hasta el final, incluso en el Líbano; y 2) el apoyo inquebrantable de Estados Unidos a Israel. Quienes se debatían entre querer eliminar el movimiento de resistencia palestino, despojarlo de sus aliados regionales y disminuir la brutalidad de la guerra genocida israelí solo podían confiar en Estados Unidos para encontrar una solución a sus dilemas y a sus diversas vergüenzas.

Sin embargo, hay un proceso que ha surgido obstinadamente a través de este caos, que es la impulsividad israelí, indiferente a los amistosos consejos estadounidenses, y el jadeo de la Administración Biden tras ella. Para los políticos que confunden pragmatismo con amoralidad, Israel demostró que es un actor político regional. Esto puede llevar ahora a un cambio "pragmático" de la dependencia de

Estados Unidos a la dependencia de Israel en los conflictos regionales, al menos en parte.

Esta evolución cobró impulso gracias a la insistencia de Israel en convertir la guerra de Desgaste lanzada por Hizbulá en apoyo de Gaza en una guerra total contra la resistencia libanesa, para la que llevaba preparándose desde 2006. La retórica de la "victoria divina" impidió que Hizbulá aprendiera las lecciones de la guerra de ese año y de las reacciones de Israel. La cadena de acontecimientos desencadenada por la operación del 7 de octubre supuso el colapso efectivo del "eje de resistencia" y la caída del régimen corrupto y tiránico de Siria, que ya estaba al borde del colapso.

He demostrado en este libro que ahora se pone a disposición del lector hispanohablante que, desde que Egipto y Jordania firmaron los acuerdos de paz con Israel, la resistencia armada se ha convertido en un elemento defensivo y en un obstáculo para normalizar la ocupación, pero no en una herramienta ofensiva ni en una vía para liberar Palestina. He aquí el error de quienes llevaron a cabo la operación del 7 de octubre con su carácter militar que se apartó de la lógica del desgaste. La función de la resistencia no es hacer la guerra a Israel.

Ahora podemos esperar que Israel se jacte ante los regímenes árabes de cómo los liberó del "eje de la resistencia", redujo las ambiciones de Hamás a menos que un retorno al statu quo anterior al 7 de octubre y dejó a Irán en una posición a la defensiva, mientras Israel intenta descaradamente incitar a Washington a un ataque militar contra Irán para terminar lo que Israel empezó. Así es como Israel presenta las cosas.

Es posible que Washington no siga necesariamente la voluntad de Israel en relación con Irán. Sin embargo, incluso si asumimos que Trump preferiría tratar diplomáticamente con un Irán debilitado, eso no conduciría a un acuerdo que reavivara el papel de Irán como líder de un eje regional.

En previsión de la reacción de la opinión pública árabe ante la legitimación del papel regional de Israel, la causa palestina sigue siendo el principal factor para evitar tal evolución. Para ello, es importante replantearse la estrategia de la resistencia,

reevaluándola, sin renunciar al derecho a resistir contra la ocupación y el apartheid. Es necesario concebir nuevas herramientas de lucha y un nuevo discurso político democrático. Deben estar a la altura de los cambios que se han producido en la sociedad palestina, de las perspectivas de sus nuevas generaciones, de las opiniones de los círculos internacionales que simpatizan con la causa palestina y del compromiso con la justicia a través de la liberación de la ocupación. Sin esto, no veo luz al final del túnel. Los propios palestinos y las fuerzas de liberación que se solidarizan con ellos deben iluminar el camino de salida.

Doha, marzo de 2025

INTRODUCCIÓN

La historia de este libro comenzó tras una conferencia que impartí sobre el acuerdo Trump-Netanyahu, conocido como “el acuerdo del siglo”. La conferencia acabó convirtiéndose en un librito en árabe que tuvo una amplia y calurosa acogida y muchos me animaron a publicarlo más adelante en inglés. Sin embargo, una vez traducido y listo para ir a la imprenta, me di cuenta de que le hacían falta algunos antecedentes y análisis históricos. Esta incorporación se fue ampliando gradualmente y acabó incluyendo mis reflexiones sobre la cuestión palestina, así como un resumen de mis conclusiones a partir de mis estudios y ensayos sobre este tema en árabe, hebreo e inglés durante los últimos 30 años. El resultado de toda esta labor es este libro que tienen entre manos, en el que la conferencia no es más que uno de los capítulos.

Aunque escribí los estudios citados como académico, no soy un especialista en el sentido en que lo son innumerables estudiosos de la historia de Palestina, el sionismo y el conflicto árabe-israelí, en cuyas publicaciones me baso. Si bien abordo la cuestión palestina como investigador y académico, al mismo tiempo también lo hago como alguien para quien este es un tema muy personal y que ha vivido con él a diario durante años. Palestina es mi patria, lo cual no quiere decir que Israel sea para mí un ente abstracto. Estoy tan familiarizado con su vida social, cultural y política como lo estoy con la de Palestina.

Al escribir sobre esta cuestión, aporto la mayor objetividad crítica y científica que puedo, aunque no necesariamente neutralidad. Uno puede referirse al control de Israel sobre Cisjordania y Jerusalén como una ocupación, una descripción tan objetiva como nada neutral a los ojos de muchos. Del mismo modo, se puede considerar objetivamente que el proyecto sionista en Palestina es ante todo una forma de colonialismo de asentamientos, pero esta tampoco es una afirmación neutral. La objetividad consiste en utilizar el método científico y los hechos disponibles. Es también un esfuerzo

consciente por evitar selecciones interesadas y no dejar que los juicios de valor y las posturas ideológicas influyan en los procesos de razonamiento. Si la objetividad parece sesgada para algunos, es simplemente porque está orientada a la búsqueda de la verdad. Por otra parte, la neutralidad es una creencia y una actitud y no un método científico. Se trata de una posición moral negativa, sin sesgos ni alineamientos, una posición amoral. Cuando se trata de una cuestión de opresión o una cuestión eminentemente humanitaria, las posiciones amorales pueden acabar siendo posiciones inmorales. No soy neutral ante nada que tenga que ver con la cuestión palestina o con cualquier otra causa justa.

No es casualidad que este libro se abra con la Nakba (calamidad, catástrofe), no solamente para establecer el contexto histórico, sino también para definir el tema como tal. La Nakba, o "catástrofe palestina", es el término utilizado para referirse a la pérdida por parte de los palestinos de su patria tras la creación del Estado de Israel en 1948. El capítulo 1 analiza este gran acontecimiento: su repercusión, sus diversas dimensiones y los diversos mitos que han surgido en torno a él. También aborda su trascendencia: sus ramificaciones, connotaciones y significado simbólico. Sin embargo, mi inquietud particular es demostrar que la causa palestina no comenzó en 1967 y que no se refiere únicamente a la Franja de Gaza y Cisjordania, ambas ocupadas, independientemente de la importancia actual de estos dos pedazos de territorio como componentes de la causa palestina y de su peso específico dentro del enfoque político internacional de toda esta cuestión.

La razón más importante por la que abro con la Nakba es que este libro, en su conjunto, es un intento por demostrar que la cuestión de Palestina no es simplemente un dilema que espera soluciones políticas creativas, sino que se trata más bien de una cuestión de injusticia que solamente puede resolverse mediante la administración de la justicia. Esta puede adoptar diversas formas y todas ellas son relativas. Sin embargo, ninguna de ellas debe implicar regatear con los palestinos la soberanía sobre Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este, como si el problema de Palestina pudiera resolverse mediante nuevas concesiones palestinas sobre unos territorios que, en cualquier caso, no constituyen nada más que el 22% de la Palestina histórica.

Tal como yo lo veo, la justicia, cuando se aplica a la cuestión palestina, se basa sobre todo en un equilibrio históricamente cambiante entre los dos componentes principales de la justicia: la igualdad y la libertad. En lo que respecta a los palestinos como pueblo, la libertad implica su liberación de la ocupación y de su condición de refugiado y de pueblo ocupado al que se ha despojado de sus derechos fundamentales. La igualdad entre los dos pueblos en la zona comprendida entre Jordania y el Mediterráneo puede adoptar una de dos formas. Una de ellas es la ciudadanía plena e igualitaria en el marco de un único Estado, ya sea igualdad en términos de ciudadanía dentro de un único Estado basada en el reconocimiento mutuo de la identidad y los derechos comunales de cada pueblo o en las garantías de igualdad en los derechos individuales de ambos pueblos como ciudadanos de ese Estado. La otra forma radica en la igualdad de ambos en el marco de dos Estados independientes y soberanos, ninguno subordinado al otro y cada uno de ellos como "un Estado de sus ciudadanos", aunque uno tenga un carácter predominantemente judío y el otro tenga predominio árabe. En el caso de Palestina, también hay que encontrar programas políticos (y probablemente soluciones) a los problemas de segundo orden surgidos a partir de la cuestión principal. Lo esencial en todos los casos es tener presente el epicentro de todo el asunto: que la cuestión comenzó con el colonialismo de asentamientos que trajo consigo la ocupación, la expropiación, la limpieza étnica y el desplazamiento forzoso de la población autóctona para allanar el camino al establecimiento de un Estado judío y a la transformación de la minoría judía de Palestina en una mayoría judía.

La memoria histórica es forjada por las mismas instituciones que conforman la identidad: regímenes, mitos, historiografía, ceremonias, elección de fechas y lugares para conmemorar, literatura y libros de texto que intentan hacer cuajar y fabricar una conciencia colectiva. También influye la convergencia de intereses diversos, en la que algunos ejercen una influencia más dominante que otros. Como dice el viejo adagio, la historia la escriben los vencedores. No hay duda de que esto era cierto en el pasado, cuando el vencedor monopolizaba las herramientas para escribir la historia y producir mitos. En algunos casos, la memoria colectiva de los oprimidos sobrevivió para crear contramitos que desafiaron y

subvirtieron la historia oficial y la memoria colectiva dominante, si bien la historia desde su perspectiva solamente llegó a escribirse en un puñado de casos excepcionales. En el mundo contemporáneo, escribir la historia y forjar la memoria colectiva han dejado de ser coto privado de los poderosos. Aun así, han surgido nuevos retos, como lo son las disparidades en el acceso a los espacios públicos y la pluralización de la producción y difusión de información en Internet, que iguala las cosas entre realidad y ficción, entre verdad y mentira.

Queda, por supuesto, la cuestión de la ideología, que siempre ha sido un desafío moderno. Sin embargo, el final de la Guerra Fría dio paso a un nuevo fenómeno: el declive de las ideologías totalizadoras y el hundimiento de las grandes ideologías del siglo XX en favor de las ideologías eclécticas de la política del poder, la política de la identidad y el populismo. En cualquier caso, al mismo tiempo se ha producido un aumento de los enfoques morales de la vida. Cada vez son más los jóvenes del mundo actual que abordan las cuestiones sociales y políticas desde una perspectiva moral (que puede estar impregnada de perspectivas identitarias, sobre todo en cuestiones relacionadas con la dignidad humana) y no desde una perspectiva ideológica. Jóvenes con orígenes y formas de vida diversos (por ejemplo, religiosos o laicos, liberales o de izquierdas o sin una visión definitiva del mundo) protestan juntos contra lo que consideran injusto. Esto ha abierto nuevas oportunidades para los oprimidos de todo el mundo y se puede constatar fácilmente, como también puede hacerse con el parecido entre las conmovedoras escenas y discursos de movimientos como las campañas de solidaridad de los jóvenes con Palestina en mayo de 2021, los movimientos Black Lives Matter (BLM), los levantamientos de 2019 de los jóvenes en el Líbano e Irak contra el sectarismo, la corrupción y las milicias armadas, por no mencionar las fases iniciales de las revoluciones árabes de 2011.

Este giro ético histórico es una gran noticia para la lucha por la justicia y es visible en cuestiones como el medio ambiente, el género y la justicia social. Corresponde comentar aquí de pasada que su aversión a la política también puede ir unida a un escepticismo hacia las consideraciones políticas racionales de los contextos sociales históricos. Este enfoque puede amplificar su

potencial para oponerse a las injusticias, pero limita su capacidad para presentar alternativas y lo hace susceptible a nuevos tipos de populismo, como el que podríamos denominar "populismo elitista" y que de momento pudiera parecer un oxímoron.

Cuando empecé a preparar este libro para su publicación, parecía que la causa palestina había quedado totalmente marginada. Muchos Estados árabes se apresuraban a normalizar sus relaciones con Israel, argumentando que la centralidad de la causa palestina era un mito y que por lo tanto no era una prioridad real para ellos. Fueron alentados en esta postura por individuos de la Administración Trump de ese momento, cuyo sesgo proisraelí era tan ciego e incondicional que repetían como loros las posturas de la extrema derecha israelí. Sin embargo, estos individuos habían pasado convenientemente por alto una serie de hechos contundentes, entre los que destaca el hecho de que el pueblo palestino vive bajo una ocupación brutal e implacable. La causa de los palestinos no va a desaparecer precisamente porque tienen que soportar a título individual y día a día las tensiones perpetuas y las crueldades de una realidad que se cierne sobre ellos sin cesar. Y no va a desaparecer independientemente de los motivos de algunos regímenes árabes, cuyas agendas no tienen en cuenta los intereses de su propio pueblo, y mucho menos los de los palestinos.

Por otra parte, los intentos regionales de marginar la causa palestina no hacen sino restar importancia a su aspecto conflictivo nacional y ponen un mayor énfasis en la lucha democrática por la justicia en la propia Palestina y su interacción con la lucha por la democracia y la justicia en los países árabes y a escala internacional.

Generación tras generación, los palestinos han heredado una causa en curso. Para los pueblos árabes en general la importancia de esta causa se deriva no solamente del hecho de que sea una causa árabe, sino también, y de forma más crucial, de su relación con el fenómeno ininterrumpido del colonialismo de asentamientos. Como tal, el simbolismo de la injusticia en general, y de la resistencia a ella, se ve más intensificado si cabe ante la difícil situación palestina. Quien piense que la opinión pública árabe (cuyas expresiones sobre la cuestión palestina se han recogido en un

apéndice) tiene poco impacto, o que se puede pasar por alto, no tiene nada más que considerar los levantamientos populares de la región árabe en 2011 y, de nuevo, en 2019. Quien piense que la opinión popular carece de importancia, o que incluso ningunee su existencia, debería reflexionar sobre los levantamientos populares de 2011 y de la segunda oleada en el año 2019.

A la luz de lo anterior, no debería sorprendernos que la cadena de acontecimientos interrelacionados que arrancó en mayo de 2021 (el estallido y la propagación de oleadas de protestas masivas en solidaridad con las familias amenazadas de expulsión de sus hogares en Sheikh Jarrah, Silwán y otros barrios de Jerusalén para dejar paso a los colonos judíos; las protestas simultáneas en defensa de la mezquita de al-Aqsa contra las constantes incursiones de colonos judíos y del ejército israelí; la pretensión de Hamás de ampliar su concepto de disuasión para abarcar los abusos israelíes en Jerusalén; y el nuevo recrudecimiento de la guerra en Gaza) ponga fin a todas las afirmaciones y revuelo en torno al "acuerdo del siglo". Del mismo modo, estos acontecimientos reventaron la burbuja del mito promovido por los círculos de extrema derecha que rodeaban al expresidente Donald Trump y que sostenía que los Estados Unidos podrían trasladar su embajada a Jerusalén (en un intento de legitimar la anexión unilateral de la ciudad por parte de Israel en violación del derecho internacional) sin arriesgarse a repercusiones de ningún tipo.

No se puede realizar ningún análisis de la reciente revuelta de Jerusalén, que comenzó cuando se estaban dando los últimos retoques a este libro, sin reconocer el impacto de la decisión de Washington de trasladar su embajada de Tel Aviv a Jerusalén haciendo caso omiso de los sentimientos palestinos y árabes. Lo mismo puede decirse de la prisa de algunos Estados árabes por normalizar las relaciones o formar alianzas bilaterales con Israel para evitar que se repita lo que muchos consideran el abandono por parte de los Estados Unidos de sus aliados durante las revoluciones y levantamientos populares árabes de 2011 y 2012. Cabe recordar aquí que las alianzas entre algunos Estados del golfo Pérsico e Israel, suscritas aparentemente para preservar la estabilidad regional, no son tan recientes como cupiera pensar. Por extraño que parezca, las alianzas precedieron a la normalización de las

relaciones y se forjaron inmediatamente después de los levantamientos de 2011 e incluso antes en algunos casos. Su propósito era impedir la transformación democrática en la región árabe. Esto coincidía con el concepto de seguridad de los dirigentes israelíes, según el cual la democratización en el mundo árabe supondría una amenaza existencial para Israel.

Con esto no se pretende negar la existencia de otros intereses y preocupaciones comunes, sobre todo el temor compartido a Irán. De hecho, las políticas iraníes hacen saltar las alarmas no solamente entre los regímenes árabes autoritarios, sino también entre los demócratas y amplios sectores de las sociedades árabes debido a la explotación divisiva que Teherán hace de las cuestiones sectarias y de la propaganda… por no hablar de su apoyo incondicional al régimen de Siria y a las milicias sectarias en varios países árabes. Pero esa es ya otra cuestión.

La causa palestina es el último caso de colonialismo de asentamientos que queda sin resolver en el mundo. Muchos otros casos de este fenómeno han llegado a su fin a lo largo de la historia o se han "normalizado", legando problemas y agravios residuales sin resolver entre los pueblos indígenas. Los dirigentes israelíes apuestan por este último resultado: que la causa palestina se desvanezca en el olvido mientras Israel mantiene el statu quo de un estado de paz con regímenes árabes dispuestos y capaces de oponerse al sentimiento popular sobre esta cuestión. En la mayor parte de los casos históricos, los colonos han construido naciones sobre las ruinas de las culturas y civilizaciones de otros pueblos que habían habitado esas tierras durante miles de años, convirtiéndolos en "pueblos indígenas" cuya lucha (al menos en los países democráticos) queda limitada a apremiantes demandas de reparaciones, derechos culturales y cuestiones similares. No parece ser este el caso de Palestina, donde el colonialismo de asentamientos no puede nativizar (o indigenizar), ya que mantiene un régimen de apartheid. Por otra parte, el destino del proyecto colonialista de asentamientos en Palestina tiene todas las bazas para diferir del proyecto francés en Argelia, por ejemplo, donde los colonos franceses contaban con la opción de regresar a su propia madre patria. Para las generaciones actuales de judíos israelíes no existe otra "madre patria" que el propio Israel.

Un proyecto colonial de asentamientos que nació en pleno siglo XX inevitablemente había de desarrollarse de forma en todo distinta a sus predecesores de los siglos XV al XIX. Después de todo, esta fue la época del auge y la culminación de los movimientos anticolonialistas y de independencia nacional del tercer mundo. Pero esta no es la razón principal por la que no puede normalizarse el colonialismo de asentamientos en Palestina y por la que los colonos, en este caso, no pueden ser nativizados o naturalizados. En ausencia de una solución justa para la causa palestina hay dos factores históricos cruciales que lo impiden. El primero es que, como resultado del rechazo por parte de Israel de la división de Palestina en dos Estados tal y como se establecía en la Resolución de Partición de las Naciones Unidas de 1947 (una resolución que el movimiento sionista reconoció únicamente con el propósito de declarar un Estado judío), la iniciativa colonialista de asentamientos acabó adquiriendo un carácter de apartheid, especialmente después de que Israel "reunificara" toda la Palestina histórica bajo su dominio con sus conquistas territoriales en la guerra de 1967. El régimen de ocupación militar instituido por Israel fue evolucionando hasta convertirse en un sistema de segregación étnica por el que dos pueblos que viven bajo la misma autoridad y, en términos relativos, en el marco del mismo sistema económico, están sometidos a dos sistemas jurídicos totalmente diferentes. Con arreglo a este binario, los derechos civiles y humanos son manifiestamente diferentes para ocupantes y ocupados.

Independientemente del tiempo que transcurra, el colonialismo de asentamientos de Israel nunca podrá naturalizarse a menos que reconozca primero la injusticia histórica que ha perpetrado contra el pueblo palestino y que actúe para repararla. La mitad de los que viven hoy día en la Palestina histórica son árabes y la otra mitad son judíos. Todos ellos viven bajo un Gobierno que adopta la judeidad del Estado de Israel como valor supremo, utiliza su monopolio de la violencia para garantizar la superioridad religioso-étnica de un grupo étnico sobre el otro y abraza una ideología nacionalista con sello religioso. En resumen, además de los diferentes contextos históricos, la evolución del impulso sionista de los colonos difiere de los impulsos de los colonos que fundaron otros países. Israel no ha evolucionado hasta convertirse en un Estado para todos sus ciudadanos. Insiste en seguir siendo un Estado

basado fundamentalmente en un dominio religioso-étnico o dedicado al dominio de una determinada afiliación étnico-religiosa.

El segundo factor es que cuando una "entidad sionista" de colonos estableció su presencia en Palestina, los palestinos ya poseían una conciencia de nación, así como aspiraciones nacionales. Al mismo tiempo, los palestinos se veían a sí mismos como parte de una comunidad árabe más amplia; una "comunidad imaginada" para ser más exactos. Por lo tanto, habían desarrollado un sentimiento de identidad nacional mucho antes de que el movimiento colonialista de asentamientos fuera lo suficientemente poderoso como para someterlos a un proceso de sociocidio o de politicidio. Aun así, a pesar de todos los intentos de borrarlos como entidad política y social, los palestinos han sobrevivido como pueblo que aspira a reclamar sus derechos legítimos y ver satisfechas sus demandas nacionales.

Al mismo tiempo, en Israel ha surgido un pueblo judío-israelí. En este caso, por supuesto, el sentido de una identidad nacional judía se originó a partir del movimiento sionista. Sin embargo, este movimiento no habría logrado crear una nación de no haber sido por el establecimiento del Estado de Israel. Independientemente de su ilegitimidad a los ojos de la mayoría de los habitantes de Palestina y del mundo árabe de la época, este Estado emergente procedió a instaurar instituciones nacionales, construir una economía sofisticada e integrada, resucitar el hebreo como lengua hablada, imponer el reclutamiento obligatorio en un ejército moderno y tejer y comercializar una narrativa fundacional que explotó con éxito las circunstancias históricas de la época. Fueron estos factores concretos los que crearon un pueblo judío-israelí con la pretensión tanto de derechos individuales como comunitarios.

No puede haber justicia absoluta en una situación de este tipo ya que la justicia absoluta implica dar marcha atrás al reloj. El tipo de justicia que se requiere en este caso es alcanzar en un momento dado una igualdad jurídica y política entre los dos pueblos que hay en la actualidad en Palestina.

Yo añadiría un tercer obstáculo importante para la naturalización del colonialismo de asentamientos israelí: un entorno regional en el que se mira a Israel con recelo y hostilidad, lo que a su vez genera

miedo y antagonismo en Israel hacia las aspiraciones de los pueblos árabes de liberarse del autoritarismo. Esta arraigada hostilidad mutua es al mismo tiempo una expresión de la alienación de Israel respecto a su entorno regional y una fuente de reproducción del rechazo popular árabe hacia Israel.

Como se analizará en los capítulos 2 y 3, lo que ha complicado aún más la cuestión palestina y ha obstruido la liberación palestina es su solapamiento entre lo que yo denomino la "cuestión árabe" (Bishara, 2007) y lo que en Europa desde el siglo XIX se conoce como la "cuestión judía". La posición particular de Palestina en la intersección de estas dos cuestiones ha complicado y agravado la extremada dificultad de resolver la cuestión palestina.

Este libro detallará las dimensiones de la complejidad en conjunción con las cuestiones de la memoria y el olvido. Los capítulos 4 a 6 analizarán el origen del conflicto árabe-israelí, un conflicto que comenzó en una época en la que no había tierras árabes ocupadas a excepción de Palestina, y procederán a abordar la importancia de los procesos bilaterales o independientes entre ciertos Estados árabes e Israel. Estos capítulos también trazarán el curso del movimiento palestino de liberación nacional desde su fase formativa, pasando por el periodo de lucha armada y hasta que sucumbió a la trampa de firmar la paz con Israel dejando sin resolver todas las cuestiones fundamentales. Los palestinos no obtuvieron nada a cambio aparte del reconocimiento por parte de Israel de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), y eso solamente llegó después de que el movimiento convirtiera la cuestión de Palestina de la causa árabe unificadora por excelencia en un conflicto exclusivamente palestino-israelí.

El resultado de esta evolución fue la creación de una "autoridad" palestina carente de toda soberanía y de Estado. Huelga decir que esto no resolvió la cuestión palestina. Por el contrario, Israel se libró de la carga diaria de gestionar directamente la ocupación gracias a la introducción de un sistema de coordinación de la seguridad entre Israel y la Autoridad Palestina (AP)[1]. También marginó a la OLP y desencadenó una lucha por el poder en Palestina mucho antes de que un Estado palestino ni siquiera estuviera al alcance de la mano. La fractura intrapalestina de hoy

día únicamente puede entenderse en el contexto de la decisión de abandonar la lucha de liberación nacional palestina y conformarse con una "autoridad" que opera bajo la ocupación y sin un ápice de soberanía.

La segunda parte del libro comienza con una lectura analítica del acuerdo Trump-Netanyahu de 2020. Puede que este acuerdo haya desaparecido de la escena política a pesar de todo el revuelo que provocó durante la Administración Trump (2017-2021). Sin embargo, conviene dedicarle algo de tiempo por tres razones. En primer lugar, el primer ministro israelí que sustituyó a Netanyahu, Naftalí Bennett, siguió pensando en los mismos términos del supuesto acuerdo: incentivos económicos en lugar de justicia. En segundo lugar, los Estados árabes cayeron en la tentación de culpar a la víctima (el pueblo palestino) para justificar las alianzas que establecieron con Israel, en parte para reforzar sus alianzas bilaterales con los Estados Unidos. Existe una larga tradición de este tipo de pensamiento estratégico. Se remonta a la Nakba e implica comerciar con la causa palestina como medio para obtener cierta influencia dentro del contexto de las relaciones diplomáticas con las potencias occidentales. La tercera razón se refiere a la adopción de la retórica nacionalista del sionismo religioso por parte de ciertos círculos de la antigua Administración Trump. Esto concierne en particular a los individuos que emergieron y adquirieron influencia gracias a la alianza entre el sionismo y las iglesias evangélicas extremistas de los Estados Unidos. Estos individuos eran a veces más celosos en su defensa de las ideas y actitudes de la retórica sionista religiosa que la propia derecha religiosa israelí. El documento oficial estadounidense que expone el "acuerdo del siglo" de Trump permite identificar las falacias inherentes de este discurso.

Los dos últimos capítulos están dedicados al debate sobre "lo que hay que hacer" en el futuro, y hasta qué punto esta cuestión está relacionada con un análisis de la naturaleza del régimen que existe actualmente en Palestina. En este contexto, abordaré los términos "colonialismo de asentamientos" y apartheid. Ambos pueden utilizarse como conceptos para analizar y comprender mejor la realidad actual, si bien la elección de un programa político depende indudablemente de algo más que de modelos analíticos. ¿Debería la

lucha colectiva centrarse en combatir el apartheid y en luchar por la igualdad de derechos en un único Estado? ¿O debe aspirar a la creación de un Estado palestino independiente, democrático y soberano en Cisjordania y Gaza? En última instancia, no se trata de una tarea teórica y abstracta, sino de algo eminentemente práctico y estratégico.

Tal vez otra forma de verlo sea preguntarse si la naturaleza del sistema de poder y control que existe en Palestina debería ser el principal factor determinante a la hora de apostar por la solución de "un Estado" o por la de "dos Estados". Es obvio que el colonialismo de asentamientos y el actual sistema de segregación bajo el dominio y apartheid de Israel no son mutuamente excluyentes. Los colonos de Sudáfrica no llevaron consigo un proyecto de apartheid, sino que el sistema evolucionó a partir de un régimen colonial de asentamientos. Lo mismo puede decirse del sistema similar al apartheid en Palestina. En mi opinión, un análisis y un debate sobre ese sistema pueden ser útiles para determinar las formas de resistencia que deberían adoptarse (aunque no necesariamente acabarán adoptándose). Sin embargo, este análisis y este debate no son fundamentales para determinar la elección de la solución o el programa político. Además, el resultado de las soluciones negociadas, independientemente de lo que se elija, está menos relacionado con la estructura del sistema de control que con las formas, la eficacia y la tenacidad de la resistencia, las acciones y el peso relativo de los agentes políticos empeñados en imponer condiciones inaceptables, la naturaleza del orden internacional, la situación geoestratégica y otros factores similares específicos.

En el último capítulo, abordo ideas relacionadas con las estrategias de la lucha palestina y mi opinión es que ningún estudio académico puede proponer una estrategia de resistencia puramente teórica. Al fin y al cabo, las estrategias de resistencia no operan en abstracto, sino que conectan directamente con los agentes humanos y las circunstancias concretas en un lugar y en un momento específicos.

En resumen, este libro consta de dos partes. La primera y más larga de las dos es una lectura y reflexión sobre la historia. Pido aquí la indulgencia del lector porque esta parte se escribió en forma de ensayo y aborda una serie de ideas que considero esenciales para

una comprensión cabal de la historia. Evita, por tanto, el desarrollo cronológico y la discusión detallada de los acontecimientos históricos que un lector podría esperar en circunstancias normales. Algunos antecedentes y detalles históricos son imprescindibles para la correcta comprensión de las ideas que expongo. Sin embargo, para no interrumpir el flujo del texto con una controversia tras otra, he proporcionado los antecedentes necesarios en forma de notas a pie de página, algunas de las cuales son bastante extensas. Estas notas deben tratarse como un texto paralelo que debe leerse junto con el texto principal. La segunda parte consta de tres capítulos que abordan el acuerdo Trump-Netanyahu, la cuestión conceptual del colonialismo de asentamientos y el apartheid, y la pregunta sobre lo que viene después.

Este libro no abarca, ni puede abarcar, todos los aspectos de la causa palestina. Es una condensación de décadas de experiencia personal, lecturas, reflexiones y escritos sobre la materia.

Agradecimientos: para poder concluir rápidamente este libro conté con la ayuda de un equipo de investigadores y asistentes que prepararon listas de bibliografía relevante y que revisaron y comentaron el texto. Por ello, me gustaría aprovechar esta ocasión para dar las gracias a Mohammad Almasri, Ayat Hamdan, Dana El Kurd y Hani Awad, del Centro Árabe de Investigación y Estudios Políticos (ACRPS, en sus siglas en inglés), así como a mi ayudante Israa Batayneh. También quiero dar las gracias a Farah Hawana, Peter Daniel, Mandy McClure y Abby Lewis, que me ayudaron en la corrección de las distintas versiones del texto.

Primera parte

REFLEXIONES

SOBRE UNA CAUSA JUSTA

Capítulo 1

SOBRE NARRATIVAS, MITOS Y PROPAGANDA

Este capítulo está pensado específicamente para aquellos lectores que conciban la cuestión palestina como el problema de un pueblo ocupado que se remonta a la toma de control de Cisjordania y Gaza en 1967 por parte de Israel. Ahora bien, el origen es muy anterior y sus raíces, más profundas. En este capítulo, ilustraré cómo los orígenes y las dimensiones de la causa palestina emanan de la Nakba (calamidad, catástrofe), un término árabe que denota las consecuencias catastróficas de la creación del Estado judío en Palestina. Durante la guerra de 1948, la mayoría de los palestinos, quienes hasta entonces componían el grueso de la población de la Palestina histórica, fueron sistemáticamente expulsados de su tierra. El fuerte contraste entre la independencia israelí y la Nakba palestina no solamente se perfila como el punto de partida más indicado para abordar el tema, sino también como una oportunidad para examinar los mitos sionistas y las contradicciones ideológicas que subyacen a la cultura política dominante en Israel. Este capítulo arranca con el nacimiento de Israel y finaliza con la creación de la OLP.

Independencia

La creación de Israel se celebra con arreglo al calendario hebreo, lo cual plantea una disyunción simbólica entre dos fechas: por un lado, la fecha del "Día de la Independencia" de Israel, que el Estado fija el 5 de Iyar, de acuerdo con el calendario hebreo, y la fecha de la Nakba, que los palestinos conmemoran el día de la declaración del Estado de Israel, véase el 15 de mayo, de acuerdo con el calendario gregoriano. La brecha temporal resultante —por lo general, media una semana entre ambos eventos— constituye una metáfora muy oportuna de la distancia que separa dos narrativas irreconciliables sobre el mismo hecho histórico: la del colono colonizador, y la del colonizado y refugiado desposeído.

Durante el Día de la Independencia, el fervor celebratorio en Israel supera con creces el de cualquier otro país que conmemore su independencia, ni qué decir tiene los Estados árabes, en los que estas celebraciones son comparativamente poco efusivas. En Israel, el Día de la Independencia es la fiesta nacional por excelencia e incluye algunos de los grandes ritos de la religión nacionalista. Ninguna festividad religiosa la supera, al menos en términos de participación pública, con la salvedad quizás del Yom Kipur, que no es un festivo como tal, sino un día de ayuno, arrepentimiento y expiación religiosa.

Los fastos del Día de la Independencia no solamente son un evento oficial sino también social y comunitario. Las familias asisten a las festividades locales con sus hijos mientras las canciones y películas de corte patriótico toman las ondas. Los ciudadanos visitan los museos militares y escuchan con atención el relato de las distintas batallas. Las cadenas de televisión, tanto públicas como privadas, retransmiten una panoplia de documentales, debates y entrevistas que ahondan en los distintos aspectos de la narrativa israelí sobre la ocupación forzosa de Palestina y el proyecto sionista. Los familiares se reúnen con unidades del ejército en campamentos militares y

organizan pícnics y excursiones al campo (o lo que queda de él), así como los sitios históricos donde se libraron en su día las batallas. Todo lo anterior alimenta una construcción más amplia de una memoria colectiva israelí centrada en la "guerra de la Independencia" de 1948.

No es ninguna coincidencia que el Día Oficial de Conmemoración del Holocausto se haya fijado también con arreglo al calendario hebreo, el 27 de Nisan, aproximadamente una semana antes del Día de la Independencia. El mensaje buscado es evidente: este último es una respuesta al primero. Sin embargo, el proyecto sionista de trasladarse a Palestina para crear un Estado judío es muy anterior al Holocausto. Tal es así que, décadas después de su creación, el sionismo seguía siendo un fenómeno marginal entre los judíos europeos, principales víctimas del Holocausto, y prácticamente inexistente entre los judíos mizrajíes (orientales). La mayoría de los judíos que sobrevivieron al Holocausto pusieron rumbo a los Estados Unidos y el grueso de quienes terminaron en Palestina lo hicieron porque no tuvieron otra opción, ya sea porque se puso coto a la inmigración o por falta de medios financieros.

Desde finales del siglo XIX hasta principios del siglo XX, un flujo cada vez más estable de inmigrantes judíos partió desde Europa hacia los Estados Unidos, alcanzándose picos en 1905 y 1906. Entre 1907 y 1909, se registró un aumento de la inmigración judía a Palestina, si bien las cifras absolutas permanecieron comparativamente muy bajas. El número total de judíos inmigrantes a Palestina desde 1905 hasta 1914 apenas representó entre el 0,95 y el 4,27% del total de judíos que partieron a los Estados Unidos (dicho de otro modo, solamente unos pocos miles fueron a Palestina frente a las decenas o centenares de miles que pusieron rumbo a los Estados Unidos). Otros países, como Argentina, fueron también destinos populares para los inmigrantes judíos. Una vez que los Estados Unidos se recuperaron de la crisis económica de 1910, el número de inmigrantes aumentó al tiempo que caía la inmigración a Palestina y Argentina. Entre 1911-14, creció el índice de inmigración tanto a los Estados Unidos como a Palestina, dibujándose una tendencia al alza que continuaría hasta la Primera Guerra Mundial (Alroey, 2014: 109-11).

No obstante, en 1921, los Estados Unidos adoptaron medidas para limitar la inmigración al imponer cuotas basadas en el país de nacimiento[2]. La Ley de Inmigración de 1924 aplicó restricciones adicionales y tipificó dichos límites[3]. A mediados de 1924, tras el establecimiento del Mandato británico en Palestina y después de que los Estados Unidos cerraran sus fronteras, los judíos empezaron a emigrar en gran número a Palestina. Ahora bien, también migraron desde Palestina. En palabras de Liebmann Hersch, "si consideramos el periodo transcurrido entre 1922 y 1929 en su totalidad, la emigración judía desde Palestina representó el 30% de la inmigración. Esto resulta si cabe más llamativo si tenemos en cuenta que los judíos se desplazaron a Palestina […] con visos de permanencia y que se registró un altísimo índice de retorno desde Palestina en el momento mismo en que los judíos se toparon con dificultades crecientes para inmigrar a otros países" (Hersch, 1931: 513-15).

Existe una correlación considerable entre el aumento de la inmigración judía y las olas de antisemitismo en Rusia y Europa central y del este. Antes incluso del Holocausto, la mayoría de los judíos que buscaban refugio durante las oleadas de discriminación y persecución o en tiempos de penurias económicas emigraron a los Estados Unidos, como lo hicieron otros europeos en esa época. De hecho, fueron pocos los judíos que se decantaron por Palestina como refugio. En lo que respecta al importante número de sionistas que sí optaron por Palestina, dichas personas siguieron profesando un culto marginal. A diferencia de las comunidades religiosas judías que se asentaron en Palestina a lo largo de los siglos para estar en estrecho contacto con las "tumbas de sus antepasados", la motivación de los nuevos colonos judíos fue diferente. Estas personas se vieron a sí mismas como la punta de lanza de un movimiento nacional que aspiraba a establecer un Estado judío en Palestina. El discurso sionista de los primeros tiempos, en general, menospreció y se burló del carácter y la imagen de los "judíos de la diáspora" y desdeñó a los judíos que decidieron no sumarse a los colonos en Palestina. Se esperaba que los judíos de la diáspora apoyaran al menos el Yishuv[4] y, más adelante, el Estado de Israel y que defendieran la causa en el extranjero.

Cuadro 1.1

Inmigrantes judíos a los Estados Unidos y Palestina (1899-1939)

Año	Inmigrantes judíos a los Estados Unidos	Inmigrantes judíos a los Estados Unidos	Inmigrantes judíos a los Estados Unidos	Inmigrantes judíos a los Estados Unidos	Inmigrantes judíos a los Estados Unidos	Inmigrantes judíos a los Estados Unidos
1881 1898					533.478(5)	
1899	37.000				829.244(6)	
1900	61.000					
1901	58.000					
1902	58.000					
1903	76.000					
1904	106.000					
1905	130.000		129.910	1.230		
1906	154.000		153.748	3.450		
1907	149.000		149.182	1.750		
1908	103.000		103.378	2.097	656.397	
1909	58.000		57.551	2.459		
1910	84.000		84.260	1.979		
1911	91.000		91.223	2.326		
1912	81.000		80.595	2.430		
1913	101.000		101.330	3.050		
1914	138.000		138.051	2.182		
1915	26.000				79.921	
1916	15.000					
1917	17.000				18.885(7)	
1918	4.000					
1919	3.000					
1920	14.000					
1921	119.000				119.036	
1922	54.000	7.844			53.524	7.844
1923	50.000	7.421			49.719	7.421
1924	50.000	12.856			49.989	12.856
1925		33.801			10.292	33.801
1926		13.080			10.267	13.081
1927		2.713			11.483	2.713
1928		2.178			11.639	2.178
1929		5.249			12.479	5.249
1930					11.526	4.944

1931				5.692	4.075
1932				2.755	9.553
1933				2.372	30.327
1934				4.134	42.359
1935				4.837	61.854
1936				6.252	29.727
1937				11.352	10.536
1938				19.736	12.868
1939	—	—	—	43.450	16.405

Nota: (1) Hersch (1931: 474); (2) Hersch (1931: 514); (3) “Statistics of Jew

Las celebraciones nacionales del Día de la Independencia y otras temporadas festivas han sido diseñadas cuidadosamente, desde 1951, para crear rituales ricos en simbología, códigos y activadores de la memoria emocional con el fin último de construir una nación. Por nación no me refiero aquí a un Estado nación, sino a una nación para la que debe crearse un Estado; una nación cuyas historias diversas son reimaginadas como una historia monolítica indivisible, una única historia nacionalizada que "necesariamente", e incluso teleológicamente, conduce a un Estado judío. Este tipo de creación o mito fundacional da pie a una cultura política que gira en torno a una relación de propiedad entre un grupo étnico (o, en este caso, un grupo etnoreligioso) y el Estado, y que prioriza la afiliación étnica (o afiliación etnoreligiosa) como criterio para la adquisición de derechos. No sorprende, en tales casos, que los más pobres y desfavorecidos tiendan a incidir en su identidad étnica, que es idéntica a la del Estado, como medio para reclamar igualdad.

El Día de la Independencia de Israel se perfila como una oportunidad idónea para reproducir muchos de los mitos y narrativas fundacionales del Estado, empezando por el que plantea la "guerra de la Independencia" como una guerra que enfrenta a unos pocos contra unos muchos. Otros mitos son el del "renacer" del Estado judío en Palestina, la narrativa de la construcción nacionalista secular del "nuevo judío" que porta armas y cultiva la tierra en Eretz Israel y el de la "negación del exilio" (shlilat hahgula), el mito de la existencia apolítica de los judíos de la diáspora sin una nación. Esta negación, esencial para el sionismo, se materializa al convertir a los judíos en "una nación como el resto de naciones"[5] al establecer un Estado judío[6] y repudiar la condición de minoría "débil" y el carácter de los "judíos de la diáspora", que no podían ni poseer ni cultivar tierras ni tampoco protegerse a sí mismos. Con todo ello, pretendo afirmar que no solamente había muchos judíos contrarios al sionismo (aquellos que deseaban integrarse como ciudadanos en la sociedad laica europea y aquellos quienes querían preservar su singularidad en tanto que judíos en el exilio), sino también que el sionismo estaba en contra de muchos judíos. El sionismo despreció abiertamente la existencia en el exilio y los modos de vida y el carácter general de los judíos de la

diáspora.

La ideología sionista experimentó algunos cambios cuando empezó a combinar algunos mitos religiosos indispensables (la tierra eternamente prometida y la promesa del retorno) con una vocación colono-colonialista secular y un credo militarista con miras a crear una nueva nación judía y a establecer un vínculo con Eretz Yisrael (la Tierra de Israel). Al concentrar las fuerzas de la propaganda nacionalista en torno a la construcción de una nación, la expansión territorial y colonialista continuada y la creciente militarización, los mitos seculares se harían sagrados y lo sagrado (la religión) se vería cada vez más politizado y secularizado. A medida que Israel se fue convirtiendo en una sociedad de consumo avanzada e industrializada en la década de 1970, se produjo una nueva mutación en los mitos nacionalistas sionistas. Dicho periodo estuvo caracterizado por la liberalización económica (y parcialmente política) y por el declive del valor que confiere la sociedad al trabajo manual y a la agricultura[7], en contraste con la doctrina sionista inicial y la cultura colona. Simultáneamente, hubo tendencias crecientes hacia el individualismo y, entre sectores de la clase media, hacia la elusión del servicio militar. Estos complejos cambios socioeconómicos se produjeron en un contexto de prácticas colonialistas de facto llevadas a cabo bajo la pretensión de revivir un pueblo antiguo en “su” tierra ancestral, algo posible solamente si se ignoran los 2.000 años de historia de dicha tierra y se niega la historia reciente: la evacuación forzosa de gran parte de la población nativa en 1948 y la reducción de los palestinos restantes a ciudadanos de segunda o incluso de tercera en el Estado de Israel. Sin embargo, tras la guerra de 1967, cuando Israel impuso un mandato directo sobre millones de palestinos bajo su ocupación militar, negar la naturaleza colonizadora expansionista del sionismo y el engaño y autoengaño de los israelíes que no participaron en el proyecto de transferencia de 1948 y de los judíos recién llegados (en hebreo: Olim Hadashim) a través del mito de la tierra vacía se volvió del todo imposible.

Estas tradiciones y mitos religiosos politizados, militarizados y seculares han sido institucionalizados a través de su celebración anual y la adhesión a un programa oficial que arranca con el día del duelo antes de dar el pistoletazo de salida a las celebraciones

propiamente dichas. Conviene destacar un ritual concreto que precede al Día de la Independencia de Israel. La víspera de la celebración está marcada por un minuto de silencio en memoria de los millones de víctimas del Holocausto. Al escuchar el sonido de una sirena, los ciudadanos israelíes interrumpen sus actividades y guardan silencio allá donde se encuentren, ya sea en la calle, la fábrica, la escuela, la universidad o el espacio público. Los coches también se detienen y los conductores salen de sus vehículos y se ponen en pie. Este sonido estridente de sirena ahoga el sufrimiento del pueblo nativo sobre cuyas ruinas se construyó el Estado de Israel.

Otro importante cambio en los mitos fundacionales israelíes fue su creciente afán por silenciar el sufrimiento y justificar la expulsión de la mayoría palestina en 1948. Siguieron recurriendo a tropos familiares, como el heroísmo de unos pocos frente al "mar" hostil de muchos, conceptos que combinaron cada vez más con nociones como las "amenazas existenciales", las guerras sin elección y, de manera más y más marcada, con el imperativo de la guerra preventiva. La tendencia general era presentar la desposesión como el producto de una huida deliberada y una consecuencia involuntaria de las acciones israelíes. Es como si tuviera que existir algún tipo de diferencia fundamental entre, por un lado, la expulsión sistemática (que se produjo de hecho) y la perpetración de atrocidades y crímenes de guerra destinados a generar el pánico y la huida (que también ocurrieron) y, por otro, el desplazamiento causado por la propagación de la violencia y el avance de un ejército enemigo. Este mito retrata a los palestinos obligados a huir en 1948 como responsables de su propia desposesión. Al mismo tiempo, la propaganda nacionalista[8] atribuyó a los Gobiernos árabes la responsabilidad de la huida palestina de su tierra natal durante la guerra de 1948. En todos los casos, los mitos y la propaganda enmascararon el hecho de que se impidió sistemáticamente a los palestinos regresar a sus hogares y aldeas, y que sus propiedades y pertenencias fueron saqueadas o confiscadas por agencias estatales antes de ser redistribuidas entre la población judía. Ahora bien, el mayor encubrimiento es el de la limpieza étnica sistemática de la población nativa para allanar el camino para la creación del Estado de Israel en términos favorables para la minoría judía, integrada mayoritariamente por colonos inmigrantes (Khalidi, 1988: 4-33 y

1992; Masalha, 1992; Pappé, 2006a). Cabe subrayar que de los 37 signatarios de la Declaración de Independencia de Israel, solamente uno nació en Palestina. Estos inmigrantes declararon de forma unilateral un Estado que excluye a los nativos de un país que no les pertenecía, como tampoco ellos le pertenecían a él. La mayoría de ellos hebraizaron sus nombres tras la declaración.

La ideología y propaganda sionista sostuvieron en un primer momento que la construcción de la nación judía a través del establecimiento de un Estado moderno fuera de Europa era la única solución a la "cuestión judía" en Europa. La creación del Estado era el fin último del proyecto sionista. Por ende, el "Estado de los judíos"[9] era tanto un medio como un fin, al menos en opinión del fundador del proyecto del Estado, Theodor Herzl, y sus compañeros de la intelligentsia judía centroeuropea que crearon el primer movimiento sionista. Desde la perspectiva en abstracto de la construcción de una nación, esta forma de pensar se antojaba perfectamente coherente, al menos para sus autores desde su posición en la Europa de inicios del siglo XX. En la práctica, sin embargo, su proyecto de construcción del Estado encerraba dos grandes tensiones que condicionarían su desarrollo político y cultural. La primera era la tensión permanente con su entorno, al instaurarse sobre las ruinas del pueblo nativo y negar de lleno la injusticia inherente a dicho acto. Este choque intrínseco, la culpa consciente e inconsciente que propició (incluso en tiempos de paz) y la serie de guerras, levantamientos y actos de resistencia condujeron a la militarización y regimentación, en aras de la seguridad, de todas las esferas de la vida[10]. La segunda tensión emana de cómo el Estado y la sociedad fueron quedando perpetuamente atrapados entre el choque de percepciones sobre la israelidad y la judeidad. Esto parece casi inevitable vistas las definiciones exclusivamente religiosas de "¿quién es judío?" utilizadas para determinar la ciudadanía como una entidad secular marcadamente moderna construida por un movimiento nacionalista supuestamente secular. El sionismo secular no distingue entre religión y nación, pues en Israel no se puede hacer una distinción entre un Estado judío y un Estado de los judíos. El problema, en realidad, es anterior. Prácticamente todos los términos políticos, símbolos, nombres y códigos sionistas tienen sus raíces en la religión y fueron instrumentalizados durante el proceso de

colonización[11]. El hecho de que el ethos sionista los secularizara no aplacó su connotación religiosa.

Desde el inicio, los colonialistas de asentamientos sionistas en Palestina[12] se caracterizaron por una serie de rasgos distintivos. En primer lugar, las prácticas coloniales iniciales incluyeron no solamente construir asentamientos, sino también planes para desarrollar una economía judía independiente (la conquista del trabajo) y lanzar la "conquista de la tierra": se aludió con frecuencia al término religioso geulat ha-adama (la redención de la tierra). Tales prácticas terminaron desembocando en una comunidad nacional organizada con milicias armadas que desfilaban como si de un movimiento de liberación nacional se tratara.

Esto necesariamente significaba que, primero, la existencia de una mayoría árabe era un impedimento que debía eliminarse; segundo, que el proyecto de los colonialistas de asentamientos no tenía una patria colonial[13]; y tercero, que debía instrumentalizarse una combinación de los discursos socialistas seculares, las definiciones religiosas de la nación y los símbolos religiosos para justificar los lazos con la tierra de Palestina. Asimismo, los movimientos colonos sionistas que hicieron gala de un discurso socialista y en ocasiones incluso antiimperialista dependían de la Declaración Balfour, el Mandato británico y la colaboración entre los líderes políticos sionistas con Gran Bretaña y otras superpotencias imperialistas. He ahí un resumen de los rasgos iniciales del sionismo en Palestina.

Tras la creación del Estado, las milicias armadas, que fueron el principal instrumento para llevar a cabo la limpieza étnica, conformaron el núcleo mismo del ejército israelí. Con el tiempo, el carácter religioso judío del nacionalismo israelí se tornó más y más prominente, mientras que las tendencias y el discurso socialista perdían fuelle conforme Israel liberalizaba su economía en la década de 1970 y 1980. El posterior desarrollo de una amplia clase media y una cultura urbana impulsada por los consumidores, así como la creciente sensibilización sobre cuestiones relativas a la calidad de vida y el papel de las decisiones individuales en una economía globalizada aún no han logrado generar fuerzas políticas capaces de oponerse a la militarización de la sociedad israelí y a la deriva hacia un chovinismo nacional extremista y religioso.

Israel heredó las estructuras políticas y legales de la Palestina del Mandato británico, que fue cambiando después con el tiempo. La democracia en el marco nacionalista sionista —o la democracia judía tal y como sigue autodenominándose (o etnocracia, como la han denominado algunos investigadores)[14]— fue el concepto que adoptaron las élites políticas y culturales israelíes para referirse al tipo de ciudadanía y sociedad que deseaban crear. Esta era sin duda su baza para absorber la diversidad política e ideológica de los inmigrantes judíos. El hecho de heredar las instituciones del Mandato británico también les encaminó en esta dirección.

Incluso obviando los cimientos colono-colonialistas del Estado y la ocupación, como han hecho tantos académicos en Israel y demás geografías, Israel no puede considerarse una democracia. En su definición más sencilla, aun ignorando su necesaria dimensión liberal, la democracia moderna no es el gobierno de una mayoría étnica o religiosa sobre un país en su conjunto[15]. El componente fundamental de la democracia moderna, incluso en un Estado multinacional o federado en el que los derechos colectivos también son reconocidos, es la ciudadanía, independientemente de la afiliación religiosa, étnica o de otra naturaleza. Incluso si, con el fin de debatir, pasáramos por alto la fundación colono-colonial del Estado y el régimen de apartheid impuesto en Gaza y Cisjordania, el propio Israel se define oficialmente a sí mismo como un Estado judío y democrático[16]. Se trata de una etnocracia de jure con derechos republicanos para los judíos y, en palabras de Yoav Peled, derechos individuales liberales para sus ciudadanos árabes (Peled, 1992: 432-43). Sin embargo, también esta afirmación es meramente teórica, pues los derechos individuales no se salvan de las políticas discriminatorias de facto.

Los siguientes cinco componentes del proceso de construcción de la nación israelí se han mantenido constantes con el paso del tiempo:

La judeidad declarada del Estado. Esto excluye toda posibilidad de construir una nación para todos sus ciudadanos, así como el derecho de los refugiados palestinos a regresar a su tierra.

La denegación oficial de la nacionalidad israelí y la insistencia en

que los judíos en Israel y el resto del mundo conforman una nación cuyo Estado es Israel.

La judaización de la tierra a través de la expropiación, el asentamiento y la judaización revisionista de la historia y la identidad de la tierra.

La "reunión de los exiliados", que en términos jurídicos se traduce en el derecho de todo judío (definido por criterios religiosos), en cualquier lugar del mundo, a convertirse en ciudadano israelí por el mero hecho de decidir irse a vivir a Israel[17].

El renacimiento del hebreo. Este proceso ha adoptado algunos aspectos culturales progresistas, como dejar atrás las restricciones del hebreo talmúdico y bíblico transmitido históricamente y utilizar el hebreo como lengua de enseñanza en escuelas y universidades.

La militarización y la priorización de la seguridad: en la práctica, esto implica ocupar físicamente la tierra, asentarse en ella por la fuerza al vaciarla de su población indígena y después proteger los asentamientos coloniales con milicias sionistas antes de 1948, y después con uno de los ejércitos mejor equipados del mundo. También significa mantener un monopolio regional de armas nucleares y una superioridad militar cualitativa sobre la región. En términos de la sociedad israelí, se manifiesta a sí misma en forma de servicio militar obligatorio (la principal herramienta de integración de la nación, como mencionábamos antes), el servicio de reserva también obligatorio y un ethos militar omnipresente.

En definitiva, tras 1948, la ideología sionista se entrelazó en un primer tiempo con los mitos fundacionales de Israel y los mitos consiguientes en torno al desplazamiento forzoso de la población nativa y la destrucción de la sociedad palestina para crear una ideología oficial del Estado israelí. Suaviza oportunamente las contradicciones y tensiones inherentes que surgen al construir un Estado sobre las ruinas de un pueblo nativo, cuando la religión y la nacionalidad se solapan y cuando la afiliación étnica se convierte en el criterio para determinar la pertenencia al Estado y se margina el vínculo del ciudadano particular con el Estado. Si bien estas

realidades concretas siguen subyaciendo al mito, el proceso de construcción del Estado también ha producido una nueva realidad que presenta sus propias contradicciones. Tiene a su vez su propia normalidad —una normalidad irreflexiva—. Me refiero a la cultura sabra, o cultura israelí judía, que se reproduce y vive en paz consigo misma al apuntalar la exclusión de la población nativa y la expropiación y apropiación de su espacio e historia.

La Nakba

El 15 de mayo de 1948, el movimiento sionista declaró un Estado judío independiente en Palestina. El 15 de mayo de 1947, exactamente un año antes, la Asamblea General de las Naciones Unidas creó la Comisión Especial de las Naciones Unidas para Palestina (UNSCOP, por sus siglas en inglés) con el mandato de elaborar un informe para ayudar a resolver el "problema" de Palestina en vísperas del fin de Mandato británico. A principios de septiembre de 1947, tras exhaustivas investigaciones, la Comisión presentó dos planes: 1) la propuesta mayoritaria, que recomendaba la partición de Palestina en tres bloques vinculados por una unión económica para establecer un Estado árabe y un Estado judío con Jerusalén como corpus separatum bajo el control administrativo de las Naciones Unidas, y 2) la propuesta minoritaria, por la que se creaba un Estado federal con "partes" nacionales árabes y judías y con Jerusalén como capital[18].

El 29 de noviembre de 1947, la Asamblea General de la ONU concluyó un debate de dos meses con la aprobación de la Resolución 181 (II). Aprobaba así, con cambios menores, la propuesta "mayoritaria" para la partición y la unión económica. En virtud de esta resolución, el Mandato tocaría a su fin y las fuerzas armadas británicas se retirarían paulatinamente. Los Estados árabe y judío a los que apelaba el plan se crearían a más tardar el 1 de octubre de 1948. A tal fin, Palestina se dividiría en ocho partes: tres partes se asignarían al Estado árabe y tres a su homólogo judío. Las localidades de Jaffa y Jerusalén serían la séptima y octava parte respectivamente. La primera se convertiría en un enclave árabe dentro del territorio judío mientras que la última sería administrada por el Consejo de Administración Fiduciaria de las Naciones Unidas.

La Agencia Judía[19] aceptó la resolución, aunque lo hizo motivada únicamente por el deseo de aprovechar una oportunidad histórica para adquirir legitimidad internacional con miras a allanar el

camino para su proyecto de construcción de un Estado judío en Palestina más allá de las fronteras delimitadas por el plan. En cambio, la resolución fue rechazada por los líderes árabes palestinos y los Estados árabes vecinos, que consideraron que violaba el derecho a la libre determinación consagrado en la Carta de las Naciones Unidas (Departamento de Información Pública de la ONU, 2008). Los palestinos no podían aceptar la partición de su país o el establecimiento de un Estado de colonos en más de la mitad de su tierra. Las potencias internacionales que apoyaron la solución de un Estado en Palestina para ambos pueblos, como la Unión Soviética, finalmente concluyeron que no había ninguna fuerza política seria sobre el terreno que respaldara dicha opción.

La Resolución 181 (II) ignoró datos demográficos consolidados. En diciembre de 1946, la población total de Palestina ascendía a 1.972.000, de los cuales los palestinos árabes representaban el 69% (1.364.000) y los judíos el 31% (608.000) (Khalidi, 1997: 11). La UNSCOP reconoció que había una población mayoritaria árabe de unas 1.200.000 personas y una población minoritaria judía de en torno a 600.000 judíos[20], pero asignó pese a ello el 55,5% de la superficie total de Palestina al Estado judío y el 45,5% al Estado árabe (Kattan, 2009: 146-68)[21]. El cuadro siguiente muestra las cifras oficiales de la UNSCOP con la distribución de la población asentada en los dos Estados propuestos a finales de 1946 (UNSCOP, 1947).

Cuadro 1.2

Distribución de la población asentada en Palestina (1946)

Territorio	Población judía		Población árabe y otros orígenes		Total
Territorio judío	498.000	55%	407.000	45%	905.000
Territorio árabe	10.000	1%	725.000	99%	735.000
Ciudad de Jerusalén	100.000	49%	105.000	51%	205.000
Total*	608.000	33%	1.237.000	67%	1.845.000

* Se estima que durante las temporadas secas a estas cifras han de sumarse

De acuerdo con el plan propuesto por la UNSCOP, los residentes árabes constituirían el 45% de la población en el Estado judío y el 99% de la población en el Estado árabe[22].

Antes de la declaración formal del Estado de Israel, las milicias sionistas lanzaron una campaña militar de conquista y limpieza étnica. El movimiento sionista llevaba mucho tiempo anhelando este momento. Construyó instituciones nacionales, una economía exclusivamente judía al margen de la economía árabe y la fuerza armada Haganá[23], que no solamente fue la columna vertebral del futuro ejército, sino también una entidad destinada a hacerse con las instituciones estatales legadas por el Mandato británico. Aprovechando la oportunidad que planteó la retirada rápida de los británicos que habían gobernado Palestina durante tres décadas, las fuerzas sionistas declararon unilateralmente el establecimiento del Estado de Israel el 15 de mayo de 1948, y fue entonces cuando los Estados árabes respondieron declarando una guerra para la que no estaban preparados.

Para cuando se firmaron los Acuerdos de Armisticio en 1949[24], el Estado recién creado controlaba el 77% del Mandato palestino. Apenas 150.000 árabes lograron permanecer en el país. En 1967, Israel ocupó el resto del territorio, "reunificando" así el Mandato palestino bajo su control. Según las estadísticas más recientes de la Oficina Central de Estadística (2021), se estima que la población total de Israel ronda en la actualidad los 9,5 millones de habitantes, de los cuales 6,9 millones son judíos (el 74%) y 1,7 millones son árabes (más de una quinta parte de la población)[25]. Si los sumamos a los aproximadamente 4,8 millones de palestinos residentes en Gaza y Cisjordania (según las cifras de 2021 de la Oficina Central de Estadística de Palestina)[26], vemos que en torno a 7 millones de judíos y más de 6,5 millones de palestinos viven en la actualidad bajo el gobierno soberano del autoproclamado Estado judío.

Tal y como comentábamos anteriormente, un componente significativo del esfuerzo israelí de construcción de mitos y propaganda con posterioridad a 1948 se ha consagrado a la negación de la Nakba. El oficialismo israelí se ha negado vehementemente a reconocer que los ejércitos sionistas perpetraron

actos de limpieza étnica durante la guerra de 1948 e insisten en reivindicar que los palestinos se limitaron a huir y/o que los Gobiernos árabes les indicaron que abandonaran sus hogares hasta que finalizara la guerra. Hay que tener mucha osadía para pretender que la tierra había estado deshabitada cuando miles de familias judías viven en la actualidad en casas que una vez pertenecieron a palestinos que se convirtieron en refugiados en 1948. Existe incluso un nombre en hebreo para referirse hoy a estas casas en Israel: Bayet Aravi (casa árabe). Claramente, el mantra de la "tierra sin pueblo" que resonó en Europa durante la primera mitad del siglo XX dejó de ser sostenible a partir de 1948, cuando la comunidad internacional se topó de sopetón con una crisis aguda de refugiados procedentes de la que hasta entonces era considerada una tierra "vacía". Los propagandistas israelíes tuvieron que apresurarse a hacer una labor de relaciones públicas y el mito de los árabes que huían (como se referían los sionistas a los árabes palestinos) durante la guerra (en hebreo: h'Aravim barhou) como resultado de una orden transmitida desde las capitales árabes encajaba a la perfección con su discurso.

En un artículo de 1959, el historiador palestino Walid Khalidi se apoyó en los comunicados de prensa y las actas de las reuniones de la Liga Árabe, así como en los periódicos árabes y palestinos publicados durante la época para refutar la afirmación sionista que defendía que los palestinos habían abandonado sus hogares porque así se lo indicaron los líderes árabes (Khalidi, 2005: 42-54, 44-54). Khalidi no solamente no halló evidencia alguna de una orden de evacuación árabe en fuentes árabes de la época, sino que tampoco encontró ningún tipo de referencia a dicha orden en la radio y correspondencia de la Haganá entre los líderes sionistas y británicos del momento. Pudo constatar que la primera referencia a dicha afirmación databa de 1949, cuando la situación de los refugiados empezó a ser motivo de preocupación para Occidente. Lo atribuyó al deseo de los líderes sionistas de eludir toda responsabilidad por la crisis (Khalidi, 2005: 43). No existe evidencia de ninguna orden de esta naturaleza en los programas de radio árabes, tal y como concluyó Khalidi: "El análisis diario de las retransmisiones desde las capitales árabes y de las emisoras de radio árabes secretas de 1948 no aporta ni una sola referencia, ni directa ni indirecta, a ninguna orden de evacuación dirigida a los árabes de Palestina" (Khalidi,

2005: 46). Lo que sí encontró, sin embargo, fueron evidencias apuntando en sentido contrario, concretamente, retransmisiones que instaban a los palestinos a permanecer en sus hogares (Khalidi, 2005: 46-7). En 1961, el periodista irlandés Erskine Childers publicó "The Other Exodus" en The Spectator, artículo en el que llegaba exactamente a la misma conclusión (Childers, 1961).

Desde la desclasificación de los archivos israelíes han surgido nuevas obras historiográficas israelíes que cuestionan de lleno este mito israelí y el relato oficial de lo acontecido en 1948. Este tipo de documentos han ido aflorando durante las últimas cuatro décadas[27].

En la obra The Birth of Israel: Myths and Realities (1987), Simha Flapan hace una revisión completa y una deconstrucción meticulosa de los mitos fundacionales israelíes. Esta obra fundamental cuestiona "siete mitos" creados y perpetuados por el relato oficial israelí sobre la guerra de 1948 y el establecimiento del Estado de Israel. Estos mitos son la reivindicación de que 1) los sionistas aceptaron la partición de las Naciones Unidas y buscaron la paz, pero 2) los árabes rechazaron dicha división y lanzaron la guerra; 3) los palestinos huyeron de manera voluntaria buscando la reconquista; 4) todos los Estados árabes se unieron para expulsar a los judíos de Palestina; 5) la invasión árabe hizo que la guerra fuera inevitable; 6) un Israel indefenso se enfrentó a su destrucción por parte del Goliat árabe, y 7) Israel siempre ha buscado la paz, a diferencia de todos los líderes árabes (Flapan, 1987). Una lectura objetiva, esto es crítica, de los diarios publicados de líderes israelíes contemporáneos como David Ben-Gurión y Moshé Sharett, por no citar nada más que dos ejemplos, respalda las conclusiones de Flapan de que estas siete afirmaciones son ficciones históricas construidas.

Benny Morris reconoce que las milicias sionistas expulsaron a los palestinos, pero sostiene que no existió un "plan maestro" para hacer una limpieza étnica de los mismos, pese a que el traslado de la población fue un concepto intrínseco a la ideología sionista, que aspiraba a transformar tierras árabes en un Estado judío. Con todo, defiende Morris (2004: 589-90), el desplazamiento de la población árabe de Palestina fue una condición previa necesaria para la existencia del Estado judío.

Muchos observadores, que acogieron con entusiasmo las "revelaciones" detalladas a la par que documentadas de Morris porque fueron realizadas por un historiador israelí apoyándose en archivos israelíes, no han atado cabos entre la refutación de las tergiversaciones sionistas basada en hechos documentados y la necesidad de adoptar una posición ética consecuente. Morris se asemeja a los viejos líderes sionistas, que se mostraban dispuestos a reconocer los hechos al tiempo que justificaban los actos, al menos en sus memorias y conversaciones internas. Sí, de acuerdo, fue una expulsión, pero era lo que debía hacerse, sostienen, ¡porque no había otro modo de establecer un Estado judío en un país poblado por una mayoría árabe![28]. Los principios morales generales o los valores humanitarios quedaron conscientemente supeditados al valor nacionalista de un Estado judío.

Si un reconocimiento franco de un delito no suscita cierta crítica o introspección ética, entonces solamente puede apuntar a una flagrante desfachatez. Esta actitud es peor que la hipocresía, que al menos implica el deseo de ocultar algo indebido y vergonzoso. Parece que la cultura política que predomina hoy día en Israel no ve la necesidad de ocultar las verdades sobre la limpieza étnica porque no la considera, como tampoco concibe el saqueo y pillaje de las propiedades palestinas, delitos y crímenes morales. Evidentemente, el reconocimiento de hechos históricos puede estar motivado por una crítica moral, así como por una disfunción moral.

Khalidi alude al plan sistemático de depuración étnica en un artículo publicado en 1961: "'Plan Dalet' (Plan D) fue el nombre que el Alto Mando sionista otorgó al plan general de operaciones militares en el marco del cual los sionistas lanzaron sucesivas ofensivas en abril y principios de mayo de 1948 en varios puntos de Palestina. Estas ofensivas […] conllevaron la destrucción de la comunidad árabe palestina y la expulsión y pauperización del grueso de los árabes palestinos" (Khalidi, 1988: 8). Cita a Yigal Allon, director de la Palmach, la unidad de élite de la Haganá: "Nos quedaban solamente cinco días para la fecha clave, el 15 de mayo, y vimos la necesidad de limpiar el interior de Galilea y crear una continuidad territorial judía en toda la zona de la Alta Galilea" (Khalidi, 1988).

Varios historiadores han cuestionado a Morris, defendiendo que sí existía un plan maestro para la limpieza étnica y que este fue puesto en práctica (Shlaim, 1995: 287-304). Algunos estiman que la destrucción y limpieza étnica de más de 450 pueblos palestinos constituye una evidencia clara prima facie de un plan sistemático para desplazar a los palestinos de sus hogares y de su tierra (Masalha, 1992). El historiador israelí Ilan Pappé, por ejemplo, demostró cómo el "Plan D" (Dalet) israelí fue concebido como un "plan maestro" ejecutado por organizaciones armadas sionistas (y, posteriormente, por las fuerzas armadas israelíes) (Pappé, 2006: 28). Nur Masalha mantuvo que la expulsión de los palestinos para la creación del Estado judío no solamente siguió un plan maestro, sino que la transferencia forzosa de la población está profundamente enraizada en el pensamiento sionista (Masalha, 1992: 199).

La limpieza étnica se extendió más allá de las fronteras de las líneas de partición propuestas, y, cuando se firmaron los acuerdos de tregua en 1949, el Estado de Israel dominaba el 77% del Mandato de Palestina, superando con creces el 55,5% que el plan de partición de las Naciones Unidas asignó originalmente a la población judía.

Khalidi hace referencia a la despoblación y destrucción de unos 420 pueblos palestinos, añadiendo que, para finales de 1948, el principal desplazamiento de la población en la historia de Palestina había desarraigado a entre 727.700 y 758.300 palestinos (Khalidi, 1992: 582). Según Pappé, la Nakba destruyó 531 pueblos y vació de habitantes 11 zonas urbanas. En su libro de 2006, Pappé destaca que, para octubre de 1948, casi 800.000 palestinos habían sido expulsados de lo que más tarde se conocería como el Estado de Israel (Pappé, 2006a: XIII, 2006b: 7).

¿Qué fue de las personas que se esconden tras dichas cifras? En 2019, el Organismo de Obras Públicas y Socorro de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente (UNRWA, por sus siglas en inglés) observó que 5,5 millones de refugiados palestinos censados residen en la actualidad en Jordania, el Líbano, Siria, la Franja de Gaza y Cisjordania (incluido Jerusalén Este)[29]. Hoy, transcurridas más de siete décadas desde la limpieza

étnica de Palestina, este proceso constituye un hecho consolidado y negarlo es absurdo. Incluso los académicos israelíes reconocen los principales acontecimientos, ya sea como resultado de un pensamiento moral crítico o como muestra de una autoconfianza nacionalista que excusa los delitos cometidos en pro de una “causa”.

El mito de los pocos contra los muchos

Meses antes de que se declarara oficialmente la guerra y de que Israel proclamara su independencia, las fuerzas armadas de la Haganá atacaron Tiberíades, Haifa, Safad y Jaffa, además de cientos de aldeas. En resumidas cuentas, la limpieza étnica comenzó a perpetrarse a gran escala antes de que los Estados árabes se plantearan una intervención directa. Durante esta fase "no oficial" de la guerra (de diciembre de 1947 al 15 de mayo de 1948), el grueso del esfuerzo bélico del lado palestino procedía de los grupos voluntarios de fuerzas irregulares y semirregulares lideradas por el Comité Militar de la Liga Árabe. El director del Comité, el general Ismail Safwat, presentó un informe al Consejo de la Liga Árabe el 23 de marzo de 1948 en el que estimaba que el número de tropas árabes en el Mandato de Palestina se situaba entre las 7.700 y 8.000 (Gobierno de Irak, 1949: 158). Estas tropas incluían voluntarios de países árabes, puesto que los Estados árabes se habían negado a participar en la guerra antes del 15 de mayo[30], y ello pese a que la limpieza étnica había comenzado tiempo atrás[31].

En sus diarios de guerra, Ben-Gurión afirmó que el número de tropas judías en el campo de batalla el 18 de marzo de 1948 apenas rondaba los 15.000 efectivos (una estimación a la baja) (Ben-Gurión, 1984: 310; Abbasi, 2008: 45-80). Podemos encontrar una explicación, al menos parcial, de por qué las fuerzas judías prácticamente duplicaban en número a las fuerzas árabes en la afirmación de Kimmerling y Migdal de que las cifras poblacionales eran engañosas: "La inmigración judía había creado una sociedad con un porcentaje desproporcionado de varones jóvenes en edad de alistarse, una cifra 1,5 veces superior a la cifra árabe" (Kimmerling y Migdal, 2003: 150). Sin embargo, un motivo más importante fue que, a diferencia de la sociedad nativa palestina, la sociedad de los colonos judíos era una sociedad altamente movilizada. Este era, al fin y al cabo, un rasgo inherente al proyecto estatal nacionalista. En palabras de Avi Shlaim: "El Yishuv estaba mejor preparado,

movilizado y organizado que su rival local cuando la lucha por Palestina alcanzó su momento crítico" (Shlaim, 1995: 294).

Puede ser cierto que al inicio no existiera una importante brecha entre el bando árabe y el judío en términos de armamento o, en menor medida, de experiencia bélica. Sin embargo, estos últimos lograron una superioridad sobre los primeros, no solamente en número de combatientes sino también en niveles de coordinación, movilización y suministro de armas desde el bloque soviético en Europa, especialmente tras la declaración de independencia (Lavenberg, 1993; Naor, 2013). Hasta principios de junio de 1948, la principal debilidad del ejército israelí fue su potencia de fuego y su equipamiento militar. Los ejércitos árabes estaban mejor equipados, sobre todo en lo que respecta a la artillería y los vehículos acorazados de combate. Ahora bien, tras la primera tregua de junio de 1948, Israel recibió las ametralladoras, vehículos blindados, pistolas, tanques, aviones y munición que necesitaba de manos de Checoslovaquia. La entrega de armas y equipamiento checos permitió al ejército israelí decantar la balanza decisivamente a su favor[32].

Tras la imposición del embargo armamentístico a ambos bandos[33], los Estados árabes que dependían de Gran Bretaña y Francia no trataron de comprar armas de otras fuentes. No tenían ni la voluntad ni los recursos para hacerlo. Además, no querían contrariar a Gran Bretaña y Francia. Entre tanto, la Unión Soviética rompió el embargo a través de Checoslovaquia, que hizo entregas masivas de armamento a las tropas sionistas.

Aun cuando los Estados árabes declararon la guerra el 15 de mayo de 1948 y empezaron a desplegar unidades de sus ejércitos regulares, el Yishuv mantuvo su superioridad numérica. Distintas fuentes han estimado el número total de tropas árabes tanto regulares como irregulares en Palestina entre 20.000 y 28.000 efectivos (Shlaim, 1995: 294; Ilan, 2005: 62). En cambio, las milicias sionistas, especialmente la Haganá, que se convertiría después en el ejército nacional israelí o las Fuerzas de Defensa Israelíes (FDI) como se denominan oficialmente, desplegaron entre 32.000 y 35.000 tropas, una cifra que aumentó hasta 95.000 a mediados de octubre de 1948. Los Estados árabes también

reforzaron sus ejércitos, si bien no podían igualar el ritmo de crecimiento de los israelíes. Para mediados de octubre, el número total de árabes combatientes no superó los 53.000 (Ilan, 2005). En cada fase de la guerra, como apunta Shlaim, el ejército israelí "superó con creces todas las fuerzas árabes a las que se enfrentó, y para la fase final de la guerra su superioridad era casi del orden de dos a uno" (Shlaim, 1995: 294). Según otras fuentes, cuando se creó el ejército israelí el 26 de mayo de 1948, contaba con 42.000 reclutas, a los que se sumaron otros 10.000 en cuestión de un mes (Ilan, 2004: 84). En la segunda mitad de ese año, llegaron 25.000 combatientes judíos procedentes de países europeos y se incorporaron al nuevo ejército (Markovitzky, 1995: 13). Para octubre de 1948, los efectivos del ejército israelí rondaban ya los 88.000 y para diciembre de 1948 esta cifra había aumentado a 108.000 (Ilan, 2004: 84).

Las grandes bazas de la Haganá fueron el hecho de tener un objetivo político concreto y una fuerte motivación para lograrlo, un sistema centralizado y eficaz de control y mando y una estrategia clara de conquista para crear un Estado judío. En contraste, los ejércitos árabes carecían de una estrategia coordinada y una estructura de mando unificada. Además, existe un consenso entre los historiadores de que los líderes políticos árabes, pese a su retórica, no ordenaron a sus comandantes que evitaran el establecimiento del Estado judío. Fueron desplegados dentro de las fronteras del Estado árabe conforme a lo delimitado por la propuesta de partición y nunca pretendieron cruzar dichas líneas.

Es esencial comprender lo que ocurrió realmente, no solo para refutar los mitos sionistas, labor que han realizado hace relativamente poco historiadores israelíes y no israelíes, sino también para comprender al bando árabe. A tal fin, ha de hacerse una distinción entre el sentido de agencia (la facultad para tomar decisiones, tener determinación y actuar) y los aspectos estructurales, pues solamente así se podrá abordar el "elefante en la sala", que no es otro que la falta de voluntad política y de cooperación.

La titubeante intervención en Palestina de los Gobiernos débiles de nuevos, y teóricamente independientes, Estados árabes obedece en

gran medida a las presiones internas de una opinión pública predominantemente anticolonialista, si bien la conexión interárabe también fue un factor. Aunque los Estados árabes de primera línea habían alcanzado formalmente su independencia, esta seguía estando comprometida por tratados que permitían a las antiguas potencias coloniales retener un control efectivo sobre cuestiones políticas de peso, como los asuntos militares e internacionales.

Algunos ejemplos de tales tratados restrictivos incluyen el acuerdo británico-jordano de 1946, el tratado anglo-egipcio de 1936 y el acuerdo británico-iraquí de 1933.

Jordania: el rey Abdalá de Transjordania concibió la invasión como una vía para ampliar su reino. Con todo, lo hizo apoyándose en acuerdos informales con la Agencia Judía y Gran Bretaña, en virtud de los cuales él sería dueño y señor de las tierras asignadas a los árabes de Palestina con arreglo a la Resolución de Partición de las Naciones Unidas de 1947. Gran Bretaña, la Agencia Judía y Transjordania compartieron el interés común de "abortar un Estado árabe palestino que acabaría inevitablemente liderado por su enemigo común, el muftí de Jerusalén, Hajj Amin al-Husayni" (Rogan, 2001: 109). Otros relatos apuntan a que Jordania trató de intervenir en Jaffa antes del 15 de mayo de 1948 pero se lo impidieron las autoridades coloniales británicas (Bendman, 1992: 302-3).

Egipto: además de la presión de la vibrante sociedad civil y la opinión pública movilizada que caracterizó esta era de pluralismo político y creciente organización política y actividad sindical en Egipto, el rey Faruk tuvo otro motivo para participar en la guerra: su deseo de contrarrestar el papel de Jordania en Palestina. Sin embargo, se topó con la oposición de algunos miembros de su Gobierno, políticos y funcionarios que temían que el ejército egipcio no estuviera suficientemente preparado (como así fue). Los funcionarios de la corte que apoyaron la visión del rey alegaron que no habría apenas combate y que la acción militar sería más bien una "manifestación política" porque, como equivocadamente asumieron, las Naciones Unidas intervendrían enseguida (Morris, 1982: 101-18; Heikal, 2009). El rey Faruk se negó a colaborar con el rey Abdalá en su capacidad como comandante de las fuerzas

árabes combinadas, impidiéndole incluso visitar las posiciones egipcias sobre el terreno[34].

Irak: en ese momento, el Gobierno iraquí se enfrentaba a tensiones sociales y políticas en el seno del país. Por ende, cuando decidió intervenir, ya era consciente de que el ejército iraquí solamente podría intervenir en Palestina en los términos trazados fundamentalmente por el rey Abdalá de Transjordania (Tripp, 2001: 145; Batatu, 1978: 544-66; Heikal, 2009).

Por último, tanto Siria como el Líbano se sintieron amenazados por la ambición histórica de Abdalá de proclamarse gobernante de la Gran Siria. Si bien los libaneses hicieron en realidad una contribución simbólica al esfuerzo bélico árabe, el Gobierno sirio temía que al desplegar su ejército recién formado expusiera su flanco sur con Jordania. Con todo, en respuesta a la fuerte presión pública de apoyo a Palestina, Damasco movilizó un número limitado de tropas (Arslan, 2009; al-Hashemi, 1978). Mientras que las tropas árabes combinadas se las vieron y desearon en 1948, las fuerzas sionistas sufrieron pero se impusieron en la que se convirtió en la guerra más mortífera y exigente que Israel jamás había librado[35].

Refugiados

El origen del problema de los refugiados fue el origen del derecho de los palestinos a regresar a su tierra. El 14 de mayo de 1948, las Naciones Unidas nombraron al conde Folke Bernadotte mediador oficial para Palestina con el mandato fundamental de "procurar un arreglo pacífico de la situación futura en Palestina"[36]. En su informe de septiembre (A/648), Bernadotte recomendó la creación de una comisión de reconciliación para Palestina de las Naciones Unidas para supervisar y garantizar el derecho al retorno de los refugiados árabes, con una indemnización adecuada para quienes decidieran no regresar[37].

El 17 de septiembre de 1948, Bernadotte fue asesinado en Jerusalén por un miembro de Lehi, un grupo terrorista sionista. El secretario general de las Naciones Unidas envió su informe de forma póstuma a la Asamblea General y, tras varios debates, se incorporaron nuevas enmiendas a un proyecto de resolución, siendo las más importantes las aportadas por los representantes del Reino Unido y los Estados Unidos. Tras los debates adicionales celebrados a partir del 21 de septiembre, se aprobó la Resolución 194 (III) de la ONU el 11 de diciembre de 1948[38]. El 21 de septiembre de 1948, el secretario general de la ONU remitió el informe a la Primera Comisión de la Asamblea General. Cuando se reanudaron los debates a mediados de noviembre, el Reino Unido presentó un proyecto de resolución que proponía eliminar las referencias a los "refugiados árabes" para que sus disposiciones pudieran aplicarse a todos los individuos que se habían visto desplazados por la guerra. La Comisión también aceptó una enmienda británica que proponía que se permitiera a los refugiados regresar en la primera fecha "practicable", en lugar de la primera fecha "posible"[39].

Siria también presentó un borrador de resolución (A/C.1/402) por el que proponía que una comisión "estudiara sobre el terreno y elaborara propuestas para la creación de un único Estado del

conjunto de Palestina con una estructura canónica o federal en la que todos los segmentos de la población en Palestina tuvieran derechos y deberes en tanto que ciudadanos fieles de un Estado democrático con amplios privilegios de autonomía en cantones o zonas que se asignaran a cada uno de ellos". Esta propuesta fue rechazada por la Primera Comisión[40].

El párrafo 11 de la Resolución 194, en su formulación final, establece el derecho de retorno y la Comisión para la Reconciliación de Palestina de las Naciones Unidas (UNCCP). Resuelve que

debe permitirse a los refugiados que deseen regresar a sus hogares y vivir en paz con sus vecinos, que lo hagan así lo antes posible, y que deberán pagarse indemnizaciones a título de compensación por los bienes de los que decidan no regresar a sus hogares y por todo bien perdido o dañado cuando, en virtud de los principios del derecho internacional o por razones de equidad, esta pérdida o este daño deba ser reparado por los Gobiernos o autoridades responsables; encarga a la Comisión de Conciliación que facilite la repatriación, reinstalación y rehabilitación económica y social de los refugiados, así como el pago de indemnizaciones, y que se mantenga en estrecho enlace con el Director del Socorro de las Naciones Unidas a los Refugiados de Palestina, y por conducto de este, con los órganos e instituciones apropiados de las Naciones Unidas[41].

La Resolución 194 (III) fue aprobada por una mayoría de 35 países, con 15 votos en contra y 8 abstenciones. Israel se negó a implementar la resolución. En 1950, la Knéset promulgó la Ley del Retorno, por la que se reconocía a todo judío del mundo el derecho a asentarse en Israel. Su Ley de la Nacionalidad de 1952 estableció a continuación derechos de ciudadanía israelí automáticos a todos los judíos[42]. La Knéset también adoptó la Ley de Propiedad de los Ausentes de 1950, en virtud de la cual permitía a Israel controlar directamente y beneficiarse de las propiedades de los refugiados palestinos y los palestinos internamente desplazados[43]. Antes de ello, en 1948, el ejército israelí emitió un Decreto sobre la Infiltración, que, seis años más tarde, se convirtió en la Ley de

Prevención de la Infiltración de 1954. La ley define a los palestinos que “huyeron” a los países vecinos y trataron después de regresar como “infiltrados” y autoriza a las fuerzas de seguridad de Israel a detener y deportarlos por la fuerza[44].

Muchos refugiados palestinos trataron de regresar a sus hogares. Benny Morris destaca que, en el periodo entre 1949 y 1956, “más de 2.700 infiltrados árabes, y posiblemente tantos como 5.000, fueron asesinados por las FDI, la policía y civiles en las fronteras israelíes”. La gran mayoría de estos supuestos “infiltrados” fueron civiles desarmados que estaban meramente tratando de regresar a sus hogares por motivos económicos y sociales (Morris, 1993: 137).

Con el tiempo, la Nakba pasó de ser un evento histórico a convertirse en una nueva realidad. Marcó una ruptura en la historia palestina moderna y lo cierto es que no existe una historia política palestina nacional que no sea moderna[45].

Con anterioridad a 1948, generaciones de palestinos crecieron utilizando el término Nakba para referirse a una serie de percances rurales a pequeña escala; tal o cual “había sufrido una calamidad” por las escasas lluvias caídas ese año o debido a la muerte repentina de su hijo o hija. La generación de 1948 se encontró de golpe obligada a gestionar una calamidad colectiva real de dimensiones inimaginables: la pérdida de sus hogares, sus pueblos y su país. Si bien podrían encontrar refugio de algún tipo en otros países tras largos, peligrosos y desesperados viajes a pie, la realidad es que no encontraron un nuevo hogar. Durante meses que acabaron convirtiéndose en interminables años, su único deseo era que escampara la tormenta para poder regresar a sus hogares, tal y como les prometieron una y otra vez sucesivas resoluciones internacionales.

La comunidad árabe palestina, tanto urbana como rural, fue extirpada del litoral palestino. La ciudad palestina fue destrozada y, con ella, el sueño de la modernidad que se había estado gestando en el periodo de entreguerras: el sueño, compartido por las élites y clases medias durante el Mandato, de construir una madre patria para los árabes que fuera modernizándose con el tiempo. Los agricultores palestinos perdieron sus tierras, su pueblo y su relación directa con la naturaleza.

Los palestinos no solamente fueron despojados de sus bienes. También fueron sacados de un "lugar" y arrojados a un "tiempo" futuro aspiracional en el que solo habían estado implicadas políticamente las clases medias y élites tradicionales con anterioridad a la Nakba. Fueron expulsados de más de 420 lugares que habían sido una parte integral del Levante. Antes del exilio, durante el periodo del Mandato, estos eran lugares cuyos distintos "tiempos" rurales se habían perdido gradualmente, fundiéndose en un único "tiempo" nacional palestino bajo las instituciones de Gobierno e instancias administrativas del Mandato. Los refugiados fueron arrojados a las ciudades árabes, que aceptaron a los palestinos cuando se aceptaron a sí mismas como centros urbanos árabes[46]. Las élites económicas y educadas desplazadas lograron integrarse en sus respectivas clases sociales, por lo general sin sacrificar su afiliación palestina, que se reforzó en el exilio. Sin embargo, el grueso de los refugiados fue relegado a agrupaciones de campamentos que terminaron convirtiéndose en barriadas marginales a menudo compartidas con inmigrantes rurales en el país de acogida, porque los nuevos "lugares" árabes aún no se habían fundido en un único "tiempo" nacional.

En términos generales, los palestinos desplazados fueron acogidos por los países árabes. En Jordania, el país que se anexionó Cisjordania tras la guerra de 1948[47], los palestinos fueron acogidos como ciudadanos y participaron activamente en la construcción del nuevo Estado y de su economía. Las élites palestinas y sirias ayudaron a Abdalá a establecer su emirato en Transjordania desde su fundación en la década de 1920. En el Líbano, los problemas surgieron enseguida debido a las divisiones sectarias existentes en el país, y también más adelante debido al precio pagado por los habitantes locales cuando Israel tomó represalias contra facciones de resistencia armada palestina radicadas en el país. En tiempos de crisis política, los palestinos podían ser percibidos de pronto como extranjeros y rechazados por la sociedad de acogida. Esto recuerda a cómo una víctima de una violación puede ser rechazada por una comunidad patriarcal pese a la injusticia sufrida por ella porque el valor del honor masculino prevalece sobre la compasión humana y el deseo de combatir la injusticia original. A nivel político, la solidaridad con la causa palestina siguió siendo un componente definitorio de la identidad panárabe. Sin embargo, la fortaleza de

este componente menguó al tiempo que se debilitaba esa identidad.

La mayoría de los refugiados palestinos estaban repartidos por los países vecinos. Para el 30 de junio de 1951, la UNRWA había asistido a 878.000 refugiados en Jordania (incluidos 467.000 en Cisjordania), la Franja de Gaza (200.000), el Líbano (107.000), Siria (83.000) y 21.000 personas internamente desplazadas en Israel[48]. Francesca P. Albanese y Lex Takkenberg, que siguieron la evolución de la crisis de los refugiados palestinos, estiman que el número total de refugiados en 1948 oscilaba entre los 71.000 y los 774.000. La distancia entre los dos extremos de esta escala es indicativa de las dificultades asociadas a recabar y registrar datos históricos[49].

De refugiados a un pueblo organizado

Mucho se ha escrito sobre el fracaso del liderazgo árabe-palestino durante el Mandato británico. La política de las élites políticas árabes, especialmente en la década de 1930 y 1940, se vio ampliamente marcada por la rivalidad entre dos élites, una rivalidad permitida y alentada por la tradición imperialista británica del "divide y vencerás". El primer grupo estaba integrado por los defensores del muftí, Hajj Amin al-Husayni, y los partidarios del Consejo Musulmán Supremo, una institución inventada por el Mandato. El segundo grupo de élites, evidentemente subvencionadas por el movimiento sionista, estaba liderado por Raghib al-Nashashibi, a quien los británicos habían nombrado alcalde de Jerusalén en 1920 para reemplazar al primo lejano del muftí, Musa Kazim al-Husayni. El liderazgo político estaba tan profundamente enmarañado en esta rivalidad que era incapaz de hacer avanzar la sociedad palestina, incluso cuando cobró impulso la inmigración sionista (Kimmerling y Migdal, 2003: 93). El conflicto entre las élites minó la cohesión social y política de la sociedad árabe-palestina en un momento sumamente crítico. Llegó un momento en que algunos partidarios de Nashashibi se dejaron organizar por las autoridades coloniales británicas en las llamadas bandas por la paz para ayudar a las tropas británicas a reprimir y asesinar a rebeldes armados en la gran revuelta de 1936-39 (Khalidi, 2006: 66).

El muftí Amin al-Husayni era la figura más destacada de la política palestina y considerado regionalmente como el líder palestino más importante en el periodo pre-Nakba. Fue nombrado muftí por los británicos tras el fallecimiento de su hermano en 1921, aunque carecía de las cualidades necesarias para el cargo[50]. En opinión de Rashid Khalidi,

"estaba lejos del arquetipo del líder nacionalista árabe del periodo

de entreguerras. No era un buen orador, como Sa'd Zaghlul o Mustafa Nahhas en Egipto, o Abd al-Rahman al-Shahbandar y Shukri al-Quwwatli en Siria. Tampoco era un hombre hecho a sí mismo que destacara por sus cualidades personales y su capacidad de liderazgo. […] El muftí, que se veía a sí mismo como integrante del colectivo de los notables palestinos, logró utilizar hábilmente las instituciones religiosas que lideraba para granjearse un importante apoyo popular" (Khalidi, 2006: 60-1). Sus errores fueron muchos y su conciencia política excesivamente escasa y tradicional para liderar un pueblo que se enfrentaba a retos tan urgentes y complejos. Cuando fue perseguido por los británicos y huyó del país en 1941, pensó que lo correcto sería buscar refugio y apoyo en la Alemania nazi, el enemigo de Gran Bretaña.

Sin embargo, el liderazgo de Jerusalén no fue la única institución o formación de élite que tuvieron los palestinos. Había también nuevos y florecientes partidos políticos y asociaciones civiles. Es fácil criticar el liderazgo político palestino en retrospectiva, pero lo cierto es que los tremendos retos del colonialismo de asentamientos sionista, el Mandato británico y los impactos de la cuestión judía en Europa habrían sido abrumadores para cualquier liderazgo político nativo en cualquier colonia imperialista del mundo en esa época.

Tras la Nakba, el nuevo liderazgo urbano palestino se integró en el mundo árabe más amplio. Las élites palestinas fueron fundamentales para la construcción de Estados árabes y capitales, desde Ammán hasta Beirut, y desde Kuwait a otros Estados del Golfo. Hasta la fecha, no se ha realizado una evaluación adecuada y científica de esta contribución ampliamente conocida en términos económicos, sociales y profesionales. Ocurre también que en algunos de los Estados más conservadores se ha fomentado un chovinismo patriarcal y local reducido en el que los "inmigrantes" y "refugiados" son concebidos como personas no deseadas y, por tanto, es altamente improbable que se reconozcan sus aportaciones. Sea como fuere, es crucial destacar las importantes aportaciones de los refugiados palestinos para garantizar que la cuestión de los refugiados se enmarque en el contexto político y nacional adecuado y no quede reducida a un mero problema de naturaleza

humanitaria. Los palestinos no eran una carga para sus países de acogida. Formaron una comunidad activa, productiva y trabajadora que jamás olvidó su madre patria.

La OLP fue creada por la élite palestina y dominada por líderes nacionalistas palestinos urbanos, en colaboración con regímenes nacionalistas árabes, quedando por tanto vinculada en ese momento al proyecto panárabe más amplio. La creación de la OLP reflejaba el supuesto generalizado de que la cuestión palestina no era simplemente una preocupación palestina, sino también árabe. La organización fue establecida en junio de 1964 tras extensos debates y deliberaciones entre los Estados árabes sobre la cuestión de la representación palestina. Estos debates se produjeron a lo largo de un periodo de cuatro años, desde 1959 hasta 1963. El último se celebró en el marco de la primera cumbre árabe, a petición de Nasser en El Cairo del 13 al 17 de enero de 1964. Esta cumbre resolvió que "Ahmad al-Shuqayri, el representante de Palestina en la Liga Árabe, continuaría sus contactos con los Estados miembros [en la Liga Árabe] y con el pueblo palestino para establecer las bases necesarias para la organización del pueblo palestino [y] para que este pudiera materializar su papel de liberación de su patria y su libre determinación". Esta fue la primera decisión operativa adoptada de forma unánime y al más alto nivel árabe sobre una entidad palestina desde los primeros esfuerzos de Egipto de abordar esta cuestión en marzo de 1959 (Shemesh, 1984: 121).

La resolución de El Cairo allanó el camino para que al-Shuqayri organizara el primer Congreso Nacional Palestino (CNP) en Jerusalén en mayo de 1964. En dicha reunión, el CNP decretó el establecimiento de la OLP, aprobando su carta nacional y otros documentos constitutivos como los estatutos. Sin embargo, la mayoría de los 422 palestinos invitados a asistir habían sido nombrados por el rey Husein de Jordania, cuyos agentes de inteligencia, además, tuvieron una presencia intrusiva en la reunión. Asimismo, al-Shuqayri había asegurado con anterioridad a Jordania que la entidad propuesta no exigiría soberanía territorial alguna sobre Cisjordania en el Reino Hachemita de Jordania. Solamente bajo estas condiciones permitiría Jordania a la OLP reunirse en Jerusalén, reunión que fue inaugurada formalmente por el rey Husein.

La composición del primer CNP reflejó las garantías ofrecidas por al-Shuqayri a Jordania. Además, había un "claro sesgo hacia los líderes sociales tradicionales y sectores de familias establecidas de la Palestina pre-1948 y también hacia los miembros profesionales y con propiedades de la clase media. Al-Shuqayri ofreció a su vez escaños a grupos palestinos de nuevo cuño, como Fatah y el Movimiento de Nacionalistas Árabes, pero se negó a reconocerlos formalmente en el CNP" (Sayigh, 1997: 98-9)[51]. Pese a este sesgo, al-Shuqayri y sus colegas de la élite educada institucionalizaron la OLP como una organización moderna y compleja dotada de un consejo nacional, un comité ejecutivo, fondos nacionales y varias otras agencias, incluidos sindicatos, y llevaron de forma profesional la dirección de la organización.

Un papel bien distinto fue el que desempeñaron otros actores, más jóvenes, que formaron organizaciones políticas militantes y que rechazaron la dependencia política de los Estados árabes y defendieron la lucha armada como único medio viable para liberar Palestina. Se aproximaron al nacionalismo palestino desde la perspectiva de un liderazgo político independiente, en una relación tensa con los Gobiernos de los países árabes vecinos (como Siria y Jordania), al menos en lo relativo a la cuestión de la autorrepresentación. Diferían, en muchas otras formas, de los miembros más veteranos de la OLP, cuyos fundadores "habían militado activamente en la política nacionalista palestina antes de 1948, y muchos habían acumulado experiencia en materia de política de partidos u ostentado cargos en el organismo cuasigubernamental que era el Alto Comité Árabe […] y otras instancias en Palestina" (Sayigh, 1997: 669-70). Procedían de los "niveles que habían ocupado el segundo escalafón del liderazgo nacional bajo Husayni y se les había negado de facto su oportunidad de gobernar como resultado de la Nakba y de la consiguiente marginalización del Alto Comité Árabe y el Gobierno del Protectorado de Toda Palestina" (ibid.: 95).

Tras 1967 —es decir, tras la derrota sufrida por el bloque nacionalista gobernante de los Estados árabes implicados en la guerra—, los activistas que establecieron las distintas facciones armadas tomaron el control de las instituciones de la OLP. Estos

eran adolescentes, o a lo sumo veinteañeros, en 1948. La mayoría eran de clase media o baja [y] se habían beneficiado de la rápida expansión del sistema educativo en los países árabes a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta. […] En definitiva, la generación que se hizo con el control de la OLP en 1968-69 y que posteriormente ocupó los cargos de los distintos departamentos y agencias era llamativamente parecida en términos de sus orígenes sociales a las "nuevas élites" que llegaron al poder en Egipto, Siria, Argelia e Irak entre 1952 y 1968 (ibid.: 669-70).

El énfasis en la lucha armada como única vía para la liberación de Palestina se consagró en una nueva carta nacional que actualizaba la carta fundacional de la OLP. Se le confirió un tono nacionalista árabe, como muestra su propio nombre: al-Mithaq al-Qawmi[52].

Capítulo 2

REFLEXIONES, MEMORIA E HISTORIA

Este capítulo aborda diferentes aspectos de la memoria y la historia después de la Nakba. En este contexto, se analizará en primer lugar la instrumentalización de la arqueología bíblica sionista —que es, en todos los casos, un constructo ideológico que no genera derechos — con el fin de refutar la capciosa competición del "¿quién estuvo aquí primero?". En segundo lugar, se tratará el tema de la construcción de identidades colectivas y la especificidad de la identidad nacional. Por último, se hablará de la importancia política de recordar Palestina antes de la Nakba. El objetivo de esto último no es solamente contribuir a definir/identificar la entidad política moderna de Palestina, sino también dejar meridianamente claro que la cuestión palestina no surgió repentinamente en 1967 y que las soluciones políticas que los palestinos han aceptado, o que se espera que acepten, son cesiones. Con el fin de explicar el contexto histórico de la identidad nacional palestina, el capítulo analiza en profundidad la distinción entre las identidades colectivas y las estructuras que las reproducen, así como la distinción entre la historia de la tierra y la historia nacional.

Sobre los derechos nacionales: ¿quién necesita el nacionalismo arqueológico?

53

Desde la Nakba, se ha desarrollado toda una cultura política en torno a la cuestión de qué pueblo ostenta el derecho sobre la tierra de Palestina y cuál podría ser la naturaleza de ese derecho. Esta obra defiende los derechos de los palestinos en la tierra y a la tierra de Palestina. Para ello, hace valer una combinación de enfoques humanista y modernista nacional y se fundamenta en el hecho de que los palestinos estuvieron física e ininterrumpidamente en dicha tierra durante siglos llevando su vida diaria, cultivando los campos, construyendo las ciudades, reproduciendo una cultura en interacción con la naturaleza y la historia y desarrollando aspiraciones nacionales.

Los derechos de la población árabe nativa que vivía en Palestina mucho antes de las Cruzadas son un producto de un largo proceso de interacción histórica entre las entidades, tribus y comunidades con una cultura árabe-musulmana común en una tierra sin fronteras políticas (como en todos los demás países del Levante y el norte de África). Los palestinos son un pueblo nativo indígena que ya había desarrollado una consciencia nacional y una entidad política antes de quedar expuesto al "politicidio" y a la expulsión a manos de una forma de colonialismo de asentamientos. La razón por la que he usado intencionadamente la expresión "pueblo nativo indígena con consciencia nacional", y no "pueblo indígena" sin más, es que —tras una larga lucha— el colonialismo de asentamientos reconoció a las poblaciones nativas vencidas en diferentes países como pueblos indígenas[54]. Aunque esto es sin duda un logro, no lo es tanto para un pueblo que ya se encontraba en plena lucha por la liberación nacional frente al colonialismo. Esta expresión suele emplearse para aludir/designar a los nativos que no habían desarrollado un

movimiento nacional (en el sentido moderno de la palabra) y aspiraciones nacionales antes de ser oprimidos y aniquilados (física y socialmente) como pueblo por un poderoso Estado colonizador moderno que les concedió, en el mejor de los casos, compensaciones exiguas, derechos culturales, respeto a su memoria e identidad (al menos en los países democráticos) y, por supuesto, las "narrativas" que quisiesen. Lo que no recibieron fue el derecho comunitario a la autodeterminación y la plena autoridad sobre la tierra. La proclamación de indigenidad adquirió una gran importancia en el caso específico de la lucha de los ciudadanos árabes en el propio Estado de Israel, a quienes se les niega la condición de pueblo indígena. Esta parte del pueblo palestino necesita la afirmación de indigenidad tanto para su propia identidad (y orgullo) como para la lucha por sus derechos civiles y comunales en un Estado que se construyó sobre su patria y en el que pasaron a ser una minoría (Rouhana, 2014: 1-37).

La identidad nacional y la lucha palestinas son un hecho histórico documentado desde el tercer Congreso Palestino. Dicho congreso, que se celebró en Haifa entre el 13 y el 19 de diciembre de 1920, contó con la asistencia de representantes de diferentes ciudades, pueblos y aldeas palestinas, así como de miembros de varias asociaciones islámicas y cristianas de Palestina. Durante el congreso, los participantes formularon sus demandas nacionales y se comprometieron a apoyar firmemente el establecimiento de un Gobierno nacional independiente. Además, eligieron un comité ejecutivo para supervisar el desarrollo del movimiento nacional en la siguiente fase. Las declaraciones finales del tercer Congreso Palestino dejan claro que sus autores tenían presente la Conferencia de San Remo celebrada previamente en abril de ese mismo año y la deposición del Gobierno del rey Faisal en Damasco en julio de 1920 a raíz de la ocupación colonial francesa[55]. Un hecho reseñable es que el congreso decidió abandonar la propuesta de una Gran Siria, que había sido una de las resoluciones más importantes adoptadas por los 27 miembros originales del primer Congreso Palestino Árabe en 1919[56] en favor del establecimiento de un Gobierno nacional palestino.

Aunque la identidad nacional de los palestinos cristalizó bajo el Mandato británico, ello no quiere decir que no tuvieran

nacionalidad antes de él. Eran (como siguen siendo hoy) árabes, no solo étnicamente, sino también en términos de sus aspiraciones nacionales[57]. Por el contrario, tras la independencia en 1948 el principal motor del desarrollo nacional de los israelíes fue predominantemente estatal. La sociedad colonizadora organizada por los sionistas, el Yishuv, puso los cimientos del Estado integrando a emigrantes judíos procedentes de diferentes países, nacionalidades e incluso etnias en una cultura hebrea construida a conciencia en el marco de una empresa colonial que se concibió a sí misma como una parte de un proyecto de construcción de Estado para un único pueblo.

Los derechos palestinos a la tierra no emanan de la supuesta descendencia genealógica de los cananeos ni de ningún otro pueblo que habitase Palestina en la antigüedad, ni siquiera de los filisteos, a quienes debe su nombre el territorio. Análogamente, el derecho de los israelíes judíos a vivir en la tierra de Palestina tampoco procede de un presunto vínculo genealógico o espiritual con los antiguos israelitas. El Israel moderno se estableció por la fuerza, y no en virtud de derechos.

Como afiliados de sus religiones, los seguidores del islam, el cristianismo, el judaísmo y otros credos poseen derechos religiosos inherentes (que son también un concepto moderno). En cambio, estos no les confieren ningún derecho político a formar un Estado. El proclamado “derecho a un Estado” es un derecho nacional. Los palestinos lo tienen en virtud de los dos derechos mencionados anteriormente (es decir, su larga y continuada presencia física en la tierra y el derecho de los pueblos a la autodeterminación). Por su parte, los israelíes judíos adquirieron este derecho construyendo un Estado para acoger a las generaciones de judíos nacidos en Israel desde 1948 y que, ahora, no tienen otra patria.

Los derechos nacionales de los judíos en Palestina no existían antes de la aparición del Estado de Israel. Dicho Estado alcanzó retroactivamente el logro crucial de construir una nación capaz de reivindicar que poseía derechos nacionales, pero incapaz de indigenizarse debido a su carácter colonial y apartheidista y a la cuestión palestina, que aún sigue sin resolverse. ¿Por qué no tomar la fundación del movimiento sionista y el primer Congreso Sionista

(celebrado en Basilea entre el 29 y el 31 de agosto de 1897) como punto de partida? Esta estrategia solamente funciona en términos de la visión nacionalista, y no desde la dimensión de construcción de una nación, en particular si tenemos en cuenta que, tanto en 1897 como durante varias de las décadas posteriores, el sionismo fue un movimiento marginal respaldado únicamente por una pequeña parte de los judíos en Europa y totalmente desconocido para los de Asia y África.

Hasta finales del siglo XIX, la política judía secular en Europa estuvo dominada por la Haskalá, una cultura política que creía en la Ilustración y el Estado moderno. Dicha cultura vino a secularizar la doctrina medieval de Dina de malkhuta dina ('la ley del reino es la ley') y la "convirtió en una justificación histórica de la lealtad de los judíos a los Estados en los que vivían" (Biale, 1986: 103). La Haskalá implicaba el concepto y la aspiración de la aceptación de las condiciones de la ciudadanía moderna por parte de los judíos (ibid.: 113). Por tanto, los intelectuales judíos trataron de integrar la historia de sus propias comunidades dentro de las historias nacionales de sus patrias europeas. En Alemania, Francia y Hungría estuvieron influidos por "el discurso histórico nacional en sus países" (Miron, 2011: 7) y se esforzaron por formar parte de él. También hay pruebas que indican que crearon "un mito doméstico que fortalecería sus raíces en la tierra natal" (ibid.: 8). La representación de los judíos en los movimientos socialistas europeos y entre las élites culturales emancipatorias fue también muy superior a su cuota real en la población.

Estos discursos históricos prevalecieron hasta el periodo de entreguerras. Aunque las profundas contradicciones en las sociedades europeas, el nacionalismo étnico y el populismo político siguieron generando antisemitismo, las reacciones más dominantes al mismo fueron las tendencias igualitarias integracionistas y, antagónicamente, la tendencia aislacionista religiosa. Pero el sionismo también estaba ahí, nutriéndose de la integración, el nacionalismo y el aislacionismo. El movimiento se vio influido por el nacionalismo europeo, aunque no en la dirección de la integración, sino más bien en la de la separación. Su objetivo era establecer un nacionalismo propio basándose en la creencia de que los judíos solamente podían integrarse con las naciones civilizadas

del mundo construyendo un Estado europeo separado del resto de naciones europeas. Esta visión únicamente podía llevarse a la práctica fuera de Europa.

Hasta la Segunda Guerra Mundial, el sionismo fue solamente una de las muchas tendencias ideológicas rivales entre los judíos y, en líneas generales, uno de los movimientos políticos de menor envergadura (Biale, 1986: 145). Había también asimilacionistas liberales, socialistas y comunistas; socialistas no asimilacionistas judíos (bundistas), que eran antisionistas y aspiraban a que la adquisición de derechos culturales nacionales llegase tras la instauración del socialismo en sus países; y judíos antinacionalistas tradicionales y ortodoxos. El declive de los valores liberales en el periodo de entreguerras y el ascenso del fascismo y el nazismo fortalecieron al sionismo, que abogaba por una solución para los judíos fuera de Europa. Los sionistas redujeron la historia judía a un periodo bíblico legendario que, posteriormente, fue idealizado como una época dorada de soberanía judía. A esta base anclaron sus reivindicaciones nacionalistas, ignorando los casi 2.000 años que transcurrieron desde la destrucción del Segundo Templo o considerándolos poco más que una historia de sufrimiento. “Al rechazar el judaísmo medieval en el exilio por considerarlo una cultura fundamentalmente apolítica y servil, los fundadores del Israel moderno buscaban crear una síntesis entre la imagen del antiguo poder israelita y las lecciones del nacionalismo europeo” (Biale, 1986: 150).

Sin embargo, la narrativa que enfoca la historia política de los judíos desde el prisma del sionismo no llegó a predominar entre los académicos judíos hasta después de que el Estado de Israel hubo “alcanzado un grado de solidez institucional, seguridad física y bienestar económico sin precedentes en su historia” (Myers, 1998: 90) y después de que el Estado judío “pudo monopolizar la educación e imponer sus visiones en los programas académicos oficiales impartidos en las escuelas” (Ram, 1995: 115). David Myers analiza el papel que tuvo la generación de académicos fundadora del Instituto de Estudios Judíos de la Universidad Hebrea de Jerusalén al proyectar sobre la historia una consciencia histórica sionista nueva y coherente (Myers y Ruderman, 1998; Piterberg, 2008: cap. 4); una sistematización de la gran narrativa sionista de la

historia de los judíos que convirtió los relatos judíos entrelazados con los relatos de diferentes pueblos en una historia nacional monolítica que abarca desde la destrucción del Segundo Templo hasta la creación del Estado de Israel.

La propaganda arqueológica sionista es un constructo ideológico que trata, en vano, de demostrar la continuidad judía en Palestina desde antes de los denominados “tiempos bíblicos”. Por más que pueda servir de base para la producción de una cultura política de nacionalismo religioso, resulta irrelevante para legitimar derechos nacionales modernos. Los palestinos se equivocan al tratar de competir con ella produciendo sus propias historias antiguas de ancestros cananeos. Durante milenios, cientos de pueblos y etnias pasaron por esta tierra y la habitaron. El producto natural de esta ola compleja e ininterrumpida de interacciones históricas, culturales y étnicas ya existía en Palestina cuando los pioneros sionistas llegaron a ella. Dicho producto eran los árabes palestinos. Su mera presencia establece su derecho a la tierra. Por tanto, no tiene sentido que entren en el capcioso juego de la competición arqueológica.

El colectivo nacional palestino

como una identidad moderna

Según Baruch Kimmerling y Joel S. Migdal, el origen de la identidad palestina moderna se remonta a la revuelta de 1834 contra Ibrahim Pasha[58]. Por su parte, Rashid Khalidi sostiene que, durante el periodo comprendido entre el inicio de la Primera Guerra Mundial y el comienzo del Mandato británico, los palestinos experimentaron "una fuerte y creciente identificación nacional con Palestina, ya que los árabes residentes en el país fueron 'imaginándose' cada vez más parte de una sola comunidad". Sin embargo, Khalidi reconoce que

ciertamente esta identificación no fue exclusiva, ya que el arabismo, la religión y las lealtades locales siguieron siendo extremadamente importantes y continuaron haciendo posible que los árabes de Palestina también se sintieran simultáneamente parte de otras comunidades […]. Sin embargo, sí supuso una nueva y potente categoría de identidad que, sencillamente, no existía una o dos generaciones antes y que era aún novedosa y limitada en cuanto a su difusión antes de la Primera Guerra Mundial (Khalidi, 2010: 149-50).

Yehoshua Porath replica esta tesis diciendo que "la ideología de la autodeterminación nacional anclada en una identidad histórica y lingüística independiente fue una innovación revolucionaria en Palestina en la década de 1920, y es altamente improbable que pudiera haber sido asimilada por los estratos menos instruidos de la comunidad" (Porath, 1974: 307).

Aunque Muhammad Muslih sostiene que el nacionalismo palestino

no fue una prioridad para las élites árabes de Palestina en la década de 1920, relaciona su surgimiento tanto con los problemas en el ámbito local como con la inviabilidad de materializar el nacionalismo árabe en un Estado: "Las élites políticas árabes —palestinas, sirias e iraquíes— encontraron ante sí dos fuerzas: el empuje del nacionalismo árabe y el arrastre el nacionalismo local. […] Al no haber conseguido traducir la 'universalidad' de la doctrina panárabe en una realidad concreta, se resignaron —algunos con dolor y otros a regañadientes— al arrollador arrastre de los problemas y las prioridades locales. De los dos nacionalismos, prevaleció el que estaba vinculado con un fragmento específico de tierra y un grupo específico de personas" (Muslih, 1988: 214).

Según Meir Litvak, el discurso histórico político palestino experimentó importantes cambios a lo largo de tres periodos diferenciados. El primer periodo, en el que el discurso favoreció una narrativa panárabe, comprendió desde la década de 1920 hasta 1967. El segundo, marcado por el resurgimiento y la cristalización de una identidad palestina diferenciada dentro del contexto general del nacionalismo árabe, fue de 1967 a 1994. El tercer periodo comenzó en 1994 con el establecimiento de la Autoridad Nacional Palestina, que aunque no se desvió del arabismo ni el palestinismo, tendió a sobreenfatizar los vínculos con el "pasado cananeo" (Litvak, 2009: 97-133).

Tarif Khalidi afirma que gran parte de la labor realizada por los primeros historiadores palestinos tuvo un carácter "anticuario, sin otro propósito aparente que sacar a la luz o registrar diferentes aspectos de la historia y la cultura palestinas y árabes". Conforme el Mandato avanzaba y se iba percibiendo su consagración a la materialización del hogar nacional judío, los académicos 'anticuarios' se volvieron más 'nacionalistas'". Desde entonces, la historia se convirtió en un "legado nacional que se utilizaría para reforzar el permanente debate con los sionistas y los británicos sobre la cuestión del derecho a Palestina" (Khalidi, 1981: 64).

Desde el lado palestino se llevaron a cabo investigaciones rigurosas para demostrar no solamente la presencia ininterrumpida en la tierra durante siglos, sino también para rastrear la formación de la identidad colectiva palestina hasta fases históricas anteriores

incluso al siglo XVIII. Aunque se trata sin duda de un proyecto de investigación importante en términos de la historia del territorio y las comunidades que lo habitaron, resulta irrelevante a efectos de la identidad nacional, que es una identidad política moderna. Antes de la Edad Moderna, existieron en Palestina diferentes identidades colectivas de carácter religioso, sectario, tribal, regional y de otra índole, pero la identidad nacional es un constructo moderno.

Mi propuesta aquí es establecer una distinción entre:

La historia de la tierra y la historia nacional.

La identidad colectiva en general y el nacionalismo moderno que busca expresar políticamente su identidad a través de un Estado, reproduciéndolo de este modo como una identidad nacional.

Unas "identidades colectivas" construidas en proceso de cambio y mutación —por un lado— y las estructuras políticas, sociales y culturales tangibles que reproducen, politizan y consolidan esas identidades colectivas —por otro—. Las estructuras institucionales modernas, sin las cuales resulta imposible el análisis de la evolución nacional, pueden estudiarse de forma empírica. Sin embargo, dicha investigación debe partir de esta distinción fundamental entre las identidades colectivas vivas y las macroestructuras que permiten a los agentes humanos reproducirlas como entidades nacionales (y como culturas nacionales que no dependen solamente de sentimientos o afiliaciones subjetivas) para identificar cómo interaccionan entre sí estos factores y teorizar sobre sus implicaciones.

Aunque siempre ha habido identidades colectivas en la tierra de Palestina, antes del Mandato británico no existían estructuras políticas, sociales ni culturales que pudieran producir ni reproducir una única identidad colectiva; una que uniese a los palestinos y fusionase sus identidades locales en un pueblo diferenciado de los que habitaban los países vecinos. Lo que esto quiere decir es que, antes del Mandato, las identidades palestinas no se encontraban

“nacionalizadas”, o lo que es lo mismo, remodeladas por el nacionalismo para expresarse políticamente a través de un Estado soberano. Estas estructuras aparecieron en el nivel nacional palestino y en un contexto territorial nacional bajo el Mandato británico y adoptaron la forma de organizaciones políticas modernas (partidos políticos y líderes nacionales), asociaciones económicas (bancos y sociedades mercantiles), sindicatos, periódicos palestinos e instituciones culturales y educativas. Juntas, dichas estructuras forjaron la identidad cultural y política colectiva palestina en la tierra de Palestina. La Nakba puso en peligro esta identidad colectiva, pero pronto emergió una respuesta desafiante que adoptó diferentes formas, siendo la OLP la más destacada de ellas.

La historia y las especulaciones históricas descritas en las líneas precedentes no solamente revelan un sentimiento nacionalista existente, sino también el desarrollo de una identidad nacional por parte del pueblo que habitaba la tierra, cuya historia permeó la historia del país con el que comparte nombre. Esto exime plenamente a los palestinos de la necesidad de entrar en competiciones arqueológicas ideológicas o remontarse a antiguos ancestros imaginados.

Memoria y amnesia

La Nakba no solamente representa una ruptura en la historia palestina moderna, sino también en la historia árabe moderna debido a que, tras la derrota, la relación dialéctica con Israel comenzó a desplazar a la dialéctica interna y, más adelante, a usarse para intentar taparla. Los árabes estaban perplejos por lo sucedido, pero el enorme shock se convirtió en el nacimiento de un nuevo panarabismo ideológico partidista (por oposición al panarabismo intelectual y cultural que abarcó desde el final del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX).

Por lo general, los regímenes árabes no trataron de analizar ni explicar la derrota en Palestina. Simplemente se limitaron a considerarla un error histórico, un retal cortado por el mismo patrón que el "llamado Estado de Israel". Incluso evitaron pronunciar el nombre, no digamos ya tratarlo de Estado, utilizando en su lugar expresiones como "entidad sionista", "banda sionista" o "supuesto Estado de Israel".

Durante la década de 1950, los golpes militares en Egipto, Siria e Irak pusieron abruptamente fin al llamado "periodo liberal" en Egipto y el Levante. Los militares golpistas que lideraron los alzamientos habían participado en la fallida guerra de 1948[59] y vivido en primera persona el shock que los originó. La derrota en Palestina fue ampliamente percibida como un fiasco del que se culpó a las impopulares élites gobernantes dependientes de las ex potencias coloniales y a los innumerables otros fracasos de los antiguos regímenes. Por ello, nadie se sorprendió de que los militares mencionasen explícitamente la derrota de 1948 en sus primeros comunicados y prometiesen liberar Palestina.

Los países y Estados árabes independientes que surgieron en los límites dibujados por las particiones coloniales no se unieron bajo un Estado o coalición árabe. Las identidades nacionales locales tampoco reemplazaron a la identidad árabe más general. Es más, la

causa palestina se convirtió en un importante componente unificador de la identidad árabe en esta realidad fragmentada. Desde entonces, se ha puesto de manifiesto que la aparición de identidades locales que entran en conflicto con el panarabismo pone en duda la centralidad del problema palestino. La cuestión de Palestina alteró radicalmente la ideología panárabe. Tras haber estado hasta entonces en paz consigo misma en su intento de reunir a pueblos con una lengua en común y una historia compartida imaginada, evolucionó hacia una ideología política crispada que fue haciéndose mucho más radical conforme la fragmentación se hacía más evidente en la vida real. Este estridente movimiento nacionalista árabe adquiriría rápidamente un enorme empuje bajo los regímenes militares árabes modernizadores de las décadas de 1950 y 1960.

La conmemoración y su cronología

La causa y la desgracia palestinas han seguido estando presentes de innumerables formas en la política, la literatura y la cultura popular árabes; sin embargo, salvo en los campos de refugiados, las conmemoraciones anuales de la Nakba en el mundo árabe fueron infrecuentes durante décadas. Desde los años noventa, los ciudadanos árabes palestinos de Israel que vivían dentro de la Línea Verde[60] celebraron conmemoraciones anuales con marchas de palestinos desplazados a quienes se les había impedido volver a sus pueblos, de los que habían huido o de los que habían sido expulsados en 1948[61]. La primera marcha anual tuvo lugar poco después de los "Acuerdos de Oslo de 1993 entre Israel y la OLP, de los cuales quedaban excluidos los palestinos en Israel por considerarse un asunto interno israelí" (Rouhana, 2015: 22; Rouhana y Sabbagh-Khoury, 2019: 527-50).

Más tarde, en el 16º aniversario de aquel acontecimiento inicial, se celebraron conmemoraciones de la Nakba a gran escala en un gran número de países árabes. Tales conmemoraciones fueron una manifestación de una preocupación cada vez mayor de grandes segmentos de la opinión pública por la desvinculación de las agendas oficiales árabes y Palestina y la creciente alarma por el destino de la causa palestina y el bienestar del pueblo palestino. Dichas opiniones —que también se expresaron en manifestaciones de solidaridad con Gaza contra el bloqueo (2007-presente) y contra los bombardeos israelíes de la altamente poblada franja (diciembre de 2008-enero de 2009)— también contribuyeron al gradual aumento de la rabia popular contra los Estados policiales represivos y sus políticas económicas y sociales fallidas, que terminó estallando en las revueltas árabes de 2011.

Además, hubo otros factores que motivaron las conmemoraciones. Uno de ellos fue que los árabes empezaron a caer en la cuenta de que carecían de sentido de dirección y de que había en juego

cuestiones fundamentales que habían sido olvidadas durante el interminable toma y daca entre las potencias regionales sobre el "proceso de paz". Otro más problemático fueron las luchas internas palestinas tras las elecciones legislativas a la AP de 2006, que degeneraron en una confrontación armada entre los movimientos de Fatah y Hamás en 2007. Un tercer factor, que pudo haber sido la gota que colmó el vaso, fueron las provocadoras visitas de jefes de Estado occidentales y no occidentales a Jerusalén para participar en las celebraciones del Día de la Independencia de Israel, a quienes hubo que recordar que lo que en realidad estaban festejando eran los desastres humanitarios que acontecieron al pueblo palestino con la creación de aquel Estado.

Las conmemoraciones de la Nakba de 2008 fueron, por tanto, una suerte de campaña de "vuelta a lo esencial" que sirvió tanto de reafirmación de la memoria palestina/árabe colectiva como de ocasión para recordar a otros la importancia de las cuestionas más básicas. El derecho de retorno de los refugiados palestinos, por ejemplo, fue uno de los aspectos más esenciales que debieron reiterarse en aquel momento. Este derecho había sido universalmente reconocido en 1949, mucho antes de la aparición de la militancia palestina y el nacimiento de Fatah o la OLP (por no decir el de Hamás), que no afloraron oficialmente hasta la primera Intifada en diciembre de 1987[62].

Son muchos los que han criticado la insistencia en conmemorar la Nakba la misma semana en la que todo el planeta miraba a la guerra civil en Irak, continuación de una ocupación devastadora que había destruido el país y dejado números de víctimas que superaban de largo a los de Palestina (igual que el número de víctimas en Siria desde 2011 supera a las causadas directamente por la colonización de Palestina).

Entonces, ¿qué es lo que hace tan singular a Palestina? El pueblo palestino no es ni más ni menos especial que otros pueblos. No es el pueblo elegido por Dios. Más bien al contrario, ya que se enfrenta a un ocupante que explícitamente reclama como suyo un Estado construido sobre su tierra, precisamente con el argumento de ser destinatario de una manifestación divina a un "pueblo elegido". Si la causa palestina posee alguna reivindicación de singularidad

similar, es el dudoso honor de ser el último conflicto colonial real que aún perdura sobre la Tierra. En la era de la descolonización, los palestinos fueron víctimas de un proyecto de colonialismo de asentamientos cuyos miembros carecen de metrópoli a la que volver, que considera que Palestina es su patria perdida durante siglos[63] y que monopoliza el papel de víctima aun siendo el agresor.

Pero hay otra razón fundamental para el recuerdo. Olvidar la Palestina anterior a 1948 es aceptar que el conflicto surgió repentinamente en 1967, que su naturaleza es puramente fronteriza y que los palestinos y los israelíes son partes iguales en el mismo. La amnesia histórica fue un requisito previo del proceso de Oslo y sus consecuencias. Olvidar la ocupación sionista de los territorios palestinos en 1948 permite convertir la exigencia palestina y árabe de una retirada israelí del 22% del territorio (la totalidad de Cisjordania y Gaza)[64] en un punto de partida para las negociaciones y ocultar lo que realmente es: una cesión histórica.

Olvidar el año 1948 también contribuye, como pretenden algunos, a borrar el problema de los refugiados de la agenda internacional (y regional) pese al hecho de que siempre ha sido un asunto internacional, como lo fue también la fundación de Israel. Tras ser expulsados de su patria, los palestinos se aferraron legítimamente a resoluciones internacionales relevantes para afrontar su sufrimiento, como la admisión de su condición de refugiados y su (posterior) reconocimiento como pueblo con derecho a la autodeterminación. A este respecto cabe recordar que la aceptación del plan de partición de la ONU por parte de los líderes sionistas en 1947 fue un ardid. Al ser incapaces de aceptar la idea de un Estado judío con una población árabe de aproximadamente el 45%, se fijaron el objetivo de obtener más territorio del asignado en virtud del plan de partición y crear una abrumadora mayoría judía en dicho territorio expulsando a la mayoría palestina.

Los refugiados palestinos siguen conviviendo con la pérdida de su patria, ciudadanía y derechos básicos, sufren las consecuencias y depositan su esperanza en el futuro. Mantener viva la memoria es una parte crucial en el proceso de obtención de justicia y reparación verdaderas.

Memoria política y memoria folclórica

Recordar la Palestina anterior a 1948 no es conmemorar un paraíso perdido imaginario existente antes de la Nakba. Palestina no era un paraíso. El mito de un paraíso perdido es un recuerdo folclórico que, a su vez, convierte la Nakba en una victoria sorpresa del mal sobre el bien, un desastre natural en forma de maldición divina sobre ese "paraíso". Este recuerdo romantizado omite la realidad histórica de localidades y ciudades emergentes en aquel momento y retrata a Palestina como un colectivo íntimo y cohesionado de encantadores pueblecitos. Esta es la reminiscencia de los fedayines[65], combatientes palestinos que, en su mayoría, descendían de campesinos. Su recuerdo de Palestina era uno idílico y pastoral: el de campesinos sencillos y trabajadores que cultivaban sus campos, atendían sus rebaños y, más tarde, empuñaban un fusil para luchar por su tierra. No es coincidencia que uno de los elementos de su atuendo, la kufiya[66], se convirtiese en símbolo de la lucha. Allí, en los campos de refugiados, habitantes del mismo pueblo cultivaron su recuerdo a modo de vínculo con la patria y se lo legaron a la siguiente generación, en la que se incluían aquellos que salieron de esos campos.

La gran mayoría de la Palestina previa a 1948 era rural, un país con una economía local sencilla e infradesarrollada o de suficiencia que carecía de cohesión interna (Tamari, 2009: 1-21; Khalaf, 1997: 93-112). Sin embargo, iba despertando gradualmente a la modernización y la modernidad. La implantación de un sistema educativo más moderno fue acompañada de una serie de avances tecnológicos. Contaba con una clase media pujante vinculada en parte con los jóvenes instruidos de las familias aristocráticas tradicionales, el comercio en las ciudades portuarias y los nuevos negocios, los empleados de las instituciones del Mandato, y los cristianos palestinos de las zonas urbanas (al-Hout, 1986; Radai, 2016: 487-506). Ciudades palestinas como Haifa, Jaffa y Jerusalén empezaban a florecer[67]. La idea de un pueblo palestino con

aspiraciones nacionales iba materializándose junto con la aparición de una élite ilustrada, parte de la cual había migrado del campo a las ciudades para recibir educación (Kimmerling y Migdal, 2003: 57). Había también una creciente fuerza laboral urbana que proliferaba acompañada de una burguesía y una clase media (Taqqu, 2014: 261-86). Las florecientes ciudades palestinas de la primera mitad del siglo XX eran el testimonio vivo de la emergente modernidad que se vio interrumpida por la expulsión masiva y la fundación de Israel. El territorio no solamente no estaba vacío, sino que se encontraba en proceso de rápida urbanización[68].

En cada rebelión contra el colonialismo británico o el asentamiento sionista, fueron los campesinos quienes vertebraron la resistencia. Siempre que su vínculo con la tierra se veía amenazado o cortado, estos campesinos se politizaban intensamente. Posteriormente, se politizarían también como refugiados, cuando sus proyectos personales se convirtieron en una cuestión de relaciones internacionales y sus esperanzas de volver a sus pueblos quedaron supeditadas a los caprichos de los políticos, las decisiones internacionales y las dinámicas de poder globales y regionales. Aunque en los campos de refugiados su parentesco e identificación siguieron estando anclados a su afiliación con los pueblos perdidos, el ritmo de las estaciones y las celebraciones religiosas populares fue reemplazado por un calendario de conferencias internacionales, inacabables boletines de noticias e interminables discursos de políticos prometiendo la liberación. Con el paso del tiempo, los hogares en Palestina pasaron a ser objetos de anhelo y nostalgia para la segunda generación de refugiados. Las primeras operaciones armadas de los fedayines fueron actividades “orgánicas” de movimientos clandestinos locales cuyos orígenes nada tenían que ver con los regímenes árabes. Al mismo tiempo, se celebraban conferencias en materia de refugiados y las instituciones políticas evolucionaban sobre la base de una identidad palestina nacional. La más importante de ellas fue la OLP.

capítulo 3

REFLEXIONES ADICIONALES: LA CUESTIÓN ÁRABE

Y LA CUESTIÓN JUDÍA

El hecho de atraer más atención a nivel internacional por encontrarse en la intersección de muchas otras cuestiones no ha hecho ningún favor a la causa palestina. Más bien al contrario: esta posición ha sido una fuente crónica de complicaciones y subordinación de la causa a esas otras cuestiones. En Oriente, la cuestión palestina se ha enmarañado con las complejidades de la cuestión árabe, de mayor envergadura; en Occidente, con la cuestión judía. Esta es una de las principales razones de la tenacidad y persistencia de este proyecto colonial en una época en la que el colonialismo iba desapareciendo en el resto del mundo. En este capítulo, abordamos las cuestiones árabe y judía y aquellos de sus efectos que hacen más complicado el problema palestino. Además, hablamos de cómo enfoques ideológicos divergentes hacia asuntos árabes de mayor amplitud influyen en los diferentes análisis de las causas que subyacen a la aparición e intratabilidad de la cuestión palestina. Este debate pone de manifiesto la necesidad de no postergar la lucha por la democracia y la justicia en la región árabe hasta que se alcance una resolución justa al problema de Palestina, así como de no retrasar la lucha por la justicia en Palestina hasta que la región árabe se libere del autoritarismo. Aunque se trata de dos aspectos conceptualmente inseparables, en el contexto de la permanente lucha por la justicia es preciso evitar el círculo vicioso de aplazar la justicia en Palestina hasta que haya justicia en el mundo árabe, y viceversa.

Palestina y la cuestión judía

Desde la década de 1930 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, el antisemitismo en Europa fue adquiriendo unas dimensiones sin precedentes, hasta culminar en el Holocausto. Los líderes sionistas de aquel momento supieron aprovechar políticamente la justificada simpatía internacional hacia los judíos e integrarla en la alianza ideológica y pragmática del movimiento sionista con los planes y las políticas regionales del imperialismo occidental. Estas labores contribuyeron a construir los cimientos de la aceptación inmediata del Estado judío a escala internacional en el momento de su declaración.

Tras la guerra, las posturas árabes hacia el antisemitismo en Europa se distribuyeron por todo el espectro político entre dos extremos abarcando desde la negación total de su existencia —una posición fuertemente influida por las ideologías ultranacionalistas europeas que lo menospreciaba por considerarlo una mentira sionista e imperialista— hasta la expresión de total condolencia con el sufrimiento judío al tiempo que se condena el sionismo. Algunas posturas árabes tendieron a minimizar la magnitud e importancia del Holocausto y a establecer comparaciones injustificadas, innecesarias e incluso absurdas entre este y la Nakba palestina. Que los palestinos comparen una atrocidad europea con una atrocidad sionista no solamente resulta inapropiado, sino también fútil, ya que Palestina es a la vez una víctima indirecta de la primera y una víctima directa de la segunda. Por otra parte, restar importancia a los crímenes del antisemitismo en Europa no es ni moral ni favorable a los intereses árabes. Más bien al contrario: como víctimas directas del racismo, los árabes tienen el deber moral de admitir esos crímenes y condenar el racismo en todas sus formas.

Los anteriores son ejemplos de cómo la cultura política árabe de posguerra, con todas sus divisiones intestinas, tuvo dificultades para responder a la ignominiosa lacra que el Holocausto supuso para

Europa y la civilización occidental, y con la que los árabes no tuvieron absolutamente nada que ver. Este no es un ataque gratuito a Europa. El nazismo nació en Europa, se combatió en Europa y fue derrotado en Europa. Sin embargo, la realidad es que, por crueles que fueran los nazis y sus aliados y facilitadores, el sionismo no fue una de sus víctimas. Sus víctimas fueron millones de judíos europeos quienes, en su inmensa mayoría, no eran sionistas.

No existía justificación moral alguna para desterrar a otro pueblo ubicado fuera de Europa por el bien de un proyecto colonizador que empezó mucho antes del ascenso del nazismo. Aunque podamos refutar la validez de comparar la Nakba con el Holocausto, no es posible negar que el sionismo fue muy hábil al aprovechar táctica y estratégicamente dicha comparación a posteriori. Estrategias como instrumentalizar el Holocausto en la propaganda israelí, monopolizar el papel de víctima, invocar la historia del sufrimiento judío para justificar políticas injustificables, y acusar de antisemitismo a los opositores del sionismo o los críticos con las políticas israelíes se han convertido en la norma.

Por supuesto, los líderes políticos europeos —y probablemente grandes segmentos del público occidental en general— estuvieron encantados de deshacerse de su culpabilidad trasladándosela al mundo árabe. El sionismo colaboró con esto al eximir a Europa de cualquier tipo de confrontación seria con su brutal pasado y presente a cambio del apoyo constante a Israel. El resultado fue una situación en la que Europa puede negar plausiblemente la existencia de una conexión entre el racismo/antisemitismo que condujo al Holocausto judío del pasado y la xenofobia e islamofobia europeas del presente.

Por su parte, Europa y los Estados Unidos también colaboraron con Israel al aceptar su afirmación de que el Estado israelí representa retroactivamente a las víctimas del Holocausto. Aunque esto es —por supuesto— falso en términos tanto lógicos como históricos, tiene el efecto de convertir el antisemitismo en un problema árabe[69]. Esta visión contribuye a explicar por qué algunos países europeos participaron con idéntico entusiasmo en las celebraciones del 60º Día de la Independencia de Israel que en los festejos de la fundación de la Organización de las Naciones Unidas a nivel

mundial, el mismo con el que Theresa May declaró sentirse orgullosa de la Declaración Balfour al conmemorar oficialmente su centenario[70].

Los palestinos que no consiguen entender este contexto son víctimas de él porque se han acostumbrado a confiar en la "preocupación internacional". Imaginan que esta preocupación emana de una compasión genuina hacia su sufrimiento y que podría conseguir que se hiciera "justicia internacional". En realidad, la preocupación estadounidense y europea (tanto en la esfera oficial como también entre algunos segmentos del público) no es una postura en contra de las injusticias del colonialismo y el apartheid en Palestina, sino un reflejo, para bien o para mal, de un interés político en Israel y la cuestión judía.

Durante la primera Intifada y en el proceso de paz posterior a la guerra del Golfo (1991), el problema palestino fue el tema central de una inagotable serie de seminarios, conferencias, debates y proyectos de investigación en Europa y los Estados Unidos. Innumerables estadounidenses y europeos querían escuchar a los participantes palestinos afirmar que reconocían el derecho de Israel a existir y que no planteaban amenaza alguna al Estado judío. Aunque normalmente conseguían lo que deseaban, nunca les parecía suficiente, porque ¿cómo podían estar seguros? ¿Y si esta expresión de moderación no era más que una mera fase de un "plan escalonado" de mayor envergadura para destruir a Israel? La lógica subyacente a este tipo de "diálogo" es que los colonizados alivien el temor de los colonizadores. Se supone que el lado débil de la "disputa" debe reconfortar y tranquilizar al lado fuerte. Es decir, los representantes del pueblo que perdió su patria y que hizo una serie de concesiones que redujeron la demanda de la plena liberación de Palestina a la aceptación de un cuasi-Estado establecido sobre el 22% de su patria deben aportar garantías de que ellos, los oprimidos, carecen de un "plan escalonado" para destruir al Estado israelí, que mantiene al mismo tiempo el monopolio regional del armamento nuclear y un discurso y unas políticas oficiales cada vez más radicales (en lo nacionalista y lo religioso) y expansionistas.

A mi juicio, este tipo de distracción tiene lugar dentro del complejo marco histórico y político de la relación entre Occidente y el

judaísmo. En este contexto, los palestinos —algunos de los cuales son élites palestinas y árabes cooptadas para formar parte de la industria del proceso de paz y satisfechas de vivir (profesionalmente) de "la causa" (o, para ser más precisos, de sus interminables "diálogos")— son poco más que figurantes. Sin embargo, esta industria del proceso de paz ha perdido fuerza durante los respectivos mandatos presidenciales de Obama (2008-2016) y Trump (2016-2020), en cada caso por razones diferentes.

Desde la perspectiva de la lucha palestina, el interés occidental en Palestina no ha sido una fuente de fortaleza. De hecho, es una fuente de debilidad, ya que refleja las ansias de Europa por deshacerse de su problema judío —que forma parte integral de la identidad europea— y trasladar su propia carga histórica de racismo y culpa a los árabes. Los europeos, incluidos los judíos europeos, que están decididos a cuestionar este legado en lugar de proyectarlo sobre otros, suelen oponerse al colonialismo y a las demás formas de racismo.

Desde su nacimiento en el siglo XIX, el sionismo ha hecho un esfuerzo consciente por aprovechar dentro de Europa las corrientes sociopolíticas y culturales explícitas y latentes relacionadas con la cuestión judía y sus tendencias para exportarlas a Palestina. Aquí se incluyen las corrientes de pensamiento protestantes que confunden la mitología religiosa con la historia, a los judíos modernos con los israelitas bíblicos, a los palestinos con los cananeos, y la afiliación religiosa con el nacionalismo moderno. Estas asociaciones cobran fuerza al ser llevadas al otro lado del Atlántico por unos peregrinos y colonos europeos que hacían un uso intensivo de los nombres, los términos, los códigos y las metáforas del Antiguo Testamento en la narrativa del pathos de los pioneros, y también a través de una teología política estadounidense que identificaba a los Estados Unidos con una "tierra virgen" y una "tierra prometida". Algunas corrientes del protestantismo dieron también lugar a tendencias escatológicas en su día marginales que consideraban el "retorno" de los judíos a Palestina un requisito previo para la segunda venida profetizada de Jesucristo.

La propensión de algunas tendencias protestantes al sionismo no

debe subestimarse[71], en particular habida cuenta del papel que las iglesias evangélicas desempeñan en la actualidad en la política exterior estadounidense. Sin embargo, se trata de un fenómeno mucho más antiguo. Debido a la exposición ubicua a la tradición del Antiguo Testamento en la instrucción religiosa, la educación literaria y tantos otros aspectos de la vida cotidiana de las sociedades protestantes, algunos de sus integrantes no pudieron evitar ver a Palestina y a los judíos desde una perspectiva bíblica. Esta predisposición jugó un papel fundamental en los acontecimientos en Palestina, por ejemplo, inspirando las expediciones coloniales decimonónicas a Palestina o facilitando las actividades de lobby en favor del proyecto sionista en Gran Bretaña en vísperas del Mandato británico.

Uno de los defensores más prominentes del "reasentamiento" de los judíos en Palestina fue lord Shaftesbury, el VII conde de Shaftesbury, quien dedicó activamente la mayor parte de su vida a esta causa. En el marco de su campaña de apoyo a la reivindicación judía de la Tierra Santa y la prestación de protección adicional a los judíos del este por parte de los británicos, redactó un artículo en la edición del primer trimestre de 1839 de Quarterly Review que tituló "The State and Prospects of the Jews". El artículo, una revisión de Letters on Egypt, Edom and the Holy Land (1838), de lord Lindsay, supuso "la primera ocasión en que una publicación distinguida había tratado el problema del Retorno [de los judíos] en todos sus aspectos: religiosos, políticos, históricos y filosóficos" (Hyamson, 1918: 135-6; Kobler, 1956: 50; Merkley, 1998: 40). Un año después, en 1840, un memorando sobre el tema del "retorno del pueblo judío a la tierra de Palestina" apareció en The Times, el periódico británico de mayor tirada de la época. Dicho memorando, que estaba repleto de alusiones místicas y bíblicas, iba dirigido a los monarcas protestantes de Europa y a los diferentes Gobiernos de territorios cristianos como Gran Bretaña, Prusia, Países Bajos, Suecia y Noruega, Dinamarca, Hannover, Wurtemberg (y otras regiones de Alemania), los cantones protestantes de Suiza, y los Estados Unidos (Hyamson, 1918: 136-7). Durante la Junta General Anual del Fondo para la Exploración de Palestina de 1875, lord Shaftesbury declaró: "He allí [Palestina] una tierra abundantemente fértil y rica en historia, pero prácticamente sin habitantes, un país sin pueblo, cuando, ¡miren por dónde!, hay diseminado por el

mundo un pueblo sin país"[72]. Shaftesbury (y no un líder sionista judío) bien podría ser el autor original de los derechos intelectuales del famoso eslogan colonialista "Una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra".

Otro férreo defensor de que los británicos ayudasen a los judíos a volver a Palestina fue el coronel George Gawler. En 1853, Gawler publicó un panfleto en el que defendía que Gran Bretaña era "el agente nombrado por designación divina para lograr este fin y, al garantizar la seguridad de los asentamientos judíos en Palestina, Gran Bretaña estaría al mismo tiempo promoviendo sus propios intereses" (Hyamson, 1918: 146). Por su parte, el reverendo Samuel Alexander Bradshaw, un clérigo inglés, se sumó a aquellos que enfatizaban el deber de los Estados cristianos con el retorno de los judíos a Palestina. En su obra Tract for the Times, Being a Plea for the Jews (1844), Bradshaw desaconsejó la renuncia al "derecho ancestral sobre Palestina" de los judíos y exigió acciones políticas para ayudarles a "volver a la tierra de sus padres" (Bradshaw, 1844: 11, 14). En concreto, solicitó al Parlamento la asignación de cuatro millones de libras para esta tarea y previó la recaudación de un millón adicional a través de las iglesias (ibid.: 17)[73].

El reverendo William Henry Hechler, el pastor anglicano asignado a la Embajada británica en Viena, fue un seguidor activo de Herzl y contribuyó también a la redacción de un folleto (probablemente escrito en 1882 pese a que se publicó en 1893) titulado The Restoration of the Jews to Palestine according to the Prophets en el que exhortaba a los judíos a volver a Palestina. Hechler consideró que era su deber ayudar al "Herzl secular" a devolver a los judíos a Palestina como una forma de "cumplir la profecía" del retorno de Jesús. Asimismo, tenía la certeza de que Palestina sería devuelta a los judíos, predicción que basó en cálculos arcanos (Merkley, 1998: 17; Friedman, 2004: 48).

Se dice que Henry Grattan Guinness, un autor y predicador protestante irlandés, predijo el gran acontecimiento de 1917 (la Declaración Balfour que proclamaba la ocupación de Palestina) en su libro publicado en 1888 Light for the Last Days: A Study Historic and Prophetic (Guinness, 1888: 211-13, 223-4). Independientemente de que estuviera o no al corriente de esta

“profecía”, Arthur Balfour, el secretario de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, hizo en 1917 una declaración en nombre del Gobierno británico en la que se pronunciaba a favor del eventual establecimiento de un “hogar nacional para el pueblo judío” en Palestina. La Declaración Balfour se interpretó como “la culminación de la rica tradición del sionismo cristiano en la cultura británica”, a la que subyacía un “impulso religioso” (Bar-Yosef, 2003: 18).

Según Barbara Tuchman, para Balfour,

[el] motivo era más bíblico que imperial. Si la liberación de Palestina del gobierno del Islam a manos de Inglaterra tiene algún significado para cultura bíblica inglesa, este se personifica en Balfour. Pese a ser la antítesis de Shaftesbury —es decir, un escéptico en lugar de un entusiasta, y un pesimista filosófico en lugar de un fanático religioso— se vio también, igual que los evangélicos y los puritanos, fuertemente influido por el hebraísmo de la Biblia. Mucho antes de que oyese ni siquiera hablar del sionismo, Balfour —influido por la tradición bíblica desde niño— había sentido un especial interés por “el pueblo de las Santas Escrituras” (Tuchman, 1984: 311).

De acuerdo con su sobrina, compañera y biógrafa Blanche E. C. Dugdale, fue un interés que “le acompañó durante toda la vida” y que “surgió de las enseñanzas del Antiguo Testamento de su madre y de su educación escocesa” (Dugdale, 1936: 433). Pero, aunque la educación protestante y la exposición al Antiguo Testamento que Arthur tuvo de niño fueron factores importantes en su socialización, su desarrollo también estuvo marcado por las mismas motivaciones imperialistas que suelen encontrarse en la Weltanschauung (cosmovisión) de los políticos británicos del periodo imperial (el canal de Suez y la ruta marítima hacia India, la explotación del petróleo de Mosul en Irak, la rivalidad imperial con Francia, etc.).

El principal fundamentalismo político-religioso que dio lugar al sufrimiento palestino no fue islámico, sino cristiano. Aunque la

“corriente principal” de las iglesias protestantes tiende a distanciarse del “sionismo cristiano”, la mística política de algunas iglesias evangélicas sigue siendo un problema y una fuente de complicaciones en nuestros días. Tras hacer una serie de comentarios sobre el sufrimiento en los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza, Barack Obama —quien se crio en la creencia de un Estado judío y en la ignorancia de las calamidades que su establecimiento causó— observó que “una gran mayoría de blancos evangélicos —el bloque de votantes más fiable del Partido Republicano— creían que la creación y gradual expansión de Israel cumplía la promesa de Dios a Abraham y anunciaba la eventual venida de Cristo” (Obama, 2020: 628).

¿Qué supone estar enredados en la cuestión judía? La cuestión judía —o, si se quiere, la cuestión judía global (siempre y cuando tengamos la precaución de no hacer de la historia de “Occidente” y de sus grandes relatos la “historia del mundo”)— fue externalizada en el pasado por Europa a la región árabe, donde permanece hasta hoy. Entre sus principales implicaciones se incluyen evitar cualquier encuadre de la cuestión palestina como un problema colonial, lo que permite a Israel ocupar su lugar en la sociedad europea y en “Occidente” en general (no olvidemos que está ubicado en Oriente, fuera de Europa), por un lado y, por otro, insistir en la representación de Israel como la víctima pese a que oprime a los palestinos. Esta monopolización del papel de víctima por parte de una potencia ocupante es la responsable de algunas de las posturas político-culturales más hipócritas que quepa imaginar. Claros ejemplos de ella son la expresión israelí “disparar y llorar” (es decir, apretar el gatillo y, después, llorar por haberlo hecho) o la famosa cita que supuestamente Golda Meir pronunció en Londres en 1969: “Cuando llegue la paz tal vez con el tiempo podamos perdonar a los árabes por matar a nuestros hijos, pero nos resultará más difícil perdonarlos por habernos obligado a matar a sus hijos”. Con independencia de que sea o no real, la difusión de esta aseveración de superioridad moral, sumada al victimismo inviolable del ocupante aun cuando es el autor de las muertes, es el colmo de la hipocresía.

Una de las grandes ironías de la historia es que el antisemitismo solamente permitiera a los judíos ocupar su lugar en Europa

abandonándola —o, al menos, persiguiendo "sus" aspiraciones políticas en algún otro lugar, preferiblemente lejos de ella—. Esto estaba ya en los planes de los propios padres del sionismo cuando se ofrecieron a servir de barrera de la civilización occidental frente al barbarismo oriental (Hersh, 2009) presentándose voluntariamente como colonizadores para liberar a Europa de los yugos del antisemitismo y de la cuestión judía[74]. Es precisamente la combinación de las dos cuestiones (árabe y judía) la que hace que la cuestión palestina sea especialmente compleja.

Lo cierto es que la Declaración Balfour se realizó bajo la falsa impresión de que los judíos tenían influencia política en Rusia y de que Alemania estaba haciendo "acercamientos" al sionismo. Estas consideraciones se sumaron a las inclinaciones personales de Balfour hacia el sionismo cristiano y las persistentes presiones de Jaim Weizmann después de que sus inventos químicos[75] contribuyeran lo suficiente a la máquina de guerra británica como para permitirle ser aceptado como un "caballero respetable" en los salones políticos británicos. De hecho, se ha escrito que "Lloyd George y Balfour […] repitieron el dudoso argumento de Weizmann (cuyo propósito era apelar a los estereotipos de la comunidad judía internacional) de que si Gran Bretaña se comprometía con el sionismo, los judíos de Rusia impedirían que los bolcheviques se retirasen de la guerra y los judíos americanos utilizarían su influencia a favor de Gran Bretaña una vez terminada esta" (Judis, 2014: 59)[76]. Otro factor fue la pugna imperial con Francia por el Mashrek árabe[77]. Posteriormente, las políticas del Mandato británico ayudaron al movimiento sionista a construir la estructura autónoma de un paraestado sionista y a crear un sector independiente de la economía controlado por los judíos. A menudo, dicho movimiento se benefició también de la importante aportación de capital y la mano de obra que proporcionó la inmigración continuada (Khalidi, 2020; Seikaly, 2015; Bunton, 2007; Huneidi, 2001).

Palestina y la cuestión árabe

La cuestión palestina es el origen del conflicto árabe-israelí. La misma partición colonial que dio lugar a la cuestión árabe (Bishara, 2007) en el Levante (en su interacción con determinados factores locales y estructuras sociales) creó también la cuestión de Palestina[78].

Entre los distintos países árabes, y también dentro de cada uno de ellos, existen importantes tensiones regionales y nacionales entre los conceptos de Estado y nación, y entre ciudadanía y nacionalidad que crean innumerables complicaciones. La raíz de la "cuestión árabe" es la discrepancia entre el fracaso de las aspiraciones nacionalistas árabes modernas en su intento de establecer una nación de soberanía panárabe y la inviabilidad del proyecto en sí, por un lado, y el fracaso de los Estados árabes a la hora de construir naciones basadas en la ciudadanía, por otro. Entre el amplio abanico de factores que son tanto causas como consecuencias de esta situación se encuentran: la fragilidad y crisis de legitimidad de los Estados poscoloniales; la compensación hiperideológica de la ausencia de una unidad nacional real; la crónica interferencia militar en la política; la politización de entidades subnacionales sectarias y tribales; y las dificultades en la transición hacia la democracia. Históricamente, la rivalidad entre los regímenes árabes influyó en sus posturas sobre Palestina. A menudo, estas posturas vinieron determinadas por alianzas internacionales y por la necesidad de los regímenes árabes de aprovechar la legitimidad política que la causa palestina simbolizaba en la conciencia popular. Cuando más fuerza tuvo esta causa en la política y la sociedad fue en periodos de panarabismo exacerbado y grandes proyectos políticos, así como en las respuestas nacionalistas a la derrota.

La OLP, por ejemplo, se creó durante un periodo de mayor alineación regional en torno a los objetivos panárabes. Con frecuencia, los antagonismos en el seno de la OLP se

entremezclaban con disputas entre regímenes árabes. En muchos casos, la fragmentación de los bandos palestinos reflejaba los patrones de las facciones árabes, donde los diferentes grupos se ponían del lado de un país o bloque u otro en función de los cambios en dichos patrones. Aun así, incluso en los momentos más tensos entre las denominadas facciones "árabes progresistas" y "árabes reaccionarias", los palestinos consiguieron, por lo general, mantener la unidad dentro de la OLP, que terminó convirtiéndose en una entidad política árabe consolidada y reconocida.

Por mucho que Palestina simbolice el rechazo árabe del colonialismo, los agravios poscoloniales generales, la identidad árabe y las injusticias cometidas contra su pueblo, los regímenes árabes —incluso los más comprometidos con la causa— no pueden resistir la tentación de instrumentalizar la cuestión palestina como un medio para un fin. Los regímenes árabes tienden a utilizar la cuestión palestina para la promoción de sus propios intereses mediante dos formas. La primera consiste en situar la confrontación con el "enemigo sionista" por encima de todos los problemas y fracasos internos. Esto les permite acusar de traición a los críticos, que estarían creando división en un frente unido contra el enemigo y socavando la resistencia. La segunda es la empleada por una serie de regímenes "moderados" que hacen concesiones a la causa palestina para mejorar sus relaciones externas, fortalecer alianzas y contener las críticas de Occidente a las políticas domésticas en cuestiones relacionadas, por ejemplo, con violaciones de los derechos humanos dentro de sus propios países.

Este último grupo de regímenes árabes no es menos culpable de instrumentalizar la causa Palestina; de hecho, este tipo de instrumentalización es el más extendido en la actualidad. Sin embargo, históricamente los Estados árabes han respetado una serie de principios generales con independencia de las disputas y tensiones existentes entre las facciones rivales. Por ejemplo, hubo un tiempo en que imperaba el consenso sobre los intereses comunes en relación con Palestina en el contexto del orden regional árabe. Además, estuvo generalmente aceptado que el problema palestino era un caso de colonialismo no resuelto, y que la liberación nacional de un pueblo árabe cuya tierra estaba ocupada era una causa justa y de principios.

Más consecuencias del enredo con la cuestión árabe

Con casi total certeza, un análisis de la situación revelaría que la aparición de Israel en la región, así como sus políticas y los conflictos que estas desencadenaron (así como los posteriores intentos de adecuar la región a las necesidades israelíes) guardaron una relación directa o indirecta con el ascenso de regímenes militares. Los primeros golpes militares que tuvieron lugar en Siria (1949), Egipto (1952) e Irak (1958) se presentaron a sí mismos como una respuesta directa a la derrota de los ejércitos árabes en 1948 y la debilidad de los regímenes árabes del periodo liberal ante el sionismo y sus aliados imperiales. La aparición de Israel en medio de la región árabe y la cuestión de Palestina cambiaron las formas de los árabes de relacionarse tanto entre sí como con "Occidente".

Ningún acontecimiento político o ideológico de importancia en la región puede entenderse de forma aislada de la herida abierta de Palestina. Pese a toda la buena voluntad de los nacionalistas árabes y su dedicación a la causa, la cuestión palestina, entendida como uno de los principales componentes de la ideología panarabista, se convirtió en una herramienta para los regímenes que transformaron el arabismo de una identidad cultural, nacional y étnica en una ideología oficial. Por su parte, los regímenes que implícitamente ignoraron la cuestión por considerarla "un problema de los palestinos", encontraron en dicha actitud una ayuda para justificar su cooperación con Israel, lo cual agradó a los mandatarios estadounidenses y reforzó la tolerancia tácita de estos últimos sobre el autoritarismo de estos regímenes y las violaciones de los derechos humanos que perpetraban. Esto se fue haciendo más difícil conforme los Gobiernos estadounidenses fueron pasando de la época de la Guerra Fría a un mayor aperturismo en la década de 1990, más difícil aún en el periodo posterior al 11 de septiembre y el ascenso de los neoconservadores —quienes vincularon el terrorismo con las repercusiones políticas y sociales del despotismo — y extremadamente complejo en la actual época de revueltas

populares y movimientos prodemocráticos generalizados y su insistencia en la tolerancia cero hacia la autocracia. Por último, la expansión geoestratégica de Irán propició también una serie de alineamientos que desplazaron a la cuestión palestina como principal preocupación.

La cuestión palestina se ha convertido en una herramienta de relaciones públicas que se utiliza para mejorar la imagen de una dictadura o una monarquía a ojos de las potencias occidentales. El primer tipo de instrumentalización por parte de los regímenes que respaldaban la causa palestina fue al menos más fiel a los hechos históricos y a la soberanía del Estado árabe. El segundo, en cambio, se limita a usar a Palestina como moneda a cambio de la aceptación occidental de la forma autoritaria y represiva de gobernar del propio régimen. Además, asume la retórica del proceso de Oslo, que equipara a ambas partes con los dos lados de una "disputa" y tergiversa la realidad de una potencia ocupante o colonizadora frente a un pueblo ocupado cuya tierra ha sido colonizada. Estos regímenes llegaron incluso a culpar a la víctima para justificar la normalización de las relaciones con Israel antes de la consecución de una solución justa para Palestina.

Sin embargo, los regímenes árabes aún tuvieron que lidiar con la opinión pública de sus respectivos países, donde una gran mayoría seguía siendo declaradamente pro-Palestina y con el fin de ganar maniobrabilidad en su política exterior. De hecho, no pudieron actuar con tanta independencia de la opinión pública interna como las impacientes potencias occidentales habrían esperado. En un intento por distanciar el sentir popular interno de la cuestión palestina y facilitar la normalización de las relaciones con Israel, algunos pusieron en marcha campañas diseñadas para reordenar las prioridades nacionales y de la opinión pública. Lo hicieron centrándose en persuadir a la gente de que lo conveniente era anteponer los intereses estratégicos de su propio país, por ejemplo, priorizando al público nacional frente al mundo árabe y la cuestión de Palestina.

En ocasiones, las campañas llegaron al extremo de sugerir que atender los intereses del mundo árabe y la causa palestina perjudicaba los intereses nacionales y el bienestar del pueblo,

abriendo así una brecha entre las causas nacionales y del mundo árabe y la causa palestina. Esto supuso una brusca desviación de las agendas de los regímenes anteriores. Además, propone la ingenua idea de que el interés nacional panárabe y la seguridad nacional de cada país árabe son contradictorios entre sí. En realidad, ambos están íntimamente interrelacionados y son mutuamente dependientes incluso en términos de intereses y beneficios políticos.

Por ejemplo, tras llegar al poder en Egipto, el presidente Anwar el-Sadat se desmarcó de la doctrina nacionalista árabe de Nasser aludiendo a los intereses nacionales de Egipto y anteponiendo la identidad nacional egipcia a la identidad árabe. Esto no supuso la construcción de una identidad cívica egipcia, sino la de una nueva ideología nacionalista para la legitimación del régimen. Anwar el-Sadat tenía una concepción distinta de dónde residían los intereses de su régimen, y dónde los de Egipto desde dicha perspectiva. En los años posteriores a la guerra de 1973 y antes de la paz con Israel de 1979, Anwar el-Sadat promovió una política de priorización de los intereses de Egipto bajo el lema "Primero Egipto" en la que este eslogan —junto con el de "Egipto primero, después y siempre"— se desplegó por las vallas publicitarias de las principales ciudades del país. En un documento de trabajo con fecha de abril de 1974, Anwar el-Sadat señaló el nacionalismo egipcio como el principal factor determinante del "logro de la guerra de Octubre". A esto añadió que el ejército egipcio había pagado un alto precio por defender a los palestinos y que, ahora que la guerra de 1973 había terminado, era el momento de que Egipto diese prioridad a sus propios intereses. Esta fue una mera presentación ideológica de los intereses del régimen, y no de los del Estado o los de la nación de ciudadanos del Estado[79]. Sin embargo, ni siquiera en un país con una sólida identidad nacional local como Egipto la renuncia oficial al panarabismo consiguió acercar al pueblo egipcio árabe a Israel. Entretanto, el vacío que dejó el arabismo se llenó con la expansión del islamismo, que fue alentado por el régimen de Anwar el-Sadat en los comienzos de su lucha contra el nacionalismo árabe secular y la izquierda para más tarde caer él mismo víctima del ascenso de su vertiente radical. El magnicidio de Anwar el-Sadat puso de manifiesto que un movimiento ideológico no puede reducirse a una herramienta de usar y tirar, ya que el propio movimiento también hará uso de quien lo utilizó de esta forma y lo tratará, a su vez,

como otra herramienta de usar y tirar.

En 2002, el recién coronado rey Abdalá II de Jordania puso en marcha la iniciativa “Jordania primero” con unos objetivos declarados de “reforma y democratización” que nunca se pusieron en práctica. El rey ordenó a los líderes de los sectores público y privado redactar un documento con principios y métodos para modernizar internamente Jordania y centrarse en las “prioridades nacionales” y los “asuntos internos”, en lugar de en las “complicadas” cuestiones internacionales. De hecho, el sistema económico y político de Jordania era y sigue siendo un gran beneficiario de las “complicadas cuestiones” regionales e internacionales. La campaña “Jordania primero” se convirtió en su nuevo plan de trabajo para el país, un plan diseñado para moldear a los ciudadanos en un “tejido social unificado que fomente su sentido de lealtad a la patria”, según dijo textualmente, recalcando que debía llegar a ser el “denominador común de todos los jordanos con independencia de su origen, orientación, ideas, talento, credo o raza”. La iniciativa pasaba por alto el hecho de que, para la mayoría de los jordanos de origen palestino, el término “patria” se asocia tanto con Palestina como con Jordania. En un determinado momento, la iniciativa “Jordania primero” cayó en el olvido, dejando solamente recuerdos lejanos de su eslogan (Shihab-Eldin, 2017; Ryan, 2010; Muasher, 2011: 8).

En 2020, los Gobiernos de los Emiratos Árabes Unidos y Bahréin normalizaron sus relaciones diplomáticas con Israel y se alinearon más con él. Igual que hicieran Egipto y Jordania, han disfrazado absurdamente sus políticas con las retóricas de “Emiratos primero” y “Bahréin primero”, como si estos dos regímenes estuvieran en una situación de guerra permanente con Israel y hubiesen estado dedicando sus recursos a dicha guerra a costa de los intereses de sus países y pueblos. A la vista de las políticas intervencionistas de los Emiratos Árabes Unidos en Yemen, Libia y el cuerno de África, es probable que la repentina normalización de las relaciones con Israel no refleje una intención de volver a centrarse en los asuntos internos[80].

El verdadero significado de los eslóganes del tipo “país primero” vendidos por los líderes autoritarios árabes es “el régimen primero”.

Con la intención de perpetuarse en el poder, defender sus propios intereses o mejorar sus relaciones con Washington, estos regímenes se desentendieron de su responsabilidad y señalaron a la cuestión palestina —o a la implicación de sus países en ella— como culpable de todos sus males y dificultades para liberarse y abandonar los principios esenciales relativos a la justicia en Palestina (lo cual no supuso, naturalmente, que estuviesen más atentos a la justicia en sus propios países).

Estas medidas, junto con la marginalización de la OLP y la formación de la AP, y estos cambios políticos, reorientaciones ideológicas y procesos de normalización concretos han alterado radicalmente la gestión de la cuestión palestina a escala internacional y regional. A menos que esto se afronte con un cambio fundamental en la estrategia, alterará también la naturaleza de la causa nacional palestina[81].

La relevancia contemporánea de entender la Nakba

En el periodo inmediatamente posterior a la Nakba, habría resultado imposible entender la magnitud de este acontecimiento colosal y, mucho menos, sus causas internacionales y europeas. Por tanto, es injusto juzgar, con el beneficio de la retrospectiva, el rechazo (bastante natural) de los palestinos hacia la resolución de la ONU para la partición de Palestina. Asimismo, debe tenerse en cuenta que en el momento en el que se produjo la Nakba —que fue cuando los líderes del Yishuv judío declararon la independencia de Israel y procedieron a ocupar partes de Palestina que habían sido reservadas para el Estado árabe— la capacidad para resistir de los palestinos, que lo hicieron lo mejor que pudieron, ya había sido agotada por el levantamiento de 1936-1939. Asimismo desconocían, igual que desconocían los Estados vecinos, el tamaño y fortaleza relativa del proyecto sionista, que estaba mucho mejor preparado para la batalla[82].

Los ejércitos árabes que participaron en la guerra de 1948 terminaron firmando treguas con Israel al año siguiente. No consiguieron movilizar eficientemente a sus países para la guerra en términos materiales ni logísticos; aquellos que tomaron parte en el conflicto, se lanzaron a la batalla sin planificación ni preparación alistándose en ejércitos desorganizados reclutados apresuradamente. Pese a los sacrificios de los voluntarios, los Estados árabes no plantearon batalla contra Israel en el sentido real. Carecían de la voluntad necesaria para luchar y tuvieron que ser empujados al combate por una opinión pública enardecida en un momento de importantes turbulencias sociopolíticas. Además, la división cundió entre los líderes políticos árabes y la desconfianza mutua imperante impidió cualquier tipo de coordinación entre sus ejércitos. Israel ganó y ocupó la tierra de los palestinos. Al igual que con cualquier otro acontecimiento histórico de magnitud, cabría citar innumerables razones para la Nakba. El proyecto sionista fue un proyecto de colonialismo de asentamientos vinculado con la

política imperialista británica, comprometida con la creación de "un hogar nacional para el pueblo judío". Las autoridades coloniales británicas posibilitaron activamente el Yishuv y permitieron al movimiento sionista poner sus programas en práctica. Además, el proyecto se reforzó militarmente con la experiencia castrense de los oficiales judíos en los ejércitos aliados, en particular el británico, durante la Segunda Guerra Mundial. En 1948, una acción concreta fortaleció aún más la capacidad bélica del proyecto: el envío masivo de armas a la Haganá desde el bloque socialista[83]. Los soviéticos dieron por supuesto que el sionismo laborista sería un potencial aliado "progresista" frente a los regímenes árabes "reaccionarios", a los que consideraban aliados de un Imperio británico en declive y, con carácter más general, apostaron (cuando les resultó conveniente hacerlo) por que el Estado judío sería un país socialista progresista. Las acciones de las facciones armadas del sionismo radical habían llevado a los soviéticos a creer que los sionistas luchaban contra el imperialismo británico en 1948. En cambio, con la salvedad de algún que otro "malentendido" ocasional entre los británicos y los líderes del Yishuv debido a las diferencias de alcance en la agenda de una superpotencia y la de un movimiento colonial nacionalista, si Gran Bretaña no fue la fundadora efectiva de Israel, fue a buen seguro un factor determinante o el principal actor en el establecimiento del Estado judío.

La cúpula sionista tenía una clara orientación estatal y había sido muy eficaz a la hora de obtener apoyo financiero y político para el desarrollo de instituciones políticas, económicas y militares durante el periodo del Mandato británico. Sus líderes se emplearon sistemáticamente en la conquista de la tierra (kibbush ha-adamá) y la conquista del trabajo (kibbush ha-avudá). Lejos de tener connotaciones negativas en el léxico sionista, las palabras "conquista" y "ocupación" inspiraban orgullo[84]. En lo que concierne a la orientación a los objetivos, estos líderes eran resolutivos, pragmáticos y racionales, y no tenían reparo en utilizar medios inmorales para alcanzar sus metas. Evaluaban bien sus propias fortalezas y las de sus oponentes, y sabían cómo aprovechar el momento.

En el periodo inmediatamente posterior a la Nakba, las élites árabes —incluidas las palestinas— prefirieron la negación a la

confrontación de estas duras realidades. Algunos escribieron sobre el atraso de las sociedades árabes en comparación con la sociedad de colonos judíos europeos, un análisis que pasaba por alto la crucial consideración de la política del poder internacional. De una forma más inmediata, las reacciones fueron desde la afirmación de que Gran Bretaña nunca había entendido dónde residían sus verdaderos intereses hasta alegaciones de izquierdistas y nacionalistas de que la Nakba era "una conspiración entre los británicos, los sionistas y los regímenes árabes reaccionarios".

Al menos uno de estos patrones de pensamiento sigue vigente en la actualidad y sirve de guía a determinados regímenes "decididos" a atraer a los Estados Unidos (el equivalente contemporáneo de Gran Bretaña) hacia su punto de vista. Estos también se autoidentifican como el lugar donde los Estados Unidos deberían ver sus "verdaderos intereses". En cambio, en lugar de traducir su alianza con los Estados Unidos en una palanca con la que distanciarse de Israel —que era el objetivo original—, ahora se congracian con Israel como forma de acercarse más al país americano. Esta se ha convertido en la nueva "regla de oro" que rige las alianzas de estos regímenes con los Estados Unidos. El medio se ha convertido en un fin y el fin en un medio.

Para algunos, el éxito sionista no fue más que una mentira colonialista urdida para promover su agenda imperialista en la región. Según esta visión, la democracia judía sionista interna y las instituciones que los colonos establecieron se consideran invenciones de la máquina de propaganda que proyecta a Israel como un "oasis democrático" en Oriente Medio. Esta subestimación del proyecto de construcción de un Estado y una nación en Israel ha resultado, cuando menos, escasamente útil. Al otro lado del espectro se encuentran aquellos que, en su intento por "entender" la Nakba, se vieron tan abrumadora y repentinamente deslumbrados por las maravillas de un establishment sionista tan extraordinario que no encontraron otra alternativa que una abyecta rendición.

Más recientemente, en el contexto de la normalización de las relaciones entre el régimen árabe de turno e Israel, se ha propuesto el extraño argumento de que la unidad de Israel depende de la guerra. Por tanto, si se alcanzase la paz —incluso una paz injusta—

esta unidad se desmoronaría rápidamente e Israel se derrumbaría bajo el peso de sus contradicciones y divisiones internas. Dicho argumento no es menos falso que los otros dos. Los acuerdos de paz han fortalecido a Israel.

Esta pseudoteoría sostiene que la existencia de Israel es temporal y que su desaparición es inevitable debido a su autopercepción como un ente extranjero en la región. De acuerdo con esto, la normalización y la paz con Israel es, en efecto, el arma más poderosa en su contra (algunos defensores de esta idea parecen estar más genuinamente convencidos de ella que otros). Por mucho que le guste a la gente citar el famoso dicho israelí de que "la guerra de la que Israel salga derrotado será su última guerra", el hecho es que nadie va a declararle la guerra a Israel. La constante repetición de manifestaciones estratégicamente inútiles como esta tiene un efecto anestesiante a falta de una estrategia de lucha política que tenga en cuenta, entre otras cosas, las contradicciones internas de Israel y no considere que los regímenes árabes ni la política exterior estadounidense son hechos inmutables.

Los Gobiernos árabes que normalizaron sus relaciones con Israel no creen en estos desvaríos ni en las ilusiones de algunos de sus defensores, sino en sus propios intereses. Esa es su "razón de Estado". Sin duda, sus intereses compartidos con Israel residen principalmente en coordinar los asuntos políticos y de seguridad para mantener la estabilidad de la región (entendida como la estabilidad del régimen árabe frente a la posibilidad de revueltas populares recurrentes) y en la coordinación de las actividades de presión conjunta de Occidente, especialmente de los Estados Unidos, para promover la "importancia estratégica" de cada país para los intereses estadounidenses. Su intención es persuadir a los Estados Unidos y a otros países occidentales para que acepten a sus aliados israelíes y árabes como son (es decir, sin presionarlos para que cambien sus políticas domésticas en materia de democracia, derechos humanos y ocupación) y se opongan a la influencia y aspiraciones de Irán en la región.

La realidad es que la resistencia coordinada permite ejercer presión contra Israel. Es posible influir políticamente sobre él y hacer que pague un alto precio por sus políticas represivas, un precio que

probablemente su sociedad no está dispuesta a pagar. A su vez, la presión sostenida puede cambiar el contenido y la orientación de las políticas. La retirada israelí del Líbano en el 2000 no fue el resultado de una victoria y una derrota militares totales, sino de la resistencia persistente y sistemática frente a la ocupación. Ni siquiera el establecimiento de la AP —considerado un logro por los líderes de la OLP— fue un resultado de las negociaciones, sino un fruto de la lucha, en particular de la primera Intifada. Fue esto lo que llevó a Israel a buscar una solución provisional con la OLP. Sin embargo, Israel no va a derrumbarse, ni a causa de la paz ni como consecuencia de una única derrota militar.

El pluralismo que existe en Israel bajo el paraguas del sionismo es más una fuente de fortaleza que una de debilidad. Desde la década de 1960, venimos escuchando hasta la náusea a quienes aseguran con total convencimiento que Israel se derrumba moral y económicamente, que su saldo migratorio es negativo y que sus conflictos sectarios internos son cada vez más intensos. De hecho, estos eran algunos de los argumentos habituales de la propaganda oficial árabe antes de 1967. Israel tiene muchos problemas sociales y económicos, pero posee una economía sólida y basada en el conocimiento[85], algo que no habría sido posible sin la interacción entre las industrias militar y civil —y entre las habilidades de organización militar complejas y la administración de las empresas por parte de antiguos oficiales militares de alto rango—, las inversiones estadounidenses, la inversión en investigación en las universidades israelíes, y la contribución de los científicos judíos que emigraron al país desde los países desarrollados. Israel cuenta con instituciones modernas y posee una amplia y próspera clase media. Si bien siguen existiendo tensiones entre los sefardíes y askenazíes —y, actualmente, tensiones más profundas entre lo religioso y lo secular—, el pluralismo israelí sigue siendo capaz de organizar la diversidad política, ideológica, confesional y cultural de la sociedad judía de Israel dentro de un sistema democrático auspiciado bajo un único paraguas nacional.

La gran ironía es que las gentes que migraron desde diferentes partes del mundo para asentarse en Palestina no procedían de una sola nación, ni siquiera de Estados que tuviesen sistemas políticos democráticos como rasgo en común. Pese a ello, consiguieron crear

un vínculo nacional —o como quiera llamarse— y mantenerlo durante el tiempo necesario para fortificar el incipiente sistema democrático civil de un colectivo judío sin el riesgo de fragmentarse en tribus, etnias y sectas independientes. Su caso contrasta marcadamente con el de los Estados y los pueblos árabes, quienes —pese a hablar el mismo idioma y albergar la aspiración de formar una nación unificada antes incluso de la fundación de Israel— siguen recelando del concepto de democracia por temor a que pudiera conducir a una desintegración en comunidades confesionales, étnicas o regionales separadas. Este es otro de sus desafíos.

El consciente movimiento nacionalista de Israel atrajo a personas que hablaban decenas de idiomas, procedían de decenas de países distintos y compartían únicamente una afiliación religiosa hacia un proyecto de construcción de nación colonial localizado en una tierra robada por la fuerza a otro pueblo. Durante este mismo periodo, los regímenes árabes impidieron que pueblos que hablaban el mismo idioma, compartían una misma procedencia cultural y ansiaban un destino en común construyesen una nación.

La cuestión árabe desde una perspectiva distinta

La causa palestina recabó amplios apoyos entre pueblos que habían sido previamente colonizados, en particular pueblos árabes. Como consecuencia de ello, Palestina se convirtió en válvula de escape de su sufrimiento, al menos hasta las revoluciones y revueltas de la Primavera Árabe de 2011, en las que comenzaron a plantar cara directamente al despotismo. Durante mucho tiempo, Palestina fue la única causa legítima de demostraciones de solidaridad y peticiones de justicia que los regímenes autoritarios del mundo árabe toleraron.

El apoyo árabe a la causa palestina fue crucial para la continuidad de la lucha, pero también cargó en las espaldas de Palestina un peso simbólico tan grande que ha terminado por tener una influencia perversa. Junto con una emergente industria artesanal de "fabricación de causas", este apoyo generó una creciente arrogancia (no solamente política, sino también literaria) que, en último término, desembocó en la aparición de lobbies elitistas y egocéntricos donde se echaron a perder un gran número de líderes palestinos que en sus orígenes fueron revolucionarios.

La pesada carga del sufrimiento humano experimentado por los palestinos —despojados de su tierra y empujados al exilio para enfrentarse a una nueva ocupación años más tarde— y su permanente lucha son partes fundamentales de la cuestión palestina. Sin embargo, hay que hacer hincapié en que tanto la importancia histórica y política de la Nakba como sus implicaciones para los pueblos árabes de cualquier territorio van mucho más allá de estas dos cuestiones. En la historia árabe moderna, la ocupación de Palestina y la fundación de Israel han generado una especie de complejo. Ambos acontecimientos infligieron una herida aún abierta y sangrante que abastece incesantemente al mundo árabe de diferentes pretextos para, por un lado, aferrarse a una ideología nihilista y de rechazo y, por otro, capitular de todas sus

ramificaciones políticas, culturales, económicas y morales. Comprender esta conciencia inflamada no es posible sin considerar la posición de Palestina dentro de la cultura árabe en su conjunto. La aparición de Israel y la Nakba resultante fueron la materialización más importante de la fragmentación y el conflicto regionales, así como el principal obstáculo para la unidad árabe en el Levante y entre el Levante y el norte de África (el Magreb). Hubo un momento en que este sueño se consideró realista, un momento en el que los Estados árabes no se encontraban tan físicamente atrincherados y los regímenes autoritarios aún no se habían consolidado.

La obsesión antes citada por la interpretación del "significado" y las causas de la pérdida de Palestina en 1948 recuerda al gran imponderable del Renacimiento Árabe: "¿Cuál es la razón del avance de Occidente y el atraso de los musulmanes?". La lista de variables históricas que podrían aducirse como respuesta a esta pregunta es interminable. Aislar satisfactoriamente las razones por las que surge un fenómeno social de tal complejidad es tan difícil como explicar los motivos por los que no surge. Es, por tanto, más conveniente centrarse en los "qués" y en los "cómos", es decir: qué sucedió, qué debemos hacer, cómo podemos comprender y cómo podemos avanzar hacia un objetivo definido. Aunque preguntar "por qué" ofrezca respuestas parciales desde un punto de vista científico, dichas respuestas serán completas desde las perspectivas ética, moral y normativa. La implicación en la pregunta, igual que en los intentos de responderla, refleja inevitablemente los valores, las creencias y las ideologías prevalecientes del momento. Siempre que fuerzas políticas han intentado contestar a las preguntas de por qué sucedió la Nakba o a qué se debió la derrota de junio de 1967, sus respuestas han reflejado las suposiciones o tendencias ideológicas predominantes o emergentes en su tiempo, y sus desacuerdos políticos y culturales se han manifestado en sus desacuerdos sobre el motivo supuesto.

En determinados sectores de la izquierda surgió una tendencia que atribuía toda la responsabilidad de la Nakba a la naturaleza "reaccionaria" de las sociedades árabes. Para algunos de sus representantes, que posteriormente pasarían a ser exizquierdistas (llegando en algunos casos a convertirse en entusiastas

neoliberales), este argumento se convirtió en una excusa para exonerar al sionismo. Para los nacionalistas árabes, el quid del problema estuvo en la falta de unidad árabe y en la "traición y corrupción" de las viejas élites que gobernaron los países árabes tras la independencia. Las corrientes islamistas, especialmente después de 1967, han señalado tanto al nacionalismo como al izquierdismo, e incluso al propio movimiento nacional palestino, como responsables de la pérdida de Palestina a causa de su secularismo. La corriente política islamista se radicalizó de manera que impidió su integración, considerada posible en el periodo de entreguerras previo a la Nakba, dentro un movimiento nacional más amplio integrado por muchas corrientes religiosas. Esta corriente culpó al secularismo, la desviación del islam y la infidelidad de los regímenes árabes de todos los fracasos.

Para los denominados regímenes árabes "moderados", rendirse al relato israelí de los hechos sobre el terreno parece haber fraguado en algo parecido a una ideología semioficial. Para las gentes de estos países, "moderación" es sinónimo de docilidad anticipada frente a lo que venga, pese a acumular décadas de experiencia sin perspectiva alguna de justicia bajo el pretexto de que aspirar a la justicia es "poco realista". Para los gobernantes, la definición del término es alineación con los Estados Unidos y aceptación de sus políticas para Oriente Medio, especialmente en lo concerniente a la paz con Israel. De lo contrario, ¿cómo podría calificarse de "moderado" un régimen despótico? Esta complicidad entre los líderes árabes "moderados" y el sionismo viene de antiguo. En su momento, los líderes "moderados" supusieron que el sionismo y "los judíos" serían muy influyentes (como poco) en la política internacional, una creencia que los líderes sionistas —y, más tarde, los líderes israelíes— se dedicaron a alimentar (y que fuera de este contexto se consideraría antisemita)[86].

Puesto que los acontecimientos en Palestina no se perciben solamente como parte de un problema colonial, sino también como una cuestión de dignidad y resistencia nacionales, determinadas visiones políticas y culturales alternativas se han presentado a sí mismas como la única vía posible para la liberación de Palestina o para la resolución de la cuestión palestina. Pero, aunque estas visiones no pasaran de meros eslóganes y nunca llegaran a

materializarse, es importante no caer en el cinismo al considerarlas; la mayoría de quienes las introdujeron creían en ellas. Mientras que el panarabismo ideológico político se presentó, entre otras cosas, como un medio para liberar Palestina, los llamamientos a la democratización tras la derrota de 1967 se fundamentaron en el argumento de que el autoritarismo había sido la principal razón de la derrota. La vía de la religión como ideología política se ha propuesto a sí misma como la única salida a una serie sin fin de acontecimientos como los de 1948 y 1967. Entretanto, mientras que el "significado de la Nakba" cambiaba con el tiempo en función del clima político, el desafío fundamental ha seguido siendo invariable e inevitable.

Desde el estallido de las revoluciones de la Primavera Árabe en 2011, cuestiones como la ciudadanía y el proceso de construcción de las naciones, la democracia, el Estado de derecho y la dignidad humana han vuelto a ocupar un lugar en la agenda pública. Sin embargo, dichas cuestiones se plantean en pos de su propia consecución y no en beneficio de Palestina. Esto es lo que los líderes políticos israelíes temen por encima de todo. Su año más aciago e incierto fue 2011, cuando el pueblo árabe de toda la región tomó las calles coreando algunas de las respuestas a estas preguntas.

Ni la necesidad de democracia ni el medio para alcanzarla deben incluirse como factores en ningún análisis de las derrotas de 1948 y 1967. La democracia se alcanzará haciendo frente directamente al despotismo y la tiranía, a la ausencia de un Estado de derecho y a la personalización de la política, la injusticia y la corrupción. Esta es una agenda nacional que incluye la presentación de alternativas realistas al statu quo. Hasta que enfrentar estos males de la sociedad se convierta en un objetivo en sí mismo, no habrá soluciones a estos problemas. Aun teniendo en cuenta que la evolución del autoritarismo es indisociable de la aparición de Israel y la cuestión palestina, la lucha por la justicia, la democracia y la dignidad debe dar frutos por el bien de sus propios fines, de los cuales se beneficiará Palestina. El enfoque instrumentalista de estas cuestiones existenciales igualmente se puede manipular para que funcione también en la dirección opuesta cuando convenga al que lo aplica, quien podría defender que la búsqueda de estos objetivos morales distrae y desvía la atención de la principal causa, que es

Palestina. Debido a su profunda convicción en que la pérdida de Palestina y la situación en los países árabes estaban interrelacionadas, los nacionalistas e izquierdistas que se organizaron en la década de 1950 tras la Nakba solían discutir acaloradamente entre sí sobre si el punto de partida debía ser la lucha por cambiar los regímenes árabes y modernizar sus países o la lucha armada por la liberación de Palestina. Lo cierto es que no había una respuesta correcta a esta disputa irresoluble. Estas cuestiones siguen estando conectadas, pero la lucha contra la ocupación puede continuar simultáneamente y en paralelo con la lucha por la democracia en el resto del mundo árabe, y también con la lucha por la justicia en Palestina; la consecución de una no tiene por qué esperar a la de la otra, ni la liberación de una nación debería ser a expensas de la liberación de las otras.

Aunque el vínculo histórico entre el problema de Palestina y las cuestiones que hemos comentado es innegable, es fundamental tratar ambos elementos de forma independiente para entenderlos y evitar que se utilicen como excusas de la inacción, ya sea en el marco de la resistencia frente a la ocupación israelí y los intentos de normalizarla o en el contexto más amplio de la lucha árabe por la democracia y los derechos civiles. Ninguno de ellos es una herramienta al servicio del otro, mientras que cualquier logro en un ámbito beneficiará al otro en tanto que se enmarcan en una misma lucha por la justicia.

Del mismo modo, entender las causas directas de la Nakba no exige necesariamente un análisis profundo de las diferencias entre las instituciones modernas del sionismo y la sociedad local palestina. La Nakba no fue un acontecimiento inevitable ni el resultado predeterminado de un conjunto fijo de circunstancias. Hay en la historia coyunturas críticas, como las guerras y las revoluciones, en las que la intervención humana juega un papel decisivo y puede impulsar un avance que conduce al establecimiento de nuevas estructuras, siempre y cuando se den unas condiciones mínimas necesarias.

Dicho esto, la lucha por la libertad frente a la ocupación no puede, en principio, postergarse indefinidamente hasta encontrar una solución holística a la más amplia cuestión árabe, que con suerte

vendrá en forma de una cooperación estrecha entre los Estados democráticos árabes en el futuro (por ejemplo, en una línea similar al modelo de la Unión Europea). Al mismo tiempo, resulta evidente que la lucha por la democracia en el mundo árabe dio un giro definitivo en 2011 y que, pese a los reveses sufridos desde entonces, la lucha popular por la democracia tampoco esperará a que se haga justicia en Palestina.

Capítulo 4

SOBRE EL CONFLICTO ÁRABE-ISRAELÍ

Algunos de los mitos israelíes sobre la derrota árabe en junio de 1967 fueron una mera repetición de los que surgieron tras la guerra de 1948, en particular el de la lucha de unos pocos contra muchos (o "el mar de enemigos"). El resultado de la guerra de junio de 1967 cambió Israel. La cultura y la ideología políticas israelíes, por ejemplo, se encaminaron hacia una fusión cada vez más estrecha entre el nacionalismo y el radicalismo religioso-político. Mientras que la economía de Israel se vio reforzada por la inversión extranjera, la ayuda de los Estados Unidos y una cooperación estratégica más estrecha con Washington, el propio país se encontró gobernando directamente a toda una sociedad compuesta por millones de palestinos que no eran solamente individuos sometidos a su mandato militar, sino también un mercado para los productos israelíes y una fuente de mano de obra barata[87].

En combinación con lo anterior, la dialéctica posbélica de vencedores y vencidos, representada en la arrogancia y el triunfalismo exteriorizados por una parte y la humillación y degradación sentidas por la otra, dio como resultado la guerra de 1973. Mientras que para los perdedores la motivación fue la necesidad de recuperar la dignidad nacional, los vencedores, en su euforia, fueron incapaces de prever que sus defensas podrían no soportar un ataque árabe. El cambio a una estrategia de paz en el mundo árabe no se produjo hasta después de la guerra de octubre de 1973. Sin embargo, esta se desarrolló paralelamente a la deriva ultraderechista de Israel tras 1967 y la progresiva consolidación de la alianza bilateral del país con los Estados Unidos. El acuerdo de paz independiente de Anwar el-Sadat con Israel marcaría el comienzo de una desvinculación oficial árabe de la causa palestina, considerada una fuente de conflictos bilaterales entre los Estados árabes e Israel. En cambio, el modelo egipcio —es decir, la paz con Israel a cambio de la retirada israelí de los territorios egipcios ocupados— resultaba inservible para los palestinos.

Los síndromes de la guerra de junio de 1967

Tras la guerra de junio de 1967, en la que Israel ocupó territorios de tres países árabes junto con el resto de Palestina, el arsenal propagandístico israelí incorporó el mito de estar atrapado en una "guerra defensiva permanente", lo que automáticamente legitima cualquier "guerra preventiva" o "guerra sin elección" que declare. El apabullante predominio de la narrativa bélica israelí en los medios occidentales, al menos durante algún tiempo después de 1967, confirmó la tesis de la hegemonía discursiva de la narrativa de los vencedores[88].

Los palestinos fueron de nuevo desplazados[89]. Miles de refugiados se convirtieron en refugiados por segunda vez, en algunos casos tras la repetición de los mismos crímenes de guerra cometidos en 1948. Durante la guerra de 1967, tres localidades —Imwas, Yalu y Beit Nuba[90], así como la ciudad de Qalqilya[91]— fueron objeto de una limpieza étnica. Sin embargo, Israel no llevó a cabo una limpieza étnica a gran escala, y la mayor parte de la población continuó viviendo bajo la ocupación directa israelí[92], un factor que influyó decisivamente en el cambio de carácter del asunto palestino. Después de 1948, la "cuestión de Palestina" en el ámbito internacional se convirtió en sinónimo de "cuestión de los refugiados" y tras 1967 hubo intentos de reducirla a un asunto de "Territorios Ocupados". Hoy en día, ambas cuestiones siguen sin resolverse.

Además de la causa de los refugiados y el problema de los Territorios Ocupados, la causa nacional Palestina consta de más cuestiones. Estas son producto del proyecto de colonialismo de asentamientos en Palestina, que es el origen de dichas cuestiones y del conflicto árabe-israelí que, durante décadas, Israel trató de separar de la causa palestina.

El conflicto árabe-israelí no existía antes de que se proclamase un Estado sionista sobre las ruinas del pueblo árabe que habitaba esa

tierra. En el momento en que estalló la guerra de 1967 no había territorios árabes ocupados, salvo la propia Palestina. Ni el Sinaí egipcio ni los Altos del Golán sirios se encontraban bajo ocupación israelí; ambos fueron ocupados en 1967. La motivación de promover acuerdos de paz con Israel a cambio de su retirada de estos territorios fue un impulso para distorsionar la historia. Su éxito supuso que Israel alcanzase los objetivos políticos de aquella guerra.

Al contrario de lo que sostienen muchos de los historiadores y analistas de la guerra de 1967, el conflicto militar no fue ni "inevitable", ni "preventivo", ni "defensivo". Para Israel, fue una guerra de elección. Los archivos históricos revelan que los estadounidenses, los soviéticos y los israelíes tenían la certeza de que Israel obtendría una amplia victoria debido a su aplastante superioridad militar. Tal y como lo expone Roland Popp, "el comienzo de las hostilidades por parte del propio Israel ciertamente no fue un ejemplo de estadistas perdiendo el control del proceso político, sino una clara decisión racional en una situación en la que el equilibrio de fuerzas hacía de la derrota militar un resultado virtualmente imposible" (Popp, 2006: 238).

Cada vez son más las evidencias que contradicen la afirmación de que se estaba fraguando un ataque árabe inminente que había que evitar. La escalada militar entre Egipto e Israel perdió impulso antes de la última semana de mayo, y ninguna de las partes realizó acción alguna que amenazase con intensificar el conflicto. Los documentos también demuestran que el despliegue militar de Egipto en el Sinaí fue limitado y meramente demostrativo[93], "no siendo su escala ni remotamente similar a la de la fuerza invasora" (Popp, 2006: 307). Las órdenes de Nasser de limitar la acumulación de tropas en el Sinaí fueron interpretadas por algunos altos mandos militares estadounidenses como un signo de sus "intenciones pacíficas" y de que "no iba a iniciar ningún combate" (Popp, 2006: 305; Kurtulus, 2007: 229). Lo confuso fue el tono provocador de la retórica egipcia. Al parecer, esto fue producto del afán por imponerse en la rivalidad por el liderazgo en Egipto entre el presidente Nasser y su comandante en jefe, el mariscal de campo Abdul Hakim Amer[94] y entre los líderes egipcios, sirios y saudíes en el contexto de la competición nacionalista panárabe. Si bien ninguno quería ir a la

guerra, todos querían parecer firmes y decididos mientras acusaban a los otros de debilidad ante el enemigo.

Por su parte, los líderes de Israel se dividieron en dos facciones: un ala dura que proponía un ataque inmediato y que estaba representada en su mayoría por generales del Ejército, políticos y excomandantes como Moshé Dayán —quien asumiría el Ministerio de Defensa durante la crisis— y una "pacifista", donde militaban personalidades como el primer ministro Eshkol y el ministro de Asuntos Exteriores Eban. A los pacifistas les preocupaban principalmente las consecuencias negativas de una posible repetición de la experiencia de la crisis del canal de Suez de 1956 (cuando las superpotencias intervinieron para detener la invasión tripartita de Egipto). Sin embargo, durante la última década los Estados Unidos habían pasado a adoptar una postura proisraelí estratégica más explícita, además de haber desarrollado una creciente animosidad contra los regímenes nacionalistas árabes. Por tanto, la otra facción podía argumentar que Washington respaldaría una guerra israelí contra los regímenes nacionalistas árabes, considerados prosoviéticos, y que la intervención de las superpotencias, ya fueran los estadounidenses o los soviéticos, era poco probable. Finalmente, se impuso el criterio del ala dura (Kurtulus, 2007: 231)[95].

Si bien es cierto que tanto Jordania como Irak se adhirieron al Tratado de Defensa Conjunta entre Siria y Egipto pocos días después del primer ataque israelí, el carácter de dicho tratado era claramente defensivo. Esencialmente, se limitaba a desempolvar los tratados firmados en la década de 1950, que en realidad nunca se habían activado y que tuvieron un impacto muy limitado. De hecho, en la víspera de la guerra no hubo signos de ninguna coordinación entre los países árabes. Poco después de la firma del tratado, Nasser acusó al rey Husein de Jordania de ser un "agente de la CIA" y Jordania rompió relaciones diplomáticas con Siria. Para empezar, Siria se opuso a la adhesión de Jordania al tratado y se negó a coordinar sus políticas con Egipto. Cuando la escalada se desencadenó, Nasser se encontraba en su punto álgido de popularidad en Jordania, de modo que Husein se sumó al tratado con su rival egipcio por temor a que el descontento popular pudiera volverse en su contra si no lo hacía. Por estas mismas razones, entró

en la guerra días después. Según las conclusiones de Kurtulus, el tratado era "más una declaración política vaga que un marco sólido de preparación para la guerra" (Kurtulus, 2007: 231).

En resumidas cuentas, los Estados árabes no estaban preparándose para atacar a Israel en la víspera de la guerra. Estaban ocupados intercambiando acusaciones y haciendo campaña los unos contra los otros. El primer ministro israelí Eshkol lo sabía, como lo sabían también los generales militaristas que lanzaron una campaña mediática sensacionalista advirtiendo de que la consecuencia de que Israel no atacara primero sería un segundo Holocausto. Al hacerlo, instigaron de facto un "golpe de Estado"[96] popular contra el primer ministro.

En este punto conviene hacer un inciso. Fue en esta coyuntura crítica cuando la instrumentalización política del Holocausto, hoy en día una estrategia estatal integral, se puso verdaderamente en marcha. Menájem Beguin, el líder del Likud que fue elegido primer ministro de Israel en 1977, la llevó hasta niveles inéditos en sus declaraciones y discursos públicos. Según David Biale, antes de la guerra de 1967 la versión sionista de la historia judía abrió un cisma entre los judíos de la diáspora de Europa y los "nuevos hebreos" de Israel. Las conmemoraciones oficiales israelíes del Holocausto se centraban sobre todo en unos pocos actos de resistencia, como el levantamiento del gueto de Varsovia. Estas hacían hincapié en la "diferencia entre aquellos que tomaron las armas contra los nazis" (a menudo identificados incorrectamente con los sionistas en la subnarrativa) y todos los demás judíos que, según expresiones de la propia retórica sionista, fueron conducidos como ganado al matadero (Biale, 1986: 158). Este imaginario concordaba con la pasividad que la ideología sionista atribuía a los judíos de la diáspora y su proyección del sionismo como rebelión frente a esa pasividad (ibid.). Sin embargo, tras la guerra de junio de 1967 esta ideología fue reemplazada por una "ideología de supervivencia" en virtud de la cual el sionismo dejaba de representar una ruptura con la historia judía para convertirse en su continuación bajo diferentes condiciones (ibid.). Desde esta perspectiva, el Estado judío había "generado sentimientos contradictorios de poder desmesurado y temor exagerado" (ibid.). Este giro ideológico, que se caracterizó por un creciente uso de las

alusiones al Holocausto y las metáforas del mismo en el discurso nacional, daba a entender que los judíos vivían en un aislamiento eterno y se enfrentaban a una amenaza existencial permanente para su supervivencia (Biale, 1986: 159; Segev, 2000). Tal discurso dio pie a dos corolarios, al menos para los nacionalistas de derecha. El primero era que Israel, el único agente de la historia judía, era la víctima consumada. El segundo sostenía que hacer concesiones a la paz era en vano, ya que la amenaza siempre estaría ahí. La conclusión: la militarización perpetua y la superioridad de la fuerza absoluta son las únicas vías para garantizar la seguridad futura de Israel.

Conforme las tensiones entre los árabes e Israel aumentaron, una parte de la sociedad israelí exigió que se nombrase primer ministro a Ben-Gurión[97] y ministro de Defensa a Moshé Dayán, quien finalmente terminaría ocupando dicho cargo. Sin embargo, incluso Ben-Gurión, quien creía en la necesidad de una segunda guerra con los árabes debido a que la de 1948 no había sido suficiente para obligarles a aceptar a Israel, se posicionó entre quienes llamaron a esperar al compromiso de las dos superpotencias antes de entrar en guerra. Recordando la intervención de la Unión Soviética y los Estados Unidos en 1956, su propuesta fue "atrincherarse" y aguardar. Eshkol pensaba que había satisfecho a los generales proporcionándoles los presupuestos que estos le solicitaron para construir un ejército moderno. De hecho, Eshkol les dijo: "No os entregamos todas estas armas para que un buen día dijeseis: aniquilemos al ejército egipcio". Sin embargo, según Guy Laron, estas eran exactamente sus intenciones y el fin que perseguían con la construcción de un ejército ofensivo moderno. Las armas "se compraron con el objetivo de construir un ejército ofensivo capaz de ampliar las fronteras israelíes" (Laron, 2017: 261).

Pese a lo acertados que puedan considerarse algunos o la mayoría de los análisis técnicos de Kenneth Pollack en relación con el desempeño militar de los ejércitos árabes en 1967[98] (previa supresión de las generalizaciones culturales implícitas que supone categorizarlos como "ejércitos árabes"), los hechos refutan la afirmación inicial de su libro de que, en la víspera de la guerra, "Israel estaba perdido" (Pollack, 2019: 1). Esta valoración asume sin crítica la propaganda sensacionalista y la campaña de miedo que

formaban parte de la estrategia de los líderes del ejército israelí frente a las dudas de Eshkol de lanzar una ofensiva[99]. En una conversación con el ministro de Asuntos Exteriores israelí Abba Eban —a quien Eshkol envió para asegurarse el respaldo estadounidense a Israel ante una posible intervención soviética (sin el cual Eshkol no habría entrado en guerra aun con la presión de los generales)—, el presidente Johnson le expresó sus certezas de que Israel ganaría la guerra (Boissoneault, 2017).

El Pentágono y la CIA hicieron valoraciones similares que indicaban que Israel ganaría fácilmente, ya fuera lanzando una ofensiva o repeliendo un primer ataque. El Pentágono estimó que Israel vencería en un plazo de entre siete y diez días en caso de ofensiva, y en el de dos o tres semanas en caso de librar una guerra defensiva tras un primer ataque egipcio. Un informe de la CIA revelado en abril de 2004 rebatía los argumentos israelíes acerca de su debilidad relativa en comparación con la coalición árabe de Nasser al sostener que Israel había exagerado la fortaleza árabe con el fin de obtener más ayuda. En aquel momento, la CIA estimaba que la Fuerza Aérea israelí se impondría en las primeras 24 horas y que Israel ganaría la guerra en menos de una semana (Robarge, 2018: 29-35; Riedel, 2017; Ashour, 2020: 77-8).

La guerra de junio de 1967 fue una guerra elegida por Israel. El país aprovechó la oportunidad de romper el régimen de Nasser y, al mismo tiempo, ampliar sus propias fronteras. Desde 1948, los estadistas y líderes políticos sionistas sostuvieron —partiendo de su convencimiento de que los Estados árabes no aceptarían la existencia de un Estado judío— que era necesaria otra guerra para obligarles a que, como mínimo, aceptasen a Israel como un hecho consumado en la región. Al mismo tiempo, dicha guerra permitiría a Israel alcanzar algunos de los objetivos territoriales que no llegaron a lograrse con la de 1948.

En su debate con Simón Peres después de la guerra del Líbano de 1982, cuando el Partido Laborista recriminó al Gobierno del Likud de Beguin y Sharon haber llevado al país a una guerra de elección en el Líbano, Ariel Sharon rebatió los argumentos de Peres de que Israel solamente debía librar guerras “sin elección”. Sharon, con su característica brusquedad, dijo que la única rebelión judía que fue

“sin elección” fue la de Auschwitz y que, por lo demás, todas las guerras de Israel con los árabes habían sido guerras de elección (Bishara, 2005: 104; Inbar, 1989: 22-37). De esto se deduce que, a este respecto, la guerra de 1967 no era distinta de la de 1982. La diferencia aparente está, por tanto, en la hipocresía moralizante de los sionistas laboristas e izquierdistas frente a la sinceridad descarada de los nacionalistas de derechas.

En una evaluación de los problemas de seguridad de Israel en caso de estallar una futura guerra realizada en octubre de 1953, Ben-Gurión recalcó: “El factor tiempo es decisivo y trascendental”. Puesto que Israel carecía de cualquier “profundidad estratégica”, esto implicaba que no solamente debía garantizar su dominio aéreo destruyendo a “la fuerza aérea enemiga y bombardeando sus servicios de apoyo a la aviación”, sino también decidir el momento en el que estallaría la guerra (Bar-On, 1996: 117-18). Posteriormente, este punto de vista se convertiría en una doctrina de seguridad nacional que se impuso en la víspera de la guerra de junio de 1967 (Rabin, 1979: cap. 6; Dayán, 1976: 243-69; Gazit, 2016: 144-66).

Del mismo modo que hay un síndrome de la derrota, hay un síndrome de la victoria. La guerra de 1967 terminó con una derrota demoledora de todos los Estados atacados en la blitzkrieg israelí. La Naksa (el revés), nombre con el que se bautizó la derrota en la retórica oficial egipcia, tomó como rehén a toda una generación árabe y precipitó un torrente de críticas enfurecidas de regímenes nacionalistas árabes, así como una tentativa de ascenso de la izquierda árabe y un posterior auge de los movimientos islamistas.

Desde aquel momento, siguen formulándose las preguntas equivocadas. Rara vez se habla de que la derrota fue, en realidad, la excepción y no la regla. A la facción partidaria de la capitulación no le interesa hacer un análisis racional porque la noción de que la guerra de 1967 es el paradigma de cualquier guerra futura con Israel respalda su argumento de alcanzar un acuerdo de paz a cualquier precio, como si la única forma concebible de conflicto con una entidad apartheidista colonial fuera la guerra. Los movimientos islamistas se aferraron a la creencia de que la derrota de 1967 fue el resultado inevitable de los compromisos de determinados Estados

árabes con ideologías seculares nacionalistas. ¡Estos llegaron incluso al extremo de tratar de demostrar que Israel venció por haberse ceñido estrictamente a los principios del judaísmo! (al-Qaradawi, 1968; al-Ghazali, 1998). Lo cierto es que los ejércitos árabes habían combatido mucho mejor en diversas ocasiones desde 1967, incluso bajo los mismos regímenes (Pollack, 2019). Por ejemplo, pocos meses después de la derrota, soldados jordanos y fedayines palestinos, apoyados por un batallón de artillería jordano, se revelaron como combatientes altamente competentes en la batalla de Karameh[100]. Esta batalla fue seguida de la guerra de Desgaste y la guerra de Octubre de 1973, en las que los regímenes árabes se desenvolvieron muy bien pese a sus diferentes liderazgos políticos. De ahí en adelante, se cosecharon muchos éxitos en el largo periodo de resistencia en el Líbano. Sin embargo, ninguno de estos logros objetivos ha conseguido borrar las profundas marcas que dejó la derrota en la guerra de junio de 1967. Esto se debe, por una parte, a la realidad permanente de la ocupación israelí que se derivó de dicha guerra y, por otra, a que la enorme frustración y desesperanza creadas por la derrota proyectan una larga sombra sobre cualquier percepción de logro posterior.

La ilusión de que la victoria rápida era una constante en el ejército israelí tuvo un efecto igualmente duradero en la psique israelí y produjo un giro ideológico. Sin embargo, pronto demostró ser también una formidable desventaja. Siempre que los israelíes enfrentaban a un movimiento de resistencia serio (como en el Líbano y en Gaza), se desconcertaban y frustraban, y lo que es más importante, acusaban la falta de aguante. No podían entender por qué una victoria rápida y poco costosa se les escapaba en estos contextos. La constancia mostrada por un movimiento de resistencia árabe colisionaba con las expectativas de dominación de la cultura política y la consciencia colectiva israelíes creadas por los éxitos de la “guerra de los Seis Días”.

Hasta su victoria en 1967, Israel era una empresa inestable a ojos de sus aliados occidentales, incluidos los Estados Unidos. El triunfo bélico metió de lleno a Israel en la esfera de influencia estadounidense, allanando así el camino para una alianza profunda e integral entre los dos países[101]. Lo mismo sucedió con la relación israelí con los judíos de la diáspora, en quienes el resultado de la

guerra cambió la percepción de Israel de una aventura efímera a un proyecto de Estado garantizado. Como resultado de ello, el final de la guerra dio paso a un crecimiento de las migraciones de judíos hacia Israel, un aumento exponencial de las inversiones y una liberalización generalizada de la economía del sector público israelí —basado en los asentamientos y de gran importancia táctica— para absorber más eficientemente las inversiones.

El movimiento laborista que encabezó el proyecto de colonización en Palestina (en particular desde la segunda y más politizada ola de inmigración judía, entre 1904 y 1914), dirigió el establecimiento del Estado y orquestó e impregnó las instituciones estatales, pero empezó a perder terreno frente a la derecha nacionalista judía, especialmente después de la guerra de 1973. Durante aquella fase, esta tendencia se vio favorecida por una creciente clase media urbana y la mayoría de la población sefardí y mizrají (judíos orientales). Al considerar a los líderes (askenazíes) europeos del país responsables de su miseria, esta parte de la población simpatizó con la facción populista nacionalista de la élite política askenazí, que fue percibida como menos condescendiente por la masa de sefardíes y mizrajíes.

Igual que remodeló la imagen de Israel, la guerra de junio de 1967 remodeló también la del mundo árabe. La guerra atrajo una gran cantidad de solidaridad internacional hacia la "víctima victoriosa" frente al "agresor vencido", un par de expresiones mágicas que el público, estancado en un entendimiento superficial de los conceptos de víctima como tal o de agresión de forma aislada, no es capaz de comprender en toda su complejidad. Como se ha demostrado una y otra vez, ser víctima sin más no es suficiente para inspirar solidaridad y encender la imaginación de los medios. Aparentemente, la victoria (o el hecho de ganar en general) genera más simpatía que el de ser víctima —ya sea real o imaginada— entre la "opinión pública internacional".

Ninguna otra ocupación que comenzase en la segunda mitad del siglo XX, durante el proceso de descolonización, ha durado más de 50 años. El hecho de que la ocupación directa israelí, que el resto del mundo también reconoce como una ocupación, haya durado tanto tiempo plantea una importante pregunta sobre las

implicaciones de considerar a Israel un Estado normal dentro de las fronteras establecidas en 1967 y un Estado ocupante solamente fuera de ellas. De los más de 70 años de antigüedad que tiene, Israel solamente ha circunscrito su territorio a la delimitación de la tregua original hasta la guerra que estalló el 5 de junio de 1967 durante 19 de ellos. ¿Cuál de estos periodos es entonces la excepción y cuál la regla? No es lógico ni natural considerar que el Israel "normal" sea el que fue durante menos de 20 años, en lugar del que ha sido durante más de 50. Es más: incluso si aceptamos esta distinción en pro del argumento, el Israel de 1948-67 no era un país "normal" que posteriormente ocuparía una zona de tres veces su tamaño en junio de 1967. Incluso antes de 1967, era ya el producto de la ocupación militar perpetrada por un movimiento de colonialismo de asentamientos[102].

Quizá, la rápida y abrumadora victoria de aquel año tomó por sorpresa incluso a los israelíes. Su siguiente paso natural fue recuperarse del shock y asegurar los beneficios políticos de la victoria, siendo el más importante de ellos garantizarse la conformidad árabe con la existencia del Estado israelí sin tener que ceder en la cuestión palestina.

El Gobierno de Eshkol estaba dispuesto a negociar un acuerdo de paz con Egipto y Siria usando sus botines de guerra territoriales como moneda de cambio. Sin embargo, ningún Estado podría aceptar un sacrificio tan humillante. En aquel momento, los palestinos y el conflicto con los Estados árabes eran temas separados dentro del pensamiento político israelí, que consideraba el primero un asunto periférico en relación con el segundo. Dos días después del final de la guerra, Eshkol declaró lo siguiente ante la Knéset: "Ha surgido una nueva situación que puede servir de punto de partida en negociaciones directas para un acuerdo de paz con los países árabes"[103]. Una semana más tarde, el 19 de junio, el Consejo de Ministros israelí adoptó una resolución en la que proponía ofrecer a Egipto y Siria los territorios que acababan de perder a cambio de una paz contractual a largo plazo. La Resolución 563 del Consejo de Ministros rezaba de la siguiente manera: "A. Egipto: Israel propone la firma de un acuerdo de paz con Egipto [y con Siria, en el apartado B.] basado en la frontera internacional y las necesidades de seguridad de Israel" (Raz, 2013: 86). Pese a que la

oferta no abordaba las raíces palestinas del conflicto, se tildó de "propuesta de paz generosa" y circularon rumores de que El Cairo y Damasco la habían rechazado de inmediato (ibid.: 87). De hecho, la propia oferta fue una ficción creada por el entonces ministro de Asuntos Exteriores de Israel, Abba Eban. La oferta nunca se presentó a los árabes. La resolución del Consejo de Ministros fue principalmente una estratagema diplomática para obtener el apoyo político estadounidense en las Naciones Unidas contra los soviéticos, que estaban a punto de proponer una resolución exigiendo la retirada inmediata e incondicional de Israel de los Territorios Ocupados durante la guerra de 1967 (ibid.: 92).

Los árabes resumieron su respuesta a la derrota en los que se conocerían como "los tres noes" de la resolución de Jartum: no negociación, no reconciliación y no reconocimiento[104]. La resolución, adoptada durante la cumbre celebrada en la capital de Sudán el 29 de agosto de 1967, recogía que los participantes habían acordado

realizar un esfuerzo coordinado por participar en iniciativas políticas en los planos internacional y diplomático con el fin de revertir los resultados de la guerra y garantizar la retirada de las fuerzas israelíes de los territorios ocupados después del 5 de junio de 1967 dentro del marco de los principios básicos con los cuales se comprometen los países árabes: no acordar la paz ni reconocer a "Israel", no negociar con él, e insistir en el derecho del pueblo palestino a su patria[105].

Esta declaración cuestionaba la derrota y rechazaba la capitulación. Sin embargo, los países árabes siguieron siendo pragmáticos en su respuesta a las iniciativas estadounidenses. Por ejemplo, Nasser aceptó el Plan Rogers en diciembre de 1969[106].

El planteamiento posbélico israelí se topó con un desafío a otro nivel: el auge del nacionalismo y las facciones de resistencia armada en Palestina. Además, este se produjo en una coyuntura en la que el pueblo árabe de toda la región buscaba un rayo de esperanza en la

oscuridad de la derrota, la desesperación e incluso el shock cultural.

Israel siguió empecinado en su negativa a cumplir la Resolución 242 del Consejo de Seguridad y aceptar los dos requisitos previos básicos para la paz: el derecho de los palestinos a retornar y la retirada israelí de Jerusalén Este, el valle del Jordán y otras partes de Cisjordania. En la reunión mantenida por el Gobierno el 11 de junio con el fin de celebrar el final de la guerra un día antes, uno de los puntos del orden del día fue "el estatus de Jerusalén unida". Al cabo de algunas semanas, la Knéset adoptó tres resoluciones legislativas para ampliar su jurisdicción sobre el sector oriental ocupado de la ciudad. La primera resolución, que se aprobó el 27 de junio de 1967, rezaba que "la ley, la jurisdicción y la administración del Estado deben extenderse a cualquier área de Eretz Israel designada por orden gubernamental". Esta fue, de hecho, una enmienda (la número 11) a la Ley y Ordenanza Administrativa de 1948 y se ejecutó apenas un día después en una nueva zona de Jerusalén y sus inmediaciones que abarcaba desde el aeropuerto de Kalandia, situado al sur de Ramala, en dirección sur hacia los pueblos árabes de Sur Baher y Beit Safafa y, en el eje oeste-este desde la línea del armisticio, en dirección este hacia los pueblos de Anata, al-Ram y al-Tur. La nueva designación se promulgó el 28 de junio de 1967, de acuerdo con el artículo II-B de la Ley y Ordenanza Administrativa de 1948 en su versión modificada, e incluía un gráfico que indicaba los nuevos límites. El mismo día, la Knéset aprobó otra enmienda que ampliaba la jurisdicción municipal de Jerusalén Oeste con el título de "Ampliación del área municipal de Jerusalén" (Aruri, 1997/1998: 170-1; Naciones Unidas, 1997: 12; Friesel, 2016: 376-7). En julio de 1980, la Knéset israelí consagró constitucionalmente la anexión con la promulgación de la "Ley Básica: Jerusalén capital de Israel", en la cual se proclamaba que "Jerusalén, unida y en su totalidad, es la capital de Israel", y que la ciudad permanecería "por siempre bajo la soberanía israelí" (Aruri, 1997/1998: 174; Naciones Unidas, 1997: 3, 13; Bishara, 2010).

En lugar de flexibilizar sus posturas hacia los países árabes tras una victoria que debía haber aliviado sus miedos "existenciales", Israel las endureció y siguió ignorando el asunto palestino. La arrogancia de la victoria y la experiencia de dominar a otro pueblo cegaron a

los responsables políticos y a amplios sectores del público. En lo concerniente a los territorios egipcios y sirios ocupados en 1967, los líderes del Partido Laborista de Israel, entonces en el poder, se dividieron en dos bandos: los que optaban por construir y anexionar asentamientos (aparentemente para establecer "fronteras seguras") y los que se decantaban por no hacerlo. Ninguna de las figuras más relevantes del partido reconoció que hubiera un problema palestino que resolver.

Entre septiembre de 1972 y abril de 1973, en la víspera de las elecciones a la octava Knéset, el Partido Laborista mantuvo un largo debate sobre el futuro de Cisjordania. El "Gran Debate", como fue apodado, reveló fisuras en las posturas de los principales miembros laboristas. Un primer grupo —representado por Yigal Alón, Pinchas Sapir y Abba Eban—[107] defendía lo que denominaban "cesión territorial" (pshará teritoriálit). La "cesión" implicaba dividir Cisjordania entre Israel y Jordania. En virtud de ella, Israel se anexionaría la mayor parte del valle del Jordán desde el río hasta las laderas orientales de la cordillera de Cisjordania, Jerusalén Este y Gush Etzion, mientras que las regiones restantes —donde residía la mayoría de la población palestina— quedarían en manos de Jordania. Un segundo grupo —encabezado por Yisrael Galili y Moshé Dayán[108]— abogaba por un desarrollo intensivo, es decir, la colonización de las zonas ocupadas sin modificar su estatus territorial oficial (Ranta, 2015: 121-2). Al final, en 1973, el Plan Galili del segundo grupo se convirtió en la política de facto del Partido Laborista.

Moshé Dayán fue el único ministro que defendió implícitamente convertir los territorios recién ocupados en una "solución" al problema palestino estableciendo un contacto directo con los líderes locales tradicionales. Su política de "puentes abiertos" abrió un paso civil a Jordania y proporcionó a los habitantes de la Cisjordania ocupada algo del espacio vital que tanto necesitaban (dichos puentes no conectaban con Israel ni permitían cruzar a ninguna zona israelí ni desde ella)[109]. Cultivó relaciones con los alcaldes palestinos y otros líderes locales con el objetivo de construir un liderazgo alternativo a la OLP y permitir la transición a alguna forma de autogobierno. Es preciso señalar que esto sucedió diez años antes de que los Acuerdos de Camp David entre Egipto e Israel

propusiesen un modelo de autonomía, o autogobierno. Es posible que la decisión de Dayán de abandonar el Partido Laborista en 1977 y, posteriormente, la de incorporarse al Gobierno de Beguin le presentaran la oportunidad perfecta de poner en práctica sus ideas en colaboración con un Estado árabe —Egipto— que había establecido conversaciones bilaterales con Israel sobre el autogobierno palestino en Cisjordania y Gaza.

Mientras los políticos árabes afinaban la retórica de recuperación de las tierras, los políticos israelíes debatían sobre el destino de los "territorios", convirtiendo la cuestión en un aspecto más del panorama político interno de Israel. Entretanto, los palestinos de Cisjordania y Gaza eran absorbidos por la maquinaria de la ocupación sufriendo su dura y brutal realidad. Por medio de una violencia estatal implacable, Israel subyugó a toda la población de Palestina a su soberanía política. Seguidamente, integró —por un lado— al pueblo ocupado en su sistema económico doméstico mientras mantenía el control total del espacio aéreo y los recursos naturales de los Territorios Ocupados, y creó —por otro— los mecanismos e instituciones que impusieron forzosamente la separación étnica creando dos sistemas de derechos y dos sistemas judiciales. La ocupación prolongada de Cisjordania y Gaza con sus dos caras de integración y separación, sumada a las contradicciones inherentes entre el carácter judío del Estado israelí y los criterios de ciudadanía formal, fueron convirtiendo gradualmente a Israel en un estado apartheidista.

En conclusión, el Estado de Israel contemporáneo no es solamente un producto político, cultural y económico de 1948, sino también de 1967. Lo mismo puede decirse de la cultura política árabe, que tenía ahora que superar un devastador síndrome de la derrota (a lo que ayudaría, en cierta medida, la guerra de Octubre de 1973 y los movimientos de resistencia armada palestinos previos y posteriores a dicha guerra). La derrota de 1967 tuvo un impacto sociopolítico revolucionario sobre la causa palestina. La más importante de las repercusiones fue el ascenso de la OLP tras la derrota de los regímenes panárabes. Sin embargo, este acontecimiento planteó al mismo tiempo la oportunidad de poner la carga de la causa sobre los hombros de la OLP y, eventualmente, reducir la cuestión palestina en su totalidad a solamente Cisjordania y Gaza.

¿Puede una paz separada servir de modelo

para los palestinos?

La guerra de Octubre de 1973 tenía por objetivo, al menos según la interpretación de Egipto, recuperar la dignidad nacional y obligar a Israel a retirarse de los Territorios Ocupados en el marco de un proceso político. Tras la guerra, que terminó con una victoria parcial y una derrota parcial para ambos bandos después de las cuales la alternativa militar se abandonó, se pusieron en marcha negociaciones de paz de distintos tipos. Recuperar "los territorios" exigía la mediación y experiencia estadounidenses en los asuntos de Israel (incluido su conocimiento especializado sobre la política interna del país: los partidos, las coaliciones, los procesos electorales, etc.) para descifrar los planes israelíes sobre una posible solución de compromiso y entender cómo pretendían negociar.

Esta nueva vía solamente podía conducir a tratados de paz separados con cada uno de los Estados árabes de primera línea. Hay una diferencia fundamental entre exigir la retirada israelí de los Territorios Ocupados utilizando amenazas comunes de fuerza y otras tácticas colectivas y formular la misma demanda en la mesa de negociación a cambio de concesiones políticas, como reconocer a Israel y firmar la paz con él ignorando la cuestión de los refugiados y las partes de Cisjordania que pretendía anexionarse. Lo que también implicó esta nueva vía fue que la guerra israelí de 1967 había alcanzado eficazmente sus objetivos, ya que en adelante los Estados árabes estarían dispuestos a renunciar a sus demandas y aspiraciones anteriores a 1967.

El resto de los países árabes rechazaron el tratado de paz bilateral de Egipto con Israel. Argelia, Siria e Irak lideraron la campaña de presión regional que obligó a las monarquías a sumarse a la negativa.

Sin embargo, un acontecimiento clave que tuvo lugar poco más de una década más tarde expondría al mundo árabe a las repercusiones del tratado de paz entre Egipto e Israel en todo su alcance. La invasión iraquí de Kuwait en 1990 hizo añicos el antiguo orden regional árabe y, en último término, apartó de la agenda oficial árabe todas las objeciones a un tratado de paz independiente de Egipto con Israel.

La OLP también se vio influida por estos cambios políticos más generales. En concreto, fue evolucionando gradualmente hacia un "régimen palestino" que perseguía obtener la categoría formal de Estado a través de un acuerdo de paz separado con Israel.

Israel estaba dispuesto a devolver el Sinaí ocupado a Egipto a cambio de la paz a largo plazo con el país árabe de mayor tamaño, sin el cual Siria no podría librar de forma viable una guerra contra Israel. La OLP no se dio cuenta de que el enfoque de Israel, que pretendía sacar a Egipto de las ecuaciones militares árabes aun asumiendo el coste de devolverle la península del Sinaí, dejaba fuera a la OLP. La paz con Egipto puso fin a los conflictos bélicos convencionales entre los Estados árabes e Israel. Desde entonces, las guerras de Israel solamente han tenido a actores no estatales (Hizbulá y Hamás) en el bando contrario.

Antes de que el presidente Anwar el-Sadat firmase los Acuerdos de paz de Camp David de 1978 y 1979, tuvo lugar un acontecimiento importante dentro de la OLP. Tras la guerra de 1973, la OLP había empezado a adquirir un reconocimiento internacional sin precedentes como movimiento de liberación nacional y único representante legítimo del pueblo palestino, todo ello pese a la contracampaña lanzada por Israel y los Estados Unidos, que la describía como una organización terrorista. Durante este periodo, la OLP vio en las posibles conversaciones de paz árabe-israelíes para recuperar "los territorios" una oportunidad de promocionar la idea del control palestino de Cisjordania y Gaza. El argumento implícito era que, si Israel se retiraba de los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza, ¿por qué debían dichos territorios entregarse a Jordania y Egipto? ¿Por qué no devolvérselos a los palestinos?

Los líderes de la OLP, que se habían convertido en un símbolo de constancia tras la derrota de junio de 1967, estaban inmersos en

una lucha armada y no podían aceptar cesiones sobre el principio de la liberación de toda Palestina con el objetivo de establecer un único Estado democrático, de modo que instaron a las facciones de izquierdas de la organización (principalmente el Frente Democrático por la Liberación de Palestina, o FDLP) a elaborar una agenda, programa o plan de acción sobre cómo alcanzar el estatus de Estado. El denominado "Programa de los Diez Puntos" exigía el establecimiento de una "autoridad nacional de combate" en cada palmo de territorio ocupado por liberar de la ocupación israelí[110]. Este documento representó un avance discursivo hacia la redacción de la "solución de dos Estados".

Tal y como se mencionó anteriormente, Israel tenía su propia agenda. De acuerdo con ella, rechazó la idea de un Estado palestino en Cisjordania y Gaza aduciendo que supondría una amenaza para la seguridad de Israel. Además, insistió en que debían desplegarse tropas israelíes a lo largo de las fronteras con Jordania (que aún hoy siguen presentes) y anunció sus planes de anexionarse los bloques de asentamientos existentes y el valle del Jordán.

También en este periodo, la OLP chocó con Jordania en el tema de la representación política del pueblo palestino. Egipto y otros países árabes respaldaron a la OLP y, como consecuencia de ello, durante su cumbre en Rabat de 1974 la Liga Árabe declaró formalmente que la OLP era el único representante legítimo del pueblo palestino. La OLP no entendió (ya que probablemente no estaba en disposición de hacerlo) que este era el comienzo del proceso de paz separado que pronto lanzaría Egipto. Esta decisión de representación exclusiva que la OLP tanto luchó por conseguir sería aprovechada posteriormente por Egipto y Jordania para librarse de su deber de ayudar a recuperar los territorios palestinos perdidos en la guerra (es decir, Cisjordania y Gaza).

Desde la Conferencia de Paz de Madrid de 1991 —que fue, de hecho, convocada por los Estados Unidos— y la culminación de los esfuerzos realizados por el secretario de Estado James Baker en el periodo posterior a la primera guerra del Golfo (después de la ocupación iraquí de Kuwait), la búsqueda de un acuerdo de paz separado (construido sobre el fundamento de la fórmula de "tierra a cambio de paz") se ha convertido en la posición oficial tanto árabe

como palestina. Dicho enfoque se reiteró en la continuación de las negociaciones entre la delegación palestino-jordana e Israel, y entre Siria e Israel, que tuvieron lugar en Washington. En 1993, se abrió en Oslo una vía de negociaciones secreta en la que los equipos de Israel y la OLP acordaron el reconocimiento mutuo y una declaración de principios. Esta dio como resultado el establecimiento de un proceso de negociación formal e independiente entre Israel y la OLP[111]. De esta forma, mientras que Jordania negoció su propio acuerdo de paz con Israel por separado, la OLP sigue negociándolo.

¿Cómo ayudó la ocupación a que el ocupante

evadiese la cuestión colonial?

Actualmente, el colonialismo se enmarca, por lo general, en el contexto de la descolonización y el derecho internacionalmente reconocido de los pueblos ocupados a oponerse a la ocupación en pos de su liberación nacional. Sin embargo, el caso de Palestina se considera una excepción. En el discurso occidental, incluido el de la corriente principal de la izquierda en Europa (es decir, los socialdemócratas), Palestina es un dilema espinoso que requiere "soluciones creativas". Su situación se ha disociado de otros casos de liberación nacional y se ha mezclado con disputas fronterizas, diversos problemas culturales y religiosos contemporáneos y con la propia cuestión judía de Europa. Este encuadre, excesivamente complicado y cada vez más complejo, se ha interpuesto entre Palestina y cualquier proyecto práctico de descolonización. Ha llegado incluso a convertirse en una fuerza compensatoria frente a cualquier arreglo de paz duradero. En lugar de ayudar a que las soluciones creativas sustituyesen a la descolonización creando un marco de resolución, el paso del tiempo ha contribuido a la aparición de un sistema apartheidista de discriminación étnica. Mientras las iniciativas "innovadoras" seguían fracasando a la hora de reducir distancias entre la intransigencia israelí y una vía mediada hacia alguna forma de justicia genuina, la lucha contra la ocupación continuaba y los palestinos introducían métodos de resistencia creativos, entre los que despuntó el de la revuelta popular. Hoy, la palabra "Intifada" no necesita traducción en muchos idiomas.

La cultura de la época de la lucha anticolonial se apoya en la idea de que resistir a la ocupación es un derecho intrínseco consagrado en el derecho internacional, así como un deber del pueblo ocupado. Los procesos de descolonización modernos se construyeron sobre el reconocimiento internacional del derecho inalienable a la libre

determinación de los pueblos colonizados del mundo. Conforme los marcos legales anticoloniales evolucionaron y los movimientos de independencia cobraron impulso, los poderes ocupantes se apresuraron a buscar soluciones ad hoc al dilema de mantener el control o asumir el creciente coste de ocupación que una resistencia indígena prolongada podía acarrear.

Desde la perspectiva árabe, la liberación de Palestina se enfocó desde el principio como una lucha entre el colonialismo y el movimiento de independencia nacional árabe. La lucha por la liberación se entendía como una tarea propia de los pueblos tanto palestino como árabe, a quienes se exhortaba a ayudar a "resistir frente a la ocupación extranjera de una parte de la patria árabe". En este contexto, la lucha palestina se convirtió no solamente en una cuestión árabe, sino también en la causa central árabe. Pasó a ser un símbolo principal del universo de las preocupaciones compartidas de los árabes porque era también un microcosmos de otros problemas nacionales, a saber: división, subyugación, dominio extranjero, fragmentación y escasa legitimidad de los regímenes gobernantes. Cuando los árabes mostraron solidaridad con los palestinos, no lo hicieron únicamente desde la dimensión humana, sino también en el nivel de la estrategia política. Hablar de solidaridad árabe con Palestina no tenía relevancia; era ya una lucha común.

Sin embargo, después de 1967, cuando la atención de los países árabes se centró en la recuperación de territorios ocupados por Israel (el Sinaí y los Altos del Golán), el conflicto se reenfocó como una disputa fronteriza al uso. Los intentos de replicar este enfoque para abordar la cuestión palestina no se hicieron esperar. El mismo proceso que condujo a negociaciones bilaterales y acuerdos de paz separados entre los países árabes e Israel llevó a que la causa palestina se redujese a una "disputa palestino-israelí" y, poco más tarde, a que se redujese aún más a un "conflicto fronterizo" que debía solucionarse ("de forma creativa", cómo no) mediante negociaciones bilaterales cuyos resultados no vendrían determinados por principios de justicia, sino por equilibrios de poder relativos.

En un principio, el apoyo panárabe a la OLP tenía como objetivo

respaldar la toma de decisiones independiente por parte de Palestina. Irónicamente, esto cambiaría después de que durante la cumbre de Rabat de 1974 se consensuase ceder a la OLP la autoridad como el único representante político legítimo de los palestinos. Hay que recalcar que los anhelos de autonomía de la OLP no estuvieron siempre motivados por el afán de prestigio o influencia ni caprichos por el estilo. Respondían también al constante y problemático entrometimiento de los Gobiernos árabes en los asuntos internos de la organización.

Tras la Conferencia de Paz de Madrid de 1991, esta tendencia siguió manifestándose en la insistencia de Yaser Arafat en separar la delegación negociadora palestina en Washington de su contraparte jordana[112]. ¿Cuál fue el resultado? Por un lado, un acuerdo de paz jordano-israelí separado y minucioso y, por otro, un proceso de paz palestino-israelí torpe y desatinado que carecía incluso del más mínimo entendimiento común entre Israel y la OLP. Casi tres décadas después de que Jordania e Israel firmasen su acuerdo de paz bilateral de 1994, el proceso palestino-israelí sigue abierto en nuestros días.

Este paradigmático cambio árabe tiene reflejos en la actualidad. Tomemos como ejemplo las respuestas oficiales de los regímenes árabes al actual bloqueo de Gaza. Durante las cuatro guerras israelíes contra Gaza (2008-9, 2012, 2014 y 2021), estos regímenes se repartieron en dos grupos: los que expresaron su “solidaridad” con los palestinos y los que los responsabilizaron de haber desatado la ira de Israel. Cuando en 2008 el pueblo gazatí estalló en cólera y frustración por el bloqueo y una muchedumbre furiosa asaltó el paso de Rafah entre Gaza y el Sinaí, la situación tomó por sorpresa a El Cairo. Con el fin de defender y promover su postura oficial consistente en facilitar el bloqueo y contribuir a que fuera un éxito (opción que no contaba con el apoyo popular), el Gobierno egipcio invocó la defensa nacional y agitó sentimientos patrióticos contra las “incursiones palestinas” en su territorio. Mahmud Abbas, el presidente de la AP, coqueteó con esta retórica. En un discurso en conmemoración del fallecimiento de Yaser Arafat, usó la palabra “invasores” para referirse a los manifestantes que espontáneamente salieron a las calles a protestar contra el bloqueo en uno de sus momentos más duros antes de la guerra contra Gaza en 2008[113].

En los años posteriores a la Conferencia de Madrid coexistieron dos posturas o visiones. Una de ellas refleja los innumerables intereses de los regímenes árabes que se desvincularon a sí mismos y a sus Estados de la identificación política colectiva con la condición de árabes con preocupaciones, intereses y posturas de seguridad compartidas. La otra evidencia el deseo de los líderes políticos de la OLP de convertirse en un régimen árabe en sí mismo. La convergencia entre ambas dio como resultado la idea de dejar la causa palestina en manos de los palestinos.

Los Gobiernos árabes vieron con buenos ojos que la AP se convirtiese en un régimen árabe (como ya hicieron con la OLP en 1974) porque ello les permitía derivar la responsabilidad de "la cuestión palestina" a dichas organizaciones. Además, hizo que les resultase más fácil dar el paso de aceptar la transformación política de Palestina de un territorio árabe ocupado a una disputa fronteriza palestino-israelí. En primer lugar, el "problema palestino" se convirtió en un problema de los palestinos y, tras el cambio discursivo de una lucha por la liberación colonial a una lucha por una entidad política independiente, en el problema de los palestinos en Cisjordania y Gaza. Así, su postura mutó de solidaridad con un movimiento de resistencia en pos de la liberación nacional a una búsqueda desganada de soluciones tecnocráticas al problema junto con la comunidad internacional y los israelíes. A su vez, este enfoque de búsqueda evolucionó en negociaciones entre el ocupado y un ocupante que se niega a aceptar que el único objeto razonable a negociar es cómo poner fin a su ocupación. Posteriormente, las negociaciones se irían convirtiendo en un "proceso político permanente" en el que las "soluciones" y las "estrategias de salida" se definen en función de los equilibrios de poder imperantes. Para el ocupante, el único "socio" negociador aceptable en este proceso son las élites políticas palestinas, a las que puede extorsionar para que haga a su pueblo pagar el precio de mantener el statu quo.

En este contexto, según el nuevo paradigma, los expertos y políticos árabes confían mucho en conceptos como la "legitimidad internacional" y la "comunidad internacional". Sin embargo, estos términos representan mundos virtuales alternativos ajenos al mundo real. La "comunidad internacional" no es siquiera una comunidad imaginada. Se trata de una noción meramente política creada con el

propósito de servir al actual equilibrio de poderes. La opción de "dos Estados" —como solución alcanzable por medio de la negociación— es el resultado del contexto alterado que se caracteriza por la búsqueda de soluciones tecnocráticas a un "dilema" inescrutable. Resulta irónico que lo que hizo a los regímenes árabes y la OLP renunciar a la lucha por la liberación y aceptar la idea de una solución de dos Estados —que por definición margina el derecho de retorno— fuese su disposición a consentir una mediación basada en los equilibrios de poder internacionales que, en la práctica, se traduce en una dependencia exclusiva de la política exterior estadounidense. Esto es precisamente lo que permitió a Israel vaciar de significado esta misma solución al negarse a retirarse a las fronteras de 1967 (incluido Jerusalén Este), insistir en mantener sus agrupaciones de asentamientos en Cisjordania y oponerse a reconocer a los palestinos su derecho de retorno. Aún hoy, las negociaciones del proceso de paz siguen viéndose obstaculizadas por estas tres negativas de Israel.

Si el marco de negociaciones con la mediación estadounidense ofreció a Israel pocos incentivos para mostrar la más mínima flexibilidad real, la derechización gradual de la sociedad israelí desde 1967 hacia ideologías ultranacionalistas y religioso-nacionalistas a la que se hizo referencia anteriormente provocó que el país se atrincherase aún más en sus postulados, pero dando un renovado impulso a sus tendencias colonialistas y expansionistas. Estos crecientes segmentos derechistas de la sociedad israelí no solamente se regodearon en la euforia del poder y la victoria, sino que se volvieron temerosos hasta el punto de la histeria con la pérdida de los Territorios Ocupados durante aquella guerra y proceder a la fundación de diversos movimientos derechistas y religiosos radicales dedicados a la causa de la anexión de Cisjordania. Quizá el más conocido es Gush Emunim, que más tarde se escindiría en submovimientos de colonos aún más radicales. Al mismo tiempo, fue creciendo entre un público cada vez más fanatizado la creencia de que la "tierra bíblica de Israel" estaba por fin, gracias a la guerra, interrelacionada con el Estado moderno (Bishara: 69-76).

Esta idea reverberó por todo el discurso político israelí entrelazando las dimensiones secular y religiosa del proyecto sionista, lo que

condujo a una mayor fusión entre el discurso y la política seculares del Estado y los marcos religiosos de referencia. El aspecto más peligroso de este fenómeno fue la fusión del extremismo nacionalista y religioso en Israel, algo difícil de entender para los países árabes, donde el radicalismo político-religioso y el nacionalismo son ideológicamente antagónicos.

Fue precisamente en este momento del giro de Israel hacia la extrema derecha religioso-nacionalista y estrechamiento de los lazos con los Estados Unidos cuando los regímenes árabes quedaron atrapados en el juego de la política doméstica estadounidense. Repentinamente, tras convertir la aceptación de la hegemonía internacional de los Estados Unidos en una estrategia de paz dependiente de la presión de este último sobre Israel, dichos regímenes "descubrieron" que Israel es un asunto doméstico en los Estados Unidos[114]. Por lo general, esto suele implicar que el primero ejerza presión sobre el segundo manipulando su política interna.

Dicha tesis tiene, por supuesto, sus detractores. Chomsky, por ejemplo, sostiene que es un mito que exonera a las políticas exteriores de los Estados Unidos, defendiendo que el lobby israelí en los Estados Unidos es fuerte debido a las políticas estadounidenses en Oriente Medio, y no a la inversa (Chomsky, 2006). Otros han hecho un esfuerzo (y valiente, al menos dentro del ámbito académico estadounidense) por demostrar lo influyente que es el lobby israelí (Mearsheimer y Walt, 2007). Antes de ellos, algunos políticos estadounidenses (Findley, 1989) expresaron su disconformidad con la creciente influencia que el lobby israelí ejercía sobre la toma de decisiones en el Congreso utilizando la financiación de campañas electorales, la agitación y la intimidación como herramientas[115].

El expresidente Barack Obama habló abiertamente de la influencia ejercida por el Comité de Asuntos Públicos Estados Unidos-Israel (AIPAC, por sus siglas en inglés) sobre los representantes estadounidenses electos, ya fuera tentándolos con votos y fondos o amenazándolos con acusarles de ser antisraelíes o incluso antisemitas (Obama, 2020: 628). Sobre este tema, dijo que las tácticas utilizadas por el primer ministro israelí Netanyahu para presionar en pro de determinadas políticas le exasperaban y ponían

a la defensiva. Obama puntualizó que esta actitud convirtió a Israel en un asunto doméstico al "recordarme que unas diferencias políticas normales con un primer ministro israelí […] tenían un coste para la política nacional que no existía cuando trataba con Reino Unido, Alemania, Francia, Japón, Canadá o cualquiera de nuestros principales aliados" (Obama, 2020: 633).

Parece que ambas visiones son correctas. El lobby israelí está bien organizado y es muy influyente. No obstante, aunque la alineación con los Estados Unidos multiplicó su influencia sobre la política doméstica estadounidense, Israel no determinaría las políticas estadounidenses si las estrategias subyacentes a ellas cambiasen conscientemente. Visto desde esta perspectiva, Chomsky tiene razón. Para la Casa Blanca resultaría muy difícil incluso alcanzar la decisión de ejercer voluntariamente una presión real sobre Israel. Sin embargo, si decidiese imponer por fin una paz al menos medianamente justa —si es que decidiese hacerlo en algún momento— el lobby israelí sería incapaz de bloquear la decisión. En este punto también es necesario tener en cuenta el pluralismo político y los cambios culturales en la comunidad judía estadounidense, particularmente a la luz de la progresiva alienación que las políticas israelíes están causando en la juventud estadounidense (incluida la judía), una tendencia que ganó impulso desde la alineación entre Trump y Netanyahu y desde la alianza de Israel con el fundamentalismo evangélico de derechas.

Desde esta perspectiva, aquellos que promovieron entre los árabes la idea de que ningún Gobierno estadounidense priorizaría nunca la cuestión palestina, a menos que la OLP y los regímenes árabes hiciesen concesiones adicionales, suponían erróneamente que la implicación estadounidense constituye la única forma de presionar a Israel. Esta idea juega a favor de Israel. Durante la mayoría de mandatos presidenciales en los que se produjo un aumento del interés público estadounidense en la región, la presión ejercida sobre los árabes y los palestinos para que hiciesen concesiones adicionales a Israel creció proporcionalmente. La implicación estadounidense es importante, pero no es una alternativa a la fortaleza palestina. Los Estados Unidos solamente ejercieron una presión perceptible sobre un Gobierno israelí después de la primera Intifada y (debido a una cierta presión del lado árabe) durante la

guerra del Golfo de 1990[116].

Las fuerzas políticas árabes y palestinas que optaron por el "proceso político" como una estrategia exclusiva basada en la buena voluntad de cada Administración presidencial estadounidense (mientras contenían la respiración a la espera de la siguiente) también se centraron en ocasiones en el juego de poder interno entre la izquierda y la derecha israelíes. Mientras que la izquierda israelí ha ido contrayéndose gradualmente, la derecha ha descartado la paz por considerarla poco realista o la ha apoyado cínicamente como instrumento para ampliar el poder de Israel y promover la capitulación árabe. En cambio, ambas facciones del espectro político doméstico israelí se han unido sistemáticamente en torno al principio de conservar la mayor cantidad de territorio con el menor número de árabes en él (lo que implica, a su vez, renunciar a la menor cantidad posible de territorio y al mayor número posible de árabes). Pese a ser difícilmente una base adecuada para la paz o siquiera para un acuerdo injusto, este es el principio común que sustenta el consenso político israelí en la actualidad. La aprobación de cualquier acuerdo de paz por parte del Gobierno israelí está supeditada a su compatibilidad con el consenso doméstico imperante. En caso de que los palestinos aceptasen esto como condición para la paz, tendrían que aceptar la naturaleza judía de Israel, renunciar al derecho de retorno y abandonar cualquier pretensión de recuperar Jerusalén, así como descartar cualquier otra "ilusión árabe" pendiente.

En consonancia con los planes de conservar tanto territorio como pueda con la menor cantidad posible de palestinos en él, Israel sigue intensificando la edificación de asentamientos y construyendo autovías y circunvalaciones para conectar las zonas que pretende anexionarse entre sí y con los centros urbanos situados dentro de la Línea Verde. En Israel, las políticas de planificación urbana y construcción siguen desarrollándose con una mentalidad de colonialismo de asentamientos amparada en la protección de las políticas exteriores y de seguridad del Estado israelí. En Israel, la lógica de Estado no solamente no contradice la mentalidad de un movimiento de colonialismo de asentamientos expansionista, sino que una y otra se complementan de forma plena entre sí, coexistiendo dentro del mismo Gobierno e implementando los

diferentes aspectos de la misma política.

A modo de conclusión, cabe decir que las propias negociaciones de paz separadas por parte de cada país árabe para recuperar los Territorios Ocupados en junio de 1967 demostraron que Israel había obtenido los objetivos de dicha guerra. El modelo no podía aplicarse a otros países árabes debido a que, una vez que Egipto quedó fuera de las ecuaciones militares, no eran posibles más guerras árabes contra Israel y el incentivo para que Israel se retirase a sus fronteras anteriores a 1967 dejaba de existir. El intento de la OLP de seguir el ejemplo convirtiendo la causa de la liberación palestina en una disputa territorial palestino-israelí hizo que la búsqueda de justicia pasase a depender del equilibrio de poder relativo con Israel y, por ende, de la compleja relación entre este y los Estados Unidos. Tuvo que pasar mucho tiempo para que la cuestión colonial reemergiese con cierta fuerza en el discurso político. Solamente después de años de callejones sin salida en el proceso de paz volvió hacerse evidente que la ocupación de Cisjordania y Gaza no podía reducirse a una disputa fronteriza, ya que se trata de una prolongación de una política colonial ejecutada a través de un sistema de discriminación y separación étnicas.

Capítulo 5

DE LA LUCHA POR LA LIBERACIÓN A LA DISPUTA FRONTERIZA

De la OLP a la AP

Los campos de refugiados fueron hogar de la lucha palestina por la liberación y cuna de las organizaciones de resistencia. Desde la década de 1950 hasta la salida de la OLP del Líbano en 1982, los campos de Jordania, Siria y el Líbano se convirtieron en los campamentos de instrucción nacionalista desde los que se definió el curso de la lucha y la forma de llevarla a cabo. El retorno a Palestina —no solamente como un deseo, sino también como una exigencia política respaldada por resoluciones internacionales— y la existencia de movimientos de resistencia justificaron en su día permanecer en unos campos de refugiados que, gradualmente, se fueron convirtiendo en barrios pobres y marginales. Al perder estas dos motivaciones para su existencia, los campos de refugiados se hundieron en la miseria y la desesperanza. Esta deriva fue especialmente visible en el caso de los campos libaneses, que se convirtieron en poblados de chabolas. Porque, ¿qué es un campo de refugiados en un Estado árabe si se impide que participe en la lucha por la liberación y sus habitantes carecen de cualquier perspectiva de volver a su tierra?

Nadie ha prestado atención a qué fue de los campos palestinos que una vez constituyeron el epicentro de la lucha militante tras el declive de las facciones de resistencia. En este punto, es importante mencionar que, con el éxodo de la OLP desde Jordania en 1970 y el Líbano en 1982, la actividad de resistencia palestina se prohibió en todos los Estados árabes. La guerra de Israel contra el Líbano de 1982 cerró las últimas vías abiertas con las que contaba el movimiento.

La justificación oficial de Beirut para perpetuar esta miseria es su oposición manifiesta al asentamiento y naturalización permanentes de los refugiados palestinos (tawtien) en el Líbano, supuestamente para mantener vivo su derecho de retorno. Sin embargo, esto último se ha olvidado en buena medida. Solamente queda la firme prohibición a la naturalización de los refugiados palestinos y sus descendientes en el Líbano. De acuerdo con esto, se fomenta la

emigración palestina desde el Líbano y no se rechaza ni condena la idea de que quienes lo abandonan se naturalicen en otro país.

En Siria, los campos de refugiados no se convirtieron en guetos, sino que se integraron en las ciudades y localidades vecinas y se procuró siempre que la memoria e identidad palestinas se mantuvieran intactas. Los palestinos se integraron en la vida social y económica del país y disfrutaron de los mismos derechos que los ciudadanos sirios, salvo el derecho a votar a la Asamblea Popular, que no es en ningún caso un parlamento real. Los campos se convirtieron en centros culturales y políticos dinámicos bajo un régimen autoritario que no discriminaba a los palestinos más de lo que discriminaba a los propios sirios. Desde 2011, los campos de refugiados —al igual que el resto del país— sufrieron las consecuencias del violento intento del régimen de sofocar la revolución, la degeneración de esta última en una guerra civil y las atrocidades cometidas tanto por el régimen como por las facciones extremistas islamistas. Durante la década de 1990, Siria entabló negociaciones de paz con Israel en los términos de una fórmula de "tierra a cambio de paz". Sin embargo, las partes no llegaron a un acuerdo. Damasco exigía la retirada total israelí hasta las fronteras anteriores a junio de 1967, pero el derecho de retorno de los refugiados palestinos no se encontraba entre las demandas planteadas en las negociaciones bilaterales.

En Jordania, donde las élites palestinas participaron en la construcción del reino antes y después de 1948, los palestinos obtuvieron la ciudadanía y llegaron a ocupar puestos políticos de alto rango, incluido el de primer ministro. Sin embargo, las cosas cambiaron después del enfrentamiento militar del régimen con la OLP en 1970. Aún hoy, Ammán sigue maniobrando para mantener la igualdad de derechos en la práctica y construir una identidad jordana (que desde 1970 ha ido haciéndose cada vez más transjordana), ya que discrimina a los palestinos impidiendo su acceso al sector público y a cargos gubernamentales. Los ciudadanos palestinos que sirvieron en el ejército y los cuerpos de seguridad antes de 1970 fueron purgados y, desde entonces, los militares y policías jordanos se reclutan únicamente entre la mitad de la población.

En octubre de 1994, Jordania firmó un tratado de paz permanente con Israel. En sus términos no figuraba el derecho de retorno de los palestinos que viven en Jordania. El asunto ni siquiera se planteó de manera seria durante las negociaciones. En cualquier caso, Ammán debe insistir en el derecho de retorno tanto en la teoría como en el discurso político doméstico ya que la alternativa es aceptar la implementación del principio ciudadanía plena e igual, lo que reabriría los conflictos sobre la identidad, los privilegios y la discriminación en Jordania.

Sea como fuere, ¿qué significado tiene el derecho de retorno en un país en el que los palestinos son una mayoría nominal de la población y una parte integral de la economía y del tejido social? Hablamos de un país que en su día se anexionó Cisjordania[117] sin preocuparse por cuestiones demográficas como la identidad jordana frente a la palestina por el simple hecho de que estas no habían existido como afiliaciones distintivas y mutuamente excluyentes. Originalmente, este Estado no consideró —ni en su doctrina ni en su actitud— que los jordanos y los palestinos fueran dos pueblos. El cambio tuvo lugar después de septiembre de 1970, cuando las tensiones entre las facciones armadas de la OLP y el ejército jordano degeneraron en un virulento enfrentamiento militar que a punto estuvo de degenerar en una guerra civil y que terminó con la expulsión de la OLP de Jordania.

Después de que a la OLP se le cerrase su último frente de resistencia armada (el Líbano) en 1982, el centro de gravedad del movimiento se vio obligado a reubicarse en el interior. Con el tiempo, este desplazamiento desembocaría en las revueltas populares contra la ocupación israelí de los Territorios Ocupados en 1967 (las dos intifadas). Los levantamientos se produjeron después de que Israel hubiese aplastado a la resistencia en los campos libaneses y los países árabes hubieran puesto fin a la actividad de resistencia transfronteriza. Aunque la lucha armada palestina no consiguió vencer a Israel, mantuvo la causa palestina viva tras la Nakba, en particular tras la derrota árabe de 1967. También contribuyó a forjar una entidad política nacional palestina y a caldear las fronteras entre Israel y los Estados árabes de primera línea, frustrando así un proceso de paz que no incluía a los palestinos. Tras verse forzados a reubicarse en Túnez, alejada de un canal

directo para la resistencia armada, la OLP comenzó a apreciar el valor de la lucha política y civil en los Territorios Ocupados (la última línea de confrontación). La organización empezó a asignar una cantidad mucho mayor de recursos financieros y organizativos a esas partes de Palestina donde toda la sociedad vive bajo ocupación y donde la principal estrategia no puede ser la lucha armada.

Aunque las intifadas estallaron en respuesta a las políticas represivas, la confiscación de tierras y la construcción de asentamientos en los Territorios Ocupados en 1967 (incluida Jerusalén Este) por parte de la potencia ocupante, tuvieron también el objetivo más amplio de conseguir el reconocimiento de la OLP y anular los intentos de Israel de apartar a la organización para poder dictar más cómodamente sus condiciones políticas. La posición de la OLP en el mundo árabe cayó en picado cuando Siria, Jordania y el Líbano prohibieron la militancia palestina. Al final, la primera Intifada llegaría a tiempo para ayudar a salvarla en 1987. Lo hizo preservando la lucha por la liberación a través de una revuelta popular sostenida y estrategias innovadoras para la organización y movilización de las bases. Destruyó los estereotipos de la cultura política israelí y perturbó la normalidad de la ocupación. Por primera vez, consiguió congelar de facto la actividad de asentamiento. Sin embargo, tras años de lucha, la primera Intifada llegó a su fin con dos acontecimientos trascendentales: el hundimiento de la Unión Soviética y la ocupación de Kuwait por parte de Irak.

En ese momento, la OLP empezó a buscar el reconocimiento israelí y estadounidense con el propósito de rentabilizar algunos de los logros políticos de la Intifada. Esto inauguró una nueva fase en la historia del movimiento nacional palestino.

No obstante, es fundamental tener en cuenta que el movimiento de liberación palestino nació como un movimiento de refugiados. Estos comienzos consolidaron los cimientos de la identidad nacional palestina moderna y la preservaron. La lucha armada fue también crucial en este proceso ya que generó la fuerza patriótica, el dinamismo y los nuevos símbolos de la identidad nacional.

Un campo de refugiados puede ser tanto un limbo temporal hasta

alcanzar el derecho de retorno como la base, escuela y comunidad de un movimiento de resistencia. Si no es ni una cosa ni la otra, degenera —como se comentó anteriormente— en un pozo de pobreza y desesperanza. Esta fue la suerte de muchos campos cuando todas las perspectivas de lucha armada por la liberación y proyecto nacional de retorno se cerraron con los Acuerdos de Oslo. Después, la cultura suburbial resultante supuso el nacimiento de modos de religiosidad políticamente radicalizada hasta entonces desconocidos en los campos de refugiados. Fueron muchos los que abandonaron los campos para migrar a cualquier país dispuesto a proporcionarles un visado.

Evitar este deterioro requiere un plan de resistencia nacional que incluya a los refugiados. Por desgracia, es demasiado evidente que este tema ha sido deliberadamente ignorado desde el comienzo del "proceso de paz" entre la OLP e Israel. El posterior abandono de los refugiados del Líbano e Irak (y, más recientemente, de Siria), así como la aparente indiferencia de parte de los líderes y funcionarios palestinos hacia esta cuestión, fue un punto de inflexión simbólico que puso de manifiesto la ausencia de una estrategia palestina nacional que incluyese los campos y prestase atención a las condiciones humanitarias en ellos. Lo anterior contribuye a explicar por qué los campos de refugiados en países árabes destacan en sus demostraciones de solidaridad hacia las protestas y revueltas populares en Palestina; al hacerlo, insisten en que la lucha en Palestina les pertenece y afecta de algún modo.

Tras el establecimiento de la AP en el marco de los Acuerdos de Oslo, la entidad palestina resultante quedó obligada por acuerdos de paz separados con Israel que incluían disposiciones para la regulación de la economía, la vida civil y la seguridad. De este modo, la propia ocupación y la implacable expansión de los asentamientos israelíes dejaron de ser ejes de la lucha por la liberación para convertirse en "ámbitos de desacuerdo" que había que solucionar en negociaciones en algún momento futuro por definir.

El problema no es que la OLP fuese reconocida por Israel y los Estados Unidos como representante de los palestinos dentro de los territorios palestinos como paso preliminar hacia las negociaciones

de Oslo, sino que, a partir de entonces, dio la espalda a los refugiados. La exigencia del derecho de retorno no puede sostenerse si no se permite a los refugiados desempeñar un papel activo en el movimiento nacional. Sin ellos, la cuestión palestina se reduce a las fronteras de la AP, los límites de su autoridad en Cisjordania y Gaza, y al permanente conflicto intrapalestino sobre esta autoridad fracturada.

Desde que adoptó la idea de establecer un Estado palestino, el movimiento de liberación nacional de Palestina ha cometido tres errores históricos:

Considerar el reconocimiento israelí de la OLP un objetivo a alcanzar mediante concesiones políticas (como reconocer a Israel, condenar lo que Israel considera terrorismo, poner fin a la Intifada)[118] antes de que Israel reconociera los derechos del pueblo palestino o su categoría de Estado.

Aceptar convertirse en una autoridad desprovista de soberanía y bajo ocupación mientras seguía negociando desde una posición de rehén (rehén del proceso de negociación y de la ocupación, rehén de las consecuencias de dedicar la mayor parte de sus energías a nivel internacional a obtener apoyo financiero para la AP, y rehén de los intereses adquiridos de los nuevos sectores sociales que emergieron bajo las nuevas condiciones creadas por una autoridad operante bajo la ocupación).

Abandonar no solamente la lucha armada, sino también la lucha cívica y política en aras de una estrategia dependiente por completo de negociaciones de paz patrocinadas por los Estados Unidos.

Darse cuenta tarde de esta difícil situación fue lo que llevó a Yaser Arafat al motín. Después de que se intentase casi literalmente tomarle como rehén para imponerle el acuerdo sobre el estatus definitivo, invocó la lucha por la liberación para desencadenar la segunda Intifada en octubre de 2000, una elección que pagó con su vida. Su sucesor, Mahmud Abbas, discrepaba de él. Abbas creía que

la solución consistía en continuar coherentemente con el "proceso de paz" hasta el final. Como era de esperar, pronto se hizo evidente que el sistema internacional estaba encantado de hacer la vista gorda con las políticas represivas de la AP frente a sus oponentes y dispensar sus deslices administrativos siempre y cuando siguiera mostrándose "moderada". En política, un poco de corrupción es perdonable.

En lugar de avanzar hacia una estrategia unificada, tuvo lugar una fatídica ruptura en las filas palestinas de la AP. Esta se debió en parte al práctico abandono de la OLP a cambio de una autoridad limitada bajo ocupación. La lucha de poder que precipitó (más despreciable, si cabe, al desarrollarse bajo la ocupación) no habría sido tan definitiva ni destructiva de no haber sido por la separación geográfica entre Cisjordania y Gaza. Su culminación fue una ruptura y fragmentación aún hoy irreconciliables en la autoridad gubernamental.

Después de Oslo, el pueblo palestino se enfrentó con una situación totalmente nueva y desconocida. No había estado dividido durante la época del Mandato británico, cuando vivía bajo una única unidad administrativa política. Tampoco lo estuvo después de la Nakba gracias a la rápida reacción de la OLP para preservar su unidad política. Esta fuerza unificadora de la OLP sobrevivió durante décadas pese a la desunión geográfica de los palestinos, a su pluralismo ideológico y político, y a la intromisión de los Gobiernos árabes en los asuntos internos de la organización.

Cuando Netanyahu llegó al poder y decidió intensificar la construcción de asentamientos en los Territorios Ocupados ignorando el "proceso de paz", así como cuando Trump asumió la presidencia estadounidense y respaldó las acciones unilaterales de Israel para crear realidades de facto sobre el terreno, la AP de Abbas —habiendo abandonado todas las alternativas al "proceso de paz"— se encontró ante una crisis estratégica.

En el contexto del insólito proceso de paz entre ocupante y ocupado, el pueblo palestino fue confinado en los guetos de Gaza y Cisjordania, alrededor de los cuales se levantaron muros para ocultar su presencia. Era como si los palestinos fueran extranjeros en su propia tierra. Sin embargo, en este caso concreto es el

extranjero el que rechaza al anfitrión, y no a la inversa. Se estaba fraguando algo mucho más peligroso que la “bantustanización” que algunos de los detractores de Oslo (entre los que se incluye el autor) habían pronosticado.

La ruptura

La posibilidad de que los palestinos votasen en las elecciones generales de 2006 se produjo en el contexto más general de la permanente presión que los Estados Unidos ejercían sobre sus aliados árabes en la región para que reformasen sus prácticas de gobierno en sus respectivos países. El resultado fue la elección de un Gobierno de Hamás. Aunque la organización rechazaba los Acuerdos de Oslo en virtud de los cuales se estableció la AP y se celebraron las elecciones, esto no le impidió participar en el proceso, asumiendo de esta forma poder en el marco de Oslo al tiempo que seguía proyectándose como un movimiento de resistencia frente a la ocupación. El Gobierno de la AP liderado por Hamás se negó a negociar. Sin embargo, con el fin de permanecer dentro de la estructura de poder generada por el marco de negociaciones, no se opuso a que el presidente de la AP, Mahmud Abbas, siguiese negociando. El propio Gobierno no negoció, pero tampoco consiguió que su negativa a hacerlo arrastrase al resto.

Poco después, Israel se valió de la imposición de un asfixiante bloqueo ilegal sobre Gaza como medio para revertir los resultados de las elecciones de 2006. Desde ese momento, el Gobierno liderado por Hamás manifestó estar dispuesto a negociar, aunque declaró que no cedería en una serie de “principios irrenunciables”. Esto abrió un debate sobre las diferencias entre “respetar” y “aceptar” los acuerdos firmados por la OLP con Israel.

El Acuerdo de La Meca (de febrero de 2007) entre Fatah y Hamás dio como resultado un Gobierno de unidad nacional que se derrumbó en junio de 2007 debido a disputas políticas internas. Inmediatamente después, Hamás tomó el poder en Gaza y Fatah hizo lo propio en Cisjordania. Egipto se sumó al bloqueo israelí de Gaza esgrimiendo como pretexto que el Gobierno controlado por Hamás no era la autoridad palestina legítima y acusándolo de desproteger la parte gazatí de la frontera con Egipto.

Las diferentes iniciativas, propuestas y acuerdos marco para la reconciliación entre palestinos que siguieron a estos acontecimientos dieron a lugar a preguntas como las siguientes: ¿cómo puede un movimiento armado que lucha contra la ocupación israelí permanecer unido a un movimiento que se compromete a coordinarse con Israel en cuestiones de seguridad? ¿Qué opciones tienen sus respectivos aparatos de seguridad de funcionar bajo una única autoridad? ¿Renuncian estas diferentes organizaciones políticas a la autoridad en aras de la unidad? La reconciliación entre las autoridades políticas de Cisjordania y Gaza sigue sin atisbarse pese a los esfuerzos que vienen realizándose desde 2007 en pos de una solución. En ocasiones, parece que el interminable "proceso de reconciliación" hubiese sustituido al interminable "proceso de paz".

Cuando Hamás entró en la AP sin aceptar el acuerdo político en virtud del cual se había establecido esta organización, muchos dieron por supuesto que Hamás pretendía jugar al mismo juego con el actual negociador con Israel (es decir, el presidente palestino) al que Yaser Arafat, el líder de la OLP, jugó en su momento con la delegación palestina oficial en Madrid. Arafat torpedeó sistemáticamente las negociaciones hasta que Israel entendió que era con la OLP con quien tenía que tratar y que debía reconocer a Arafat. Como se mencionó antes, el resultado fue que el propio reconocimiento se convirtió en objeto de negociación, una "concesión" israelí que antes requirió muchas concesiones más del lado palestino. El reconocimiento israelí de la OLP fue el único "logro" del cambio de Madrid a Oslo. Aunque los líderes de la OLP consiguieron lo que querían, el reconocimiento resultó ser un regalo envenenado, ya que las condiciones que llevaba asociadas desmantelaron la OLP en la práctica y la vaciaron de todo contenido. El precio de esto lo ha pagado el pueblo palestino.

¿Busca también Hamás el reconocimiento de Israel? ¿Qué coste político tendría que asumir por él? Por inverosímil que parezca, lo que Hamás busca sin lugar a duda es el reconocimiento estadounidense y europeo y, tras la guerra de mayo de 2021, parece estar al menos más cerca del reconocimiento internacional de facto. En su pugna por el poder, Hamás ha desempeñado el papel tanto de movimiento de resistencia como de partido político. Aprovechó la

oportunidad de presentarse a las elecciones a la Asamblea Legislativa de 2006 y las ganó. Seguidamente, exigió su cuota de poder, pero sin pagar antes el precio de aceptar las condiciones de los Acuerdos de Oslo. Quería una parte del pastel, pero sin asumir el coste. Así las cosas, Fatah tuvo que abonar sola la factura presentada por los israelíes, un resultado con el que la organización nunca se había comprometido. Según Fatah, Hamás debería compartir los costes, lo que incluye abandonar las operaciones armadas y aceptar coordinarse con Israel. Por otro lado, al asumir sus nuevas responsabilidades administrativas, Hamás cambió, quizá a su pesar. El que en otro tiempo fuera un movimiento de resistencia militante, se encuentra ahora en una situación en la que la sola obtención de las provisiones esenciales para el pueblo bajo su jurisdicción es un desafío mayúsculo.

Desde que Hamás controla Gaza la lucha política para poner fin al bloqueo ha ocupado el lugar de la resistencia militante. Sin embargo, ha seguido necesitando ocasionalmente de la resistencia armada, lo que siempre ha supuesto un riesgo de escalada a una guerra contra Gaza por parte de Israel. Esto supone un paso atrás; es el precio que Hamás paga por aceptar ejercer el gobierno bajo una ocupación permanente. Los pasos adelante son que Hamás solicitó incorporarse a la OLP, que anteriormente se había negado a reconocer; que aceptó, por fin, izar la bandera palestina después de aferrarse durante años a una ideología y una actitud política islamistas y antinacionalistas; y que en 2017 modificó sus mal escritos estatutos para eliminar de ellos el lenguaje antijudío.

El estallido de disturbios civiles y luchas internas entre las dos principales fuerzas políticas —Hamás y Fatah— condujo al derrumbe del Gobierno de unidad nacional y a la intensificación del bloqueo de Gaza, que sigue vigente en nuestros días. Otra de sus consecuencias fue el levantamiento del bloqueo de Cisjordania, aunque con una serie de condiciones políticas y la amenaza permanente de su reimposición si Israel lo decide.

En este punto, el conflicto palestino interno comenzó a eclipsar al conflicto palestino principal en los medios. Pareció que la unidad nacional y un verdadero proyecto nacional unificado quedaban fuera del alcance y que el foco había pasado a un “mantenimiento”

constante de las conversaciones entre las dos facciones para evitar la confrontación entre palestinos.

Gaza no es solamente un territorio ocupado

Ver Gaza exclusivamente como un territorio ocupado en 1967 va en contra de la historia y los datos demográficos. Tampoco es posible entender el actual conflicto dentro de Gaza solamente como un conflicto entre facciones políticas rivales que compiten por el poder.

La verdad es que Gaza es un enorme campo de refugiados, una prisión; de hecho, es un campo de concentración[119]. Negar su verdadera naturaleza es aceptar que los palestinos son una "parte igual" en un "conflicto" palestino-israelí, que el problema palestino comenzó en 1967 y que este inmenso campo de refugiados no es más que un territorio ocupado que estaba a la espera de la decisión unilateral de Sharon de retirarse militarmente de él en 2005. Esta visión no solamente obstaculiza la consecución de una solución justa para la cuestión de Palestina, sino que la evita de forma deliberada.

Además, incluso si se atiende a la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU, Gaza no es un país que pueda considerarse libre de la ocupación desde 2005. Forma parte de los territorios palestinos ocupados en 1967, en los que se incluyen también Jerusalén Este y Cisjordania.

En la última guerra contra Gaza librada en mayo de 2021, Hamás recordó al mundo que Gaza es parte de la Palestina ocupada. Con sus acciones expresó que, si Jerusalén está ocupada, Gaza no ha sido liberada de la ocupación y que, por tanto, Hamás tiene el derecho de participar en la resistencia frente a esa ocupación. Aunque no se comulgue con la retórica y las tácticas de Hamás, la afirmación es correcta en principio.

Además de bajo la ocupación, la vida cotidiana de los palestinos se desarrolla bajo el gobierno de dos autoridades. Quienes ocupan el poder en ambas autoridades tratan de perpetuarse en él por interés propio. Para los contingentes de la AP en Ramala, esto implica

servir a la seguridad israelí. Sin embargo, ello no puso fin a las contradicciones con Israel. Su resultado es que —en este contexto en el que la AP pretende utilizar su posición para ganar más autonomía y territorio y, llegado el momento, erigirse en un Estado — el discurso de la justicia es desbancado por el de los derechos: el derecho a la circulación, el derecho al comercio, el derecho a recibir ayuda, etc. De hecho, la protección del derecho a satisfacer las necesidades cotidianas básicas en Gaza, por ejemplo, consume la mayor parte de la energía política de Hamás.

El 22 de mayo de 2021, la AP puso en marcha el proceso para celebrar unas elecciones legislativas palestinas, las primeras desde 2006. Más adelante, las pospuso indefinidamente. Se suponía que esas elecciones traerían la unidad política. En condiciones normales, unas elecciones tienen lugar en el marco de una unidad preexistente representada por una entidad de gobierno que sirve de paraguas para su celebración. Unas elecciones no generan unidad. Los propios mandatarios de la AP no creen en la rendición de cuentas democrática. De hecho, consideran que la sociedad palestina "no está preparada" para la democracia[120]. Simplemente necesitaban las elecciones de 2021 para fortalecer sus relaciones con Europa y los Estados Unidos en el mandato posterior a Trump y esperaban consolidar el statu quo con ellas.

Por su parte, las naciones occidentales faltaron a su compromiso vacío de democratizar —o, al menos, "aspirar" a la democratización — de la región árabe cuando, no contentas con impugnar la validez de los resultados electorales de 2006[121], se aliaron con Israel para imponer el bloqueo de Gaza. Los gazatíes han sufrido este asedio durante 14 años, tiempo durante el cual Hamás ha consolidado su control del poder sobre esta estrecha franja de tierra altamente poblada (que ya era extremadamente pobre y desfavorecida incluso antes del bloqueo).

Pese a los planes trazados en el Acuerdo de La Meca para alcanzar la unidad nacional y reconstruir la OLP, estaba claro que la unidad nacional no formaba parte de la estrategia del "proceso de paz", ya fuera en el ámbito palestino o en el regional. En este último caso, no encajaba en la creciente tendencia iniciada en 2001, dentro de la cual las potencias regionales "moderadas" se mostraban dispuestas

a alinearse con Israel en contra de interlocutores “extremistas”. El bloque “moderado” apenas podía soportar a Yaser Arafat (pese a que nunca formó parte del bloque radical) en sus últimos días, y a su muerte casi pudo oírse un suspiro de alivio. De la misma manera, tras el Acuerdo de La Meca el bloque no podía permitir la unidad nacional palestina, salvo que se accediese al “proceso de paz” con Israel y se renunciase a la estrategia de resistencia. Por otro lado, los “moderados” habrían estado bastante satisfechos con que los resultados de las siguientes elecciones se hubiesen amañado para garantizar la vuelta de Fatah a la AP.

La consolidación de esta nueva realidad política reflejó la realineación radical que había tenido lugar en el mundo árabe. Los primeros signos de esta nueva realidad aparecieron en las respuestas de los regímenes árabes autoritarios (también conocidos como “los moderados”) al sitio de la Mukata (el cuartel general de Arafat en Ramala) por parte de las tropas israelíes entre 2003 y 2004, y a la guerra del Líbano en 2006. También fueron visibles en sus actitudes hacia el bloqueo permanente de Gaza y hacia las sucesivas guerras contra dicho territorio en 2008-2009, 2012, 2014 y 2021.

Las rivalidades entre los ejes regionales árabes en las décadas de 1950 y 1960 nunca alcanzaron niveles como estos. Incluso en el punto álgido de las tensiones entre Arabia Saudí y Egipto durante el periodo de Nasser, la solidaridad árabe era un punto en común incuestionable. Se daba por hecho que la normalización con Israel era impensable en ausencia de una solución justa para la cuestión palestina. Hoy, los bloques han puesto un signo de interrogación sobre estos principios que anteriormente fueron inviolables. Esta es la nueva realidad del mundo árabe, una realidad que ha animado a los Estados Unidos y a Israel a apostar por una estrategia basada en la cooperación con los Estados árabes “moderados”, que cada vez se muestran más abiertos a aceptar la idea de que sus verdaderos enemigos son Irán y los movimientos de resistencia popular.

Una Iniciativa de Paz Árabe

En 2002, la cumbre de la Liga Árabe de Beirut respaldó una iniciativa de paz que, desde entonces, ha sido reiterada en varias cumbres de la organización. La propuesta reflejaba el consenso de los Estados árabes sobre una paz integral y duradera con Israel a cambio de la retirada de este último a las fronteras anteriores a junio de 1967 y el establecimiento de un Estado palestino. Israel rechazó de plano la Iniciativa de Paz Árabe que, de acuerdo con la lógica de los responsables de la política exterior israelí y estadounidense, era la expresión de una posición árabe no vinculante.

Mientras Arabia Saudí se encontraba bajo un intenso escrutinio tras los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, el príncipe heredero Abdalá de Arabia Saudí concedió una entrevista al periodista del New York Times Thomas Friedman durante la cual propuso la "total retirada de todos los Territorios Ocupados […] para la total normalización de las relaciones". Friedman se jactó de haber dado la exclusiva de la Iniciativa de Paz Árabe del príncipe heredero Abdalá[122].

Dos décadas más tarde, el mismo columnista estadounidense se mostraba complacido cuando los Estados árabes normalizaban su relación bilateral con Israel fuera del marco de la iniciativa y sin una solución justa para Palestina. Friedman apoya cualquier cosa que considera beneficiosa para Israel en cualquier momento. Entusiasmado por el acuerdo de normalización firmado entre Israel y los Emiratos Árabes Unidos, hizo un llamamiento a que Arabia Saudí siguiese estos pasos (Friedman, 2020, 2021).

En lugar de atenerse a las resoluciones de la Asamblea General y el Consejo de Seguridad de la ONU, el príncipe heredero Abdalá, quien pretendía mejorar la imagen de su país tras los atentados terroristas del 11 de septiembre, generó una iniciativa de paz con su marco de referencia: una iniciativa diplomática árabe no vinculante.

Aunque Israel la rechazó, su naturaleza no vinculante hizo que la considerase al mismo tiempo un "digno incentivo", por supuesto aún por desarrollarse mediante más iniciativas árabes con cesiones adicionales. Cuando se realizan gratuitamente, las concesiones políticas incentivan que se exijan aún más concesiones. Como era de esperar, los Estados Unidos felicitaron a los árabes por haber planteado tal iniciativa y, posteriormente, ignoraron su contenido.

Israel, que carece de planes de paz oficiales propios y que jamás ha aceptado una resolución internacional ni una iniciativa estadounidense de esta índole[123], despreció la Iniciativa de Paz Árabe, que le ofrecía una oportunidad de conciliación con todo el mundo árabe. En lugar de esto, exigió más concesiones políticas y más iniciativas diplomáticas, pretensiones que no se verían defraudadas. Durante el último año del mandato de Trump (2020), una lógica similar al planteamiento que inicialmente dio lugar a la iniciativa llevó a una serie de países a abandonarla para normalizar sus relaciones con Israel sin estipular ningún tipo de condición. De este modo, la Iniciativa de Paz Árabe se tornó no vinculante incluso para los Estados árabes de los que nació.

La visión de que la Iniciativa de Paz Árabe refleja una postura no vinculante genera la conclusión de la que la iniciativa no fue un compromiso genuino, sino una "posición" árabe que no ha tomado plena forma y que requiere de debates y modificaciones adicionales. De hecho, la reducción de la Iniciativa de Paz Árabe a una "posición" que requiere de debates y modificaciones adicionales es el destino ineludible de cualquier iniciativa de paz que se realice bajo unos equilibrios de poder tan sesgados contra la parte proponente que la obliguen constantemente a retroceder. Esta es la razón por la que, casi siempre, las iniciativas de paz se basan en la mediación de un tercero neutral (en cuyo caso los adversarios se aferran a sus posiciones hasta que puede negociarse un compromiso) o se inician a instancias de la parte vencedora en un conflicto (en cuyo caso la iniciativa se convierte en una vía para la consolidación de los logros políticos de dicha parte). Otra alternativa es que un agente lo suficientemente poderoso como para imponer una iniciativa de paz la imponga.

Cuando la parte que propone la iniciativa (en este caso, los Estados

árabes) es la más débil, no hay forma viable de que pueda hacer valer una solución justa en un acuerdo negociado. Esto no se debe una causa "estructural", sino que tiene que ver con la voluntad política, las rivalidades internas, la dependencia de potencias extranjeras como los Estados Unidos y la incapacidad o indisposición para coordinar posiciones e intereses comunes en la gestión de otros asuntos comunes (como la relación con Irán).

La Iniciativa de Paz Árabe tuvo una buena acogida en los círculos estadounidenses y europeos porque fue un signo de la disposición de todos los países árabes a normalizar sus relaciones con Israel de acuerdo con el principio de "tierra a cambio de paz". Pero las felicitaciones occidentales a los árabes no tardaron en convertirse en exigencias para que implementasen esa normalización de diversas maneras antes de que pudiese alcanzarse una solución a la cuestión palestina. Según decían, esto "incentivaría" a Israel a asumir "el riesgo de la paz". John Kerry, por aquel entonces presidente del Comité de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos, expresó esta visión en una intervención ante el Congreso tras haber visitado la región árabe en 2009[124]. Culpó al Gobierno de Bush de no hacer lo suficiente por promover la Iniciativa de Paz Árabe o sacar provecho de ella. Sin embargo, cuando asumió la Secretaría de Estado bajo el mandato de Obama unos años más tarde, ni él ni el presidente hicieron mucho al respecto.

Una serie de asesores, expolíticos y periodistas occidentales que conciben ideas para los regímenes árabes —algunos de los cuales proceden de círculos liberales sionistas (tanto estadounidenses como israelíes)— aseguran a regímenes árabes que buscan consejo sobre cómo limpiar su imagen que estos gestos hacia la normalización mejorarían su reputación en occidente y calmarían el "temor israelí" a las intenciones árabes.

Según su razonamiento, Israel no se opone a una solución justa, sino que simplemente "tiene miedo" a que los árabes quieran destruirle. Los líderes israelíes no son racistas y arrogantes ni están enfermos de poder; sencillamente sufren de ansiedad y preocupación. Lo que los regímenes árabes deben hacer, por tanto, es adoptar actitudes conciliadoras para aliviar esa angustia israelí. Estos fueron los argumentos de los asesores que convencieron a los

saudíes de plantear este tipo de iniciativa para mejorar su imagen pública.

Igual que conocíamos la "moderación" árabe, conocíamos ya este miedo israelí. Es el mismo miedo que llevó a los líderes sionistas a expulsar a los palestinos al desierto, a oprimir al pueblo bajo su ocupación y a reducir a escombros el valle de la Bekaa y los pueblos del sur del Líbano con bombas de racimo. También se espera que los palestinos entiendan el temor "razonable" de Israel al derecho de retorno, a devolver Jerusalén Este y a retirarse a las fronteras previas a 1967. Es indudable que el factor miedo desempeña actualmente un importante papel en las decisiones israelíes, pero es más bien miedo a perder las siguientes elecciones y a que cualquier concesión significativa haga que la llamada "unidad nacional" de Israel se desmorone. De hecho, como ya se mencionó antes, el verdadero problema es la arrogancia israelí. Siempre que Israel tuvo de verdad miedo a la guerra (y no me refiero a un miedo existencial, sino al temor racional que facilita los cálculos pragmáticos), tendió a hacer concesiones si la otra parte estaba dispuesta a aceptarlas, como sucedió en el caso de la retirada del Sinaí para evitar otro conflicto bélico con Egipto. La retirada del Líbano respondió también a cálculos estratégicos en los que el temor, o el coste en este caso, tuvieron su influencia. Incluso el reconocimiento de la OLP y los Acuerdos de Oslo fueron resultado del miedo generado por la Intifada. La aceptación israelí de la OLP como "asociado para la paz" fue resultado del temor a una alternativa "peor".

Tal y como se mencionó antes, los Estados árabes que había detrás de la iniciativa saudí estaban dispuestos a modificarla o incluso a abandonarla en favor de otras iniciativas de paz. Con el fin de conseguirlo, se han desvivido por darle la vuelta a la realidad. Tomemos como ejemplo la inverosímil transformación de Ariel Sharon en involuntario mediador cuando los líderes árabes con los que se reunía en Sharm el-Sheij[125] le informaron de que su plan de desvincularse de Gaza era un paso de gigante hacia la implementación de la hoja de ruta de George W. Bush para la paz. La noticia sorprendió sin duda a Sharon, ¡quien poco antes había declarado públicamente que el objetivo de su retirada unilateral era echar por tierra la hoja de ruta de Bush! La idea era sacarse Gaza de

encima sin tener que abordar el resto de puntos de la hoja de ruta que Arafat había aceptado y que él había rechazado.

Hay que reconocer que, en la situación actual, la posibilidad de alcanzar un acuerdo con Israel que resulte aceptable tanto para este como para los árabes se ha reducido hasta el punto de que solamente alguien sin contacto con la realidad podría llegar a pensar que tal desenlace sigue siendo factible. Hoy, Israel tiene incluso menos incentivos para alcanzar un pacto después de que la amenaza de una guerra a gran escala quedase descartada en virtud del acuerdo de paz separado con Egipto y de que determinados países árabes (los Emiratos Árabes Unidos, Bahréin, Sudán y Marruecos) —que nunca habían estado en guerra con Israel— abandonasen la Iniciativa de Paz Árabe para firmar pactos de no agresión bilaterales con este sin exigirle concesiones políticas de ningún tipo. Los Emiratos Árabes Unidos y Bahréin llevan mucho tiempo coordinándose con Israel en cuestiones de seguridad y asuntos regionales, incluso presionando conjuntamente a los Estados Unidos en pro de las mismas "causas". Por tanto, para ellos la normalización solamente supuso hacer oficiales unas relaciones que ya existían.

Esto forma parte de una tendencia en desarrollo en virtud de la que los regímenes árabes actúan bajo la recomendación de aspirar a una versión muy específica de "realismo" como modo y cultura políticos definitivos. Según esta tendencia, ser "realistas" equivale a ser pragmáticos manteniendo los intereses del régimen separados de los intereses del pueblo y de los intereses estatales, así como aceptar incuestionablemente a Israel, la hegemonía política estadounidense en Israel y el mito de la hegemonía de Israel en los Estados Unidos.

Dentro del espectro político israelí existe un consenso sólido e inflexible en torno al rechazo a retirarse a las fronteras previas a 1967 (incluida la retirada de Jerusalén Este) y desmantelar la mayor parte de los asentamientos israelíes, que el Estado está decidido a anexionarse. En el mundo árabe no existe un consenso oficial equivalente que replique este consenso israelí, especialmente después de hacerse evidente que la Iniciativa de Paz Árabe no estaba pensada para Palestina y de que se volviera inútil. Pero el margen del que disponen los Gobiernos árabes es muy limitado. Si

optasen por plantear una propuesta que acatase la rotunda negativa israelí, la opinión pública palestina o árabe nunca la aceptaría. Incluso si se ciñesen al trillado argumento de que el derecho de retorno es el principal obstáculo a un acuerdo de paz, una eventual fórmula que lo excluyese seguiría encontrándose con el rechazo de Israel a ceder. Las líneas rojas de Israel echaron raíces en la política doméstica de partidos, las estrategias y la demagogia de los políticos del país mientras la sociedad israelí viraba progresivamente hacia la derecha. Los propios políticos que las trazaron no están dispuestos a lidiar con ellas. De hecho, son incapaces de hacerlo, salvo que se vean sometidos a un nivel importante de presión externa. Ejercer una presión eficaz desde el lado árabe y palestino es justo lo contrario a suplicar a Israel que acepte la llamada "moderación" árabe.

Especular sobre las posibles técnicas a las que los árabes podrían recurrir para eludir el no de Israel es otra forma de autoengaño que comenzó con el proceso de Oslo y que sigue vigente en la actualidad. Naturalmente, cualquier intento árabe de impresionar a Israel será correspondido por este con una palmadita en la espalda. Sin embargo, Israel nunca acepta la sustancia de las iniciativas árabes que alienta. Se compromete de una forma deliberadamente imprecisa con vías hacia la paz y la normalización, consciente de que solamente pueden producirse a través negociaciones y que dichas negociaciones deben desarrollarse sin condiciones previas y bajo los auspicios de los Estados Unidos[126].

Pese a la tajante oposición de Israel a la Iniciativa de Paz Árabe, los países árabes siguieron promoviéndola, llegando incluso al extremo de sufragar una campaña publicitaria en la prensa de Israel para promocionarla entre la opinión pública del país[127]. No está claro qué pudo pretenderse al tratar de convencer a Israel de esta iniciativa después de que hubiera rechazado categóricamente sus componentes básicos. ¿Cómo puede persuadirse a un Estado de que abandone algo que ha obtenido y mantenido por la fuerza bruta y a lo que no está dispuesto a renunciar aun no teniendo derecho alguno sobre ello? ¿Qué significado tiene la palabra "derecho" cuando el idioma de las negociaciones es el de los equilibrios de poder y los dictados de la fuerza —o la "ley del más fuerte"— y queda supeditada al principio de "realismo político"? Es

incomprensible que los árabes siguiesen comprometidos con una propuesta de paz que habían ofrecido a Israel y que Israel había declinado. Tal comportamiento y sus objetivos subyacentes no pueden estar más alejados de la realidad. La confirmación de esto vendría más tarde con la aplicación de la lógica política planteada por unos Estados impacientes por desembarazarse de la "carga" de la causa palestina (una carga que, para empezar, nunca habían llevado) para alinearse públicamente con Israel. Los cuatro Estados mencionados anteriormente demostraron que Israel había acertado (desde su perspectiva, por supuesto) rechazando la Iniciativa Árabe para permanecer a la espera. Israel entendió a la perfección la mentalidad que había detrás de la iniciativa. No tenía ningún miedo que necesitase aplacar.

Israel no tiene miedo ni está dispuesto a pagar un precio por la paz con los Estados árabes, con quienes la paz ya existe de facto. La tesis del miedo caducó hace años. No existe amenaza alguna de una guerra de parte de los países árabes o la AP. Son los regímenes árabes los que tienen miedo y buscan la protección estadounidense; algunos, llegan incluso a parecer dispuestos a aceptar la protección israelí.

Si Israel tuviera miedo de verdad y buscase genuinamente el reconocimiento árabe (además de seguridad, protección, etc.), la paz sería una de sus principales prioridades. ¿Por qué no aprovechó la oportunidad que presentaba la Iniciativa de Paz Árabe? Se trata del enfoque lógico de las justificaciones del comportamiento israelí o sus estratagemas para obtener más concesiones de los árabes. ¿No resulta extraño que Israel nunca haya presentado una propuesta de paz seria o que no haya hecho el más mínimo esfuerzo por demostrar su buena fe? Podría haberlo hecho en decenas de ámbitos. Podría haber interrumpido la construcción de asentamientos y desmantelado aquellos que el propio Israel define como ilegales, como se comprometió a hacer. Podría haber puesto fin a los asesinatos selectivos de políticos. Podría haber acatado la decisión de la Corte Internacional de Justicia de La Haya[128] sobre la cuestión del muro de separación, que es solamente uno de los muros del apartheid levantados en Palestina. Podría haber anunciado su intención de retirarse a las fronteras anteriores a 1967 a cambio de la paz. Podría haber derogado las leyes en virtud de las

cuales se anexionó los Altos del Golán y Jerusalén. Cualquiera de estas acciones sería una prueba de que Israel busca verdaderamente la paz.

Un pueblo ocupado no tiene nada que negociar con sus colonizadores. De haber negociaciones, estas solamente deberían tener lugar a modo de preparación para la implementación de una decisión explícita por parte de la potencia ocupante de retirarse por completo de los Territorios Ocupados y reconocer el derecho a la libre determinación de quienes viven bajo ocupación. Ignorar este principio conduce a negociaciones desequilibradas entre "dos partes". Este es el lenguaje que hoy se utiliza para enmarcar una ocupación que hace ya tiempo que tomó la forma de un apartheid. Constantemente oímos el relato de "dos partes" de una "disputa" en la que ambos "lados" —con sus respectivos "moderados" y "extremistas"— reclaman "derechos sobre la misma tierra". Se trata de una tergiversación flagrante del problema. Esta es la razón por la que, históricamente, los movimientos de liberación han tendido a declarar que su fin era resistir a la potencia ocupante, y no negociar con ella. En casos de ocupación prolongada, fue necesario encontrar formas de reconciliar el desarrollo de la vida cotidiana de las personas bajo ocupación con la lucha permanente que libraban hasta que la potencia ocupante anunciaba, por fin, su voluntad de retirarse. Solamente en este punto devenía legítimo negociar sobre cómo gestionar la retirada (o sobre cómo desmantelar el régimen de apartheid).

Capítulo 6

EL CAMINO HACIA NINGUNA PARTE

En este capítulo se abordará el proceso que derivó en la creación de la AP y la marginalización del movimiento de liberación en favor del acuerdo Trump-Netanyahu que se examinará en la segunda parte. Asimismo, se incluirán algunos comentarios finales sobre la primera parte.

El logro más destacable de la OLP fue la creación de un órgano político que representase al pueblo palestino como colectivo; de hecho, la OLP fue la expresión organizada de la entidad y la entitividad palestina. Contra todo pronóstico, logró también varias victorias en el plano internacional: desde el reconocimiento formal de la OLP por parte de más países que los que mantenían relaciones diplomáticas con Israel en un momento dado hasta la aprobación de resoluciones importantes de la ONU en apoyo del pueblo palestino y de su causa, pasando por la admisión en la ONU en calidad de observador no miembro. En el cuadro 6.1 se enumeran las resoluciones importantes que fortalecieron la entitividad palestina a lo largo del tiempo.

No resulta fácil valorar de un modo sucinto los logros de la primera Intifada: impuso obligatoriamente la cuestión palestina a la opinión pública internacional, introdujo la causa en la agenda oficial mundial y ayudó a redibujar la percepción sobre Israel al poner fin a su imagen de “víctima” y presentarla como potencia ocupante que maltrata al pueblo ocupado bajo su autoridad. El hecho de que el ejército israelí se convirtiese en una policía antidisturbios para reprimir a las protestas civiles dividió a la sociedad israelí durante la primera Intifada e hizo mella en la moral pública.

Cuadro 6.1

Resoluciones de la ONU que reflejan los logros obtenidos por la OLP

en relación con la entitividad palestina

Tema	Núm. de resolución	Órgano	Fecha
Se reconoce el derecho a la libre determinación de la pueblo palestino	2672	Asamblea General	8/12/1970
Se invita a la OLP a participar en los debates de la Asamblea General	3210	Asamblea General	14/10/1974
Se reafirman los derechos inalienables del pueblo palestino en Palestina	3236	Asamblea General	22/11/1974
Se concede a la OLP el estatus de observador	3237	Asamblea General	22/11/1974
Se determina que el sionismo constituye una forma de racismo	3379	Asamblea General	10/11/1975
Se invita a la OLP a participar en las iniciativas destinadas a alcanzar la paz	3375	Asamblea General	10/11/1975
Se determina que los asentamientos carecen de seguridad jurídica y se crea un	446	Consejo de Seguridad	22/3/1979
Se insta a Israel a desmantelar los asentamientos existentes y a poner fin a l	465	Consejo de Seguridad	1/3/1980
Se corrobora el derecho del pueblo palestino a la libre determinación	38/58	Asamblea General	13/12/1983
Se corrobora que la Misión Permanente de Observación de la OLP ante las N	42/229	Asamblea General	12/3/1988
Se considera que la OLP tiene derechos que cumplir, acciones se difunda	43/160	Asamblea General	9/12/1988
Se decide utilizar la denominación "Palestina" en vez de "Organización para	43/177	Asamblea General	15/12/1988
Se reafirma que no se pueden reconocer las acciones ilegales de Israel en lo	ES-10/2	Asamblea General	15/7/1997
Se concede a Palestina el estatus de Estado observador no miembro en las N	67/19	Asamblea General	29/11/2012
Se decide izar las banderas de los Estados observadores no miembros, entre	69/320	Asamblea General	10/9/2015

Fuente: Elaborado por el autor tras consultar las resoluciones de la Asamble

Aquí solamente analizaremos en detalle algunos de los perjuicios que sufrió la macroeconomía israelí durante la primera Intifada (1987-93). Los palestinos pusieron en práctica distintas actividades de resistencia económica, como por ejemplo las huelgas, los boicots a los productos israelíes y la negativa a pagar impuestos a las autoridades de la ocupación militar. Un alto porcentaje de trabajadores palestinos procedentes de los Territorios Ocupados, que trabajaban en los asentamientos de los propios territorios o en el mismo Israel (entre otros sectores, en la construcción, agricultura y fábricas industriales), dejaron de acudir a su puesto de trabajo por distintos motivos, ya fuesen huelgas generales o toques de queda. El resultado fue una grave escasez de mano de obra para los empresarios israelíes. Con la idea de compensar los ingresos perdidos, los palestinos reactivaron proyectos de autosustento y pasaron a depender de las economías de los hogares. La economía de los palestinos en los Territorios Ocupados se resintió, pero el objetivo principal era aumentar el coste de la ocupación israelí. Tal y como muestran los estudios económicos, la Intifada costó millones de dólares al día a Israel en nuevo gasto militar, caída de las inversiones, pérdidas comerciales, aumento del desempleo, disminución del poder adquisitivo de los israelíes y reducción del turismo. El sector agrícola y el sector de la construcción, que requieren un uso intensivo de la mano de obra, fueron los que acusaron el golpe en mayor medida. El cálculo que hicieron las fuentes israelíes sobre el perjuicio para la economía de Israel a raíz de la Intifada varía de una fuente a otra; algunas intentaron quitar importancia a los daños, mientras que otras los consideraron "traumáticos" (Rigby, 1988: 198-213; Dessus, 2004: 447-469).

Según los datos del Banco Mundial, la tasa de desempleo prácticamente se duplicó desde el 6,33% en 1985 al 12,24% en 1990, para después tocar techo en el 14,08% en 1992[129]. La tasa de inversión extranjera directa (IED) cayó del 0,55% al 0,25% del PIB entre 1987 y 1990[130]. El crecimiento anual del PIB per cápita de Israel se desplomó desde el 5,42% de 1987 al 1,22% y el -1,12% de 1988 y 1989 respectivamente. Entre 1990 y 1993, la tasa de crecimiento del PIB per cápita fluctuó sobremanera desde el nivel máximo del 4,10% en 1992 al mínimo del 1,39% en 1993[131]. La

misma tendencia se aprecia en la tasa de crecimiento del PIB de Israel, la tasa de crecimiento del Ingreso Nacional Bruto (INB) y la tasa de crecimiento del INB per cápita durante el mismo periodo[132]. El leve aumento del crecimiento se atribuyó en parte a las fuertes oleadas de inmigración judía hacia Israel en aquellos momentos, principalmente de la antigua Unión Soviética, que contribuyeron al boom de la vivienda y estimularon la actividad económica israelí. El número total de inmigrantes judíos en Israel procedentes de la Unión Soviética subió de 12.900 en 1989 a 185.200 en 1990 y 147.800 en 1991 (Tolts, 2016: 23-24). No obstante, el auge "económico" generado por el aumento de la inmigración no fue más que un fenómeno "temporal acompañado de una fuerte inflación" tanto en Israel como en los territorios palestinos ocupados (Dessus, 2004: 453-454).

La segunda Intifada (2000-2003) estalló en un año de gran crecimiento económico para Israel. Según los datos, la segunda Intifada, tal y como ya había ocurrido con la primera, supuso un alto precio para la economía israelí: miles de millones de dólares de gasto adicional en seguridad, descenso de las tasas de inversión, caída del turismo y cifras elevadas de desempleo. En 2003, el desempleo subió hasta el 13,51%, el segundo dato más alto desde 1969 (primer año con datos oficiales disponibles). La mayor tasa registrada fue la de 1992 tras la primera Intifada[133]. Después de un incremento considerable de las tasas de IED en los años caracterizados por las esperanzas de paz generadas por los Acuerdos de Oslo (del 1,50% en 1998 al 6,08% en 2000), ese mismo dato se desplomó hasta mínimos del 1,35% en 2001 y el 1,31% en 2002[134]. La tasa de crecimiento del PIB de Israel cayó del 7,46% en 2000 a nada más que el 0,12% y -0,01% en 2001 y 2002[135]. La tasa de crecimiento del PIB per cápita, la tasa de crecimiento del INB y la tasa de crecimiento del INB per cápita experimentaron la misma tendencia a la baja durante ese periodo[136]. El Banco de Israel describió los dos años posteriores al estallido de la segunda Intifada como "los más largos de la historia de Israel" debido a la fuerte recesión económica (Swirski, 2010: 13).

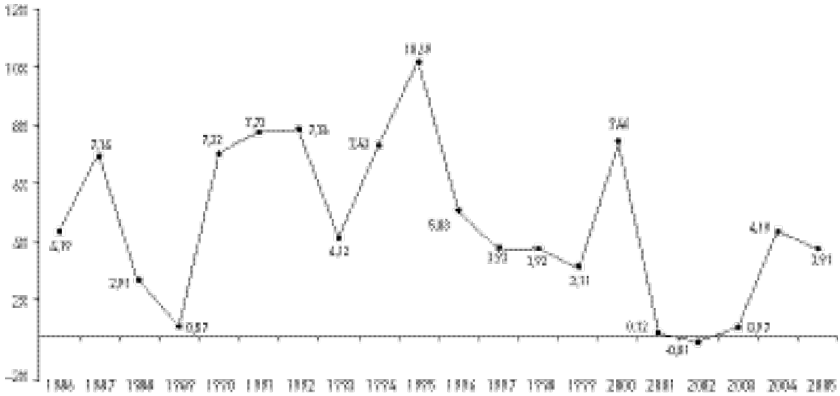
La firma de los Acuerdos de Oslo (1993-1995), y en especial el protocolo económico de 1994 (Protocolo de París), beneficiaron a una economía israelí que experimentó una reactivación del

crecimiento (aumento de las tasas de crecimiento del PIB, crecimiento del PIB per cápita, crecimiento del INB, crecimiento del INB per cápita e IED) y un descenso de la tasa de desempleo hasta el 8,46% en 1996[137]. A pesar del objetivo declarado del Protocolo de París de impulsar el crecimiento económico palestino, las mejoras se dejaron sentir con menos intensidad, como era de esperar, en el lado palestino. En los años posteriores a Oslo, la economía palestina siguió viéndose en dificultades por culpa de, por un lado, su estructura y sus relaciones de subordinación con la potencia ocupante y la ayuda internacional y, por el otro, la disfuncionalidad e improductividad crónicas de su sector público, dependiente de los objetivos políticos de los donantes internacionales y de la política interior israelí[138].

Desde luego, la primera Intifada, que se prolongó durante varios años de resistencia amplia y organizada desde las bases e incluyó numerosos actos de desobediencia civil, no fracasó en absoluto, pero el impulso sí fue relajándose de manera paulatina por las grandes convulsiones geopolíticas que sacudieron el panorama mundial. Los cambios más trascendentales fueron la reestructuración del orden internacional tras la desintegración de la Unión Soviética, el desplome del sistema de influencia soviético a nivel mundial y el colapso del contexto árabe en el que había prosperado la OLP a raíz de la invasión de Kuwait por parte de Irak.

Gráfico 6.1

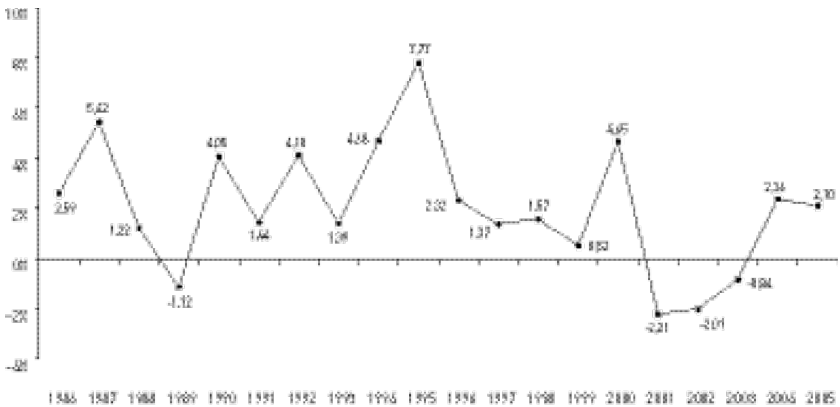
Crecimiento del PIB de Israel (% anual) 1986-2005



Fuente: Archivos de datos de las cuentas nacionales del Banco Mundial y la OCDE.

Gráfico 6.2

Crecimiento del PIB per cápita de Israel (% anual) 1986-2005



Fuente: Archivos de datos de las cuentas nacionales del Banco Mundial y la OCDE.

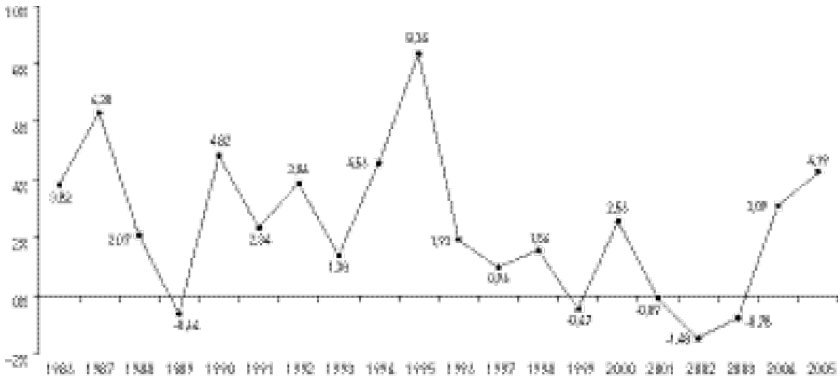
Fue precisamente el carácter civil del primer alzamiento, con toda la atención internacional que suscitó, lo que llevó al expresidente

George H. W. Bush a lidiar con la cuestión palestina cuando instó al mundo árabe a sumarse a una alianza contra Irak para dar legitimidad árabe a la guerra para liberar Kuwait. La Conferencia de Paz de Madrid se celebró en 1991, justo después de la guerra del Golfo, y acogió a representantes de Cisjordania y la Franja de Gaza como parte de una delegación conjunta palestino-jordana que insistió en que la OLP fuese la representante formal del pueblo palestino. Cabe destacar que la Intifada fue el acontecimiento que abrió la puerta al restablecimiento de la OLP casi un decenio después de que se marginase a la organización y se la expulsase del Líbano.

Israel no tuvo mucho tiempo para celebrar su victoria tras expulsar a la OLP del Líbano en 1982. Después de fracasar en su intento de traducir su conquista militar en un acuerdo de paz específico con Beirut, Israel se vio inmersa en una guerra de Desgaste contra una resistencia libanesa que se oponía a la ocupación israelí del sur del Líbano. A raíz sobre todo de los fracasos de los Gobiernos del Likud en el Líbano, el Partido Laborista israelí volvió al poder en 1984. En parte, el regreso de los laboristas se debió también al acuerdo de coalición política con el Likud, un pacto que no modificó la deriva constante hacia la derecha de la sociedad israelí desde la guerra de 1967, y a la victoria electoral del Likud en 1977, que había puesto fin a la trayectoria ininterrumpida de los laboristas como partido en el poder en Israel desde la creación del Estado.

Gráfico 6.3

Crecimiento del INB per cápita de Israel (% anual) 1986-2005

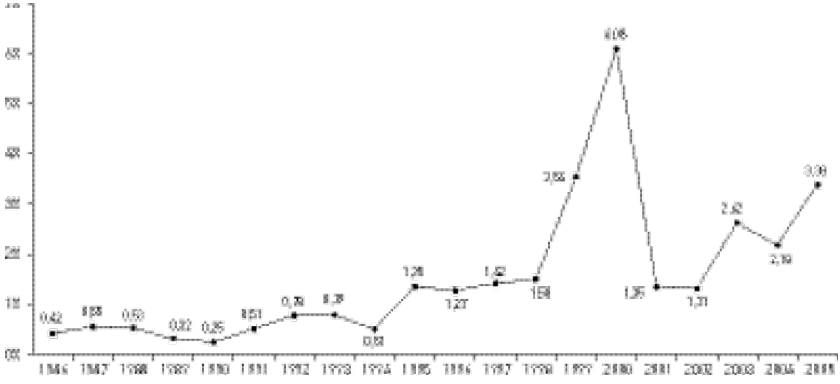


Fuente: Archivos de datos de las cuentas nacionales del Banco Mundial y la OCDE.

Gráfico 6.4

Entradas netas de capital de inversión extranjera directa

(IED) a Israel (% del PIB) 1986-2005

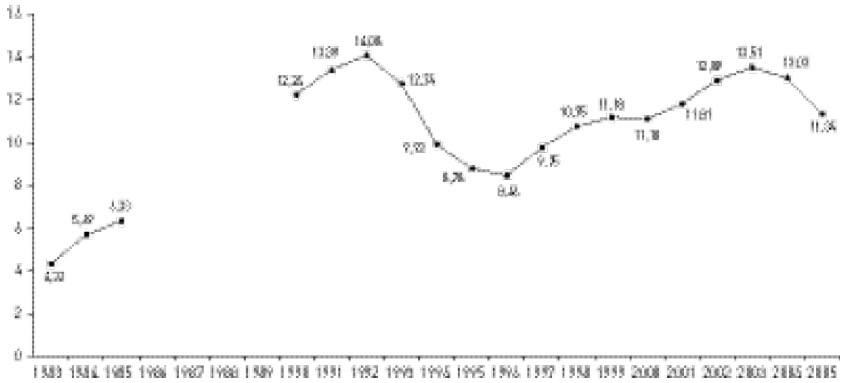


Fuente: Base de datos sobre balanza de pagos y estadísticas financieras internacionales del Fondo Monetario Internacional, estadísticas internacionales sobre deuda del Banco Mundial y estimaciones del PIB del Banco Mundial y la OCDE.

Gráfico 6.5

Tasa de desempleo en Israel 1983-2005 (% de la población activa total)

(estimaciones nacionales)



Fuente: Banco Mundial, Organización Internacional del Trabajo, base de datos ILOSTAT.

Con Isaac Rabin como primer ministro (1992-1995), el Partido Laborista llegó a la conclusión de que la estrategia vigente de supresión violenta no llevaba a ninguna parte. Rabin se dio cuenta de que tenía que lidiar con la Intifada por medio de cauces políticos, lo que implicaba negociar con los representantes de los palestinos, aunque fueran partidarios de la OLP. Yaser Arafat, por su parte, se mostró de acuerdo con esta fórmula y autorizó a una delegación de los Territorios Ocupados a negociar con una delegación israelí bajo la supervisión de la OLP, pero insistió en que la parte firmante de cualquier acuerdo con Israel debería ser la OLP y no esa delegación. Los dirigentes de la OLP se saltaron el trato establecido y llegaron a un acuerdo con Israel en Oslo, una declaración de principios que no incluía ningún planteamiento inicial de solución para la cuestión palestina. No hay duda de que la delegación de los Territorios Ocupados no habría aceptado nunca

este acuerdo. La diferencia es que la OLP estaba dispuesta a pagar un precio por el reconocimiento israelí y a aceptar cualquier acuerdo que incluyese ese reconocimiento ya que así podría escapar del marasmo político en el que se encontraba sumida tras el desplome tanto del bloque socialista como del orden árabe tras la ocupación de Kuwait.

Fue un error grave. La declaración de principios incluía el reconocimiento mutuo, los procedimientos correspondientes y la creación de una Autoridad Palestina, pero no contenía ninguna solución, ni siquiera un principio de acuerdo sobre una posible solución[139]. A efectos prácticos, los Acuerdos de Oslo redujeron a la OLP a un órgano constituyente de la AP bajo soberanía de Israel y cuya función principal consistía en salvaguardar la seguridad israelí.

Antes incluso, la OLP había cometido el error adicional de insistir en la disolución de la delegación conjunta palestino-jordana tras las negociaciones de paz de Madrid, lo que tampoco benefició al pueblo palestino. De hecho, a quienes les venía bien era a los líderes de la OLP que habían apostado por la cuestión de la representación y se habían comprometido en ese sentido, al considerarla la única vía para garantizar su supervivencia política. La disolución de la delegación hizo posible que Jordania firmara un tratado de paz propio con Israel en 1994 sin reclamar el territorio del que se había apoderado Israel en la guerra de 1967. La responsabilidad recaía ahora directamente sobre la OLP. Los dirigentes jordanos mantuvieron conversaciones directas en secreto con Israel durante mucho tiempo[140], pero nunca habrían podido firmar un acuerdo antes de que lo hicieran los palestinos. Si la OLP y Jordania hubiesen seguido negociando como un frente común, ninguno de ellos se habría atrevido a firmar un tratado de paz sin recuperar primero Jerusalén Este.

Tal y como se expuso y defendió en el capítulo anterior, este enfoque dio lugar al término “conflicto palestino-israelí”, el cual no existía antes de los Acuerdos de Oslo. Hasta ese momento, las organizaciones internacionales y los medios de comunicación occidentales hablaban del “conflicto árabe-israelí”, mientras que el mundo árabe empleaba el término “causa palestina” que, a su vez,

se entendía como una causa árabe. Hasta entonces no existía nada parecido a un "conflicto palestino-israelí" con esas dos partes como si fuesen países o bandos simétricos en pie de igualdad.

Los Acuerdos de Oslo marcaron el comienzo de un proceso de paz destinado a culminar en un tratado negociado entre Israel y la OLP sobre la base de las Resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de la ONU, pero sin llegar a un acuerdo previo sobre la interpretación de estas resoluciones. El Acuerdo de Oslo I (llamado oficialmente la Declaración de Principios sobre las Disposiciones relacionadas con un Gobierno Autónomo Provisional, o bien la Declaración de Principios) se negoció en secreto en Noruega y se firmó en 1993 en Washington (Estados Unidos). Vino precedido de las Cartas de Reconocimiento Mutuo en las que las partes firmantes se aceptaban la una a la otra como interlocutoras en la negociación. Por lo tanto, la OLP reconoció al Estado de Israel, mientras que Israel reconoció a la OLP como "representante del pueblo palestino". El acuerdo pospuso el debate entre las partes sobre las cuestiones más espinosas hasta el momento en el que se negociara el "estatuto final". Se aplazaron cuatro cuestiones: el estatuto de Jerusalén, el destino de los refugiados palestinos, los asentamientos judíos en los Territorios Ocupados y la creación del Estado palestino con sus fronteras definidas. El acuerdo (llamado Oslo I) codificó los resultados de las negociaciones de Oslo y puso los cimientos de un plan de paz de tres fases. La primera fase exigía la retirada de las fuerzas israelíes de la Franja de Gaza y Jericó conforme a un calendario especial que mantenía a Israel como garante de la seguridad exterior e interior de los colonos israelíes en esas zonas. El 29 de abril de 1994, Israel y la OLP firmaron el Protocolo sobre Relaciones Económicas (Protocolo de París), en virtud del cual se reconstituían las relaciones económicas y comerciales entre Israel y la AP de un modo que vinculaba la economía palestina a Israel. En mayo de 1994, se firmó un acuerdo en El Cairo sobre Cisjordania y Jericó que regulaba la retirada parcial de Israel de la Franja de Gaza y de la ciudad de Jericó en Cisjordania, así como el traspaso de la autoridad local a la AP.

La segunda fase dio comienzo en 1995 con el Acuerdo Provisional sobre Cisjordania y la Franja de Gaza. Oslo II (como acabó llamándose pese a haberse firmado en la localidad turística de Taba,

en Egipto) dispuso la redistribución gradual de las fuerzas israelíes en Cisjordania y el traspaso de ciertos poderes a la AP. La retirada israelí de las zonas designadas de Cisjordania debía completarse como mínimo 22 días antes de la jornada previa a las elecciones al Consejo Nacional Palestino (CNP). La redistribución debía llevarse a cabo en distintas fases, la primera de las cuales debería afectar a las zonas pobladas. Toda Cisjordania quedó dividida en tres zonas administrativas (Áreas A, B y C), cada una de ellas con un estatus diferente. El Área A (aproximadamente el 18% del territorio total de Cisjordania) quedaría bajo la administración exclusiva de la Autoridad Nacional Palestina. El Área B (aproximadamente el 22% del territorio total de Cisjordania) la administrarían conjuntamente la AP e Israel, de modo que la AP se encargaría de la vida civil e Israel controlaría la seguridad. En el Área C (aproximadamente el 60% del territorio total de Cisjordania), Israel administraría tanto los asuntos civiles como los aspectos relativos a la seguridad. En Oslo II se definieron las condiciones básicas para el traspaso de la autoridad de Israel a los palestinos, así como las facultades conservadas por Israel en virtud del acuerdo. Por último, Oslo II debía culminar en un "acuerdo sobre un estatuto permanente" que pusiese fin a la fase provisional el 4 de mayo de 1999. Como sabemos, nunca se llegó a este punto, la clasificación de las áreas A, B y C pasó a tener un "estatuto permanente" y la construcción de asentamientos por parte de Israel siguió cambiando el carácter de Cisjordania, incluida Jerusalén Este.

En mayo de 1997, se firmó el Protocolo de Hebrón a modo de preludio para el comienzo de las conversaciones sobre un estatuto permanente. Este protocolo dividió Hebrón en el Área H1 (cerca del 80%), que permanecería bajo control palestino, y el Área H2, donde residían los colonos israelíes, que seguiría bajo control de Israel. Desde entonces, Hebrón se ha convertido en un ejemplo ilustrativo del sistema de apartheid israelí que surgió de los Acuerdos de Oslo. Por último, en octubre de 1998 se firmó el Memorando de Wye River para ayudar a las dos partes a seguir cumpliendo con sus obligaciones derivadas de tratados anteriores a fin de llegar a un estatuto definitivo. El Gobierno israelí de Ehud Barak, elegido en 1999, no llevó a cabo las redistribuciones acordadas y, en su lugar, prefirió dictar primero sus condiciones de manera unilateral para conseguir un "acuerdo sobre un estatuto permanente". La cumbre

de Camp David II (2000) se organizó precisamente con ese fin. Esta tentativa no llegó a buen puerto y precipitó una nueva confrontación en forma de segunda Intifada.

Después de Oslo

Isaac Rabin se dio cuenta de que la alternativa a la OLP era una Hamás cada vez más pujante. Creyó que sería capaz de "rescatar" a la OLP hasta situarla de nuevo en el panorama internacional mediante un acuerdo en el que efectuaría la única concesión que estaba dispuesto a hacer: reconocer a la OLP. A cambio, se pondría fin a la Intifada, la OLP reconocería a Israel y aceptaría negociar sin haber consensuado ningún principio sobre lo que constituiría una solución justa, y se convertiría en aliado para "mantener el orden" y combatir el "terrorismo" en los Territorios Ocupados. De este modo, el "conflicto" terminaría y las negociaciones proseguirían hasta que se alcanzase un acuerdo. Por ese motivo, la Declaración de Principios de Oslo y los subsiguientes Acuerdos de El Cairo habían pospuesto cualquier intento de solventar las "cuestiones sobre el estatuto permanente" en las que se dividió la causa palestina. No es solamente que no hubiera un consenso sobre estos puntos per se, sino que no había consenso en torno a los fundamentos y los principios de base para solucionarlos. Por lo tanto, se propuso la autonomía bajo una nueva Autoridad Palestina a modo de solución provisional. A Israel le convenía este arreglo. Absolvía a la potencia ocupante de sus responsabilidades civiles hacia la población local (creando una situación fastuosa para los ocupantes, una ocupación con costes que numerosos comentaristas israelíes han tildado de "ocupación de lujo") y, al mismo tiempo, exigía a la OLP que ejerciese su autoridad en representación de los intereses de Israel en materia de seguridad en aras de la coordinación de la seguridad antiterrorista. Así es como se marginó en la práctica a la OLP desde el mismo momento en el que fue reconocida formalmente. Aparte de convertirse en una autoridad sin Estado, pasó a ser un rehén de la ocupación israelí.

Después de ser rescatada en los Acuerdos de Oslo, la OLP volvió a quedar eclipsada por la institucionalización de una Autoridad Nacional Palestina. Los líderes de la AP, que también eran los

dirigentes de la OLP, comprendieron que su organización era la fuente de legitimidad de la AP, por lo que intentaron sustituir y controlar lo que quedaba (básicamente, la denominación). Lo consiguieron hasta el punto de reducir a la OLP a un instrumento que la AP utilizaría o del que prescindiría según fuera necesario. Por ejemplo, cuando Hamás ganó las elecciones al Consejo Legislativo Palestino en 2006, la AP revivió algunas de las instituciones de la OLP con la idea de suplantar a una cámara parlamentaria que ya no controlaban.

Después de Oslo, la AP se dispuso a cambiar los títulos oficiales sin ningún efecto sustancial. El jefe de la Autoridad Palestina, considerado el "líder" según Oslo, pasó a ser el "presidente palestino", aunque sus poderes no cambiaron lo más mínimo. El "Consejo de la Autoridad" se convirtió en el "Consejo Legislativo" y se aumentó su número de miembros. Israel toleró estos apelativos más altisonantes. ¿Por qué no iba a hacerlo? No eran más que pequeñas piezas en un juego de simbolismo, un ramillete de títulos y emblemas ceremoniales empleados para compensar lo que faltaba sobre el terreno: soberanía. Por desgracia, esta cultura de la compensación a través de símbolos se extendió de la política a la literatura, al arte, al cine y a otros ámbitos culturales hasta hacer surgir una forma de narcisismo nacional para colmar los vacíos de la realidad nacional.

Cada vez que Israel supuestamente tenía que aplicar alguna de las medidas decididas en Oslo relativas a la "redistribución" de las fuerzas israelíes conforme al Acuerdo de El Cairo (1994) o al Acuerdo de Oslo II (1995), estallaba una tormenta política en Israel. Ningún primer ministro israelí quería ser el que llevase a cabo la redistribución y cediese más áreas a la AP en cumplimiento de lo estipulado en los acuerdos.

Lógicamente, las fuerzas extremistas hicieron todo lo que estuvo en su mano para obstruir el proceso. El carácter indeterminado, vacilante y parcial del acuerdo y la decisión de aplicarlo por fases, que en principio fueron medidas pensadas para generar confianza y poner a prueba la credibilidad de ambos bandos, incitaban a intentar sabotearlo. El 25 de febrero de 1994, nada más que cinco meses después de la firma de los Acuerdos de Oslo I, un colono

israelí e inmigrante estadounidense llamado Baruch Goldstein disparó contra una gran congregación de fieles musulmanes palestinos que se habían reunido para orar en la mezquita Ibrahimi en Hebrón, con el resultado de 29 muertos y 125 heridos. En represalia por esta masacre, palestinos de manera individual y miembros de grupos militantes islamistas cometieron una oleada de atentados suicidas. El primero ocurrió en una parada de autobús en la ciudad de Afula, dentro las fronteras israelíes, el 6 de abril de 1994: murieron 8 personas y otras 55 sufrieron heridas. En ese mismo año, otros cuatro atentados suicidas mortales fueron perpetrados por palestinos.

El 4 de noviembre de 1995, el primer ministro Isaac Rabin fue asesinado por un nacionalista religioso israelí. Simón Peres, que le sucedió en el cargo de primer ministro, intentó presentarse como un líder fuerte porque carecía del perfil militar que, a ojos israelíes, legitimaba en parte la paz de Rabin con la OLP. Peres intensificó la "guerra contra el terrorismo" y la consecuencia fue una nueva oleada de atentados suicidas con bombas en centros urbanos por parte de Hamás y la Yihad Islámica. El 11 de abril de 1996, Peres dio comienzo a la operación "Uvas de la Ira" contra el Líbano en la que Israel lanzó ataques aéreos masivos y bombardeos a gran escala durante 16 días en la zona sur del país vecino. Los ataques mataron a cientos de civiles libaneses, entre ellos los que fallecieron en el bombardeo de un recinto de la ONU en la localidad de Qana el 18 de abril de 1996. El estado de ánimo de la opinión pública israelí cambió en consecuencia, basculando entre, por un lado, la compasión por Rabin como víctima del extremismo, la conmoción por el asesinato de un primer ministro electo y el miedo a los nacionalistas religiosos radicales judíos y, por el otro, la ira y la sed de venganza contra los palestinos. En vez de extraer la conclusión de que el fracaso de una paz parcial exigía optar por una paz más justa, las personas situadas en el centro del espectro político israelí pensaron que "los palestinos moderados" eran demasiado débiles para controlar a sus rivales islamistas o demasiado retorcidos y escurridizos como para confiar en ellos.

Netanyahu, que llegó al cargo de primer ministro el 18 de junio de 1996 después de que Peres perdiera las elecciones, intentó evitar dar la orden de redistribución en Hebrón. Su pasividad dio pie a la

llamada “Revuelta del Túnel” el 25 de septiembre de 1996, en protesta por las excavaciones bajo la mezquita de al-Aqsa, y a enfrentamientos entre las fuerzas de seguridad palestinas e israelíes. A continuación, a Netanyahu no le quedó más remedio que proceder a la redistribución en Hebrón en enero de 1997. La confrontación de 1996 fue uno de los motivos por los que Netanyahu perdió las elecciones de 1999.

Ehud Barak sucedió en el cargo a Netanyahu de 1999 a 2001. Ehud Barak, primer ministro y anterior jefe del Estado Mayor, era de hecho un militar de los comandos especiales que llegó a cometer asesinatos con sus propias manos y creía en la política del poder, con la mentalidad elitista militar de las unidades especiales de acción rápida que en su día dirigió en el ejército. Nada más tomar posesión del cargo, estalló una nueva crisis política. Al principio, apostó por las conversaciones de paz con Siria, pero no llegaron a buen puerto. Gracias al apoyo del diplomático estadounidense Dennis Ross, Barak intentó limitar la retirada israelí de los Altos del Golán de manera que Israel pudiese seguir controlando las orillas del mar de Galilea. No ordenó la redistribución de tropas en Cisjordania porque no se fiaba de Arafat, alegando que prefería esperar a conocer la deriva de la situación. De hecho, esta debería haber sido una exigencia palestina. Lo que pretendía Barak era llegar a un acuerdo sobre las cuestiones del estatuto final que se ajustase a las condiciones israelíes antes de llevar a cabo la redistribución, y ya después procedería con otras obligaciones del periodo provisional. La presión estadounidense y la colaboración de algunos subalternos de Arafat llevaron al dirigente palestino hasta Camp David para negociar cuestiones del estatuto final antes de que Israel cumpliera con sus compromisos y sin haber ultimado previamente ningún acuerdo sobre los principios de la negociación. Arafat sabía que se trataba de un intento de obligarle a aceptar las condiciones de Israel sobre el estatuto final[141].

La Administración Clinton cometió un craso error al secundar a Barak en eso. La cumbre de Paz de Camp David del año 2000 acabó siendo un desastre, y no solamente por la desigualdad de los intercambios de territorios que se propusieron. Como parte de la solución para las cuestiones pertenecientes al estatuto final, el Gobierno estadounidense e Israel intentaron presionar o intimidar a

Arafat para que renunciara a todo derecho de soberanía sobre Jerusalén y, de hecho, a cualquier reivindicación de las fronteras de 1967. Arafat se negó y recibió el oprobio internacional, sobre todo por parte de un "mundo occidental" que consideraba que la alianza entre Clinton y Barak (es decir, la alianza entre el Partido Demócrata estadounidense y el Partido Laborista israelí) era "moderada" y representaba las opiniones del bando "ilustrado". El rechazo de Arafat a su patrocinio no debía ser tolerado.

Después de Camp David

Ahora que Arafat se había atrevido a decir que no a Washington, su destino personal dependía de que su pueblo lo respaldara. La segunda Intifada estalló cuando Ariel Sharon puso en práctica en persona el principio de soberanía. Con el visto bueno de Barak, efectuó una inoportuna "visita" a la mezquita de al-Aqsa en lo que sin duda se trató de una intrusión y una provocación deliberadas. Más adelante, la AP y Hamás se unieron a una Intifada comenzada por miembros de Fatah, por lo que pasó a ser una confrontación militar entre las fuerzas del pueblo palestino, fuerzas de seguridad incluidas, y las fuerzas israelíes. En su punto más virulento, esta Intifada se caracterizó por las operaciones suicidas de Hamás y la Yihad Islámica contra civiles israelíes y por el despliegue de las fuerzas aéreas en Cisjordania por parte de Ehud Barak por primera vez desde 1967.

Sharon asumió el cargo de primer ministro en 2002. Recurriendo a la fuerza militar para mantener el control, dio la orden de volver a ocupar las ciudades palestinas, de asediar las oficinas y la residencia de Arafat en Ramala y de asesinarlo en 2004. Arafat pagó con su vida el apoyo a la resistencia contra la ocupación, después de haberle quedado claro lo que significaba el proceso de negociación: aceptar los dictados de los Estados Unidos e Israel o hacer frente al aislamiento y el asedio.

Los dirigentes palestinos que se hicieron cargo de la AP culparon a Arafat. Las conclusiones que extrajeron de la segunda Intifada fueron: que Arafat había abordado las negociaciones en ocasiones desde un enfoque táctico más que estratégico, que la resistencia era un grave error y que las negociaciones eran el único modo de encontrar una solución. Por ese motivo, cuando Mahmud Abbas se convirtió en presidente de la AP, prometió comprometerse con las negociaciones y se desmarcó de la decisión de Arafat de recurrir a la segunda Intifada. Abbas se reunió con Sharon en la cumbre de

Sharm el-Sheij en 2005 y acordaron una tregua. La AP también llegó a un acuerdo con los Estados Unidos para readiestrar y "reeducar" (es decir, readoctrinar) a las fuerzas de seguridad palestinas sobre los principios de la lucha antiterrorista y la cooperación en materia de seguridad con Israel, la potencia ocupante. En última instancia, este proyecto lo dirigió Estados Unidos con la supervisión del general Keith Dayton. Al principio se anunció que el general William Ward sería el coordinador de seguridad del proyecto para reestructurar las fuerzas de seguridad palestinas[142].

Abbas se esforzó al máximo por demostrar que él no era Arafat y que los israelíes podían confiar en él, y no solamente para "luchar contra el terrorismo", sino en todos los aspectos. Así lo reconoció el aparato de seguridad de Israel, pero no bastó para convencer a las autoridades israelíes ni a la opinión pública del país para que aceptaran una solución justa. La opinión pública israelí, que tendía cada vez más al nacionalismo religioso extremista, pensó sin más que, puesto que la AP estaba sirviendo para hacer la mayor parte del trabajo sucio, ¿por qué iban a aceptar ahora un Estado? ¿Por qué detener la expansión de los asentamientos? ¿Por qué no presionar a favor de la anexión? En última instancia, Abbas recibió su "recompensa" bajo la forma del acuerdo Trump-Netanyahu.

Abbas cree que la resistencia armada es un error, pero no acepta el hecho evidente de que su propia estrategia, la de las interminables negociaciones de paz en el marco de Oslo, ha fracasado. En ocasiones, parece regodearse en sus derrotas para molestar a quienes no están de acuerdo con él. La fragmentación palestina ha contribuido a este rencor mezquino.

¿De qué podría sentirse orgulloso un líder palestino que acabó dándole al país ocupante todo lo que pedía, para al final darse cuenta de que lo habían engañado y de que sus favores no habían sido correspondidos? Mahmud Abbas no es un "traidor" ni un agente israelí. El problema es que se cree de verdad lo que piensa. No obstante, sin volcar sus ideas en una estrategia de liberación, ese enfoque puede dar pie a que su sucesor reciba instrucciones directamente de los ocupantes.

Esta cúpula palestina no consiguió convencer en ningún momento

ni a Israel ni a los Estados Unidos de que las negociaciones debían partir de unas bases y unos principios claros para llegar a una solución justa y duradera. Israel siguió viendo las negociaciones como un "proyecto político" con final abierto en el que, tal como ocurría, el equilibrio de poderes dictaba el ritmo y el contenido. A medida que las interminables negociaciones no hacían más que alargarse, pese a seguir celebrándose por mantener las apariencias, el "proceso de paz" acabó abreviándose sin más a "el proceso". Al mismo tiempo, la potencia ocupante intensificó la construcción de asentamientos y reforzó la realidad del control israelí, mientras que la AP siguió sin aproximarse a ningún planteamiento de soberanía, ni siquiera para las áreas densamente pobladas de las que Israel quería librarse por motivos demográficos.

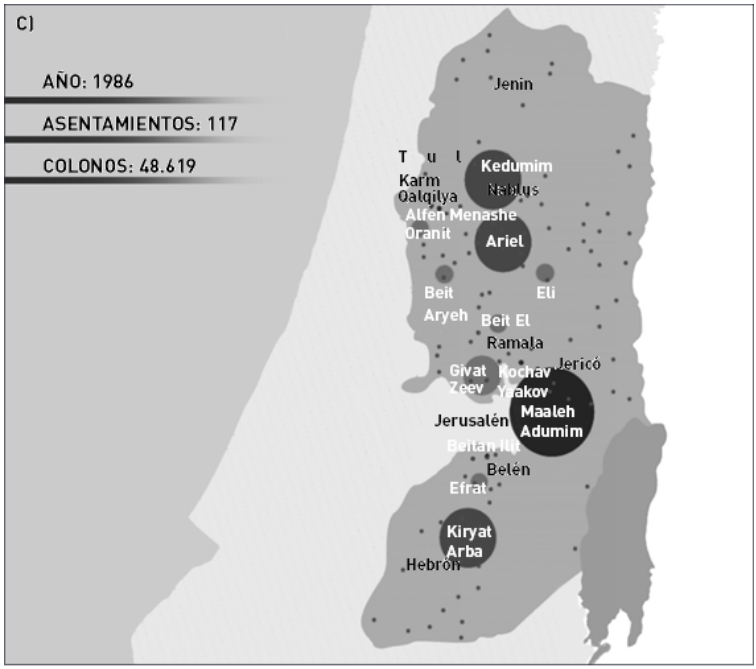
La Declaración de Principios de Oslo y la creación de la AP dieron paso a una insaciable oleada de construcción y expansión de asentamientos que devoraba cada vez más territorios palestinos[143]. La paralización más prolongada de los asentamientos ocurrió durante la primera Intifada, y solamente porque fue inevitable. Los colonos con una ideología más radical eran los únicos dispuestos a vivir rodeados de una población insurgente. Cuando la OLP pasó a ser un rehén de la ocupación, ya no pudo ejercer ninguna resistencia a la expansión de los asentamientos.

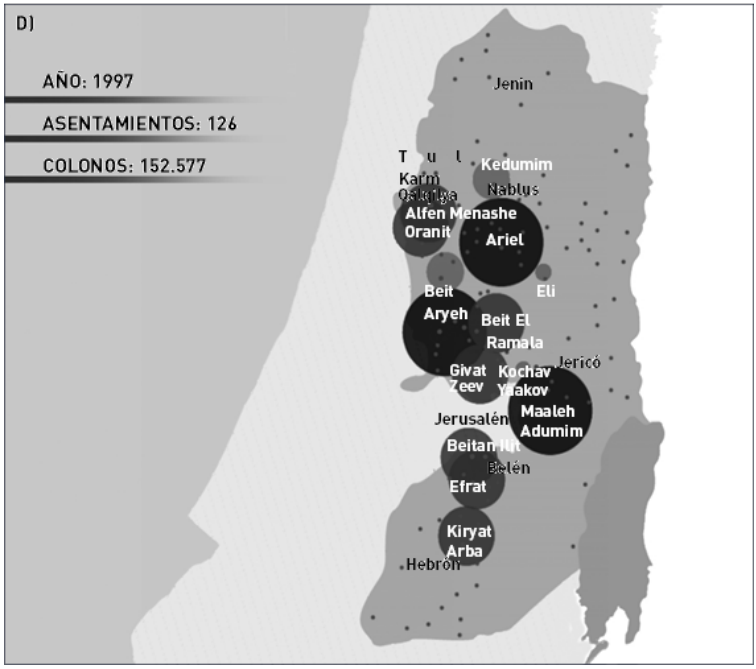
Mapa 6.1 (a-f)

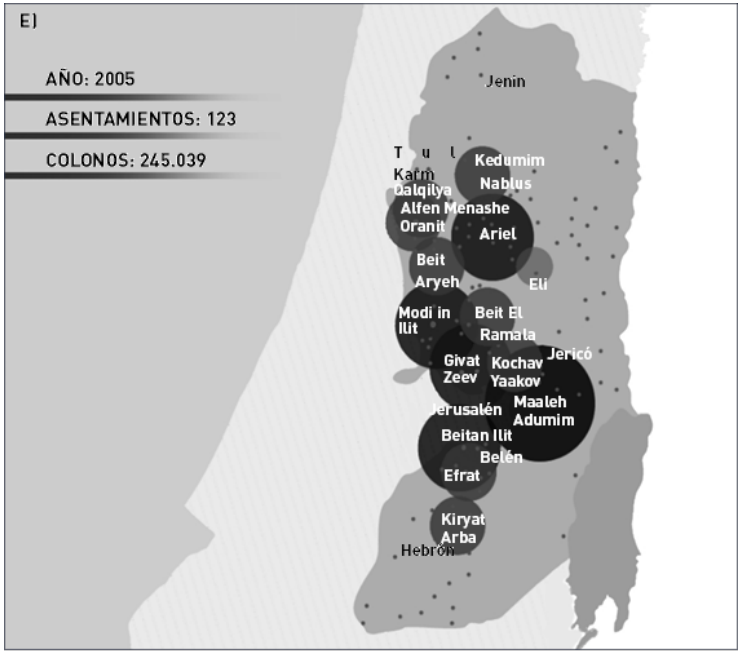
Expansión de los asentamientos israelíes en Cisjordania (1968-2015)

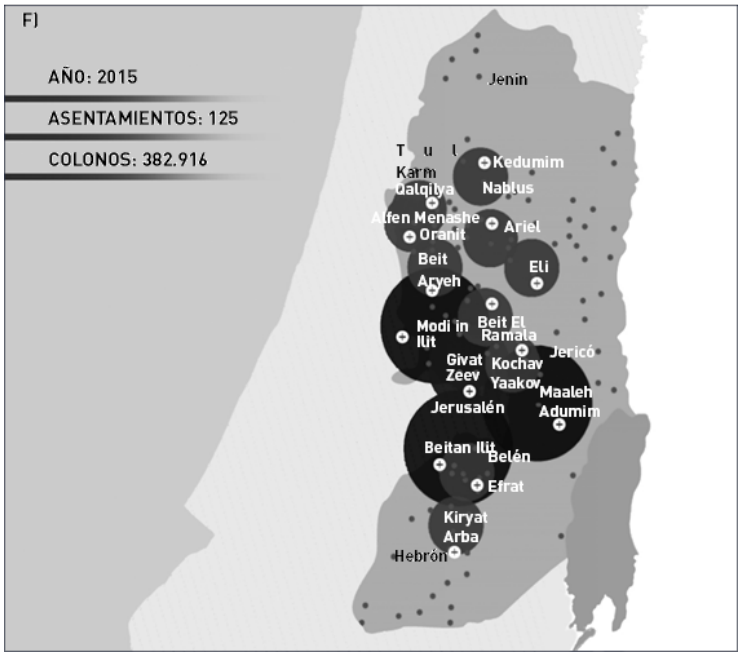
A)
AÑO: 1968
ASENTAMIENTOS: 5
COLONOS: 250
Jenin
Tul Karm
Nablus
Qalqilya
Oranit
Ariel
Beit Aryeh
Eli
Beit El
Ramala
Jericó
Givat Zeev
Jerusalén
Belén
Efrat
Hebrón

B)
AÑO: 1977
ASENTAMIENTOS: 38
COLONOS: 1.900
Jenin
Tul Karm
Kedumim
Nablus
Qalqilya
Oranit
Ariel
Beit Aryeh
Eli
Beit El
Ramala
Jericó
Givat Zeev
Maaleh Adumim
Jerusalén
Belén
Efrat
Kiryat Arba
Hebrón


C)
AÑO: 1986
ASENTAMIENTOS: 117
COLONOS: 48.619
Jenin
Kedumim
Nablus
Alfen Menashe
Oranit
Ariel
Beit
Aryeh
Eli
Beit El
Ramala
Jericó
Givat
Zeev
Kochav
Yaakov
Maaleh
Adumim
Jerusalén
Belén
Efrat
Kiryat
Arba
Hebrón


D)
AÑO: 1997
ASENTAMIENTOS: 126
COLONOS: 152.577
Jenin
Kedumim
Nablus
Alfen Menashe
Oranit
Ariel
Beit
Aryeh
Eli
Beit El
Ramala
Jericó
Givat
Zeev
Kochav
Yaakov
Maaleh
Adumim
Jerusalén
Belén
Efrat
Kiryat
Arba
Hebrón


E)
AÑO: 2005
ASENTAMIENTOS: 123
COLONOS: 245.039
Jenin
Tul Karm
Qalqilya
Kedumim
Nablus
Alfen Menashe
Oranit
Ariel
Beit Aryeh
Eli
Modi in Ilit
Beit El
Ramala
Jericó
Givat Zeev
Kochav Yaakov
Jerusalén
Maaleh Adumim
Beitan Ilit
Belén
Efrat
Kiryat Arba
Hebrón


F)
AÑO: 2015
ASENTAMIENTOS: 125
COLONOS: 382.916
Jenin
Tul Karm
Qalqilya
Kedumim
Nablus
Alfen Menashe
Oranit
Ariel
Beit Aryeh
Eli
Modi in Ilit
Beit El
Ramala
Jericó
Givat Zeev
Kochav Yaakov
Maaleh Adumim
Jerusalén
Beitan Ilit
Belén
Efrat
Kiryat Arba
Hebrón

Fuente: Adaptados de Berger (2017).

Cuando los críticos dudaban de la creencia de que Oslo daría pie a la creación de un Estado, los líderes de la OLP defendían su apoyo a esos tratados con el argumento de que se trataba de un acuerdo necesario para neutralizar la amenaza para la causa palestina planteada por la expansión de los asentamientos. Aducían que, como mínimo, el acuerdo llevaría a una paralización de la construcción de asentamientos. Durante las negociaciones, la expansión de los asentamientos vivió su crecimiento más espectacular desde 1967. La OLP no pudo hacer nada para pararla, tras haber renunciado a la opción de la resistencia mientras le sirviese para conservar algún tipo de autoridad gubernamental. En la era Trump, la retirada de los Acuerdos de Oslo en reacción al acuerdo entre Trump y Netanyahu ya no era una opción ni táctica ni estratégica. En la práctica, ya hacía tiempo que Israel había desbaratado los Acuerdos de Oslo. Para Israel, el statu quo (o una versión modificada) es un estatuto final aceptable, siempre que la AP siga cumpliendo su función principal de proteger la seguridad israelí. La AP, que continúa actuando como si el proceso de Oslo siguiese vivo, se mantiene sumida en una fase de negación.

Bajo este liderazgo de la AP, caracterizado por las conclusiones que extrajo de la segunda Intifada, se produjo en 2006 la separación drástica entre Hamás y Fatah, después de que la victoria de Hamás en las elecciones del Consejo Legislativo provocara enfrentamientos armados en Gaza entre las fuerzas controladas por ambos movimientos, como ya se ha comentado en el capítulo anterior. El conflicto interno palestino giró en torno a las obligaciones derivadas de los Acuerdos de Oslo y las fuerzas de seguridad que se crearon. Aun así, resulta paradójico que Hamás estuviese decidida a tomar el poder recurriendo a los mecanismos de unos Acuerdos que se negaba a reconocer, al mismo tiempo que, por otra parte, criticaba el compromiso del presidente palestino hacia esos acuerdos. El enfrentamiento entre Hamás y Fatah se saldó con la victoria de Hamás en Gaza. El resultado fue un nuevo escollo para Hamás: ahora lideraba en solitario una parte de Palestina muy poblada y sometida a un bloqueo. Ahora tenía que centrarse en

gobernar y sobrevivir en este contexto.

Fue un proceso polémico con algunos aspectos positivos. Hamás tuvo que construir o reconstruir instituciones, tanto fuerzas militares semirregulares como instituciones de servicio civil similares a las de Cisjordania, si bien en circunstancias más complicadas. La experiencia de ejercer el poder y gestionar el bloqueo implicó más que nunca a Hamás en los procesos políticos. Al igual que Fatah en Cisjordania, Hamás consolidó una autoridad partidista y creó unas fuerzas de seguridad partidistas. Con dos autoridades de carácter partidista en dos áreas geográficas separadas, el pueblo palestino y su causa común estaban en graves apuros, sobre todo por el poder creciente de Israel y el liderazgo de la extrema derecha en ese país.

La fractura palestina, que dio lugar a estrategias dispares y contradictorias de liderazgo político sin precedentes comparables, favoreció el auge de la derecha israelí (gracias a la marginación de los discursos por la paz). También provocó el declive de la influencia oficial palestina a nivel regional e internacional, a pesar del incremento paralelo de la solidaridad internacional con el pueblo palestino. Fatah y Hamás volcaron la mayoría de sus recursos en su hostilidad mutua. Las iniciativas de reconciliación fueron en vano. Además, ese fracaso redujo aún más la credibilidad de ambas facciones y, a un nivel más amplio, empañó la reputación y la imagen del movimiento nacional palestino. Aunque ambos bandos reconocieron lo perjudicial que resultaba su cisma para el pueblo y la causa de Palestina, su deseo de retener el poder y reforzar su propia seguridad se impuso a los compromisos más ambiciosos.

Cuando Obama llegó a la presidencia, el Gobierno estadounidense comenzó a plantearse que una paralización completa de la construcción de asentamientos en Cisjordania y Jerusalén Este no solamente sería deseable, sino también un requisito para el progreso de las negociaciones de paz entre Israel y Palestina[144]. Sin embargo, Obama se dio cuenta de que no podría haber avances con Netanyahu en el poder, por lo que se rindió y se lavó las manos del proceso de paz. Probablemente, Obama podría haber ejercido algún tipo de presión sobre Netanyahu, pero no quiso hacerlo (Obama,

2020: 634-636), ya fuera por la propia política interna estadounidense o por prioridades de la política exterior como el acuerdo nuclear con Irán, que ya de por sí generaba suficiente tensión pública con Netanyahu. Por lo tanto, Israel siguió expandiendo y multiplicando los asentamientos, con la AP inmovilizada por la coordinación de la seguridad con Israel y la ausencia de negociaciones. Y entonces llegó Trump a la presidencia.

Segunda parte

EL ACUERDO TRUMP-NETANYAHU

Cuando después de tres años de fanfarria la Administración del presidente Donald Trump dio a conocer su propuesta de plan de paz entre el pueblo palestino e Israel, el contenido no generó ninguna sorpresa y superó las expectativas únicamente en lo mucho que se ceñía al discurso de la derecha israelí. El 28 de enero de 2020 se anunciaron los pormenores de la parte política del plan, unos ocho meses después de que la parte económica se hiciera pública en una conferencia celebrada en Manama, capital de Bahréin, en junio de 2019. Ambas partes —la política y la económica— constituyeron juntas el plan, cuyo título oficial fue "Paz para la prosperidad: Una visión para mejorar las vidas de los pueblos palestino e israelí". Con la grandilocuencia que le caracteriza, Trump lo denominó el "acuerdo del siglo", pero yo prefiero llamarlo "el acuerdo Trump-Netanyahu".

El documento no es más que una iniciativa política y no un acuerdo o tratado vinculante para futuros presidentes estadounidenses. Pero lo cierto es que sienta un peligroso precedente al aceptar y legitimar los hechos sobre el terreno creados por la ocupación, tomando como punto de partida el statu quo. Por ejemplo, tengamos en cuenta la cuestión de Jerusalén. Sin una ley del Congreso, a cualquier futuro presidente puede resultarle imposible revocar la decisión de Trump de trasladar la embajada de Estados Unidos desde Tel Aviv a Jerusalén, habida cuenta de que el traslado se produjo en cumplimiento de la legislación existente y con la presión del lobby israelí, si bien no había sido aplicada anteriormente por la Casa Blanca[146].

La Administración Trump respaldó con entusiasmo el enfoque de política de poder que impera en la cultura política israelí y contribuyó a reforzarla. La comparación con el planteamiento del expresidente George H. W. Bush (1989-1993) resulta ilustrativa. Como forma de ejercer presión sobre el entonces primer ministro israelí Isaac Shamir, Bush amenazó con retener las garantías de un préstamo de 10.000 millones de dólares a Israel. Shamir cedió a la presión y asistió a la Conferencia de Paz de Madrid de 1991 antes de recibir las garantías necesarias, que no se liberaron hasta que Isaac Rabin fue elegido primer ministro en 1992[147].

Discurso religioso-nacionalista sionista

La postura de la Administración Bush influyó en el resultado de las elecciones israelíes de 1992 y contribuyó a que el Partido Likud perdiera por primera vez desde 1977.

En cambio, y a modo de comparación, el acuerdo Trump-Netanyahu habita claramente en un contexto político y una cultura del todo diferentes. El acuerdo no puede entenderse al margen de la evolución de la política y la cultura estadounidenses en la era posterior a Obama[148], o sin tener en cuenta a los colonos radicales de derechas y los evangélicos que rodeaban a Trump, quien, pese a sus inclinaciones populistas de derechas, se caracterizaba por su vacuidad política.

capítulo 7

EL DISCURSO RELIGIOSO-NACIONALISTA SIONISTA

EN UN TEXTO OFICIAL ESTADOUNIDENSE

Empezar desde cero

Antes de profundizar en el plan de “Paz para la prosperidad”, puede ser útil efectuar un breve repaso de las iniciativas de paz promovidas por los Estados Unidos desde 1967. En este resumen se apreciará que la visión de Trump constituyó un cambio de rumbo crucial al pasar desde la alianza estratégica con Israel y el compromiso incondicional con su seguridad a la identificación sin ambages con la derecha israelí, la asunción de su discurso y de sus argumentos y la aspiración de imponer sus posiciones a los palestinos y a los Estados árabes. Con este giro, los Estados Unidos abandonaron por completo su papel de “mediador” en las negociaciones o custodio del así llamado proceso de paz. En este panorama general se prestará atención a las posiciones respectivas del mundo árabe e Israel hacia estas iniciativas estadounidenses, lo que pondrá de relieve que el ostensible rechazo árabe a la paz no es más que un mito y que el rechazo persistente proviene de Israel.

Mi objetivo al centrarme en la intransigencia israelí es rebatir las mentiras con las que se justifica el apoyo al llamado “acuerdo del siglo”. En ese sentido, por ejemplo, se culpa a “los árabes”, y a los palestinos en particular, de mantener supuestas posiciones de rechazo permanente, algo que los países árabes pro-Trump intentaron negar respaldando con entusiasmo la normalización de las relaciones con el Estado ocupante incluso antes de que reconociera los derechos palestinos y aceptara una solución justa para la cuestión palestina. Lo cierto es que los países árabes se han sumado por sistema a anteriores iniciativas de paz. El “problema” con los Estados árabes nunca ha sido su rechazo a ultranza, sino más bien lo contrario: su deseo de agradar. Además, al intentar resolver la disonancia cognitiva entre su comportamiento y sus orígenes, los defensores de la normalización de relaciones con Israel suelen vilipendiar a los palestinos con acusaciones infundadas (por ejemplo, la afirmación tan repetida de que “¡vendieron su tierra!”).

Es importante hacer hincapié en este punto, porque al justificar la normalización de relaciones con Israel, algunos políticos árabes

repiten la típica mentira israelí tan cacareada de que palestinos y árabes siempre rechazaron las iniciativas de paz mientras que Israel las aceptaba[149]. Este mito ha sido una pesadilla para los árabes desde que el movimiento sionista se mostró de acuerdo con el plan de partición de 1947 (Resolución 181 de la Asamblea General de la ONU)[150], por el que se le concedía un territorio y un Estado, mientras que los árabes (y no únicamente los palestinos) rechazaban el plan porque implicaba la creación de un Estado colonizador en un territorio poblado en su inmensa mayoría por árabes. En aquel momento, era de esperar que el propietario de la tierra se opusiera a esa división, sobre todo porque el colono inmigrante no pretendía vivir en el territorio sin más, sino establecer un Estado diseñado para excluir a sus habitantes originarios. Por el mismo motivo, el movimiento sionista aceptó con toda naturalidad ese mismo plan porque ayudaba a cumplir (aunque fuese de un modo parcial) su objetivo principal de crear un Estado judío en Palestina, pese a que los judíos (incluyendo a los nuevos colonos) constituyesen una minoría de la población de Palestina. Los líderes del Yishuv aceptaron la partición como una solución provisional, en realidad como un modo expeditivo de obtener legitimidad internacional para un Estado judío en Palestina, antes de expandirse y ocupar el resto del país y expulsar a sus habitantes, ostensiblemente en respuesta a una intervención árabe que, a su vez, fue provocada por la limpieza étnica y la declaración unilateral del Estado judío antes de la creación de un mecanismo internacional para llevar a la práctica el plan de partición.

Pese a que los Estados Unidos siempre han sido absolutamente parciales con Israel, intentaron mediar en el conflicto cuando Egipto se alineó con ellos y estuvo dispuesto a aceptar una paz con Israel por separado, al igual que cuando Siria y la OLP se mostraron receptivas a esa misma idea, sobre todo después de la caída del muro de Berlín, el desplome en 1989 del bloque socialista con el consiguiente auge de la unipolaridad y la ocupación iraquí de Kuwait, donde la alianza internacional forjada para liberar al país incluía Estados árabes.

Las sucesivas iniciativas de paz de los Estados Unidos han seguido un modelo identificable y cada una de ellas se ha basado de un modo predecible en su predecesora. En cambio, el acuerdo Trump-

Netanyahu partió de cero e hizo borrón y cuenta nueva.

Las primeras iniciativas estadounidenses tras la ocupación de 1967 no abordaban la cuestión palestina y no tenían en cuenta a la OLP al considerarla una "organización terrorista". La primera de ellas, el Plan Rogers, se propuso en junio de 1970. Llamado así por William Rogers, secretario de Estado de Nixon[151], el plan redujo el conflicto a la guerra de junio de 1967 y sus secuelas, es decir, al problema de los Territorios Ocupados en 1967, con referencia a una "solución de compromiso" en torno a la cuestión de los refugiados de 1948. Sobre la base de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU (emitida el 22 de noviembre de 1967) (Naciones Unidas, 1968: 4), exigía el reconocimiento árabe de Israel y la devolución a Jordania, Egipto y Siria de los Territorios Ocupados en la guerra de 1967[152]. Israel rechazó este plan, alegando que no tenía en cuenta suficientemente sus necesidades en materia de seguridad y carecía de principios que sirviesen de orientación para las negociaciones directas que culminarían con un tratado de paz oficial. Además, la exigencia de retirada del territorio ocupado que figuraba en el plan podría incluir a la Jerusalén Este ocupada, algo inaceptable para Israel[153].

Por lo tanto, la primera iniciativa estadounidense tras la guerra de 1967, que estaba basada en las Resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de la ONU, fue aceptada por Egipto y Jordania, pero Israel la rechazó. (Por lo que respecta a los palestinos, el Plan Rogers ni se refirió a ellos ni los reconoció en modo alguno). Es decir, que los Estados árabes sí han aceptado iniciativas de paz estadounidenses, pese a los "tres 'noes' de Jartum" tras la derrota de 1967. Esas tres negativas no representaban, como se suele aducir, ni una posición nueva ni un programa político coherente, sino que reiteraban sin más las posiciones de unos países árabes que lamentaban el resultado de una guerra de agresión como fue la ocupación militar israelí de territorios árabes.

Pasemos ahora a la segunda iniciativa de los Estados Unidos, liderada por Zbigniew Brzezinski, asesor de seguridad nacional del presidente Jimmy Carter de 1977 a 1981. La iniciativa de Brzezinski era, ante todo, un plan para la autonomía de Cisjordania y la Franja de Gaza. Esta fue la primera propuesta formal de los

Estados Unidos que incluía el establecimiento de la autonomía palestina, aunque los territorios autónomos quedarían vinculados a Jordania. Israel rechazó el plan porque Carter no se comprometió a ofrecer garantías a Israel si hacía alguna "concesión" durante las negociaciones (’Iyad, 2017: 28-31).

Ante la insistencia del presidente egipcio Anwar el-Sadat[154], se añadió una cláusula sobre Palestina en los Acuerdos de Camp David que le permitía mantener las apariencias en público de no haber abandonado por completo la causa palestina, el punto central evidente del conflicto. Para facilitar la aprobación por parte de su homólogo, el primer ministro israelí Menajem Beguin, se lanzó una propuesta de autonomía para Cisjordania y la Franja de Gaza sin referencia alguna al Estado palestino.

El acuerdo de paz decía lo siguiente: "Egipto e Israel acuerdan que, con el fin de garantizar un traspaso de poderes pacífico y ordenado, y teniendo en cuenta las inquietudes de todas las partes en materia de seguridad, deberá establecerse un acuerdo transitorio para Cisjordania y Gaza durante un periodo no superior a cinco años […]. Para negociar los detalles concernientes al acuerdo transitorio, se invitará a Jordania a participar en las negociaciones sobre la base del presente marco. Este acuerdo transitorio prestará la debida consideración tanto al principio de autogobierno de los habitantes de esos territorios como a las preocupaciones legítimas en materia de seguridad de las partes implicadas"[155]. A pesar de esta disposición, todos los participantes eran conscientes de que la idea de la autonomía palestina se había insertado en el tratado como una mera formalidad, en particular sin que Israel reconociese de ninguna manera a la cúpula palestina establecida.

El tercer plan —"una iniciativa de paz estadounidense para los atribulados pueblos de Oriente Medio"— vio la luz en 1982 durante la presidencia de Ronald Reagan[156]. La iniciativa de Reagan delineaba un marco ejecutivo para una solución basada en la autonomía palestina en Cisjordania y la Franja de Gaza, de modo que los palestinos gestionarían sus propios asuntos internos siempre que no supusieran una amenaza para Israel; no se hacía mención alguna a un Estado palestino. La iniciativa estipulaba que la autonomía palestina quedaría vinculada a Jordania y que se

paralizaría la creación de asentamientos durante cinco años. Reagan llegó a afirmar explícitamente que los Estados Unidos no respaldarían la creación de un Estado palestino en Cisjordania y la Franja de Gaza. Aun así, Beguin rechazó la propuesta, afirmó que "nacía muerta" y sostuvo que, por la mera sugerencia de una autonomía palestina, Reagan había traicionado la amistad entre los Estados Unidos e Israel[157]. La iniciativa llegó cuando el militarismo desaforado de Israel, personalizado en Ariel Sharon, y el chovinismo de la derecha israelí, encarnado en Beguin, se encontraban en su punto culminante, pocos meses después de que el ejército israelí invadiese el Líbano y sitiase a la OLP en Beirut, un momento en el que la promesa de la victoria israelí seguía viva.

Después de la segunda guerra del Golfo (del 7 de agosto de 1990 al 28 de febrero de 1991), se produjo un cambio radical en el mundo árabe. Con su actuación imprudente y arrogante, el régimen iraquí cometió un error letal al perjudicar no solo a Kuwait, sino también al propio Irak, con lo que asestó el golpe de gracia a la "seguridad nacional árabe" y al orden regional árabe imperante[158]. El orden internacional y regional cambió, por lo que potencias regionales como Turquía, Irán e Israel se adentraron con paso firme en la siguiente fase histórica y extendieron su influencia por todo el mundo árabe en ausencia de un Estado propiamente árabe con un poder comparable, por un lado, y que estuviese desprovisto de cualquier dispositivo colectivo de seguridad nacional, por el otro.

El 6 de marzo de 1991, habiendo asumido el cargo de la que pronto pasaría a ser la única superpotencia del planeta —la ya inofensiva Unión Soviética se derrumbaría pocos meses después—, George H. W. Bush anunció nuevas ideas de paz en el Congreso que darían forma a la cuarta iniciativa estadounidense. Los esfuerzos destinados por los Estados Unidos a recabar apoyos para una guerra de liberación contra una potencia ocupante habían provocado acusaciones de usar una doble vara de medir, y Bush había prometido a los países árabes que se sumasen a la coalición contra Irak que dirigiría su atención a la cuestión palestina en cuanto se lograse expulsar de Kuwait a las fuerzas iraquíes. "Una paz integral debe basarse en las Resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y en el principio de territorios a cambio de paz" (Bush, 1991), afirmó Bush. Aunque no presentó

ninguna propuesta concreta, envió al secretario de Estado James Baker a viajes relámpago con fines diplomáticos por toda la región que, en última instancia, derivaron en las negociaciones de Madrid de 1991 entre Israel, Siria, Jordania y los palestinos. La OLP no participó directamente en las negociaciones por los tabúes israelíes, pero designó directamente a los integrantes de la delegación palestina, compuesta por personalidades públicas de Cisjordania y la Franja de Gaza. El hombre de confianza de Baker en estos viajes fue Dennis Ross, que demostró ser todo un experto en socavar las negociaciones de paz con distintos gabinetes estadounidenses al intentar adaptarlas en todo momento a las posiciones israelíes. De hecho, el papel de Ross ilustra bien la influencia del lobby israelí en las decisiones de Gobiernos sucesivos sobre Palestina y el conflicto árabe-israelí. En contra de la opinión popular, el lobby no limita su influencia al Congreso[159].

Las negociaciones de Madrid no llevaron a ningún lado, en parte por la negativa israelí a interactuar con el equipo palestino. La OLP no estuvo presente de modo oficial en las conversaciones, pero era bien sabido que había designado directamente a la delegación palestina. El sucesor de Menajem Beguin, Isaac Shamir, perdió después las elecciones y el Partido Laborista volvió a asumir el poder, en esta ocasión con Isaac Rabin al mando. Pese a sus reticencias, Rabin autorizó a Simón Peres, ministro de Asuntos Exteriores, a buscar nuevas vías de negociación en Oslo y se abrió un canal directo entre Israel y la OLP. Las negociaciones de Oslo discurrieron en paralelo a las conversaciones de Madrid y en ellas no estuvieron presentes los Estados Unidos, al menos no de manera formal. Mientras Rabin pretendía (sin éxito) llegar primero a un acuerdo de paz bilateral con Siria, dio luz verde a Peres para tirar del hilo de Oslo al darse cuenta de que la alternativa a hablar con activistas civiles y delegados designados por la OLP sería Hamás. Las conversaciones de Oslo fueron el resultado directo de la primera Intifada, el alzamiento pacífico y el movimiento de desobediencia civil en Palestina. No obstante, en aquel momento el movimiento ya estaba virando hacia la violencia debido a que las masas sucumbieron al cansancio, a las graves repercusiones económicas de las largas huelgas generales y a los acontecimientos regionales y mundiales.

Cuando comenzaron las negociaciones en Oslo, la OLP se vio en un doble aprieto. Su expulsión del Líbano en 1982, el éxodo palestino de Kuwait en 1991 y las tensas relaciones con los países del Golfo después de que Yaser Arafat manifestara su solidaridad con Irak durante la crisis de Kuwait coincidieron en el tiempo con el desplome del orden regional árabe. Además, si bien la Intifada de 1987 había obtenido logros impresionantes, había consumido todo su potencial y se había visto sobrepasada por los acontecimientos históricos, es decir, por el derrumbe de la Unión Soviética y por la guerra del Golfo de 1990-1991. La OLP, con su sede en la capital tunecina y sin apoyo financiero de los países del Golfo ni de la Unión Soviética, se vio obligada a intentar salvar su posición, sobre todo a raíz del final de facto de la primera Intifada. Ahora ya no estaba dispuesta únicamente a hacer la paz con Israel —estaba preparada para aceptar una solución de dos Estados desde finales de la década de 1970—, sino que aceptaría modificar la Carta Nacional Palestina y participar en la coordinación de la seguridad con Israel, todo ello a cambio del reconocimiento formal de la OLP y el establecimiento de una autoridad palestina en Cisjordania y Gaza sin la promesa de un Estado palestino independiente como corolario.

Veamos ahora la quinta iniciativa estadounidense, la del presidente George W. Bush, cuya "hoja de ruta para la paz" contemplaba la creación de un Estado palestino independiente. Partiendo de esta visión, se creó un "Cuarteto" diplomático formado por los Estados Unidos, Rusia, la Unión Europea y las Naciones Unidas. La hoja de ruta se presentó en octubre de 2002, en mitad de la segunda Intifada y durante el mandato de Ariel Sharon como primer ministro (2001-2006). Los dirigentes palestinos aceptaron la hoja de ruta sin reservas, mientras que el Gobierno israelí la aceptó en principio con 14 reservas que, en la práctica, equivalían a un rechazo.

Para eliminar por completo la hoja de ruta y arrebatar la iniciativa a los Estados Unidos, Sharon decidió unilateralmente retirarse de la Franja de Gaza en 2005 sin un acuerdo previo con la AP. Al abandonar Gaza, enviaba el mensaje de que Israel —y no los Estados Unidos— marcaría los tiempos y actuaría como estimara conveniente. Gaza, una franja de tierra estrecha y densamente

poblada, cuenta con pocos recursos y no brinda un futuro prometedor para los asentamientos, además de ser un centro de resistencia activa contra la ocupación. En consecuencia, a Israel le interesaba librarse tanto de Gaza como de la hoja de ruta[160]. Al dar este paso, pretendía resolver su propio problema en Gaza, pero no el problema de Gaza ni el del resto de los territorios palestinos.

Como primer ministro, Sharon siguió una estrategia doble para crear nuevas realidades sobre el terreno. En primer lugar, emprendió una guerra total contra la Autoridad Palestina, invadiendo Ramala en 2002 y asesinando a Yaser Arafat en 2004. En segundo lugar, se retiró unilateralmente de la Franja de Gaza, librando a Israel de la "carga" demográfica de una masa de palestinos que se resistían a la ocupación, y después sitió la zona. Arafat, que había aceptado la hoja de ruta sin plantear modificaciones, fue asesinado por Israel; en cambio, Sharon, que había rechazado la hoja de ruta, recibió una carta de Bush en 2005 prometiéndole a Israel garantías de seguridad y manifestándole su apoyo tras la retirada unilateral de Gaza. La carta incluía una frase clave en la que se sugería que no era realista esperar que Israel se retirase de todos los Territorios Ocupados y volviese a las fronteras de los Acuerdos de Armisticio de 1949 conforme a ningún acuerdo de paz en el futuro, lo que implicaba que los Estados Unidos se comprometían con una política de ajustes fronterizos[161].

La sexta ronda de iniciativas diplomáticas estadounidenses fue el llamado "camino hacia la paz" del presidente Barack Obama. En un discurso pronunciado en la Universidad de El Cairo pocos meses después de llegar al poder en 2009, anunció que se dedicaría a buscar la paz entre palestinos e israelíes "con toda la paciencia […] que ese cometido requiere"[162]. La paciencia le duró poco. Y lo que es más importante, intentó evitar en todo momento una confrontación directa con el lobby israelí en torno a la cuestión palestina, mostrando una voluntad muy limitada de desafiar al lobby al negociar el acuerdo nuclear con Irán. Durante el segundo mandato de Obama, el secretario de Estado John Kerry asumió la responsabilidad del proceso de paz.

Tras asumir el cargo, Kerry organizó una reunión en la Casa Blanca bajo los auspicios de Obama entre Mahmud Abbas y Benjamín

Netanyahu. Las conversaciones informales se desmoronaron enseguida porque Netanyahu se negó a paralizar los asentamientos, algo que hasta ese momento los Estados Unidos habían considerado ilegal y un obstáculo para la paz. Ahí acabó todo: desde entonces, Obama evitó cualquier involucración directa con "el proceso de paz", pasándole las riendas por completo a Kerry a sabiendas de que sus esfuerzos diplomáticos no llevarían a ningún lado, y de que no había esperanzas de flexibilidad por parte de Netanyahu. El plan de Obama exigía la creación de un Estado palestino conforme a las fronteras de 1967 e incluyendo Cisjordania, la Franja de Gaza y Jerusalén Este, pero Netanyahu rechazó la propuesta. Refiriéndose a la carta de Bush a Sharon en la que se reconocía la inviabilidad de regresar a las fronteras de 1967, Netanyahu sugirió que, en ese punto, Obama estaba rompiendo un compromiso estadounidense de varias décadas con Israel[163].

El 23 de septiembre de 2011, el Cuarteto presentó un plan para resucitar las conversaciones de paz[164]. Mientras, la Autoridad Palestina solicitó incorporarse a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Oponiéndose a cualquier tentativa de la AP de entrar en una organización internacional, incluida la UNESCO, Israel respondió construyendo 2.000 nuevas unidades en los asentamientos. En 2013, Kerry efectuó varias visitas oficiales, pero no presentó ninguna iniciativa práctica. En 2016 planteó una propuesta relativamente avanzada, justo antes de que finalizase el mandato presidencial de Obama y su propio mandato como secretario de Estado, es decir, cuando ya era demasiado tarde. Ni Kerry ni Obama intentaron presionar ni imponer condiciones a Israel. Al contrario, Israel fue recompensada por su intransigencia[165]. En declaraciones públicas, Kerry expuso los seis principios subyacentes de su último programa propuesto, entre los que se contaban el marco de la solución de dos Estados e intercambios de territorio sobre la base de las fronteras de 1967 y las resoluciones anteriores de la ONU sobre el conflicto palestino-israelí, con fronteras seguras para ambos bandos[166].

El discurso de Kerry sobre el plan de 2016 incluye múltiples referencias para satisfacer las necesidades de Israel en materia de seguridad. Es más, la propuesta se fundamentaba en la necesidad de

proteger el carácter judío de Israel frente a la "amenaza demográfica" palestina. Era un reflejo de la endeble posición moral de una administración presidencial cercana a abandonar el poder, no el tipo de condiciones de negociación definitivas que podrían haber propuesto al principio del mandato. En cualquier caso, Israel rechazó de plano el contenido del discurso de Kerry, pese a que la acogida de la AP y los países árabes fue buena, lo que contradice una vez más la creencia extendida de que son los palestinos y/o los árabes quienes se resisten a las iniciativas o planes de paz estadounidenses.

De hecho, la Liga Árabe se había reunido para escenificar su apoyo a Kerry poco después de su designación como secretario de Estado, en respuesta a los esfuerzos del Gobierno estadounidense de reanudar las negociaciones palestino-israelíes después del estancamiento de las conversaciones en octubre de 2010 por la cuestión de los asentamientos. En su reunión del 30 de abril de 2013, la Liga Árabe modificó su iniciativa de paz de 2002 —que no había recibido respuesta alguna por parte de Israel— para reconocer el principio de los intercambios de territorios, permitiendo así la anexión israelí de los llamados bloques de asentamientos (Ariel, Maale Adumim y Gush Etzion) incluidos más adelante en la propuesta final de Kerry, pero la idea solamente suscitó rechazo y desdén por parte de Israel.

En The Only Language They Understand (2017), Nathan Thrall llega a la conclusión de que los Estados Unidos no tienen interés ni motivación para ejercer presión sobre su aliado, ni tampoco para cambiar el statu quo y crear un Estado palestino, por muy "pequeño, pobre e intrascendente desde el punto de vista estratégico" que fuese. Ese es el motivo por el que la política estadounidense "sigue estando diseñada para desbaratar las acciones que pudieran aumentar el coste derivado del statu quo, por lo que, en la práctica, lo mantiene" (Thrall, 2017: 209). Al mismo tiempo, las negociaciones nunca tendrán éxito ni producirán resultados significativos mientras no partan de condiciones de negociación fijas y principios acordados. Thrall defiende que los Estados Unidos deberían como mínimo ayudar a la ONU a definir con claridad los términos y las condiciones de cualquier acuerdo futuro (ibid.: 215), pero el consenso imperante en Israel "teme" de

forma irracional esta posibilidad, pese a que cualquier condición respaldada por los Estados Unidos sería seguramente favorable para Israel. Netanyahu transmitió claramente ese "miedo"[167] en su discurso de 2016 en la Conferencia Política del AIPAC al afirmar: "No cabe duda de que esas condiciones estarían en nuestra contra. Siempre lo están"[168]. Esta declaración sirve de resumen a años de rechazo a ultranza por parte de Israel a cualquier iniciativa diplomática que pudiera establecer las condiciones para una negociación seria más adelante, algo que, al parecer, Israel considera que se debe definir únicamente por su propio poder y su dominio explícito.

Acciones primero, acuerdos después

Como arranque de la séptima ronda de iniciativas de paz estadounidenses, el presidente Trump creó un equipo de cuatro personas para encargarse de la cuestión palestina. El primer miembro del grupo fue Jared Kushner[169], su yerno, cuyas únicas credenciales eran ser el hijo de un promotor inmobiliario, donante para los asentamientos israelíes y firme partidario de Netanyahu que se identificaba total y abiertamente con Israel. Por ser justos con Kushner, sus conocimientos sobre la región y la cuestión palestina provenían de un afán lector prodigioso: según él mismo, había leído 25 libros sobre Oriente Medio (Harvey, 2020). Incluso aceptando la veracidad de esta afirmación, solamente cabe estremecerse al pensar en cuáles fueron los libros que leyó. En su condición de yerno y asesor principal de Trump, los países árabes lo recibieron como un rey.

El segundo miembro del grupo fue David Friedman, un sionista de derechas cuya estrecha relación con Trump se remontaba a su época de abogado especializado en quiebras (a pesar de su personaje televisivo, Trump es un pésimo empresario que se ha declarado en concurso de acreedores en más de una ocasión). Parece razonable asumir que Friedman, nombrado por Trump como embajador de los Estados Unidos en Israel, tuvo un papel importante en la redacción del texto del eventual acuerdo, mano a mano con Netanyahu. Los dos miembros restantes del grupo fueron Jason Greenblatt[170] y Avi Berkowitz[171].

La Administración Trump empezó a implantar su acuerdo de paz incluso antes de que se anunciara, una estrategia astuta concebida por el grupo mencionado y diseñada para calibrar la reacción del mundo árabe y de la comunidad internacional ante cada uno de los pasos. No cabe duda de que el Gobierno estadounidense veía al mundo árabe a través de los ojos de determinados dirigentes del Golfo, lo que lo llevó a subestimar las reacciones en contra. Por

ejemplo, hay más de un indicio de que se consultó por adelantado a los Emiratos Árabes Unidos acerca del plan y manifestaron su apoyo entusiasta.

El primer paso del acuerdo, dado por los Estados Unidos el 31 de agosto de 2018, fue poner fin a la asistencia financiera estadounidense a la UNRWA, recortando una tercera parte de todo el presupuesto anual de 1.000 millones de dólares de la organización[172]. En la práctica, la suspensión de la ayuda a la organización suponía que los Estados Unidos dejaban de reconocer la existencia de un problema con los refugiados palestinos. La UNRWA no es una organización no gubernamental ni una entidad benéfica, sino una organización de la ONU creada con apoyo de los Estados Unidos en virtud de la Resolución 194/1948, que exige el regreso de los palestinos refugiados y vino seguida de docenas de resoluciones de la ONU reafirmando el derecho de los refugiados a regresar.

El segundo paso, tomado el 6 de diciembre de 2017, fue trasladar la embajada estadounidense de Tel Aviv a Jerusalén. A primera vista, la medida parecía sin más la ejecución tardía de una ley del Congreso de 1995 que exigía que los Estados Unidos reconociesen Jerusalén como la capital del Estado judío a más tardar en mayo de 1999. Sin embargo, la ley también permitía al presidente renunciar a su aplicación cada seis meses, que es lo que habían hecho todos los presidentes estadounidenses desde 1995. La propia inclusión de esa exención en una ley redactada por congresistas proisraelíes y su uso por parte de todos los gabinetes subsiguientes da buena muestra de la percepción común de que aplicar esa ley tan controvertida haría mella en la credibilidad del Ejecutivo estadounidense como mediador entre Israel y Palestina.

Trump desestimó abiertamente las advertencias sobre las posibles consecuencias de la medida, primero diciendo que “el mundo no se acabaría” y después jactándose de que había trasladado la embajada y no había pasado nada.

El tercer paso en la aplicación del acuerdo Trump-Netanyahu consistió en cerrar la oficina de la OLP en Washington (DeYoung y Morris, 2018).

Al no producirse ninguna gran reacción árabe ni palestina tras las medidas anteriores, siguieron adelante con el cuarto paso. El 18 de noviembre de 2019, el secretario de Estado Mike Pompeo declaró que los Estados Unidos ya no consideraban que los asentamientos israelíes en Cisjordania violasen el derecho internacional (DeYoung, Hendrix y Hudson, 2019), así que, por lo que respecta a la Administración estadounidense, Cisjordania no era un territorio ocupado. Con esta declaración, Pompeo —cuya ideología no es menos extrema que la de los cuatro miembros del grupo descrito— se deshizo de los problemas relacionados con el estatuto permanente que constituían de un modo ostensible el objeto de las negociaciones, abandonando el marco de negociación presente desde la Declaración de Principios de Oslo.

Se produjo así un cambio radical en la posición estadounidense sobre los asentamientos israelíes en los Territorios Ocupados. En 1979, la Administración Carter se abstuvo sin más en la votación de la Resolución 446[173] del Consejo de Seguridad, que condenaba el establecimiento de los asentamientos en los Territorios Ocupados al considerarlos "un grave obstáculo para la paz en Oriente Medio y carecer de base jurídica", apartándose de la práctica habitual estadounidense de vetar las condenas a la política israelí.

La posición estadounidense estuvo a punto de cambiar con Reagan, cuyo apoyo incondicional a Israel se extendía a los asentamientos en Cisjordania. El 2 de febrero de 1981, unas dos semanas después de asumir oficialmente el cargo, Reagan manifestó su oposición a la postura de la Administración Carter en lo relativo a los asentamientos, afirmando que, para él, "no eran ilegales". Ni que decir tiene que el Gobierno de Beguin acogió de buen grado la declaración informal de Reagan, pero el propio gabinete de este último le advirtió de las posibles repercusiones, por lo que más adelante se retractó de sus declaraciones sobre la base del Memorando Hansell de 1978[174], en el que se había llegado a la conclusión de que, si bien "Israel podía llevar a cabo en los Territorios Ocupados las acciones necesarias para satisfacer sus necesidades militares […] el establecimiento de asentamientos civiles en esos territorios es incompatible con el Derecho Internacional". Además, Reagan tildó la construcción continua de asentamientos israelíes de "provocadora e innecesaria", y en el

marco de su iniciativa de paz pidió a Israel que detuviese los asentamientos nuevos en septiembre de 1982. En varias declaraciones presidenciales se afirma que los asentamientos suponen un obstáculo para las conversaciones de paz, y durante el mandato de Reagan, la posición jurídica oficial del Departamento de Estado se basó en el Memorando Hansell (Gwertzman, 1983).

La Administración Clinton respaldó oficialmente el principio de territorios a cambio de paz y consideró también que los asentamientos israelíes eran un "obstáculo para la paz", pese a que contempló exenciones en caso de necesidad por "crecimiento natural", lo que permitió que Israel siguiese construyendo asentamientos en Cisjordania y en la Jerusalén Este ocupada (Elgindy, 2019). Asimismo, George W. Bush expresó su inquietud por la expansión de los asentamientos, afirmando que obstaculizaba las iniciativas por la paz y urgiendo a Israel a mantener su compromiso de "disolver los asentamientos ilegales" (Spetalnick, 2008). En aquel momento, Israel distinguía formalmente entre asentamientos legales e ilegales. Se trata de un punto importante: desde la perspectiva del derecho internacional y para un pueblo colonizado, no existen los asentamientos legales, pero si la determinación de la legalidad o ilegalidad de los asentamientos le corresponde al Gobierno israelí, ese hecho representa la aplicación extensiva de facto del ordenamiento jurídico israelí a los Territorios Ocupados y, por ende, su anexión efectiva de forma encubierta.

Tras la llegada al poder de Obama en 2009, la posición oficial estadounidense cambió. El rechazo a paralizar los asentamientos en Cisjordania y Jerusalén Este ya no era un mero obstáculo teórico para la paz, sino que se entendía que la paralización era una condición previa en la práctica para que las negociaciones de paz entre Israel y Palestina llegasen a buen puerto (Abrams, 2011). Esta posición, que hizo depender la reanudación de las negociaciones de la paralización de los asentamientos, no tenía precedentes, pero duró poco. Abbas se aferró a esa postura, pero Obama dejó de considerarla una condición previa más adelante y, cuando el Consejo de Seguridad de la ONU planteó en 2011 una resolución exigiendo el cese de la construcción de asentamientos, los Estados Unidos la vetaron[175]. Mucho más tarde, en el seno de una sesión del Consejo de Seguridad en 2016, la representante estadounidense

declinó ejercer su derecho a veto en una resolución que condenaba los asentamientos[176], pero fue ya hacia el final del mandato de Obama, cuando empezó a manifestar más abiertamente su frustración con Netanyahu. En 2017, en una entrevista para la televisión israelí, Obama dijo de un modo explícito que la política de respaldo a los asentamientos de Netanyahu en los Territorios Ocupados hacía imposible la existencia de un Estado palestino en el futuro[177]. Teniendo en cuenta todo este historial, la declaración de Pompeo en 2019 de que los asentamientos eran legales representaba un cambio radical evidente.

En términos prácticos, la introducción gradual de esta propuesta por parte de Trump no fue ni necia ni accidental. Adoptando un enfoque sionista de derechas, el equipo de cuatro personas que diseñó el plan pretendió de forma deliberada retirar de la mesa algunas de las cuestiones del estatuto permanente de los Acuerdos de Oslo —fronteras (asentamientos incluidos), Jerusalén y refugiados—, liberando a Israel de la carga de buscar una solución justa y duradera a través de negociaciones e invalidando formalmente los Acuerdos de Oslo. El presidente palestino tiene razón al enfadarse y decir que ya no queda nada por negociar. No obstante, sigue aferrándose a la vía improbable de las negociaciones como una estrategia exclusiva, pese a que el éxito de las negociaciones depende de las vicisitudes de la política y las elecciones nacionales de Israel y los Estados Unidos. A pesar de reconocer los resultados negativos palpables de esta estrategia precaria, Abbas niega por completo la relación entre los medios y los fines, la estrategia y los resultados.

En una reunión a puerta cerrada con senadores estadounidenses para debatir el plan de paz para Oriente Medio de la Administración Trump, Kushner avisó a la AP de que, si no aceptaba negociar sobre la base de este “acuerdo del siglo”, el gabinete de Trump daría su apoyo a Israel para la anexión unilateral de los asentamientos y los enclaves de Cisjordania (Ravid, 2020). Sin embargo, el resultado final de este llamado “acuerdo del siglo” también era la anexión. El ultimátum de Kushner condensaba el dilema perverso al que se enfrentaban los palestinos: negociar partiendo de un plan que pedía la anexión de los asentamientos o, si no, los asentamientos serían anexionados sin más.

El texto: no hace falta leer entre líneas

Para el título de este capítulo he usado el término “acuerdo Trump-Netanyahu” en referencia a la “visión” autoproclamada de Trump (The White House, 2020). No opté por esa descripción simplemente porque el contenido del plan refleje el pensamiento de Netanyahu ni porque Netanyahu y la derecha israelí pretendiesen aprovecharse de la presencia de Trump en la Casa Blanca para obtener victorias políticas de peso, sino también porque se trató de un plan partidista destinado a ayudar tanto a Trump como a Netanyahu en sus propias elecciones nacionales. Trump limpió la imagen de Netanyahu ante la derecha y la opinión pública dominante israelí al dar un espaldarazo a sus ideas desde la Casa Blanca, y por extensión también en algunas capitales árabes; al mismo tiempo, al elogiar a Netanyahu, Trump estaba cuidando a su propia base electoral, sobre todo al núcleo extremista evangélico, cristiano y sionista.

En ese sentido, el acuerdo Trump-Netanyahu resulta instructivo, ya que ilustra el funcionamiento de la derecha populista transnacional a nivel de las relaciones internacionales y pone de manifiesto la lógica capitalista de la promoción inmobiliaria que subyace a las acciones del Gobierno de una superpotencia no comprometida con la legitimidad internacional. En primer lugar, el acuerdo ejemplifica el enfoque basado en el poder, un poder que conlleva la capacidad de imponer la voluntad propia, aunque suponga pisar las normas internacionales que prohíben la anexión forzosa de territorios ajenos o el incumplimiento de acuerdos y compromisos anteriores. En segundo lugar, el acuerdo hace suya por completo la narrativa israelí, aceptando todos los despropósitos intrínsecos de la politización contemporánea del relato bíblico. En tercer lugar, el lenguaje empleado en el acuerdo es una vuelta a la retórica colonial del siglo XIX, transmitiendo sus propuestas malintencionadas con formulaciones completamente paternalistas y condescendientes.

El acuerdo concede a Israel la custodia completa de los Territorios

Ocupados y le permite seguir controlando la seguridad en el Estado de Palestina, al tiempo que "aspira" a dar a los palestinos la responsabilidad sobre "la mayor parte posible de su seguridad interna". Dicho de otro modo, la plena responsabilidad soberana del Estado palestino, incluso sobre su propia seguridad interna, sigue en el aire como una mera posibilidad que, aunque se hiciese realidad, no incluiría el control de pasos y fronteras; según el acuerdo,

el Estado de Israel mantendrá la responsabilidad primordial en materia de seguridad del Estado de Palestina, con la aspiración de que los palestinos lleguen a tener la responsabilidad de la mayor parte posible de su seguridad interna, con sujeción a lo dispuesto en esta Visión. El Estado de Israel trabajará de un modo diligente para minimizar la presencia de su seguridad en el Estado de Palestina conforme al principio de que cuanto más haga el Estado de Palestina, menos tendrá que hacer el Estado de Israel[178].

Sigue sugiriendo que Jordania ayude a la AP a combatir el "terrorismo". A continuación, el acuerdo añade:

En caso de que el Estado de Palestina no cumpla total o parcialmente los criterios de seguridad en algún momento, el Estado de Israel tendrá derecho a dar marcha atrás en el proceso descrito. En ese caso, la presencia de la seguridad del Estado de Israel en la totalidad o en zonas concretas del Estado de Palestina se intensificará en función de las necesidades de seguridad avanzada que el Estado de Israel determine y del tiempo que necesite para satisfacerlas[179].

El pasaje anterior indica que Israel determinará unilateralmente sus necesidades en materia de seguridad, así como el modo y el momento en el que actuará al respecto: básicamente, una descripción sucinta del statu quo actual. En resumen, el acuerdo

reconoce nominalmente a la Autoridad Palestina como un “Estado”, pero no le concede ninguna soberanía, ya que Israel puede decidir cuándo y cómo cruzar las “fronteras” de ese Estado y llevar a cabo operaciones de seguridad en su territorio.

La redacción general del documento emplea el que posiblemente sea el tipo de lenguaje colonial más abyecto que se puede encontrar hoy en día, prometiendo recompensas a los palestinos si se ajustan a las normas subjetivas de Israel y castigándolos con la anulación de todo el proceso si Israel desaprueba su comportamiento. Ese lenguaje ya no se puede emplear de un modo legítimo en ningún otro contexto, puesto que está vinculado de un modo indisoluble a las ideas falaces de supremacía racial y a las “misiones civilizadoras” del siglo XIX que afirmaban que los hombres blancos eran los únicos cualificados para juzgar los intereses de los pueblos colonizados. A los pueblos colonizados se los trataba conforme a percepciones similares al modo correcto de criar o socializar a los niños, con castigos y recompensas hasta que aprendan a someterse, con la esperanza de que acaben estando cualificados para gobernarse “lo más posible” a sí mismos.

Este paternalismo se extiende a la cultura y la educación. El documento atribuye a Trump trivialidades de procedencia israelí sobre la violencia y el terrorismo, citándolo como si de un intelectual o un filósofo se tratase:

Como ha afirmado el presidente Trump: “La paz nunca puede arraigar en un entorno en el que la violencia se tolere, se financie e incluso se recompense”. Por lo tanto, es muy importante que la educación gire en torno a la paz para garantizar que las futuras generaciones se comprometan con la paz y que el Acuerdo de Paz entre Israel y Palestina pueda perdurar. Promover una cultura de paz será un elemento importante del Acuerdo de Paz entre Israel y Palestina con el objetivo de crear un entorno que haga suyos los valores de la convivencia y el respeto mutuo en toda la región[180].

Se hace hincapié en la necesidad de educar para la paz, pero

solamente se señalan como motivo de preocupación los planes de estudios palestinos. Israel no recibe las mismas presiones para que elimine de sus planes educativos el racismo y la hostilidad hacia árabes y palestinos ni el relato religioso sionista sobre la historia de esa tierra, pese a que numerosas encuestas israelíes indican que el racismo es un fenómeno generalizado entre la juventud judía israelí. El aChord Center, por ejemplo, elaboró recientemente un estudio exhaustivo, publicado por la Universidad Hebrea, en el que se analizó la opinión del público joven en Israel ("Índice de 2021 sobre el progreso social conjunto de la juventud") a partir de las encuestas realizadas en mayo y julio de 2020 a 1.091 adolescentes de ambos sexos con edades comprendidas entre 16 y 18 años de origen judío laico, judío religioso, ultraortodoxo (jaredíes) y árabe. La encuesta reveló que dos terceras partes (66%) de la juventud ultraortodoxa (jóvenes jaredíes), el 42% de la juventud judía religiosa y una cuarta parte (24%) de la juventud judía laica manifestaron sentimientos de miedo y odio hacia los árabes. Del mismo modo, la mayoría de la juventud ultraortodoxa y casi la mitad de la juventud judía religiosa creían en estereotipos negativos sobre los árabes (el 58,2% de la juventud jaredí, el 41,3% de la juventud judía religiosa y el 19,4% de la juventud judía laica expresaron esta opinión). Además, un alto porcentaje (49%) de la juventud religiosa judía y el 23% de la juventud judía laica manifestaron su apoyo a negarles a los árabes el derecho a voto (a los jaredíes no se les formuló esta pregunta) (Harel et al., 2021: 76, 78-79, 82). Estos resultados concuerdan con la opinión pública judía generalizada en la sociedad israelí. Por ejemplo, los resultados del Índice de Pluralismo Israelí de 2021, elaborado por el Instituto Político del Pueblo Judío, muestran la preferencia de la mayoría de judíos religiosos de que Israel sea más judía (jaredíes: 92%; religiosos: 89%; religiosos nacionalistas: 87%). El informe afirma: "Solamente una escasa minoría de judíos en Israel (1%) preferiría que Israel dejase de ser un Estado judío" y se convirtiera en un Estado igualitario para todos los ciudadanos. Asimismo, los resultados muestran que casi dos terceras partes (61%) y más de la mitad (51%) de los judíos de derecha y centroderecha respectivamente están de acuerdo con que el Estado judío dé preferencia legal a los judíos frente a los no judíos (Rosner, Slepkov y Fuchs, 2021).

El documento Trump-Netanyahu adopta el relato nacional-religioso israelí de derechas que presenta la Torá como una combinación de derecho internacional, documento político contemporáneo y título de propiedad oficial, como si Dios, al igual que Trump, fuese un agente inmobiliario.

En cambio, no incluye ni una sola palabra que se haga eco de la versión palestina. El relato israelí no se distingue ni se identifica como tal en el texto, ya que, para los autores del documento, se trata de la narrativa por defecto, la norma frente a la que todo lo demás constituye una excepción. El fundamentalismo nacional-religioso judío impregna todo el texto:

Para el judaísmo, Jerusalén es donde se ubica el monte Moriá [o el Monte del Templo, como se llamaría más adelante]. De acuerdo con la tradición judía, ahí fue donde Abraham estuvo a punto de sacrificar a su hijo Isaac hasta que Dios intervino. Siglos después, Jerusalén pasó a ser el centro político del pueblo judío cuando el rey David unió a las doce tribus de Israel y convirtió a la ciudad en su capital y en el centro espiritual del pueblo judío, condición que ha mantenido durante casi 3.000 años. El rey Salomón, hijo del rey David, construyó el Primer Templo en el monte Moriá. Según la tradición judía, en el sanctasanctórum del Templo se guardaban los Diez Mandamientos revelados por Dios a Moisés en el monte Sinaí. El Primer Templo fue destruido por los babilonios en el 586 a. de C. El Segundo Templo se construyó en la cima de la misma montaña y estuvo en pie hasta que lo destruyeron los romanos en el 70 d. de C. Sin embargo, Jerusalén nunca perdió su carácter sagrado para el pueblo judío y sigue siendo la dirección hacia la que se giran todos los judíos del mundo para rezar y el destino de la peregrinación judía. Cada año, en el noveno día del mes judío de Av, los judíos ayunan, se lamentan y conmemoran la destrucción de los dos Templos. Aunque los judíos rezan hoy en el Muro Occidental [el Muro de las Lamentaciones], que era un muro de contención del Segundo Templo, el propio Monte del Templo es el lugar más sagrado para el judaísmo. La Biblia hebrea contiene casi 700 referencias individuales a Jerusalén. Durante 100 generaciones, las esperanzas y los sueños del pueblo judío se han condensado en las

palabras “el año que viene en Jerusalén”[181].

Había que incluir esta larga cita en su totalidad para demostrar el carácter absurdo de un texto que supuestamente era un documento de política internacional que serviría de base a un futuro tratado de paz entre Palestina e Israel. Se parece más a un discurso pronunciado en la Knéset por el líder del partido nacionalista-religioso, y el lenguaje empleado recuerda a la propaganda israelí de los panfletos que se reparten a los turistas evangélicos en Jerusalén.

El documento no pierde la ocasión de recordarnos que la Torá incluye 700 referencias a Jerusalén, mientras que el Corán no hace ninguna y solamente menciona la mezquita de al-Aqsa en el contexto del viaje nocturno del profeta Mahoma desde La Meca hasta Jerusalén (al-Isrá); el texto apunta que hubo que esperar a que el califato omeya posterior se mostrara interesado en Jerusalén[182]. Por ese motivo trivial, Jerusalén debe ser la capital indivisible de Israel; lo único que le falta al texto es la etiqueta altisonante de capital “eterna”, un epíteto muy querido por la derecha israelí.

En cualquier caso, la Jerusalén contemporánea no es ni la ciudad bíblica ni la coránica. El hecho de que los judíos la consideren un centro espiritual no la convierte en la capital de Israel, al igual que la presencia de lugares sagrados para el islam y el cristianismo no la convierten en una capital musulmana ni cristiana; Jerusalén podría ser la capital de dos Estados creados a través de una solución política y seguiría incluyendo lugares sagrados para judíos, cristianos y musulmanes. Las cuestiones religiosas quedan fuera de nuestra intención aquí, pero cabe destacar que, con este documento, la Administración Trump no se limitó a hacer suyo un discurso fundamentalista religioso basado en la Torá (un texto que ya de por sí no es precisamente pacifista), sino que en la práctica se alineó con la posición extrema de una rama específica religiosa —y decididamente moderna— del judaísmo y excluyendo las demás[183].

Resulta cuando menos imprudente que una superpotencia mundial encare las relaciones entre Estados modernos basándose en

interpretaciones politizadas de textos religiosos. Conceptos como Estado, soberanía, legitimidad, derecho internacional, colonialismo, derecho a la libre determinación y otros términos relacionados describen y tienen su base en el pensamiento y los afanes humanos modernos, no en la Biblia. Si hubiese que tomar el texto de la Torá como referencia para la política contemporánea, el genocidio sería legítimo e incluso lo habría ordenado la divinidad.

Una superpotencia cuya Constitución consagra la separación entre Iglesia y Estado invocó las Escrituras como argumento político en un texto diplomático oficial, y esta instrumentalización de un texto religioso con fines coloniales pasó desapercibida para la comunidad internacional. Incluso desde una perspectiva religiosa judía, esta "visión" constituye un abuso sectario de la religión. Lo novedoso y destacable en este caso es el respaldo de todo un presidente de los Estados Unidos gracias a la presencia de alguien como Trump en la Casa Blanca.

Del mismo modo, el documento se apropia del relato laico de Israel sobre su conexión con la región y contempla la seguridad desde el prisma israelí. Israel (que está ocupando el territorio de otros) se presenta como víctima a lo largo y ancho de un documento que hace referencias reiteradas a la difícil situación de los israelíes, sin decir ni una palabra sobre el sufrimiento continuo de los palestinos desde la Nakba. Cuando menciona el sufrimiento palestino, lo hace en el contexto de los errores cometidos por sus dirigentes y siempre con la implicación de que ese sufrimiento se lo han buscado ellos mismos. Al mismo tiempo, el texto hace referencia en repetidas ocasiones a las "concesiones" israelíes a los palestinos en las últimas décadas. Merece la pena destacar el siguiente pasaje:

A ningún gobierno se le debería pedir que ponga en peligro la protección y la seguridad de sus ciudadanos. Esa afirmación es especialmente cierta en el caso del Estado de Israel, un país que desde su creación se ha enfrentado y sigue enfrentándose a enemigos que piden su aniquilación. Asimismo, Israel ha vivido la amarga experiencia de retirarse de territorios que a continuación se utilizaron para lanzar ataques contra el país[184].

El documento adopta así el relato de la preeminencia de la condición de víctima de Israel, aunque de hecho sea el victimario en este contexto al ocupar territorios ajenos y llevar décadas optando por una beligerancia agresiva, desde la guerra de 1956 contra Egipto a la guerra de 1967 (que Israel presenta engañosamente como una "guerra defensiva") y el ataque y la invasión del Líbano en 1982 y 2006. Los Estados árabes le declararon la guerra en 1948, pero solamente después de que el movimiento sionista declarase de forma unilateral un Estado en Palestina y empezase a apoderarse de tierras y a "limpiarlas" de sus habitantes originarios, en zonas asignadas tanto al futuro Estado árabe como al judío en el plan de partición de la ONU. La única guerra ofensiva árabe fue la de 1973. Sin embargo, el estudioso e intelectual Noam Chomsky no la consideró una guerra de agresión contra Israel (Chomsky, 1999: 99-100), sino una ofensiva para recuperar los territorios árabes ocupados después de que Israel rechazara todas las resoluciones e iniciativas internacionales que solicitaban su retirada.

La palabra "ocupación", en el sentido de apoderarse de un territorio por la fuerza[185], no aparece en el texto. ¿De qué se está hablando entonces? El documento hace referencia a los Territorios Ocupados como "territorio capturado en una guerra defensiva"[186] en alusión a la guerra de 1967. Se hace eco por tanto de la terminología israelí de los primeros años de ocupación, cuando el Gobierno de Israel llamaba a los territorios shtajim mujzakim (territorios capturados o controlados). El término hebreo se tradujo oficialmente al árabe como al-manátiq al-mudara (zonas administradas) antes de que las autoridades israelíes empezasen a usar la nomenclatura bíblica de Judea y Samaria. Tal y como el término sugiere, la intención era que Israel administrase esas regiones hasta que dieran comienzo las negociaciones de paz; se tomaron como "rehenes" los Territorios Ocupados y el rescate era la paz con los países árabes (con las condiciones israelíes, claro está). Al referirse a los Territorios Ocupados como "capturados" —un término que no utiliza ningún otro país—, los autores del documento se inspiraron en la formulación hebrea original. Este ejemplo ilustra especialmente bien la distorsión deliberada del lenguaje en el texto para trastocar

la realidad.

La lectura del documento de principio a fin transporta al lector desde el ámbito de la política internacional y la resolución de conflictos hasta un mundo completamente distinto: el mundo de la promoción inmobiliaria, aparentemente considerada por los autores como una vocación, una misión superior y una panacea política capaz de mejorar la vida de la gente y de proporcionar las soluciones prácticas reales con las que los políticos no pueden más que soñar. El texto está plagado del tipo de términos que podría usar Trump para darle bombo a su último proyecto: "Para impulsar este nuevo avance, el programa de desarrollo económico buscará fondos para financiar la construcción de restaurantes, tiendas, hoteles, centros culturales y otras instalaciones turísticas dentro de esta zona". ¿Acaso sería eso diferente de las zonas económicas en los asentamientos existentes que ya emplean a palestinos? Israel explota a una mano de obra palestina empobrecida a la que se le pagan salarios equivalentes a entre el 30% y el 40% del salario mínimo legal diario, tanto importando trabajadores a Israel como en la propia Cisjordania. Se crearon 20 zonas industriales en asentamientos y se establecieron cientos de fábricas israelíes y docenas de asentamientos agrícolas que cultivan más de 9.000 hectáreas de territorio ocupado en Cisjordania (Vickery, 2017: 3, 82, 89).

"Se deberá desarrollar y mantener una vía de acceso rápido a los santuarios sagrados musulmanes. Los detalles específicos de esta zona, entre los que, entre otros, se incluyen su tributación y zonificación, serán objeto de negociación entre las partes"[187]. El documento que empieza con invocaciones a la Torá acaba con detalles sobre turismo, ocio, restaurantes y hoteles. La idea de un texto diplomático internacional contemporáneo que cite las Escrituras no es menos ridícula que una iniciativa de paz que prometa construir restaurantes. Podrían haber llevado esta farsa hasta sus últimas consecuencias y haber recomendado platos para el menú.

Falacias

El texto que articula la "visión" de Trump y Netanyahu está repleto de burdas falacias que son un insulto para la inteligencia del lector.

Primera: "Hay que reconocer que el Estado de Israel ya se ha retirado de al menos el 88% del territorio que capturó en 1967"[188]. Aquí, los autores se refieren a la retirada del Sinaí, producto del tratado de paz con Egipto. El 12% restante son los territorios palestinos ocupados y los Altos del Golán. Para hacer hincapié en la importancia de las "concesiones" israelíes, el texto mete a todos los árabes en el mismo saco, algo que los autores parecen hacer cuando conviene a sus propósitos. Ahora bien, ¿Israel está dispuesto a negociar sobre los Territorios Ocupados con todos los países árabes juntos? Por supuesto que no. Israel rechazó la Iniciativa de Paz Árabe respaldada por unanimidad por la Liga Árabe en la cumbre de Beirut de marzo de 2002. El plan, modificado más adelante para complacer aún más al Gobierno estadounidense, proponía la paz, la normalización de las relaciones con Israel y el principio de los intercambios de territorios.

Segunda: "[E]l Estado de Palestina gozará de acceso especial a determinadas instalaciones designadas como los puertos de Haifa y Asdod en el Estado de Israel, como un medio eficiente de exportar e importar bienes dentro y fuera del Estado de Palestina sin poner en riesgo la seguridad de Israel"[189]. ¿Dónde está la falacia? Pues en que los palestinos ya utilizan esos dos puertos para importaciones y exportaciones, con el beneficio consiguiente para Israel. De hecho, es una circunstancia derivada de la ocupación. Si a los palestinos les hubiesen permitido construir un puerto en Gaza, no tendrían que usar los puertos de Haifa y Asdod, aunque ese podría ser un punto de cooperación en potencia entre ambos Estados soberanos. En otras palabras, no es un beneficio que se otorgue a los palestinos en virtud de un acuerdo con Israel, sino un elemento integrante de la realidad de la ocupación.

Tercera: por lo que atañe a la cuestión territorial, el texto afirma que el "Estado de Israel y los Estados Unidos no creen que el Estado de Israel esté legalmente obligado a devolver a los palestinos el 100% del territorio previo a 1967 [es decir, Cisjordania y la Franja de Gaza] (una convicción acorde con la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas). Esta Visión es una solución de compromiso justa y contempla un Estado palestino que abarca un territorio razonablemente comparable en tamaño al territorio de Cisjordania y Gaza con anterioridad a 1967"[190].

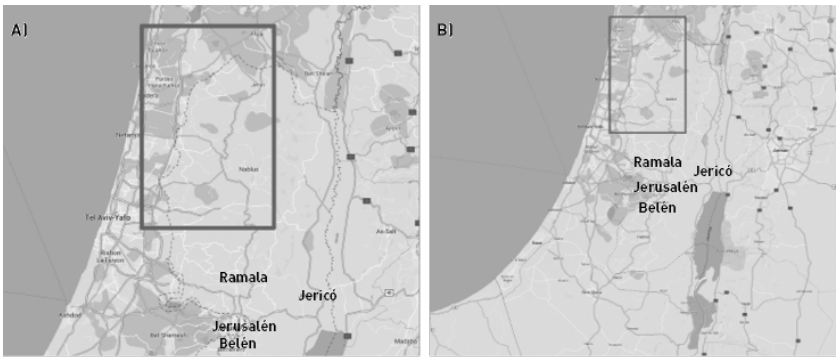
La falacia radica en la referencia engañosa a menos del 100% del territorio ocupado en 1967 como una solución de compromiso justa. Sin embargo, para los palestinos, la reivindicación territorial en cuestión es del 100% de toda la Palestina que pasó a estar bajo el Mandato británico tras la Primera Guerra Mundial e incluye tanto la tierra ocupada en 1948 como los demás Territorios Ocupados en 1967. Aceptar el 100% de Cisjordania (con Jerusalén Este incluida) y la Franja de Gaza como los únicos territorios de un Estado palestino ya es una solución de compromiso histórica, una concesión política importante a medio camino de lo que pide Israel. Consiste en aceptar un Estado independiente con soberanía sobre solamente el 22% del territorio de Palestina.

Además, según el documento, un tratado de paz que conceda a los palestinos menos del 100% de los Territorios Ocupados en 1967 resulta compatible con la Resolución 242, una afirmación que parte de la premisa de la interpretación israelí de dicha resolución, basada en una distinción entre "los territorios" ocupados en 1967 (con la implicación de todos los territorios) y "territorios" ocupados en 1967 (implicando solamente algunos)[191]. La formulación exacta en la versión en lengua inglesa de la resolución es withdrawal of Israeli armed forces from territories occupied in the recent conflict [en la versión oficial española: retiro de las fuerzas armadas israelíes de los territorios que ocuparon durante el reciente conflicto]. En ese contexto, en inglés no hacía falta el artículo definido ("the territories") para aclarar que se hacía referencia a la totalidad del territorio ocupado, puesto que el territorio en cuestión ya quedaba definido en el tramo final (in the recent conflict), es decir, en la guerra de 1967. Ya solamente con eso se diferenciaba entre esos territorios y otros territorios ocupados en otros conflictos

y otras guerras. Además, como hemos visto, la versión española (así como la francesa, la rusa y la china) utiliza el artículo definido.

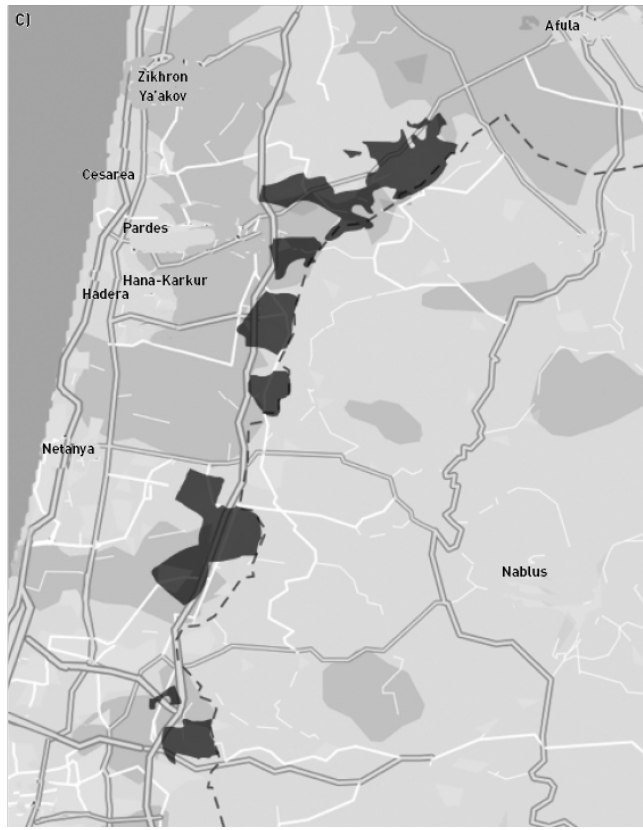
Mapa 7.1

A, B y C: el triángulo palestino



TRIÁNGULO

Zona de pueblos y aldeas de mayoría árabe adyacentes a la Línea Verde que la visión de Trump proponía transferir al futuro Estado palestino. El Triángulo se divide a su vez en "Triángulo septentrional" o Wadi Ara (alrededor de Kafr Qara, Ar'ara, Baqa al-Gharbiyye, Zemer y Umm al-Fahm) y el "Triángulo meridional" (alrededor de Qalansawe, Tayibe, Kafr Qasim, Tira, Kafr Bara y Jaljulia).



Cuarta: en la misma sección del documento se aprecia una nueva falacia. El texto dice que los intercambios de territorios podrían incluir parte del Triángulo, una región compuesta por tres zonas con quince pueblos y ciudades[192]. El Triángulo fue ocupado en 1948 y, según el Acuerdo de Armisticio de 1949 con Jordania, debería haberse devuelto a Ammán, pero Israel se lo quedó contraviniendo las fronteras del armisticio y otorgando la ciudadanía israelí a los árabes que allí vivían (hoy ascienden a unos 350.000 habitantes). Estas son las comunidades que el texto propone devolver a la Autoridad Palestina, pero el objetivo no es devolver tierras en sí, sino reducir el número de ciudadanos árabes en Israel. Dicho de otro modo, lo que se contempla no es un intercambio de territorios, sino un traslado específico de población residente árabe para preservar el carácter judío de Israel. De hecho, ese es el motivo por el que algunos miembros de la derecha israelí como Avigdor

Lieberman[193] llevan tiempo abogando por utilizar esta zona como moneda de cambio en un tratado de paz en el futuro.

Quinta: según el documento, "La paz no debería exigir la expulsión de personas —árabes o judías— de sus hogares. Un concepto así, que es más tendente a provocar disturbios civiles, resulta contrario a la idea de coexistencia"[194]. Sin embargo, ningún compromiso político ha propuesto nunca expulsar a ningunos árabes de sus hogares. Ya fueron expulsados y desplazados en 1948; muchos de ellos huyeron a Transjordania tras la guerra de 1967, mientras que otros se han visto despojados de sus hogares desde entonces por la política de demolición de viviendas en Jerusalén y otras ubicaciones.[195]

En ese sentido, lo que se quiere decir con la afirmación de que nadie, ya sea árabe o judío, debe ser expulsado de su hogar es que hay que impedir la retirada de Israel de los asentamientos en Cisjordania. La formulación hace referencia tanto a judíos como árabes para que, de algún modo, parezca una solución intermedia justa que los colonos se queden en las viviendas que consiguieron ilegalmente. El texto propone una igualdad de condiciones entre los colonos en "sus casas" y los árabes cuyas tierras fueron ocupadas, estableciendo una falsa equivalencia legal y moral entre el ocupante y el ocupado, entre el ladrón armado y la víctima del robo.

Lo que deja entrever esta falacia clamorosa es que el acuerdo no prevé la retirada israelí de ningún asentamiento. A este respecto, va incluso más lejos que Sharon, cuya retirada unilateral de Gaza en 2005 obligó a los colonos a abandonar "sus casas" en los asentamientos ilegales de la Franja de Gaza, y supera el sionismo de la mayor parte de los políticos israelíes, quienes ya han reconocido que la retirada de "algunos asentamientos" formará parte de una solución negociada duradera. El documento hace referencia a "enclaves", es decir, a asentamientos dentro de aglomeraciones palestinas, para distinguirlos de los grupos de asentamientos fronterizos mencionados con anterioridad.

Supuestamente, la solución de compromiso mencionada en el texto ofrece soluciones a los palestinos ya expulsados de sus hogares, es decir, a los refugiados con derecho a volver a sus casas. El documento afirma lo siguiente: "El Acuerdo de Paz palestino-israelí

propiciará el fin completo y la liberación de todas y cada una de las reivindicaciones relativas a la condición de refugiado o inmigrante. No habrá derecho de retorno ni de absorción de ningún refugiado palestino en el Estado de Israel"[196]. La formulación es categórica y excluye definitivamente el derecho de retorno de la agenda negociadora. No hay ni siquiera un mínimo intento de defender de boquilla los derechos de los refugiados conforme a las propuestas planteadas en las negociaciones de los comités posteriores a Oslo para permitir el regreso de algunos miles de refugiados de 1948 aún con vida, aunque sea sin sus descendientes. Por lo que respecta al derecho palestino de regresar a los territorios de la AP, el documento lo limita únicamente a los refugiados palestinos sin lugar de residencia permanente. Estos casos se presentarán a una comisión conjunta palestino-israelí para que examine cada solicitud teniendo en cuenta la seguridad israelí y la capacidad palestina para acogerlos (y ambos factores se valoran conforme a criterios definidos por Israel). Asimismo, el documento prevé convencer a los países islámicos para que acojan a 5.000 refugiados palestinos al año[197].

Sobre el Estado y la soberanía

El acuerdo Trump-Netanyahu promete un Estado a los palestinos, pero para los autores del texto se trata de una cuestión meramente semántica: se limitan a llamar "Estado" a la Autoridad Palestina ya existente. Recuerda a la ponencia de Netanyahu en la Universidad Bar Ilán en 2009, al poco de que Obama llegara la presidencia y después de que Netanyahu tuviese que aceptar el uso del término Estado palestino. Ahí pronunció un largo discurso en el que informó al público de este cambio, empleando un lenguaje casi idéntico al del documento de Trump:

Le dije al presidente Obama en Washington que si nos poníamos de acuerdo en lo sustancial, la terminología no supondría un problema. Y aquí está la sustancia que expongo ahora con claridad: si recibimos esta garantía relativa a la desmilitarización y las necesidades de Israel en materia de seguridad, y si los palestinos reconocen a Israel como el Estado del pueblo judío, entonces en un acuerdo de paz en el futuro estaremos dispuestos a aceptar una solución que incluya la existencia de un Estado palestino desmilitarizado junto al Estado judío[198].

Dicho de otro modo, las etiquetas no son importantes (¡llamémoslo Estado o como sea!) siempre que la naturaleza de este Estado se ajuste a las condiciones impuestas por Israel. Un Estado palestino resultaba aceptable para Netanyahu siempre que se mantuviese desarmado y permitiese que Israel determinase sus fronteras, gestionase la seguridad interna y siguiese protegiendo los enclaves de los asentamientos israelíes y todas las carreteras que conducen hasta ellos, según las condiciones formuladas en el documento de Trump.

No obstante, a diferencia de Netanyahu, el documento no huye de los términos políticos controvertidos. Los autores consideraron apropiado teorizar sobre la cuestión de la soberanía y plasmar sus pensamientos:

La soberanía es un concepto amorfo que ha ido evolucionando con el tiempo. Ante la creciente interdependencia, cada nación elige interactuar con otras naciones cerrando acuerdos que establecen los parámetros esenciales para cada nación. La idea de que la soberanía es un término de definición estática y constante ha sido un obstáculo innecesario en las negociaciones anteriores. Lo más importante son las preocupaciones pragmáticas y operativas que afectan a la seguridad y la prosperidad[199].

Estas disquisiciones filosóficas amateur sobre la escasa importancia de la soberanía no van dirigidas a Israel, claro está —con la intención, por ejemplo, de instar al país a alterar su concepción de la soberanía para ajustarse a la idea de un Estado para todos sus ciudadanos o un Estado binacional, o bien para permitir que la comunidad internacional intervenga su programa de armas nucleares—, sino, obviamente, a los palestinos.

Al afirmar la naturaleza amorfa de la soberanía, el documento les está diciendo en la práctica a los palestinos que no se preocupen por cuestiones tan triviales. Para estos promotores inmobiliarios, lo que debe importarles a los palestinos ocupados es el empleo y la prosperidad. Esta visión de la construcción de un Estado encarna una mentalidad inmobiliaria por excelencia. Los autores se presentan a sí mismos como empresarios obstinados que intentan influir en la población (a los que no les importa la política ni les debe importar) contra los “extremistas” que les impiden prosperar bajo la ocupación al seguir invocando ideas como soberanía, independencia, liberación y otros conceptos supuestamente “estáticos” e inflexibles.

En otro pasaje sobre la soberanía, el documento afirma lo siguiente:

[E]l Estado de Israel será responsable de la seguridad en todos los pasos fronterizos internacionales hacia el Estado de Palestina. Por lo que respecta al paso de Rafah, se acordarán disposiciones específicas entre la República Árabe de Egipto y el Estado de Israel para satisfacer las necesidades en materia de seguridad contempladas en esta Visión. El Estado de Israel seguirá manteniendo el control sobre el espacio aéreo y el espectro electromagnético al oeste del río Jordán[200].

Además, el documento concede a Israel la soberanía "estática" e "inflexible" sobre el espacio aéreo y las fronteras: "El Estado de Israel retendrá la soberanía sobre las aguas territoriales, las cuales resultan vitales para la seguridad de Israel y aportan estabilidad a la región"[201]. También concede a Israel la soberanía continua sobre los pozos, que no se podrán excavar sin autorización israelí porque las aguas subterráneas en el Estado de Palestina son un recurso compartido. Después de un párrafo extenso, el documento añade lo siguiente: "La financiación adicional impulsará el desarrollo de nuevas instalaciones de tratamiento de aguas residuales en Cisjordania y Gaza, poniendo fin al riesgo vigente para la salud pública derivado de las aguas residuales sin tratar. Esta agua tratada se reutilizará, creando un suministro abundante de agua asequible para usos agrícolas e industriales"[202]. Por lo tanto, la soberanía de Israel no se deja sin definir. Se extiende hasta los cielos e incluso hasta el agua bajo el suelo; a cambio, los afortunados palestinos recibirán ayuda para el desarrollo de instalaciones de tratamiento de aguas residuales.

Aunque rebosa de referencias a la seguridad israelí, el documento no hace referencia ni una sola vez a la seguridad palestina. Los enclaves de asentamientos, que se mencionan en los apéndices del documento y se nombran como "comunidades enclaves", serán protegidas por el ejército israelí, aunque se encuentren ubicadas dentro del supuesto Estado palestino, al igual que todas las carreteras señaladas en el mapa como "carreteras de acceso israelí" que llevan hasta esos asentamientos.

Este acuerdo no es más que una formalización del statu quo en el marco de un "Estado" meramente nominal. Esta es la visión de Israel sobre un Estado palestino, cediendo un poco de tierra a lo que ahora son las Áreas A y B bajo control palestino[203]. En resumen, si amplías las Áreas A y B entre un 20 y un 30%, pero mantienes la soberanía israelí y los enclaves de asentamientos, y luego llamas "fronteras" a los pasos existentes a lo largo del muro de separación con Israel, ahí tienes el "acuerdo del siglo".

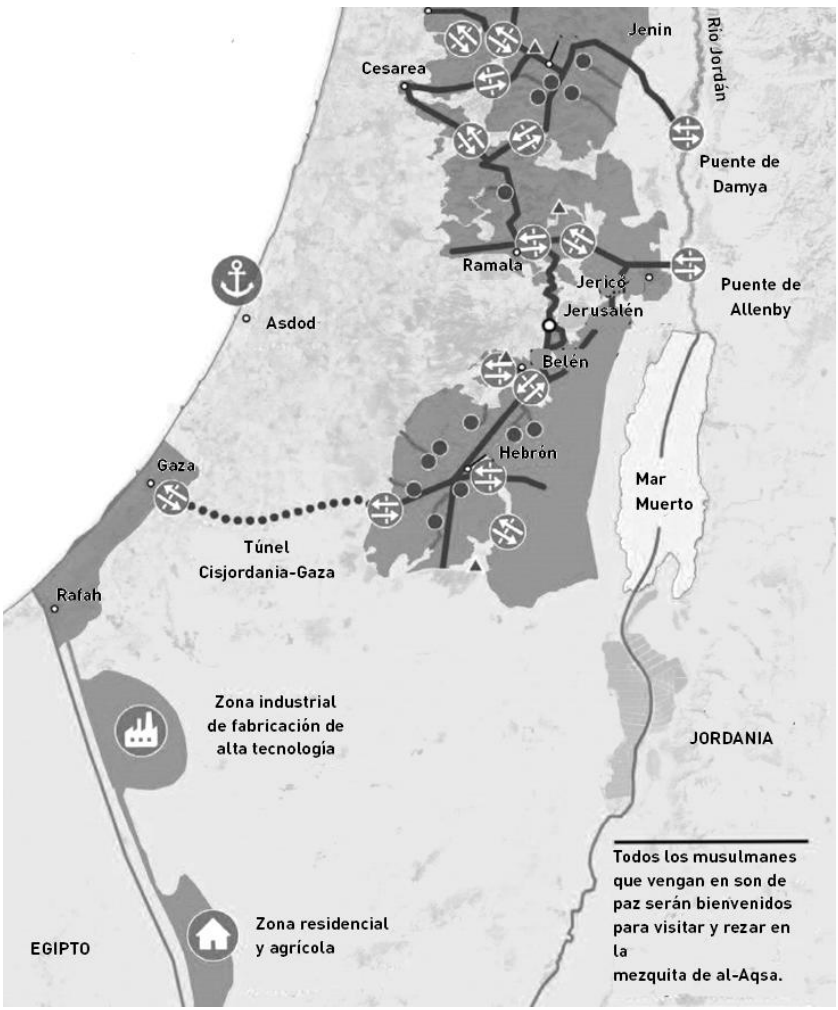
Las reacciones oficiales árabes a esta visión fueron, en el mejor de los casos, contenidas. Algunos Estados árabes respaldaron abiertamente la iniciativa[204], sentando el peligroso precedente de animar a Israel a persistir en su intransigencia y en su diplomacia de hechos consumados aceptada por Trump. Las reacciones europeas fueron dispares, pero se observó una clara diferencia entre las respuestas críticas de la Europa continental y la posición oportunista del Reino Unido con Boris Johnson al mando, cuyo respaldo al acuerdo Trump-Netanyahu no ilustró solamente su apoyo incondicional a Israel, sino su sumisión incondicional a los dictados de los Estados Unidos en política exterior tras no haber aprendido nada al parecer de la invasión angloamericana de Irak[205]. El Reino Unido aún no ha asumido su responsabilidad histórica en relación con la cuestión de Palestina y otras catástrofes acaecidas en el Mashrek árabe. En cualquier caso, las posiciones oficiales europeas demostraron no tener ninguna fuerza real y no es posible contar con ellas hasta que se consiga establecer una base sólida de partidarios de los derechos palestinos entre la opinión pública europea.

Quizás el único aspecto que cabe considerar positivo en la iniciativa de Trump es que acabó por fin con el mito persistente de que el proyecto de Oslo representaba un proceso "de paz" o un proceso "político". La iniciativa puso de manifiesto con toda claridad que la parte poderosa quiere imponer su punto de vista a la parte más débil, la cual no tiene ni un gran poder de negociación ni capacidad de resistencia. Por lo menos, la parte más débil puede describir las condiciones que les imponen utilizando la nomenclatura que mejor le parezca: ¡lo pueden llamar Estado o incluso Imperio si así les viene en gana!

Mapa 7.2

Mapa de Palestina según la 'visión de Trump' mostrando los enclaves

de asentamientos



Fuente: The White House, "Peace to Prosperity: A Vision to

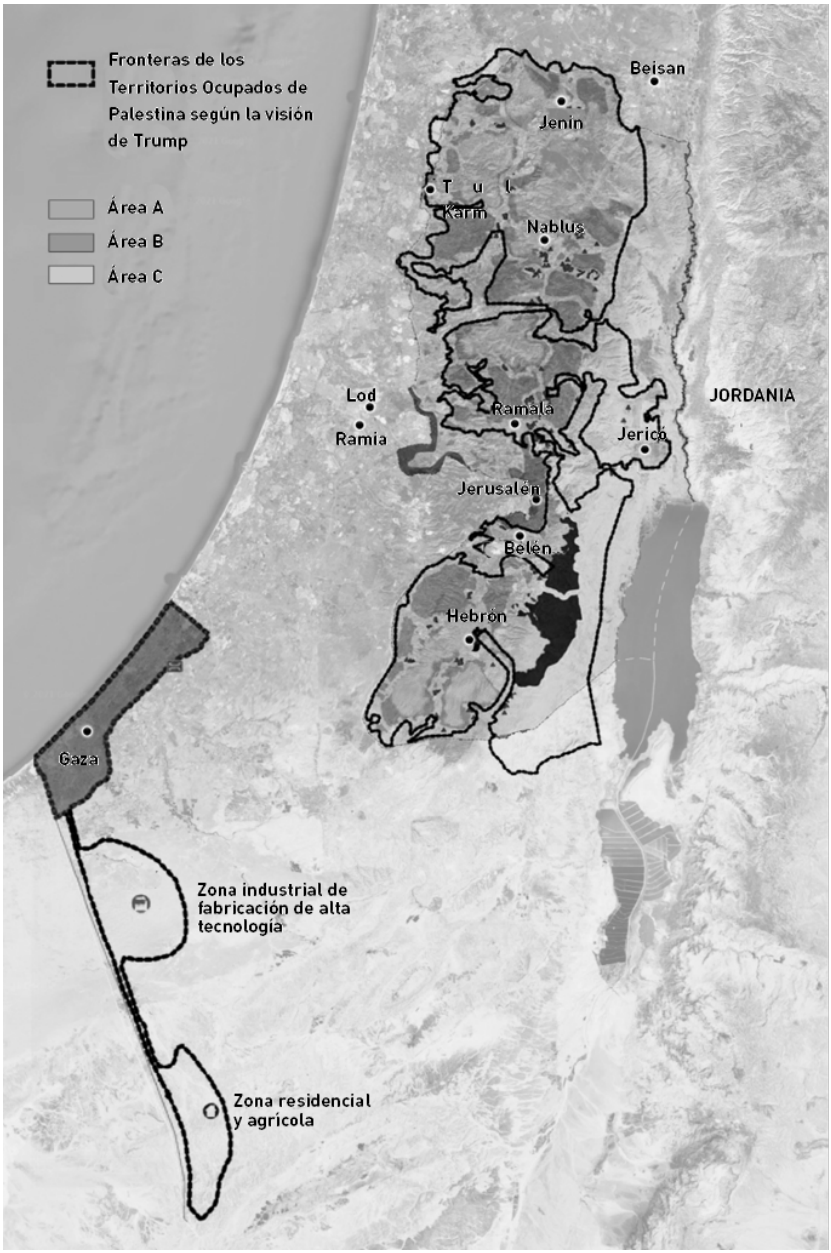
Improve the Lives of the Palestinian and Israeli People”,

enero de 2020, disponible en https://bit.ly/2S6c3Rt.

Mapa 7.3

Palestina según la ‘visión de Trump’ comparándola

con las Áreas A, B y C delimitadas tras Oslo en el Acuerdo de El Cairo


Fronteras de los Territorios Ocupados de Palestina según la visión de Trump
Área A
Área B
Área C
Beisan
Jenin
Tul Karm
Nablus
Lod
Ramla
Ramla
JORDANIA
Jericó
Jerusalén
Belén
Hebrón
Gaza
Zona industrial de fabricación de alta tecnología
Zona residencial y agrícola

Para la derecha israelí, el elemento más importante de la visión de Trump es su reconocimiento de que la realidad sobre el terreno ha cambiado radicalmente en los 53 años transcurridos desde la guerra de 1967; el acuerdo no niega esa realidad ni promueve la "ilusión" de que se pueda dar marcha atrás al tiempo. Esta inusual franqueza estadounidense-israelí podría animar a los palestinos a buscar y llevar a la práctica nuevas estrategias, y la posición cambiante de la causa palestina en el discurso y la política oficial árabe es otro motivo para pensar en el futuro con creatividad. Incluso si otro Gobierno estadounidense desechase el acuerdo Trump-Netanyahu, ¿qué incentivos le quedan a Palestina para generar —y actuar conforme a— ideas más cercanas a la justicia, cuando algunos regímenes árabes están normalizando sus relaciones con Israel? Parece claro que ninguna política real de liberación podrá confiar en la influencia de los regímenes árabes y tendrá que interpelar directamente a la opinión pública de los Estados Unidos y otros países. Para ello es preciso contar con un discurso que gire en torno a la justicia.

Capítulo 8

OPCIONES E ILUSIONES

Israel y la opción histórica

Incluso en los momentos en los que aceptó nominalmente la solución de dos Estados, Israel hizo todo lo que estuvo en su mano para vaciarla de cualquier contenido significativo al mantener activa su estrategia de expansión mediante la anexión de facto de territorios, la construcción sistemática de asentamientos y el rechazo de cualquier atisbo de soberanía palestina. Aunque una solución de dos Estados no hubiese sido del todo justa, habría satisfecho los requisitos mínimos del consenso árabe en caso de incluir la devolución de Jerusalén, la retirada de Israel a las fronteras de 1967 (en Cisjordania y los Altos del Golán) y el reconocimiento del derecho de retorno (con la imprecisa frase de "una resolución justa" del problema de los refugiados que acabó siendo aceptable para los dirigentes oficiales palestinos)[206]. Ahora bien, Israel rechazó esa opción, y la política por la que ha optado —sobre todo en Jerusalén y alrededores, en los asentamientos y en la red de carreteras de circunvalación— socava los cimientos de cualquier intento de llegar a una solución de dos Estados.

Las negociaciones sobre la solución de dos Estados se redujeron en alcance y quedaron despojadas de todo contenido porque el movimiento de liberación nacional de Palestina perdió las fuentes de poder que tuvo en su día: la confianza en la lucha popular para cambiar la realidad e influir en la opinión pública árabe y mundial, unida a la proximidad política con bloques internacionales que ya no existen (el bloque socialista) o existen únicamente como nombre (el movimiento de los no alineados). Renunció a su influencia, a su poder informal, sin haberse convertido en un Estado formal y antes de que se garantizase su plena soberanía. Consumida por completo por las negociaciones de paz, la coordinación de la seguridad con Israel, la construcción de dispositivos de seguridad interna y las necesidades diarias de la población, la AP acabó dependiendo de la buena fe de los Estados Unidos e Israel. Las negociaciones sobre las condiciones de un Estado palestino involucionaron hacia la extorsión política en toda regla en torno a la satisfacción de las necesidades básicas de la población.

En consecuencia, bajo la AP, los Territorios Ocupados se han convertido en una de las zonas con más presencia policial del mundo. Sus dispositivos de seguridad "tienen demasiados efectivos y constituyen una carga financiera para la sociedad palestina". La relación que va de 1:50 a 1:80 policías per cápita de la AP es una de las más altas del mundo (Friedrich y Luethold, 2007: 154; Luft, 1999). La seguridad consume "más presupuesto que la educación, la sanidad y la agricultura juntas"[207]. Además, las fuerzas de seguridad se han convertido en el componente más importante de la base social de la AP.

La idea de que las negociaciones podrían ser una alternativa a la resistencia, y no su resultado, dio pie a un nuevo liderazgo palestino tan ligado al proceso político de negociación que su propia existencia depende de la continuación indefinida del proceso. Israel lo sabe y ha conseguido sustituir la negociación política por exigencias de que la AP tenga "gestos de buena fe" si desea obtener beneficios en el proceso de paz, al mismo tiempo que somete a las fuerzas palestinas que siguen optando por la vía de la resistencia a una campaña implacable de represión y asesinatos. Las necesidades básicas, que antes de Oslo eran una responsabilidad legal obvia de la potencia ocupante —electricidad, agua, derecho a viajar al extranjero, empleo, alimentación y medicinas—, se emplean ahora como artimañas para obligar a mantener las buenas relaciones con la potencia ocupante. La AP defiende poder garantizar esas "concesiones" como un logro, contraponiéndose a las fuerzas que "provocan" o "enfadan" a Israel y que, con su negativa a renunciar a la resistencia, se exponen a sí mismas y exponen a su comunidad al asedio de Gaza.

Durante el periodo de liberación nacional, a los palestinos que habían sido designados por Israel para ocupar cargos o que se presentaban voluntarios para mediar con la potencia ocupante, y en consecuencia recibían permisos de viaje, oportunidades laborales, permisos de construcción y otras ventajas y prebendas otorgadas por Israel, se los llamaba "colaboradores" con desprecio. Estos colaboradores se organizaron bajo nombres como rawabit al-qura (consejos o ligas de aldea). Muchos palestinos acabaron en la cárcel e incluso fueron asesinados en la lucha contra estos agentes locales de la ocupación y contra cualquier intento de crear "liderazgos

alternativos” a la OLP. En algunos casos, se mató también a inocentes a los que se había tildado de colaboradores.

Según la definición del ocupante, un líder no es más que alguien capaz de proporcionar servicios y dar una apariencia de autogobierno, mientras que a quienes insisten en ideas “estáticas” como la soberanía y la dignidad nacional se les pone la etiqueta de extremistas y se les achacan los bloqueos y otros castigos colectivos infligidos por el ocupante (para los autores del acuerdo Trump-Netanyahu, la soberanía está reservada en exclusiva para el ocupante). La AP ha encarnado desde su creación la concepción israelí del liderazgo palestino, algo que queda bien ilustrado en el rechazo inequívoco de la soberanía palestina.

La burocracia palestina que ha ido creciendo de la mano del llamado proceso de paz y el hecho de que los regímenes árabes estén deseando desentenderse de su responsabilidad respecto a Palestina ayudan a Israel a elegir con pinzas algunos elementos de la solución de dos Estados para recomponer algo que, si entrecierras los ojos, puede parecer un Estado palestino independiente.

No obstante, la pregunta que flota en el aire es: ¿acaso una resolución negociada en la línea de la solución de dos Estados no traería al menos la paz, aunque se tratase de una paz injusta?

Durante aproximadamente los 15 años anteriores a Trump, muchos responsables políticos de los Estados Unidos e Israel creyeron que la mera creación de una entidad política con la idea de llamarla Estado palestino bastaría para lograr la paz en la región, incluso si en esa resolución se demarcan fronteras que incluyan menos territorios que los de 1967, se excluye a Jerusalén Este como capital de Palestina y se deja sin reconocer el derecho de retorno. Israel y los Estados Unidos han destinado esfuerzos considerables a transformar la exigencia de la creación del Estado palestino en un arreglo políticamente vacuo y puramente tecnocrático que conlleva el recorte o la eliminación de todos los derechos nacionales del pueblo palestino y permite que Israel mantenga el control total sobre las fronteras, los cielos, los recursos hídricos subterráneos y toda la economía de Palestina.

De hecho, la entidad política propuesta como resultado de una

resolución negociada, que se presenta como una solución de dos Estados, no goza de legitimidad en la opinión pública árabe en general ni como resolución política justa, ni como compensación adecuada por las injusticias sufridas por el pueblo palestino.

Merece la pena recordar aquí lo que significó que Yaser Arafat rechazara justo este tipo de acuerdo en Camp David (2000). Fue algo más que un rechazo testarudo a llegar a un acuerdo de compromiso en torno a los elementos "innegociables", aunque ese aspecto seguro que tuvo su peso. Lo que quedó patente fue que Arafat entendió a la perfección que una solución así no sería legítima para árabes y palestinos. Arafat había puesto en juego su vida personal y su carrera política por las negociaciones, pero, incluso después de que los israelíes llegaran a encarcelarlo en su propia sede de Ramala, se negó a aceptar una oferta de este tipo, y pagó por su resistencia. Su muerte (o dicho de un modo más exacto, su asesinato por parte de Israel) provocó un suspiro de alivio en algunos regímenes árabes y en ciertas facciones de la dirigencia palestina. La impresión de estos regímenes y grupos era que estaban enterrando a un hombre que, al insistir en un Estado real conforme a las fronteras anteriores a junio de 1967, había sido un impedimento constante para el proceso de negociación que él mismo inició y que ahora se podría retomar por fin sin trabas.

Cabría argumentar que estoy empleando generalizaciones demasiado amplias, pero lo cierto es que las cuestiones "salientes" (las relativas al estatuto final conforme a la terminología del Acuerdo de Oslo) han quedado prácticamente excluidas de las negociaciones por la política de hechos consumados de Israel. Por ejemplo, lo único que hará por los refugiados cualquier resolución actual será darles un nombre nuevo. Ya no serán "refugiados", sino súbditos de una embajada formal palestina en este o aquel país. Israel sigue construyendo asentamientos alrededor de Jerusalén Este, convirtiéndola en un gueto árabe dentro de una ciudad judía. El Estado israelí presenta una naturaleza cada vez más judía, intensificando su carácter religioso-nacionalista y su chovinismo frente a los ciudadanos árabes, y de estos ciudadanos se espera una lealtad absoluta hacia Israel, un Estado que los excluye claramente de su autodefinición como Estado de los judíos y no les concede la igualdad de derechos. Así está el acuerdo en estos momentos.

Israel seguirá desconfiando de la democracia en el mundo árabe porque le da miedo la mayoría árabe, la opinión pública árabe y sus vicisitudes. No le agrada la incertidumbre estratégica de esperar cada año a los resultados de las elecciones en algún otro país árabe. Lo ideal sería que los países árabes continuaran obsesionándose con el cálculo de las implicaciones de las elecciones israelíes para ellos.

Si se trata de una cuestión de legitimidad, el pueblo palestino es el único que tiene poder para legitimar cualquier acuerdo. En cambio, el acuerdo que se ofrece en estos momentos se está impulsando imbuido de un enfrentamiento entre distintas facciones palestinas que han quedado excluidas de las negociaciones o las han rechazado[208] (una de ellas incluso ganó las elecciones en 2006). Este tipo de acuerdo no solamente es ilegítimo de pleno para los palestinos, sino que constituye una fuente de rifirrafes internos. "Movilizar el apoyo popular" en torno a un acuerdo así implica matar de hambre, bombardear y agotar a segmentos enteros de la población palestina hasta que dejen de disentir. Esta situación coercitiva revela la carencia de legitimidad popular.

En cuanto a la política regional, el apoyo a una solución de dos Estados se produce a través de la hegemonía estadounidense y el conflicto entre los ejes de poder regionales. Uno u otro de los bloques regionales de poder enarbolará la injusticia del acuerdo como una camiseta ensangrentada en sus propias batallas.

La mediocre solución de dos Estados que está encima de la mesa en estos momentos no ha servido prácticamente de nada para cambiar la aversión tristemente famosa de los pueblos árabes al "proceso de paz" ni su falta de confianza en el deseo proclamado por Israel de una paz justa o su intención de renunciar a los privilegios de los que disfruta a nivel internacional. No cabe duda de que la brutalidad despreocupada de Israel hacia el pueblo palestino, al verlos como un blanco legítimo si eso los disuade de resistir y los convence de aceptar las condiciones israelíes, ha sembrado las semillas de la animadversión y ha intensificado la sensación de que los árabes están siendo engañados, lo que los lleva a acusar a los partidarios de este tipo de acuerdos de colaborar con Israel y los Estados Unidos.

Colonialismo de asentamientos o apartheid:

¿por qué no ambos?

Muchos de los primeros líderes sionistas no habrían negado que su proyecto era colonial, ya que "colonialismo" no era una palabra mala en el siglo XIX. Ser colonialista significaba ser parte de la civilización occidental en Oriente. Sin embargo, el sionismo laborista, que santificó los asentamientos y dirigió la campaña por la conquista de la tierra y el empleo, decía ser la vanguardia de un movimiento nacional y no un mero proyecto colonial. Pretendía ser las dos cosas y más aún, por ejemplo, hasta un movimiento de clases si la lucha por el liderazgo así lo requería.

Al otro lado están los palestinos, que se consideraban víctimas del colonialismo. De hecho, en la época poscolonial, estudiosos como el palestino Fayez al-Sayegh (1965) y el historiador francés Maxime Rodinson (1967) emplearon el lenguaje de las ciencias sociales poscoloniales para demostrar que Israel era un Estado colonial y colonizador incluso antes de la ocupación de Cisjordania y Gaza en 1967[209].

La OLP y muchos intelectuales de Palestina y de otros países árabes conocen el concepto del "colonialismo de asentamientos" desde la década de 1960, cuando empezaron a emplearlo de un modo estratégico para tender lazos entre Palestina y otros movimientos de liberación de todo el mundo y presentar la versión palestina a un público internacional anticolonial (Tarabulsi, 1969; Jabbour, 1970; Abu-Lughod y Abu-Laban, 1974; Zureik, 1979; Salamanca et al., 2012: 8).

No fue una era de liberación nacional solamente para el Sur Global, sino que también se trató de una época en la que la construcción nacional a través del colonialismo de asentamientos, algo que se había considerado natural entre los siglos XVII y XIX, ya no

resultaba aceptable. Israel se creó justo en ese momento histórico.

Sayegh identificó las características del colonialismo de asentamientos que se aplicaban al proyecto sionista, pero también utilizó el término apartheid para describir la relación del Estado israelí con los palestinos que permanecieron en Israel después de 1948 y a los que se concedió la nacionalidad israelí (Sayegh, 1965: 27-28). En el momento en el que Sayegh escribió sus obras, Israel mantenía dos ordenamientos jurídicos distintos, un sistema civil para los ciudadanos judíos y un sistema militar que se aplicaba a los árabes palestinos autóctonos que permanecieron bajo su jurisdicción. La ley marcial para los palestinos se revocó oficialmente en 1966, a menos de un año de la ocupación de Cisjordania y Gaza y de que se impusiera un régimen militar a la otra parte del pueblo palestino.

La diferencia principal entre estas poblaciones era que, mientras que a los árabes en Israel (aproximadamente 150.000 en 1949) se les concedió la ciudadanía y adquirieron formalmente derechos civiles y políticos dentro de una etnocracia colonial de asentamientos, a los palestinos radicados en Cisjordania y en Gaza nunca se les otorgó la ciudadanía israelí y vivieron bajo un dominio militar directo sin derechos civiles ni políticos a partir de 1967. No se puede ignorar esta diferencia, ya que generó realidades y estrategias políticas dispares. La ocupación militar directa prosiguió hasta que el acuerdo de paz con la OLP estableció el autogobierno bajo la AP (los “bantustanes”, según la terminología sudafricana)[210]. De este modo, el colonialismo israelí de asentamientos creó primero una etnocracia tras el desplazamiento masivo de palestinos en 1948, a la que siguió una ocupación militar en 1967 que acabaría convirtiéndose en un régimen de apartheid. Los dos tipos de trato son producto de un proyecto colonial de asentamientos.

Resulta interesante que la nueva generación de investigadores palestinos esté reviviendo esta concepción inicial de Israel como colonialismo de asentamientos no en los escritos de la OLP o de la izquierda radical europea, sino en revistas académicas con revisión por pares[211].

Muchos de los estudiosos que han hecho sus aportaciones a la bibliografía académica reciente hacen referencia a las obras de

Patrick Wolfe y Lorenzo Veracini. Para Wolfe, el concepto del colonialismo de asentamientos "parte de la premisa de conseguir —obtener y mantener— territorios" (Wolfe, 2006: 402). Ese es también el acicate para eliminar a la población autóctona. La territorialidad es un elemento específico e irrenunciable del colonialismo de asentamientos (ibid.: 388). La expulsión de la población autóctona sienta las bases para la continuación del proyecto colonial, por lo que la destrucción va estrechamente ligada a la expansión y el control de la tierra. Se trata de "una estructura, más que un acontecimiento" (ibid.: 390)[212]. El Estado colonial de asentamientos está comprometido con "un proyecto inclusivo centrado en el territorio que coordina un amplio abanico de organismos, desde el centro de la metrópoli hasta el campamento de frontera, con vistas a eliminar a las sociedades autóctonas" (ibid.: 393). No se puede sino estar de acuerdo con esta descripción analítica, y además se corresponde con el análisis de los investigadores mencionados que describieron el proyecto sionista como un colonialismo de asentamientos mucho antes que Wolfe.

Veracini explicó la diferencia principal entre el colonialismo clásico y el colonialismo de asentamientos a través de la diferencia entre dos órdenes dirigidas a los pobladores autóctonos: "tú, trabaja para mí" (colonización clásica) y "tú, lárgate de aquí" (colonialismo de asentamientos). El primero nace de una "lógica de explotación" y el segundo de una "lógica de eliminación" que busca expulsar y sustituir a la población originaria (Veracini, 2011: 1-12). Los palestinos lo tenían claro desde mucho antes de la aparición del artículo de Veracini, cuando describían el colonialismo sionista como un colonialismo "de reemplazo" o "sustitutivo" (ihlali). Los activistas sionistas de la segunda aliyá (oleada de inmigración judía a Palestina) hablaban en voz alta de la judaización de la tierra y del empleo y, como ya hemos comentado en la primera parte, no dudaban en emplear las expresiones hebreas kibbush ha-adamá (conquista de tierras) y kibbush ha-avodá (conquista del trabajo).

Más adelante, Veracini profundizó en el tema:

Mientras que una sociedad colonial tiene éxito solamente si se mantiene la separación entre colonizador y colonizado, un proyecto

colonial de asentamientos únicamente tiene un éxito definitivo cuando se extingue a sí mismo, es decir, cuando los colonos dejan de definirse como tales porque pasan a ser 'autóctonos' y su posición se normaliza. Para triunfar, un proyecto colonizador de este tipo debe emanciparse de la supervisión y el control externos, establecer formas políticas y culturales de soberanía local, erradicar las autonomías autóctonas importantes y domeñar un territorio que antaño se percibía como intrínsecamente ajeno. Dicho de otro modo, un proyecto colonial de asentamientos que ha discurrido con éxito deja de ser colonial (Veracini, 2013: 28).

Veracini distinguía entre el colonialismo de asentamientos exitoso de Israel entre 1948 y 1967 y su proyecto fallido desde 1967: "El colonialismo de asentamientos israelí/sionista tuvo un éxito notable antes de 1967 y fracasó en gran medida a partir de entonces. De hecho, si el colonialismo de asentamientos consiste en imponer reivindicaciones legítimas sobre lugares específicos, la ocupación israelí de Cisjordania y Gaza ha conseguido muy poco tras más de 40 años de dominio sin restricciones" (Veracini, 2013). Puede ser cierto que Israel haya conseguido "establecer formas políticas y culturales de soberanía local, erradicar las autonomías autóctonas importantes y domeñar un territorio que antaño se percibía como intrínsecamente ajeno": al fin y al cabo, consiguió construir una nación, una cultura sabra hebrea e israelí y una economía desarrollada. Ahora bien, los palestinos no han acabado siendo una comunidad residual de la población autóctona (a modo de recordatorio, la población indígena representa el 1% de la población total en los Estados Unidos), sino que mantuvieron y llegaron a desarrollar su carácter y sus aspiraciones nacionales. Asimismo, como ya hemos explicado, Israel no se nativizó.

Además, la relación de Israel con los palestinos que pasaron a formar parte de su ciudadanía se organizó conforme a una lógica de colonialismo de asentamientos. Según la Ley de ciudadanía israelí (1952), los ciudadanos judíos, incluidos los nacidos en Israel, obtienen la ciudadanía por el hecho de ser judíos, tal y como se establece en la Ley del Retorno (1950), la cual otorga la ciudadanía israelí a cualquier judío del mundo que emigre a Israel. La Ley del

Retorno no es un texto jurídico al uso, dijo el mismo Ben-Gurión al presentarla ante la Knéset, sino una ley fundacional del Estado. Y añadió que la judeidad del Estado no deriva de que exista una mayoría de población judía, sino de su condición como Estado de todos los judíos allá donde se encuentren (Ben-Gurión, 1950: 2035-2037; Bishara, 2005: 38). En cambio, la ciudadanía de los ciudadanos árabes de Israel se concede a entera discreción del Estado judío. La ciudadanía se ofreció únicamente a los no judíos que permanecieron en el lugar y que habían vivido de manera ininterrumpida bajo soberanía israelí entre mayo de 1948 y la fecha de promulgación de la Ley de ciudadanía (quedaron incluidos los 150.000 palestinos que se quedaron en Israel).

Lo anterior significa que la ciudadanía judía se deriva de la naturaleza esencial[213] del Estado, el cual se define a sí mismo como un Estado para todos los judíos del mundo, con independencia de su lugar de nacimiento o residencia, mientras que la ciudadanía árabe es una condición distinta e incidental y no se deriva de la naturaleza de un Estado fundado explícitamente para los judíos[214]. Los palestinos que huyeron durante la guerra, aunque fuese durante un breve periodo de tiempo, y volvieron a sus hogares[215] en algún momento posterior a mayo de 1948, o los que no estaban presentes cuando se llevó a cabo el censo de población, fueron considerados ausentes pese a estar presentes físicamente. A esos "ausentes presentes" se les negó la ciudadanía y el Estado se arrogó el "derecho" a confiscar sus tierras.

El tema aquí no es una mera discriminación del Estado contra una minoría, sino una diferenciación cualitativa entre dos categorías de ciudadanos, unos superiores y otros inferiores. De este modo, el proyecto colonial de asentamientos quedó integrado e inscrito en el edificio jurídico del Estado. Este núcleo colonial se ha disimulado mediante la concesión de derechos civiles y políticos individuales a los ciudadanos árabes (por ejemplo, el derecho a votar), pero se observa con facilidad en la cultura política antiárabe de Israel, en las actitudes racistas hacia los árabes y en la discriminación diaria en la prestación de servicios (la cuestión a la que dedican la mayor parte de su labor parlamentaria los miembros árabes de la Knéset). Se aprecia a simple vista en la actuación del Estado ante las protestas políticas de ciudadanos árabes de Israel que expresan su

identidad palestina y en sus políticas de confiscación de tierras. En ambos casos, Israel trata a sus ciudadanos árabes como adversarios, por no decir enemigos. No me estoy refiriendo aquí a las atrocidades más espantosas como la masacre de ciudadanos árabes en 1956 en la aldea de Kafr Qasim[216], semejante a las matanzas ocurridas durante la guerra de 1948, sino a casos cotidianos de represión como el uso de munición real únicamente contra las manifestaciones de ciudadanos árabes.

El proceso de confiscación de tierras por parte de Israel es un ámbito en el que se observa de manera evidente esta gradación de la ciudadanía. Se trata de un proceso deliberado que recurre a distintas justificaciones sobre el bien público para transferir al Estado tierras confiscadas a los ciudadanos árabes y destinarlas a la construcción de asentamientos judíos, con el objetivo declarado de crear y mantener una mayoría judía en cada distrito, puesto que una mayoría de ciudadanos árabes en cualquier distrito se considera una amenaza demográfica y de seguridad y se trata como tal. A esta política de judaización se le da el nombre aséptico de "desarrollo" para que resulte más aceptable a nivel social. La confiscación en masa de tierras árabes en Galilea, el Néguev y el Triángulo[217] fue el telón de fondo del Día de la Tierra original (30 de marzo de 1976), cuando los ciudadanos árabes declararon una huelga general y organizaron una oleada de protestas sin precedentes.

Desde mediados de la década de 1990 se han promulgado varias leyes regresivas que hacen hincapié en la judeidad del Estado como respuesta a los intentos palestinos de combatir las confiscaciones de tierras, así como su uso discriminatorio por parte de Israel, mediante una estrategia de pedir que se tomase en serio la ciudadanía y se llevase a su conclusión lógica. Esta estrategia palestina buscaba hacer de Israel un Estado de ciudadanía igualitaria —un Estado para todos sus ciudadanos—, lo que resulta completamente incompatible con el sionismo y con la pretendida "esencia" del Estado israelí moderno. La oleada de legislación nacionalista llegó a su punto más alto en 2018 con una nueva ley básica (que en el sistema israelí tiene estatus de norma constitucional) llamada "Israel, el Estado nación del pueblo judío".

Se trata de una ley ideológica y declarativa, pero incluye también

algunos aspectos prácticos. Uno de los objetivos declarados de los redactores de la ley fue eludir las acciones jurídicas de los ciudadanos árabes que se oponían a la discriminación sobre la base de los derechos liberales defendidos por un Tribunal Supremo que, no obstante, opta por la definición discriminatoria de Israel como un Estado de los judíos. Con la legislación se pretendía poner coto a la extensión de los derechos liberales y la igualdad civil, además de limitar el margen de interpretación del Tribunal Supremo, en particular después de la promulgación en 1992 de la Ley Básica sobre la Dignidad Humana y la Libertad.

Un método que emplea el Estado nación judío para limitar la aplicación de los derechos liberales es consagrar el asentamiento judío como un valor estatal básico. La séptima cláusula de la ley afirma lo siguiente: “El Estado considera el asentamiento judío como un valor nacional y actuará para alentar y promover su establecimiento y desarrollo”. En otras palabras, el Estado no es judío únicamente por su carácter y su “naturaleza esencial”, sino que también tiene derecho a construir y desarrollar asentamientos exclusivamente judíos dentro de un Estado que no cuenta con unas fronteras definidas[218].

Yo mismo he escrito con anterioridad lo siguiente:

A simple vista, no hay nada nuevo en esta disposición. Ya desde antes de 1948, el sionismo siguió una política de asentamiento en toda Palestina a través de instituciones como el Fondo Nacional Judío, la Agencia Judía y el propio Estado israelí. Ahora bien, nunca se había plasmado en una ley básica pese a la promulgación de leyes para la confiscación de tierras, por lo que los asentamientos no contaban como un valor reforzado a nivel constitucional […]. Por ejemplo, los asentamientos se solían llevar a cabo en tierras miri (tierras estatales que el Estado israelí consideraba haber heredado de las antiguas potencias dominantes), mediante la compra de tierras (aunque fuese de un modo fraudulento) o por confiscación en nombre del “bien público” (para zonas militares acotadas, carreteras, instalaciones, etc.), antes de destinar la tierra a los asentamientos en un momento posterior. En la nueva ley, el asentamiento en sí se convierte en el bien público por definición; la

tierra se puede confiscar con ese propósito directamente […]. La legislación no se plantea la idea de desarrollar a las comunidades árabes de pueblos y aldeas y de fortalecerlas o expandirlas conforme a la misma ley (Bishara, 2018).

La ley del Estado nación se diseñó también como respuesta a los ciudadanos árabes que solicitaban la residencia en los asentamientos judíos construidos en los terrenos pertenecientes a sus propios pueblos. Esas solicitudes se denegaban siempre. Uno de los solicitantes rechazados apeló al Tribunal Supremo, argumentando que ese rechazo era una discriminación flagrante incuestionable, injustificada incluso a la luz de la judeidad proclamada del Estado (Masri, 2017: 397; Jabareen, 2002: 197). Aun así, los asentamientos de las comunidades judías encontraban distintas maneras de negar la residencia a los ciudadanos árabes, pero la ley del Estado nación judío hizo innecesario ese esfuerzo al afirmar de un modo explícito el carácter judío del Estado y propugnar el derecho a discriminar. Shira Robinson y Mazen Masri llevan razón al decir que la legislación y las políticas estatales hacia los ciudadanos árabes no se deberían tratar como un tema de discriminación contra una minoría, sino que deberían examinarse a través del prisma del colonialismo de asentamientos (Robinson, 2013: 194-8). Ya en 1979, el sociólogo palestino-canadiense Elia Zureik estudió las políticas israelíes dirigidas a los ciudadanos palestinos como un caso de “colonialismo interno” (Zureik, 1979).

En la etapa que los teóricos del colonialismo de asentamientos consideran una fase de nativización antes de 1967, esa “nativización” era de hecho una cultura sabra colonizadora impulsada por unos intentos obsesivos de pertenecer al lugar, negando el carácter del judío exiliado y la condición del árabe autóctono, desposeyendo a estos últimos y, al mismo tiempo, apropiándose de elementos de su cultura nativa. En cualquier caso, el proceso de “normalización” del Estado colonizador (nativización) solamente llevaba en marcha 19 años cuando Israel ocupó el resto de Palestina en 1967, una ocupación que persiste en la actualidad. Según el concepto de Veracini de la nativización, Israel es un Estado colonial únicamente en Cisjordania y Gaza, pero su ansia insaciable

de construir asentamientos impide definirlo como un Estado colonial clásico. De hecho, la implacable colonización israelí de Cisjordania es la prolongación de un proceso que empezó mucho antes de 1967, lo que pone de relieve la naturaleza esencialmente colonial del Estado de Israel. La solución de dos Estados, al imaginar el final de la ocupación de 1967, hace necesario normalizar, o nativizar, al Estado israelí anterior a ese año.

En el contexto de la lucha anticolonial, siempre se presentó a Israel como un caso de colonialismo de asentamientos. Este paradigma interpretativo adquirió mayor vigencia en el floreciente campo de los estudios palestinos y ahora aparece como referencia en revistas académicas (artículos y números especiales), libros y ponencias académicas. Resulta sorprendente la riqueza de esta infinidad de contribuciones, abarcando temas tan diversos como resistencia y derechos indígenas, descolonización, cuestiones medioambientales y movimientos de solidaridad transnacional, colonialismo de asentamientos y neoliberalismo, colonialismo de asentamientos y ordenamiento jurídico, vigilancia y movimientos feminista y queer[219]. Sin embargo, a pesar de la amplia aplicación académica del modelo del colonialismo de asentamientos, ha suscitado numerosas críticas —Veracini (2020) ha respondido por extenso a esas críticas—, incluso por parte de algunos estudiosos palestinos (Hijab y Jaradat Gassner, 2017; Khalidi, 2018; Barakat, 2018: 349-363).

Huelga decir que esta conceptualización de Israel ha sido desestimada por el mundo académico israelí, donde el discurso dominante considera que cualquier crítica al carácter colonial de Israel "equivale a 'traición y autoodio'" (Zureik, 2016: 69-70). En su conjunto, el mundo académico israelí sigue comprometido con la creencia de que el sionismo es, como mínimo, un movimiento nacional ilustrado, cuando no un movimiento de liberación nacional, y que Israel es un Estado nación democrático y liberal (Pappé, 2012: 39), si bien algunos estudiosos israelíes de renombre han utilizado el paradigma colonial de asentamientos en sus investigaciones (Shafir, 1999: 72-85; Neve y Ram, 2016: 20-29; Pappé, 2012: 39-58; 2015: 167-180; Degani, 2015: 84-99).

La investigadora palestina Sabbagh-Khoury ha argumentado que

el resurgimiento del paradigma colonial de asentamientos en las humanidades y las ciencias sociales en Israel puede atribuirse en gran parte a los procesos políticos ocurridos en el seno de la sociedad palestina de Israel a mediados de la década de 1990, en particular el cambio en el discurso político desde la promoción de la solución de dos Estados al planteamiento de un Estado para todos los ciudadanos[220].

La autora muestra que, en parte, este cambio se ha dado gracias a una mayor concienciación política que aboga por la creación de un Estado inclusivo de ciudadanos iguales, el reconocimiento de la identidad y la memoria histórica palestina y el respeto del derecho de retorno y el reconocimiento de la Nakba, lo que conlleva el pleno reconocimiento de la expulsión y la limpieza étnica de los palestinos.

Los estudiosos que recurren al modelo del apartheid para describir la naturaleza del sistema de gobierno de Israel en Palestina suelen estar de acuerdo en que se estableció a través del colonialismo de asentamientos, pero, en su opinión, supone confundir innecesariamente el apartheid con el "colonialismo de asentamientos". No todos los casos de colonialismo de asentamientos derivan en la implantación de un régimen de apartheid. Ahora bien, si aparece ese régimen, su proceso de desmantelamiento es equivalente a una descolonización[221]. El colonialismo de asentamientos puede verse en ocasiones en la arrogancia con la que algunos estudiosos israelíes reconocen y justifican la Nakba. También puede resultar reconfortante en cierta manera: ¿por qué no unirse al club formado por los Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelanda y Australia? Bueno, el colonialismo de asentamientos no es un modo "normal" de construir una nación en el siglo XX, al menos no cuando, a diferencia del caso de los Estados Unidos, Canadá y Australia, la población autóctona sobrevive como una nacionalidad coherente, cuando el Estado creado sobre sus ruinas sigue siendo exclusivo de una etnicidad religiosa en vez de ser un Estado para todos sus ciudadanos y cuando está rodeado de pueblos que comparten la misma etnicidad de los autóctonos

desplazados y ocupados[222].

Al reivindicar un Estado para todos sus ciudadanos dentro de la Línea Verde hace ya 30 años, empleé el término apartheid para describir la realidad de la ocupación en Cisjordania y Gaza. Mi argumento era que los Acuerdos de Oslo engendrarían bantustanes, pero no un Estado (Usher, 1995). Hoy tenemos varios bantustanes, y la única diferencia entre estos y los de Sudáfrica es que "nuestros" bantustanes se niegan a reconocer su penosa realidad. Este resultado era una posibilidad obvia después de la firma en 1993 de la Declaración de Principios de Oslo, pero el entusiasmo injustificado tras el reconocimiento de la OLP por parte de Israel y el regreso de algunos de sus dirigentes a su patria supuso que se prestara una escasa atención a las opiniones contrarias a Oslo fuera del contexto de la lucha interna entre facciones.

El carácter de apartheid del régimen israelí se hizo más evidente tras los Acuerdos de Oslo por dos motivos: en primer lugar, quedaba patente la jerarquía étnica intrínseca de la ocupación y, en segundo lugar, la idea de que este era un caso de colonialismo clásico que acabaría con la retirada israelí y el surgimiento de un nuevo Estado quedó expuesta de modo gradual como un espejismo para muchos palestinos después de la creación de la AP (que asumió la forma de un bantustán) y la intensificación de la construcción de asentamientos judíos.

En Israel, la alienación nacional y cultural y la condición de ciudadanos de segunda clase de la minoría árabe palestina es fruto de un colonialismo de asentamientos que también generó el problema de los refugiados. Sin la expulsión de los refugiados, los palestinos no se habrían convertido en una minoría ni habrían pasado a ser extraños en su propia tierra. Las políticas del colonialismo de asentamientos en la parte de Palestina ocupada en 1967 produjeron un régimen de apartheid.

De la etnocracia al apartheid

El propio régimen del apartheid sudafricano fue creado en un principio por los colonos de los asentamientos holandeses que construyeron primero el Estado moderno de Sudáfrica. De hecho, este fue establecido por el Partido Nacional que ganó las elecciones en 1948[223].

Aunque se emplea el término apartheid para describir algunos otros regímenes coloniales de asentamientos, el apartheid sudafricano sigue siendo único desde el punto de vista histórico. Se puede construir un modelo recogiendo algunas de sus características —por ejemplo, separación racial, jerarquía racial y discriminación jurídica oficial— y ampliando el término "racial" para incluir etnias y otros grupos con identidad. Teniendo en cuenta los aspectos específicos de la doctrina racial del régimen del apartheid sudafricano, se puede utilizar este modelo para analizar otros casos que pueden pasar a considerarse apartheid.

Cuando describimos el sistema israelí como apartheid, es importante tener en cuenta las diferencias entre el apartheid como concepto analítico y el uso del término en el marco de una estrategia política de lucha. En este último sentido, es posible hacer una campaña contra el apartheid e Israel se puede considerar un sistema de apartheid conforme a las convenciones internacionales, en las que no se califica como apartheid únicamente al sistema sudafricano.

La Convención Internacional sobre la Represión y el Castigo del Crimen de Apartheid considera que el apartheid es un crimen contra la humanidad y declara como "criminales las organizaciones, las instituciones y los particulares que cometen el crimen de apartheid"[224]. El artículo II enumera varias prácticas que se emplean para preservar este sistema. La mayoría de ellas, como son el asesinato, la tortura y el trabajo forzoso, ya se consideran delitos con o sin apartheid, pero pueden servir como elementos definitorios

del propio apartheid, “que incluirá las políticas y prácticas análogas de segregación y discriminación racial tal como se practican en el África meridional”[225]. La convención entra en más detalles en los artículos II b), c) y d): “[l]a imposición deliberada a uno o más grupos raciales de condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial” y

[c]ualesquiera medidas legislativas o de otro orden destinadas a impedir a uno o más grupos raciales la participación en la vida política, social, económica y cultural del país y a crear deliberadamente condiciones que impidan el pleno desarrollo de tal grupo o tales grupos, en especial denegando a los miembros de uno o más grupos raciales los derechos humanos y libertades fundamentales, entre ellos el derecho al trabajo, el derecho a formar asociaciones sindicales reconocidas, el derecho a la educación, el derecho a salir de su país y a regresar al mismo, el derecho a una nacionalidad, el derecho a la libertad de circulación y de residencia, el derecho a la libertad de opinión y de expresión y el derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas; [y c]ualesquiera medidas, incluidas las de carácter legislativo, destinadas a dividir la población según criterios raciales, creando reservas y guetos separados para los miembros de uno o más grupos raciales, prohibiendo los matrimonios mixtos entre miembros de distintos grupos raciales y expropiando los bienes raíces pertenecientes a uno o más grupos raciales o a miembros de los mismos[226].

Como dato anecdótico, Israel no firmó la Convención Internacional sobre la Represión y el Castigo del Crimen de Apartheid de las Naciones Unidas de 1973 y Sudáfrica no pidió la retirada israelí de los Territorios Ocupados en 1967. En enero de 1978, “catorce nuevas resoluciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas habían salido adelante sin la participación de Israel en ninguna de las votaciones al alegar ‘hipocresía de los patrocinadores del Tercer Mundo’” (Joseph, 1988: 22-3).

En 1972, Sudáfrica abrió su primera misión diplomática en Tel Aviv y el consulado israelí en Sudáfrica se convirtió en embajada en

1974. Ese año se fundó en Tel Aviv la Cámara de Comercio Israelí-Sudafricana que publicó la Revista comercial Israel-Sudáfrica. En 1975, Sudáfrica replicó por su parte la misma maniobra con la embajada (Geldenhuys, 1979: 3; Joseph, 1988: 22).

En diciembre de 1977, se produjo un embargo aún más estricto que el embargo internacional de armas de 1963 para el Ejército de Sudáfrica cuando el Consejo de Seguridad emitió la Resolución 418, en la que se afirmaba que la "la adquisición por Sudáfrica de armas y material conexo constituye una amenaza para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales". En consecuencia, pasó a ser una obligación que los miembros de las Naciones Unidas cesaran "inmediatamente todo suministro de armas y material conexo de todo tipo a Sudáfrica" (Joseph, 1988: 44). Días después, Moshé Dayán anunció que Sudáfrica era un "buen amigo" y que Israel no lo "dejaría a merced del destino" (Ojo, 1982: 46). No obstante, Israel anunció que respetaría el embargo. Ahora bien, su cumplimiento del embargo quedaría "sujeto a la lectura israelí del documento y, desde luego, excluyendo los compromisos contraídos con anterioridad a la resolución de las Naciones Unidas" (Joseph, 1988: 45)[227].

La Corte Internacional de Justicia incluyó el crimen de apartheid en su desarrollo de los elementos de los crímenes contra la humanidad en el artículo 7 1) j)[228]. La Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial explicó además lo que se entiende por "discriminación racial", clasificándola como

toda distinción, exclusión, restricción o preferencia basada en motivos de raza, color, linaje u origen nacional o étnico que tenga por objeto o por resultado anular o menoscabar el reconocimiento, goce o ejercicio, en condiciones de igualdad, de los derechos humanos y libertades fundamentales en las esferas política, económica, social, cultural o en cualquier otra esfera de la vida pública[229].

El sistema de gobierno de Israel sobre Cisjordania y Gaza y su política explícita de judaización en Jerusalén, codificada en forma de ley, cumple la mayoría de los criterios de la definición del crimen de apartheid. Por ejemplo, los intentos de reducir el número de residentes árabes en Jerusalén están basados en las leyes de inmigración y residencia que tratan a los palestinos autóctonos nacidos en la ciudad como inmigrantes recién llegados a los que se les concedió la residencia cuando Israel ocupó la ciudad en 1967. Los jerosolimitanos palestinos pueden perder su condición de residentes si abandonan la ciudad durante tres años consecutivos para, por ejemplo, trabajar en el extranjero, o bien si se mudan a uno de los pueblos de los alrededores de la ciudad tras verse expulsados por el alto precio de los alquileres urbanos. Ni siquiera el régimen sudafricano del apartheid fue tan creativo al elaborar sus políticas discriminatorias como para tratar a los autóctonos como extraños y a los extraños como propietarios de la tierra[230].

La cuestión de si los colonizados desean liberarse a sí mismos de este régimen luchando por la ciudadanía igualitaria dentro de un solo Estado, o bien con un autogobierno y un Estado aparte, resulta irrelevante para responder a la pregunta de si un sistema político de gobierno concreto es un sistema de apartheid.

Igual de irrelevante es la justificación del Gobierno en cuestión para esas medidas, tanto si se instituyen para garantizar la seguridad de la etnicidad gobernante como para reafirmar su superioridad. Algunas facciones de las coaliciones gobernantes en Israel hablan con franqueza de la necesidad de adoptar todas las medidas necesarias para garantizar la superioridad judía en la “tierra de Israel” desde el río hasta el mar; otras justifican los crímenes de apartheid esgrimiendo argumentos de seguridad para el régimen dominante israelí en Cisjordania y Gaza, el cual permite un autogobierno limitado palestino en guetos aislados detrás de muros, puestos de control y otras tecnologías de separación para limitar su libertad.

Por lo tanto, el sistema israelí se ajusta a los elementos básicos de la definición de un Gobierno basado en el origen étnico en el marco de una jerarquía construida de etnicidades superiores e inferiores, sometiendo a los dos pueblos a un único sistema de poder y una

única economía mientras que preserva la separación jurídica a través de dos sistemas de derechos diferenciados. Dado que el término apartheid se acuñó por primera vez en afrikáans, el idioma de los colonos de Sudáfrica, parece adecuado que el sistema colonialista de asentamientos de Israel, que combina conquista, desplazamiento, expropiación y confiscación de tierras y espacios, se conozca por sus términos hebreos: un sistema de kibbush y nishul (entendido en hebreo como ocupación directa y otras formas de conquista, confiscación de tierras con desplazamiento de la población autóctona, colonización forzosa, denegación de la identidad de los lugares y judaización).

A la hora de intentar establecer el carácter colonial de asentamientos del Estado israelí y la creación de un sistema similar al apartheid, es esencial reconocer primero sus características distintivas e incluso constatar su naturaleza excepcional. La distinción se examinará aquí brevemente y se ilustrará mediante la comparación con Sudáfrica y el colonialismo francés en Argelia.

En primer lugar, no tiene sentido negar el éxito de la construcción de una nacionalidad israelí judía que deja fuera a la población autóctona. Los colonos franceses en Argelia no pusieron en práctica un proyecto así, mientras que los blancos sudafricanos se acabaron convirtiendo en una más de las partes que conforman la nación sudafricana unida. Los árabes que están convencidos de esta posición realista se sorprenderán al descubrir que el propio Israel niega la creación de esta nacionalidad e insiste en presentarse como la encarnación de una nación judía global.

En segundo lugar, al igual que en Argelia y Sudáfrica, la población autóctona no se convirtió en un pueblo indígena que pidiese derechos culturales e indemnizaciones, sino que siguieron desarrollando su carácter nacional y sus aspiraciones nacionales como árabes palestinos.

En tercer lugar, a diferencia de la Sudáfrica del apartheid, la población palestina de los Territorios Ocupados no está separada de la población judía en el marco de una única ciudadanía. Es decir, no comparten la ciudadanía israelí y, aunque viven bajo el mismo régimen, no se les considera parte del Estado. En cambio, los negros sudafricanos sí eran ciudadanos, separados de los ciudadanos

blancos por sistemas diferentes de derechos y obligaciones[231]. Además, los enfoques internacionales y árabes hacia Cisjordania y Gaza las tratan como zonas ocupadas. Sin embargo, a diferencia del caso francés en la Argelia ocupada, la separación total y la soberanía palestina resultan imposibles por la intensidad de la construcción de asentamientos y otras medidas de integración, es decir, por el propio colonialismo de asentamientos. Además, los colonos en Palestina no tienen una madre patria a la que volver, salvo que consideremos la ocupación de 1967 como el único proyecto colonial de asentamientos y al Israel "propiamente dicho" (dentro de sus fronteras de 1949) como la patria de los colonos, obviando que el Israel de 1949 ya era de por sí un Estado colonizador. Este es el planteamiento de la solución de dos Estados que Israel ha rechazado e imposibilitado.

En cuarto lugar, la proximidad geográfica entre colonizador y colonizado en Cisjordania y la Franja de Gaza recuerda más al apartheid sudafricano que a una colonia de ultramar. Al mismo tiempo, el régimen del kibbush es un sistema de separación racista caracterizado por dos sistemas jurídicos separados bajo la misma soberanía israelí.

En quinto lugar, al igual que en el caso de Israel, las políticas de asentamiento del colonialismo francés en Argelia fueron amplias, pero, mientras que Francia intentó imponer la lengua francesa a los argelinos en Argelia, Israel no ha intentado imponer el idioma hebreo ni judeizar a los palestinos ("solamente" sus tierras y su historia). Israel tampoco se anexionó legalmente los Territorios Ocupados a excepción de Jerusalén y los Altos del Golán, pese a que continúa construyendo asentamientos judíos por todas partes.

Por lo tanto, el colonialismo sionista habita un espacio entre los dos modelos extintos de los holandeses en Sudáfrica y las prácticas coloniales francesas en Argelia. Aglutina algunas de las características principales de ambos. El sistema israelí es un régimen colonial de asentamientos similar al apartheid y, desde luego, la lucha palestina por la justicia puede invocar la convención reconocida internacionalmente ya mencionada contra el apartheid.

Cada vez son más las organizaciones de derechos humanos, entre ellas algunas estadounidenses e israelíes, que utilizan de hecho el

término apartheid para describir el régimen israelí impuesto a los palestinos en Cisjordania y Gaza.[232] El expresidente estadounidense Jimmy Carter empleó también el término para describir la ocupación israelí en Cisjordania y Gaza en ausencia de una solución de dos Estados (Carter, 2006). Ahora que cada vez son más oscuras las perspectivas de un Estado palestino soberano dentro de las fronteras de 1967, no hará falta mucho tiempo para que esta denominación se imponga en todo el mundo. Israel no podrá mantener el sistema existente sin aceptar este término y sus connotaciones.

Con independencia de si el régimen de Israel se engloba en la categoría de colonialismo de asentamientos, apartheid o en ambas, es importante tener en cuenta que se trata de un diagnóstico interpretativo de una estructura dominante y del proceso que la engendró. En ese sentido, no denota ni necesita de ninguna "solución" política en particular, sino que puede derivar en distintas situaciones finales.

Veracini lleva razón al observar que "la colonización de asentamientos, un acto colonizador en el que los colonos no contemplan regresar a ningún otro sitio, sigue siendo una historia de victoria total o fracaso total" (Veracini, 2010: 115). Concuerdo en lo esencial con Nadim Rouhana cuando dice que el colonialismo de asentamientos en Palestina es un proyecto en curso cuyo fin aún no se ha determinado (Rouhana, 2015: 1-2). No obstante, que Israel sea una estructura colonial de asentamientos y que no haya logrado nativizarse no implica necesariamente que vaya a ser desmantelada. Los resultados políticos o las llamadas soluciones no quedan determinadas únicamente por el diagnóstico de la estructura. Intervienen y deben considerarse muchos otros factores, algunos de ellos ya comentados en la primera parte de este libro.

¿Una solución de un Estado?

La opción de un único Estado para todos sus ciudadanos, tanto árabes como judíos, no se volvió a plantear en serio después de 1948. Cuando se declaró el Estado de Israel, los árabes veían el sionismo como un movimiento colonial que pretendía establecer un Estado en un territorio ya habitado por otra gente. La Declaración Balfour no era ningún secreto. Pese a que los planes sionistas de establecer un Estado judío quedaron enmascarados en un principio por el término "patria para los judíos", su significado verdadero no se le escapaba a nadie, salvo que la ignorancia fuese deliberada. El objetivo de un Estado judío que fuese también un Estado para todos los judíos del mundo, no solamente para los que ya vivían en Palestina, impidió —y sigue impidiendo— cualquier debate serio sobre la ciudadanía igualitaria compartida.

El movimiento sionista ha sido persistente al enmarcar la idea de un Estado judío en Palestina como la única solución concebible para la cuestión judía. En opinión del propio movimiento, esa es la justificación de la existencia misma del sionismo. Un Estado judío era la razón de ser del movimiento sionista desde sus inicios en la diáspora, cuando la Declaración Balfour y el propio proyecto de asentamientos aún no eran más que un sueño lejano. El sionismo nunca formuló un programa para una entidad política en la que árabes y judíos convivieran, con dos breves excepciones. La primera fue articulada por pensadores influenciados por el sionismo cultural de Asher Ginsberg (1856-1927), conocido por su nombre hebreo Ajad Ha'am, quien se tomó en serio la distinción entre la patria y el Estado. La segunda partió de movimientos como Hashomer Hatzair en la década de 1930, el cual se trataba de un movimiento sionista socialista profundamente implicado en el proyecto de asentamiento colonial en Palestina que practicaba el socialismo en los kibutzim.

Con la consolidación del Estado de Israel, es absurdo pensar que el sionismo o alguna de sus ramas —o Israel y alguno de sus grandes

movimientos sociopolíticos— aceptaría un único Estado democrático para los dos pueblos como marco de una solución a día de hoy. Aun así, la ciudadanía igualitaria es la clave para la coexistencia en un Estado sin hegemonía sionista, y ofrece también una alternativa a la población judía, a la que habrá que convencer de que no hace falta un Estado excluyente judío. Hablo de legitimar la presencia judía y la entidad política judía en Palestina a través de una ciudadanía igualitaria compartida y el reconocimiento del carácter nacional de la población judía en Israel. No solamente es necesario como mensaje de coexistencia, sino que, aún más importante, lo es para la imagen propia de cualquier movimiento de liberación palestina y para un mayor entendimiento de Israel.

Cuando se propuso brevemente el marco de un único Estado en el pasado, por ejemplo a iniciativa de Fatah a finales de la década de 1960[233], los israelíes lo percibieron como la versión más novedosa del llamamiento a la desaparición de Israel. La OLP volvió a plantear la solución de un Estado en forma de programa para "un Estado democrático laico" que garantizara la igualdad total de derechos entre los habitantes del país: musulmanes, cristianos y judíos (únicamente se nombraron las afiliaciones religiosas, no las nacionales). Por desgracia, no se trazó ningún camino para habilitar la colaboración judeo-árabe con el fin de transformar la idea en un programa político práctico, sino que el Estado democrático se contempló más bien como un corolario derivado de la liberación de Palestina. En cualquier caso, la idea no tardó en perder popularidad.

La propuesta de la OLP difería del Estado binacional planteado tiempo atrás por otros actores. El modelo de Hashomer Hatzair, por ejemplo, preveía el reconocimiento de las dos comunidades nacionales en Palestina, cada una de ellas como una entidad diferenciada dentro de un solo Estado. Esta propuesta incorporaba la idea de una patria nacional para los judíos sin necesidad de un Estado nación; la entidad resultante podría hacer las veces tanto de Estado binacional como de patria para los árabes y los judíos en Palestina, permitiendo que ambos grupos ejercitasen su libre determinación como nación. Esta idea hundía sus raíces en el pensamiento de los intelectuales judíos que creían en un vínculo judío especial con Palestina, pero consideraban también que no

hacía falta que cristalizase en un Estado judío. De los años veinte a los sesenta del siglo XX, varios grupos políticos abogaron por la creación de un Estado binacional. Aparte de Hashomer Hatzair, el Partido Comunista Palestino —por aquel entonces un partido judío antisionista— promocionó un Estado binacional para árabes y judíos poco antes de la creación de Israel. Ahora bien, cambió de posición enseguida cuando la Unión Soviética apoyó la partición de Palestina, tras lo que pasó a respaldar con entusiasmo al Estado judío y tomó parte en la llamada guerra de independencia.

También estaba el partido de corte humanista Brit Shalom (Alianza por la Paz), que no creía que el carácter único del pueblo judío justificase la cristalización de sus aspiraciones de libre determinación en un Estado judío que supusiese una injusticia para la mayoría palestina autóctona. Brit Shalom incluía a figuras políticas y académicas como Arthur Ruppin, Hugo Bergmann y Martin Buber, quienes pretendían "llegar a un entendimiento entre judíos y árabes por lo que respecta a la forma de sus relaciones sociales mutuas en Palestina sobre la base de la igualdad política absoluta de pueblos culturalmente autónomos" (Greenstein, 2014: 11). Brit Shalom sugirió crear un consejo legislativo con paridad entre judíos y árabes que administrase el Estado binacional sobre la base de la igualdad de derechos, con independencia del tamaño de cada grupo en un momento dado (Hermann, 2005: 385). La organización defendía que el binacionalismo limpiaría de influencias imperialistas al sionismo y permitiría que los judíos se integrasen en el mundo árabe circundante (Zohar, 2013: 80).

Ijud (Unión) fue un movimiento binacional que surgió en 1942 y se mantuvo activo hasta mediados de los sesenta. Este movimiento heredero de Brit Shalom fue liderado por el presidente de la Universidad Hebrea, Judah Magnes, y el filósofo Martin Buber. Ijud abogaba por una forma de gobierno "basada en la igualdad de derechos políticos para ambos pueblos" y llegó a proponer una unión federal entre Palestina y los países vecinos que "garantizase los derechos nacionales de todos sus habitantes", además de un pacto entre esa federación y "una Unión Angloamericana que forme parte de la futura Unión de los pueblos libres" (Greenstein, 2014: 47).

Estas ideas fueron desestimadas por los sionistas dominantes, tanto de izquierdas como derechas, antes de que llegaran incluso a los palestinos, quienes en cualquier caso las habrían descartado en ese momento al rechazar el proyecto sionista en su totalidad.

En Israel, el movimiento radical de izquierdas Matzpén (Brújula) insufló nueva vida a la idea de un solo Estado en la década de 1960, pero expresándola en clave marxista. Pese a que este grupo político socialista y antisionista apenas contaba con varias docenas de miembros (la mayoría judíos, pero también árabes), se mostró muy activo durante el auge en los años sesenta de la juventud radical de izquierdas y los movimientos estudiantiles en Occidente, que por otra parte no se extendieron a Israel. Matzpén, la expresión más audaz de este radicalismo en Israel, no hacía concesiones al sionismo. Después de la guerra de 1967, exigió el fin inmediato de la ocupación y expresó su solidaridad con las organizaciones palestinas de resistencia. En ese sentido, concordó con el Partido Comunista Israelí, pero Matzpén llegó a solicitar la "des-sionización" de Israel, incluyendo la abolición de todas las formas institucionalizadas de supremacía política judía, y abogó por un Estado socialista en el que árabes y judíos convivieran. Matzpén difundió ideas audaces y revolucionarias en una sociedad nacionalista y militarista, pero siempre fue un grupo pequeño y marginado con tendencia a la fragmentación en facciones.

Yo mismo retomé la idea de un Estado binacional en una entrevista para Race and Class en 1995, puesto que tenía claro que el Acuerdo de Oslo no conduciría a una buena solución de dos Estados, sino más bien a una "bantustanización"[234].

Una serie de libros y artículos académicos recientes (Halper y Naser-Najjab, 2021; Azoulay y Ophir, 2012; Morris, 2009) sobre la cuestión del Estado binacional en Palestina han dado pie a un intenso debate, y también ha emergido un nuevo activismo de base sobre el tema, por ejemplo la campaña Un Estado Democrático[235], la Asociación por Un Estado Democrático en Israel/Palestina[236] y la Fundación Un Estado[237]. También se empieza a hablar de una confederación política (Bahour y Avishai, 2021).

Tras el apartheid, los sudafricanos rechazaron la idea de distintas "naciones" en favor de un Estado nación multicultural, multilingüe,

multirreligioso y multiétnico con una ciudadanía indiferenciada. En Palestina ya hay dos comunidades nacionales distintas con ambiciones nacionales diferentes. Por lo tanto, a pesar de que el binacionalismo podría parecer más cercano al statu quo, desde el punto de vista político no es realista a la luz del equilibrio de poder actual en Palestina, en el sentido de que no se percibe como una solución posible en las negociaciones actuales.

En Sudáfrica, el Congreso Nacional Africano (CNA) consideró la ciudadanía igualitaria en el seno de un Estado multicultural como la piedra angular de su plataforma política. El CNA representaba a una mayoría de la población que había sido privada sistemáticamente de sus derechos civiles y políticos dentro de un solo Estado y, en gran medida, no contaba con ambiciones nacionales separatistas. En cambio, el movimiento de liberación nacional palestino fue ante todo un movimiento de refugiados; cuando se creó la OLP, la mayoría de los palestinos no vivían bajo el dominio del Estado colonizador. No reconoció al Estado de Israel, por lo que tampoco podía exigir la igualdad de derechos en su seno. Mientras que, en un principio, la OLP exigía la liberación completa de Palestina del Estado ocupante, desde mediados de la década de 1970 se fue inclinando de forma gradual hacia la idea de un Estado nación específicamente palestino en los territorios de Palestina ocupados en 1967.

La primera y la segunda Intifada en Gaza y Cisjordania fueron alzamientos o revueltas contra la ocupación, no manifestaciones a favor de la igualdad de derechos civiles y políticos bajo un único Estado, y lo mismo cabe decir de las protestas de mayo de 2021 contra las políticas de ocupación y los asentamientos en Jerusalén. Ninguna fuerza política palestina seria se ha marcado como objetivo la creación de un único Estado que incorpore a las nacionalidades judeo-israelí y árabe-palestina. Y aunque hubiese sido el caso, es poco probable que Israel se plantee esa propuesta a día de hoy en las negociaciones, que siguen siendo el único eje de la estrategia política de los dirigentes palestinos.

Al margen de otras desavenencias, los grupos de todo el espectro político palestino —izquierda, derecha, islamista, nacionalista— se decantan por un Estado palestino independiente. Aun así, el hecho

de que la sugerencia de los demócratas palestinos de un Estado binacional sea reciente no le quita seriedad ni la hace menos merecedora de debatirse. Más bien al contrario. Además, no veo ningún gran impedimento ideológico ni estructural para que los palestinos acepten una solución así. Redunda en interés del pueblo palestino impulsar un programa democrático que incluya el derecho de retorno y preserve otros derechos palestinos inalienables, aportando al mismo tiempo una alternativa racional y justa a los israelíes judíos.

Si los propios palestinos respaldan esta idea, tampoco habrá obstáculos de peso por parte del mundo árabe. El comportamiento real de la gente apunta a la aceptación de una lucha por la igualdad de derechos bajo un único régimen, pese a que el discurso de los activistas de las distintas facciones políticas siga siendo dogmático.

El problema verdadero es que Israel nunca ha aceptado esta posición hipotética, y no ha habido ninguna fuerza política o social israelí que apoyase el paradigma binacional. Ese es el obstáculo principal para su adopción por parte de una élite política palestina que ve en las negociaciones de paz su única opción, es decir, las negociaciones con Israel tal y como transcurren a día de hoy con el desequilibrio de poder actual. El modelo binacional no puede concebirse como una “solución” negociada en el contexto de las dinámicas de poder existentes, pero entonces tampoco habrá una versión aceptable de la solución de dos Estados.

El discurso, las proclamas y las estrategias de esas fuerzas palestinas que respaldan distintas formas de lucha armada para la liberación de Palestina (aunque lo que hacen se queda, si cabe, en resistencia armada), se oponen al binacionalismo y al espíritu del planteamiento uniestatal. En el caso de los islamistas, resultan incompatibles con la idea misma de una ciudadanía democrática en un Estado secular.

Si algo está claro es que no tiene sentido esperar a que un segmento importante de la sociedad israelí se muestre favorable a la propuesta. Los poderosos no renuncian a sus privilegios por voluntad propia, y no cabe duda de que la solución de un Estado conllevaría renunciar a privilegios. Más si cabe en el caso de un único Estado democrático y laico, basado exclusivamente en la

ciudadanía igualitaria con independencia de la nacionalidad, que en el caso de un Estado binacional, el cual, por muy laico y democrático que fuese, se sustentaría en el reconocimiento de dos naciones al estilo de una unión federal (en cambio, el modelo confederativo no es más que otra versión del modelo biestatal).

Por otra parte, tampoco hay una democracia árabe importante en la región que sirva de modelo político atractivo como alternativa, ni tampoco un Estado árabe dedicado al bienestar de todos sus ciudadanos sin importar su origen étnico o religioso. El único ejemplo hasta la fecha es Túnez, un país relativamente homogéneo en el plano étnico y religioso que, aun así, sigue mostrando señales de inestabilidad.

Una fuerza política organizada árabe que presenta un programa que lucha por un Estado de ciudadanía y derechos colectivos igualitarios para los ciudadanos palestinos de Israel es la Asamblea Democrática Nacional (Balad), un partido político árabe en Israel. En respuesta a las iniciativas de Balad, Israel hizo todo lo que estuvo en su mano para restarle valor a su programa, como por ejemplo promulgar legislación al respecto, hacer hincapié en la judeidad del Estado y contrarrestar sus aspiraciones democráticas.

Quienes han llegado a decantarse por una solución de un Estado en los últimos años lo han hecho en gran medida porque creen que la solución de dos Estados con las fronteras de 1967 es un “paradigma fallido”, o bien porque se han dado cuenta de que la solución de dos Estados prevista no puede incluir el derecho de retorno. Este cambio de opinión no se basa en la certeza de que la solución de un Estado tenga más probabilidades de éxito. El fracaso de la solución de dos Estados no implica de por sí el éxito del modelo uniestatal. Ahora bien, si hablamos únicamente desde la teoría, un único Estado binacional democrático es el modelo que mejor satisface los derechos nacionales y civiles de los palestinos, al mismo tiempo que ofrece una visión democrática a los israelíes judíos.

El motivo individual más importante por el que el modelo uniestatal no está logrando avances políticos tangibles es que Israel (tanto el Estado como la población) lo descarta, y no existe ningún movimiento judío serio que pueda defenderlo frente a la opinión pública. Todo lo contrario, ya que las fuerzas sionistas liberales y de

izquierdas hacen advertencias apocalípticas sobre las posibles consecuencias de retener el control de zonas como Gaza con una gran densidad de palestinos. En este contexto, la solución de un Estado se presenta como una amenaza y un peligro grave que solamente se podrá evitar aceptando a regañadientes la solución de dos Estados. Este tipo de retórica de la llamada izquierda sionista no es lo que se dice un apoyo rotundo al modelo uniestatal. En el plano oficial, por temor a que la evolución natural sobre el terreno derive inexorablemente en una realidad uniestatal similar al apartheid[238], Israel se decanta por una solución nominal de dos Estados, su posición oficial desde tiempos de Sharón, pese a los intentos de Netanyahu (y de Naftalí Bennett) de abandonar incluso la idea de un Estado palestino teórico.

En resumen, un solo Estado democrático no es ahora mismo una alternativa viable a una solución negociada de dos Estados, ni tampoco resulta inevitable a raíz del fracaso de la solución de dos Estados. De hecho, Israel no acepta ni una solución de dos Estados ni la de un solo Estado binacional para judíos y árabes, optando por mantener y consolidar en Palestina su modelo de colonialismo de asentamientos similar al apartheid[239].

Es imposible ignorar que Israel no está dispuesto a integrarse en la región a través de soluciones de compromiso justas, sino que prefiere imponerse por la fuerza. Este panorama invita a hacer una comparación entre el contexto árabe-israelí actual y el de los Estados de las Cruzadas en las regiones árabes. Por supuesto, no se puede hacer una analogía estructural entre los dos: aunque el surgimiento de Israel como Estado fue el fruto de un proyecto colonial, una limpieza étnica y un impulso imperialista, se convirtió en un Estado nación moderno en un orden mundial moderno; los cruzados crearon reinos feudales religiosos en una época anterior al nacionalismo. Israel construyó una economía avanzada y un ejército moderno, desarrolló armas nucleares y disfruta del apoyo de los Estados Unidos y de su compromiso incondicional con la seguridad en los términos que determina Israel; los reinos cruzados no gozaron de esa superioridad. La comparación gira en torno a un único rasgo compartido: la sensación de ser una entidad ajena e ilegítima en la región y actuar como tal.

Incluso después de que los árabes propusiesen numerosas soluciones e iniciativas de paz a nivel oficial, Israel optó por no integrarse en la región. En su opinión, es la región la que debe acomodarse a las necesidades de Israel y cambiar en consecuencia, no al revés. El hecho de que Israel haya concluido numerosos acuerdos y convenios bilaterales con países de la región no sirve para refutar este argumento. Los Estados cruzados nunca habrían sobrevivido si sus únicas bazas hubiesen sido la destreza militar y la habilidad para construir fortalezas. Al menos uno de los cuatro reinos cruzados sobrevivió 190 años firmando distintos acuerdos con varios principados y sultanatos colindantes y sacando partido de las divisiones entre las fuerzas rivales para sembrar la discordia. Aun así, de estos acuerdos nunca surgió una paz auténtica. Los reinos cruzados continuaron siendo anomalías regionales, tanto a nivel cultural como político, rechazados por la población y existiendo únicamente en la medida en que los líderes musulmanes del momento se mostraron incapaces de derrotarlos en una batalla. De hecho, los Estados cruzados fracasaron pese a todas sus treguas y sus acuerdos, sus campañas militares y sus masacres.

Hago esta comparación para provocar una reflexión sobre las opciones que Israel ha rechazado y la decisión que ha tomado de ser un Estado judío de apartheid, una elección contraria tanto a la solución de dos Estados como a la de un Estado. En resumen, después de establecerse mediante la agresión violenta, Israel ha optado por dar continuidad a su existencia como una avanzadilla aislada de carácter colonial con asentamientos, sin relacionarse de verdad con su entorno más allá de los vínculos con los regímenes árabes autoritarios que se enfrentan a su propia población. Vive del uso de la fuerza, de firmar acuerdos y treguas temporales y de sacar provecho de las rivalidades y diferencias regionales. Por mucho tiempo que pase, Israel no gana legitimidad a ojos de quienes la rodean, y nunca la ganará mientras siga sin reconocer las injusticias infligidas a los palestinos ni acordar una solución justa con ellos.

Al oponerse a cualquier acuerdo que implique lo que muchos árabes y muchos palestinos consideran una solución justa y legítima, Israel se ha condenado al conflicto perpetuo. Con independencia de que pueda acabar imponiendo una solución injusta, en el plano histórico ha optado por la guerra permanente, motivo por el que sigue sin

tener legitimidad a ojos de sus vecinos.

No abundaré más en la comparación entre el conflicto contemporáneo y las campañas de los cruzados. No es ese el propósito de este capítulo y los contextos históricos son completamente distintos. Podríamos justificar la analogía haciendo mención a las numerosas alianzas forjadas entre los Estados cruzados y sus vecinos, como el pacto con los emiratos del norte que permitió que los cruzados de Antioquía se abrieran paso hasta Jerusalén. Podríamos citar los argumentos esgrimidos para justificar las Cruzadas, como la decisión del trastornado califa fatimí al-Hakim de incendiar la iglesia del Santo Sepulcro. Incluso podríamos profundizar en la instrumentalización de la religión para movilizar combatientes. No obstante, en última instancia nos toparemos con las objeciones legítimas sobre las diferencias cualitativas entre el sistema internacional contemporáneo y el orden imperante en la época de los reinos cruzados, sobre que los Estados modernos son distintos en esencia de las entidades políticas y los principados de aquella era, sobre que el papel de la religión ha cambiado y sobre que la relación entre Israel y Occidente es mucho más cercana y eficiente que la que había entre los reinos cruzados y Europa (el papa Urbano II, que murió dos semanas después de la caída de Jerusalén, no llegó a enterarse de la noticia). Y, cómo no, también está el papel que desempeñan la ciencia y la tecnología. La idea es que, en el pasado, en esta región hubo reinos desvinculados de su entorno, establecidos mediante conquistas y asentamientos sin integrarse en la región, sino atrincherándose en fortalezas aisladas y explotando las rivalidades entre las entidades políticas locales. El objetivo de la comparación no es imaginar ingenuamente que Israel pueda tener un final parecido al de los reinos cruzados. Aquellos reinos cruzados no podrían haber cambiado ni haberse integrado en una época en la que la religión era el elemento principal de la cultura. Israel y el mundo árabe sí pueden cambiar y ser cambiados. Los factores que sustentan la consolidación del modelo de apartheid israelí pueden servir para cambiar la situación.

Al rechazar todas las soluciones posibles con cierto grado de legitimidad, Israel ha optado por atrincherarse tras sus muros, sobreviviendo por medio de la disuasión coercitiva y sacando partido de las disputas internas árabes, tanto entre distintos

regímenes como entre los regímenes despóticos y su ciudadanía.

Esta situación podría hacerse permanente. A día de hoy, es una opción que está muy arraigada en la opinión pública israelí. Se apoya en la posición de fuerza que le proporciona a Israel su malsana relación con los Estados Unidos, una relación bilateral sin parangón en los tiempos modernos. Por lo tanto, a corto plazo no parece probable que Israel vaya a aceptar una solución ni con uno ni con dos Estados. Además, aunque los palestinos sigan rechazando las propuestas injustas, también tendrán que proponer un programa democrático sólido para judíos y árabes. Esa es una forma de resistencia que cosechará logros parciales pero de peso, y evitará que se siga normalizando este apartheid de colonialismo de asentamientos. Para conseguirlo, los palestinos necesitan una estrategia de resistencia a largo plazo que incluya a las fuerzas democráticas de dentro y fuera de la región.

Se trata de una larga lucha que se debe gestionar de manera correcta. El tiempo no corre necesariamente a favor de Israel. Una de las lecciones más importantes de los últimos 70 años es que el tiempo juega a favor de quien mejor lo aprovecha.

Capítulo 9

OBSERVACIONES FINALES

La cuestión de Palestina es la causa justa de un pueblo que fue víctima de un proyecto organizado y colonialista de asentamientos, cuya pretensión era establecer un Estado judío mediante la conquista y cambiando por la fuerza la estructura demográfica de Palestina. El resultado de todo ello fue la Nakba de 1948. El régimen del Estado colonialista de asentamientos surgido entonces adoptó en sus inicios la forma de una etnocracia. Más adelante, después de que Israel ocupara el resto de Palestina en 1967 y llegara a gobernar directamente el pueblo palestino en Cisjordania y Gaza, el régimen adoptó un sistema de kibbush y nishul similar al apartheid que bien podría tildarse, en pocas palabras, de régimen de apartheid israelí.

Los palestinos ya poseían una conciencia de país, aspiraciones y un liderazgo nacional, mientras que el movimiento sionista funcionaba como un proyecto colonial de asentamientos en Palestina con el que buscaba hacer realidad su propia ambición nacional autodefinida como un Estado judío en Palestina. Este proyecto no podía llevarse a cabo sin una limpieza étnica y sin cometer un sociocidio y politicidio contra los palestinos, acarreando atrocidades como masacres y saqueos, en lo que constituye todo un robo a mano armada en pleno siglo XX. La autojustificación, la disonancia cognitiva, la amnesia y la mitología necesarias para mantener la cordura de una "sociedad civilizada" tras la comisión de actos de este calibre han sido componentes constitutivos de la cultura de la sociedad de colonos en el nuevo Estado, dedicado eficazmente a la tarea de construir una nación.

Este ejemplo claro de colonialismo de asentamientos, que arraigó en Palestina durante la era de la descolonización, ha acabado siendo especialmente complicado y enojoso debido a la coyuntura de la cuestión judía y la cuestión árabe, así como a la partición imperialista del Levante árabe. Ambas cuestiones y sus repercusiones se han tratado con detenimiento en la primera parte de este libro. Quizás sea injusto que los palestinos, el pueblo de un pequeño país árabe de la costa oriental mediterránea, hayan tenido

que soportar las consecuencias de complejas historias, ideologías e intereses de regímenes de Europa, los Estados Unidos y el mundo árabe. Pero la historia no es justa ni injusta. Esta es la realidad que hasta la fecha ha impedido imponer a Israel una solución justa, o relativamente justa, y corresponde a Israel afrontar este hecho.

Las víctimas del colonialismo no son los buenos de la película, ni la sociedad colonialista está formada por malos. No podemos esperar que las víctimas hagan siempre lo correcto o que adopten sistemáticamente la posición moral más elevada, como algunos intelectuales parecen creer o esperar que hagan. En cualquier caso, se exige a las élites palestinas, especialmente a los dirigentes políticos, que mantengan un ethos de liberación sin dejar de lado un programa democrático. Otras naciones colonizadas consiguieron su independencia sin tener que rendir cuentas incesantemente de las palabras y los actos de sus dirigentes. Sin embargo y desgraciadamente, este lujo no está a disposición de los palestinos debido a las complejidades que acabamos de citar.

Ni el sionismo ni Israel fueron las víctimas en ninguna fase del conflicto. Además, nunca fueron “unos pocos” contra “unos muchos”. La monopolización del victimismo por parte del ocupante, así como la connivencia con este engaño de las grandes potencias occidentales, especialmente las sucesivas administraciones estadounidenses, no es más que una de las dimensiones discursivas que sostienen y reproducen continuamente el statu quo colonial de la población de los asentamientos.

La calamidad palestina comenzó en 1948, cuando los palestinos fueron expulsados de su patria por milicias organizadas de colonos que se consideraban un movimiento nacional y que intentaban cambiar la demografía de Palestina y establecer un Estado judío. Este es también el origen del conflicto árabe-israelí. Los intentos poco sinceros de iniciar el debate a partir de la ocupación de 1967 distorsionan deliberadamente la historia con fines políticos.

El recuerdo de la Palestina anterior a 1948 es importante no solamente en el plano de la identidad personal, sino también en el ámbito político. El reconocimiento de este recuerdo es lo que hace que la aceptación de un Estado palestino en Cisjordania (incluida Jerusalén Este) y Gaza, o que la aceptación de la igualdad en un

Estado binacional en Palestina, sean compromisos históricos. Además, ya no hablamos únicamente de una memoria colectiva palestina intangible. Al refutar los mitos israelíes predominantes sobre la Nakba y (re)escribir la historia de Palestina antes de 1948 para describir y documentar la limpieza étnica de su pueblo, los historiadores críticos palestinos e israelíes han demostrado que escribir la historia, incluso en un marco académico, ha dejado de ser un privilegio exclusivo del vencedor.

La mayor parte de los palestinos acabaron convirtiéndose en refugiados; Israel se negó a aplicar el derecho al retorno de acuerdo con la Resolución 194 de las Naciones Unidas; Cisjordania cayó bajo administración jordana y Gaza bajo administración egipcia. Los pocos palestinos que consiguieron permanecer en su tierra natal se convirtieron en ciudadanos israelíes y vivieron bajo la ley marcial hasta 1966. El Estado se definió a sí mismo como un Estado judío —y un Estado para judíos— mientras trata a sus ciudadanos árabes como si fueran extranjeros dentro de su propio país. Esta definición de la nación y del Estado es la raíz de las numerosas contradicciones inherentes a la concepción de Israel como una democracia exclusivista para los judíos, muchos de los cuales no son ciudadanos de Israel y pertenecen a otras naciones, democráticas en su mayor parte. A pesar de parecer posiciones ideológicas independientes, e incluso antagónicas en los inicios del sionismo, con el tiempo se ha generado una confluencia única entre el nacionalismo extremista y el fundamentalismo religioso en el seno de una sociedad israelí militarizada.

Producto en un principio de la interacción entre las iniciativas palestinas y el orden árabe bajo el liderazgo del ámbito panárabe, la OLP consiguió construir una entidad nacional institucional y convertirse en la representante reconocida del pueblo palestino como movimiento de liberación, sobre todo después de 1967, cuando la organización se encontraba bajo el control de las facciones comprometidas en la lucha armada.

La guerra de 1967 no fue una guerra defensiva, sino una guerra agresiva. Israel planeaba derrotar a los regímenes panárabes que estaban construyendo Estados y ejércitos modernos, especialmente el Egipto de Nasser. Israel pretendió también anexionarse territorios

en Cisjordania y utilizar los territorios ocupados en el Sinaí y los Altos del Golán como moneda de cambio para concluir una paz incondicional con Egipto y Siria y sin resolver la cuestión de Palestina. Para los regímenes árabes, esto era sinónimo de capitulación tras una derrota militar.

Jerusalén Este quedó anexionada y se puso en marcha el proyecto de asentamientos en los nuevos territorios ocupados. Tras la guerra de 1967, el moderno y laico Estado colonial de asentamientos pasó a identificarse cada vez más con la mítica tierra bíblica de Israel (Eretz Yisrael). El componente religioso del sionismo, inherente a la definición de la nación y a su conexión con Palestina, se expresaba por medio de una ideología religioso-nacionalista que dio origen a un nuevo proyecto colonialista de asentamientos en Cisjordania. Esta ideología se fue trasladando gradualmente a la corriente principal de la sociedad israelí.

La paz bilateral entre Egipto e Israel (1979) puso de manifiesto la percepción israelí de la cuestión palestina como un tema independiente del conflicto árabe-israelí. Facilitó el objetivo de la guerra de 1967 de Israel de obligar a los países árabes a aceptar acuerdos de paz con Israel a cambio de los Territorios Ocupados en 1967, pero sin justicia para los palestinos. El bilateralismo como forma de recuperar los Territorios Ocupados resultó ser un modelo exclusivo para Egipto e Israel que no pudo aplicarse con otros países árabes ni con la OLP después de los Acuerdos de Oslo. Desde el momento en que se apartó a Egipto del conflicto, las amenazas de guerra de los Estados árabes vecinos perdieron inmediatamente toda credibilidad e Israel perdió toda motivación para devolver ninguno de los Territorios Ocupados en 1967. Todas las amenazas aparentes que surgieran más adelante para la seguridad israelí provendrían de movimientos de resistencia armados.

La paz por separado con Egipto dio un nuevo significado al reconocimiento oficial árabe de la OLP como único representante legítimo de los palestinos. Esta paz, además, cambió la forma en que veían el conflicto los regímenes árabes, a cuyos ojos la paz con Israel es la llave para el corazón de los Estados Unidos. En pocas palabras, la cuestión palestina se convirtió en el problema de los palestinos. Los regímenes árabes podrían (o no) ofrecer ayuda y

apoyo, pero había dejado de ser ya una responsabilidad compartida. Esta postura no solamente distorsiona la historia, sino que también va en contra de la opinión pública predominante en los países árabes[240].

La primera Intifada palestina obligó a Israel a abordar la cuestión palestina y a sentarse con la OLP, que atravesaba una profunda crisis tras la guerra de Kuwait (1991) y el hundimiento del orden árabe y de la Unión Soviética. A cambio de reconocimiento, la OLP estaba dispuesta a renunciar a su estatus de movimiento de liberación nacional, que tanto le había costado conseguir, y a convertirse en una autoridad subordinada bajo la soberanía israelí.

Esa fue la esencia real de los Acuerdos de Oslo, que no se basaron en la aceptación mutua de principios clave como suele suceder en todas las negociaciones de paz. En lugar de ello, el proceso de paz consolidó el desigual equilibrio de poder entre colonizador y colonizado y se desarrolló de acuerdo con el sesgo proisraelí del consenso interno de los Estados Unidos e Israel. Ese consenso rechaza hoy día la retirada a las fronteras anteriores a junio de 1967 (incluida Jerusalén Este), el desmantelamiento de los asentamientos y una solución justa a la cuestión de los refugiados (los tres “noes” israelíes que se explican en el capítulo 4). La sociedad israelí, cada vez más derechista, trata a los palestinos solamente como un problema demográfico. En el mejor de los casos, puede aceptar desprenderse de los centros más densamente poblados por árabes y conservar el resto. La fórmula es un secreto a voces: máximo de tierra, mínimo de árabes.

Los Acuerdos de Oslo despejaron el camino para que muchos países del Sur Global desarrollaran relaciones con Israel. El acuerdo no fue el motivo real de la normalización de las relaciones bilaterales, pero proporcionó una excusa muy práctica: si los palestinos lo habían hecho, todos los demás también podían hacerlo.

La segunda Intifada, la necesidad estadounidense de contar con aliados árabes en la guerra contra Irak (2003) y el deseo de los Estados Unidos de refutar las acusaciones de doble rasero forzaron la mano de Israel. Actuando para adelantarse a una hoja de ruta estadounidense para la paz, Israel optó por retirarse de la parte más poblada de los Territorios Ocupados (la Franja de Gaza) e

intensificar el proyecto colonial de asentamientos en Cisjordania (incluida Jerusalén Este).

La imposibilidad efectiva de un Estado palestino, la agresiva expansión de los asentamientos y las políticas de separación de Israel (incluida la construcción de un muro de separación) son las características más significativas del sistema de apartheid instituido en Palestina. Este sistema es una ampliación del colonialismo de asentamientos y no una mera ocupación por parte de un "Estado normal" (por ejemplo, un estado colonial de asentamientos nativizado) de la tierra de otro Estado (el Estado ocupado de Palestina, que es miembro de la ONU). Por lo tanto, la naturaleza de este régimen justifica una campaña antiapartheid.

Los Estados Unidos no presionaron a Israel para que reactivara el proceso de paz debido a su estrecha alineación estratégica con el país, a la influencia del lobby israelí tanto en Washington como en la política interior estadounidense y ante la ausencia de presiones oficiales árabes.

En la era Trump, esta estrecha alineación se convirtió en una identificación total con las posiciones y la ideología de la derecha religiosa nacionalista israelí. La intersección entre la marcada teología bíblica del sionismo cristiano evangélico y la extrema derecha israelí dio lugar a una nueva posición política estadounidense sobre Palestina. La iniciativa de paz Trump-Netanyahu, el llamado "acuerdo del siglo", no solamente acentuó la alineación proisraelí de los Estados Unidos, sino que también logró reunir en un único texto todos los chiboletes sobre Palestina propios de la propaganda israelí y de las narrativas religioso-nacionalistas sionistas.

Estos acontecimientos han planteado profundos interrogantes sobre la utilidad de una estrategia palestina basada únicamente en negociaciones de paz patrocinadas por los Estados Unidos. El capítulo 7 aborda esta cuestión y brinda la oportunidad de refutar el mito infundado del rechazo árabe y, antes al contrario, demostrar que el desdén hacia las iniciativas de paz ha sido una política constante de Israel. El capítulo 7 ofrece también la oportunidad de realizar un análisis textual minucioso de los persistentes mitos y falacias de la propaganda israelí que se abrieron camino en una

propuesta de paz oficial de los Estados Unidos.

El camino hacia delante

¡Buscar estrategias y no soluciones!

El camino que queda por recorrer requiere comprometerse en una lucha nacional democrática por la justicia y la igualdad. El modelo político concreto bajo el que cuajarán la justicia y la igualdad únicamente cristalizará en el transcurso de la lucha y por medio de un largo diálogo una vez que se hayan aceptado determinados principios. El sistema político puede acabar adoptando finalmente la forma de un único Estado binacional o de dos Estados. En ambos casos, el sistema debería ser un Estado inclusivo para todos sus ciudadanos en el que el Estado palestino mantenga su carácter árabe y el israelí su carácter judío. Ambos modelos pueden abordar las cuestiones de los refugiados y la ciudadanía, pero ninguno de ellos surgirá de las negociaciones actuales.

En cualquier caso, este libro no aborda el debate desde la perspectiva de las soluciones porque ni el colonialismo ni el apartheid son dilemas que requieran remedios creativos. Son regímenes institucionalizados injustos a los que hay que hacer frente y no cabe imaginar ninguna solución realista, viable ni justa en las condiciones actuales, independientemente de que se base en una solución de un Estado o en una solución de dos Estados. Quizás haga falta una reorientación política para alejarse de las negociaciones actuales y avanzar hacia una lucha a largo plazo para lograr la justicia para el pueblo palestino. En el horizonte no hay negociaciones que prometan una “solución de un Estado” en lugar de la “solución de dos Estados” que las negociaciones han sido incapaces de construir. Por ese motivo no hablo aquí de soluciones, sino que hago hincapié en la lucha por la justicia en toda Palestina.

Tras la Nakba, el movimiento palestino de liberación nacional se afianzó rápidamente en la diáspora, en los campos de refugiados y

entre los palestinos de clase media con estudios viviendo en el extranjero y acabó convirtiéndose en el movimiento del pueblo palestino en su conjunto. Cuando quedó reducido a una entidad política truncada en Cisjordania y Gaza, el movimiento sufrió un proceso de fragmentación que pronto lo dividió en dos partes diferentes: una en Cisjordania y otra en la Franja de Gaza. Cada una de ellas contaba con su propia agenda política y su propio interés por mantener el poder. Esto no es una estrategia a menos que el objetivo sea mantener el statu quo.

Hoy día, las distintas circunscripciones palestinas despliegan formas diferentes de resistencia contra el mismo régimen de ocupación. La resistencia continuará inevitablemente dada la incesante lucha que supone vivir en un sistema de ocupación similar al apartheid, si bien una estrategia coordinada a nivel nacional podría revolucionar el impacto de esa resistencia cotidiana. En cualquier caso, la cuestión de la estrategia atañe tanto a las distintas facciones y partidos como a los dirigentes de las dos autoridades palestinas. Aunque estas últimas no parezcan interesadas en dirigir un movimiento de liberación y probablemente sean incapaces de hacerlo, los dirigentes deberían, no obstante, tener respuestas sobre los programas futuros, las vías para participar en la lucha y las estrategias prospectivas. No se trata de una cuestión teórica, sino que atañe directamente a la organización política.

En el caso del pueblo palestino, el deber de resistencia reviste una especial importancia tanto si la liberación adopta la forma de un Estado palestino (acompañado de otras estipulaciones para el pueblo palestino fuera de Cisjordania y la Franja de Gaza) como si se trata de un Estado binacional árabe-judío o de una confederación de dos Estados. El pueblo palestino aceptaría cualquiera de estos modelos siempre que implique cuando menos cierto grado de justicia. Pero el pueblo palestino no puede elegirlo de forma unilateral y el régimen de apartheid no se ha comprometido con seriedad en la búsqueda de soluciones.

Por tanto, la respuesta a la pregunta “¿qué hay que hacer?” es la siguiente: no puede haber estrategia sin un agente o claridad sobre las funciones de los líderes. Las estrategias políticas teóricas siempre tienen como base una organización política. Los estudios analíticos

como el presente pueden describir tendencias, pero no pueden formular estrategias a menos que se dirijan a una organización específica que ya haya definido sus objetivos.

Repetir clichés y eslóganes alejados del momento político actual y que únicamente sirven para preservar la identidad de una facción o un partido en particular no es una respuesta.

¿Cómo puede una organización de liberación desarrollar una estrategia de liberación cuando ha sido subordinada a una autoridad constreñida con su propia estrategia, una que a efectos reales incapacita y soslaya el papel de la propia organización de liberación?

Al tiempo que en Cisjordania ha seguido adelante el proyecto israelí de asentamientos durante todo el llamado proceso de paz, los esfuerzos políticos de la Autoridad Palestina se han canalizado en dos vías. La primera es la recaudación de fondos (con sus complementos y accesorios políticos), garantizando así la supervivencia de la AP y su capacidad para prestar servicios a los palestinos que viven bajo su autoridad. Esta labor se ha visto obstaculizada ante los repetidos intentos israelíes de ejercer el control mediante presiones financieras cada vez que surge un conflicto con la AP. Mientras tanto, la AP ha seguido desempeñando sus vitales funciones de seguridad para Israel. Tanto es así que los dirigentes palestinos incluso han alardeado de sus logros en la coordinación de la seguridad ante la opinión pública israelí y los medios de comunicación occidentales, para asombro del público árabe y palestino. La segunda vía de la actividad política palestina se ha centrado en los esfuerzos por ingresar en organismos internacionales formales con el fin de consolidar el estatus internacional de un Estado.

Aunque se ha hablado mucho de resistencia pacífica, rara vez se actúa en consecuencia aparte de las iniciativas locales en pueblos y ciudades sometidos a confiscaciones de tierras y ataques de colonos o las de los afectados directamente por el muro ilegal de separación. En Jerusalén ha aumentado la resistencia civil dada la intensificación de la judaización y el contacto directo de los residentes con la ocupación y ante la ausencia de la AP y de sus obligaciones de seguridad. El estancamiento del llamado proceso de

paz, el debilitamiento de la AP por los sucesivos Gobiernos de derechas israelíes y la arraigada competencia entre Hamás y Fatah han aumentado la posibilidad de que las protestas se extiendan a Cisjordania.

La evolución más peligrosa desde 2007 es el conflicto interno palestino. Las luchas por el poder estallaron incluso antes de que se haya establecido un Estado palestino, y esto ha absorbido la energía de los implicados en la política palestina, no solamente a nivel local sino en la región árabe y en todo el mundo. Cuando Fatah se enteró del acuerdo de Trump, la organización mostró su inquietud por la cuestión de quién sucedería a Abbas como presidente de la AP y por su conflicto continuado con Hamás. Los conflictos internos de Fatah y las cambiantes alianzas políticas que engendran, cuyos entresijos escapan al ciudadano medio, se han convertido en un tema de conversación cotidiano en Cisjordania y distraen a los palestinos de la lucha contra la ocupación. Por su parte, la autoridad de Hamás ha sobrevivido al asedio de Gaza y ha ganado experiencia a la hora de impedir los ataques israelíes. Sin embargo, no supone una alternativa ni para una estrategia de lucha contra el sistema de apartheid israelí ni para la administración de los asuntos de la sociedad palestina.

La realidad de la AP y las exigencias de su trabajo no solamente socavaron a la OLP como instrumento en la lucha internacional por Palestina, sino que también marginaron a los movimientos de solidaridad popular que en su día apoyaron la lucha palestina por la liberación. La AP puso todos los huevos en la misma cesta y depositó su confianza exclusivamente en la Casa Blanca como principal mediador en las negociaciones. Hasta el mandato de Trump no se dio cuenta de que no puede depender de las buenas intenciones de los Estados Unidos para dirigir las negociaciones hacia una paz justa y, en lugar de reavivar la lucha popular contra un régimen innegablemente apartheid, pidió al Cuarteto que mediara en las negociaciones porque los Estados Unidos no eran un “intermediario honesto”.

Mientras tanto, los movimientos de solidaridad desviaron su atención hacia el asedio de la Franja de Gaza. El declive de la OLP como movimiento de liberación nacional y el ascenso de Hamás

dieron a los rivales internos de la OLP la oportunidad de islamizar la causa palestina. Esto ha influido negativamente en la opinión pública de muchos países y ha reforzado la concepción errónea del conflicto como un conflicto religioso. Esto beneficia a Israel, que tiene un claro interés en presentar la cuestión de Palestina como un conflicto eminentemente religioso.

Además, la polarización política de las dos "autoridades" rivales de Cisjordania y Gaza socavó en gran medida el valor simbólico del movimiento de liberación palestino en el Sur Global, que era antes una importante fuente de apoyo político. Preocupada por el conflicto entre las dos autoridades y muy dependiente de las decisiones de las administraciones estadounidenses, la AP se fue distanciando del movimiento democrático mundial de solidaridad con Palestina.

Al mismo tiempo, sin embargo, el movimiento mundial de solidaridad con Palestina se ha reavivado en los últimos años gracias a valientes iniciativas civiles palestinas que continúan la lucha pacífica contra el apartheid y los colonos en Jerusalén y varios pueblos de Cisjordania, y gracias también a una asertiva generación de jóvenes palestinos de la diáspora que capitaliza las reacciones democráticas liberales y de izquierdas contra el populismo de Trump y su total identificación con la derecha israelí.

A la espera de las elecciones israelíes

Una estrategia que dependa de que el centroizquierda sustituya en algún momento a la extrema derecha en el Gobierno israelí es una ilusión letal. La izquierda sionista israelí está prácticamente extinguida en la política dominante y carece del más mínimo peso político. Además, merece la pena recordar que durante la Nakba y la guerra de 1967 Israel estaba dirigido por el movimiento obrero sionista y que las dos intifadas tuvieron lugar cuando el Partido Laborista ocupaba el poder. Las cosas han cambiado, pero en realidad la nostalgia por aquella época no es más que un anhelo de negociaciones fútiles e interminables.

La verdadera lucha por el poder en Israel se libra entre la sección de la derecha que se alía con los partidos religiosos ortodoxos y la sección de la derecha que se niega a hacerlo debido a las opiniones encontradas sobre los derechos y deberes en la ciudadanía y sobre las restricciones religiosas de los partidos religiosos en las coaliciones gobernantes. En lo que atañe a Palestina, no existen diferencias significativas o sustanciales entre ellos. Independientemente de las coaliciones gubernamentales, el consenso de la opinión pública en Israel se aferra a los tres “noes” que ya hemos comentado. Pero la opinión pública israelí puede cambiar por otros medios: una lucha de resistencia que impida la normalización del apartheid y que extraiga un precio de la economía israelí; una campaña mundial antiapartheid que propugne un discurso de justicia democrática; y la presión internacional, en particular la estadounidense. Este último método requiere estrategias que no dependan de la ayuda oficial árabe, sino de la sociedad civil estadounidense y de los alineamientos con los movimientos sociales progresistas, los lobbies afroamericanos, los lobbies musulmanes estadounidenses, los movimientos judíos progresistas, etc.

Los votos de los ciudadanos árabes palestinos de Israel en las

elecciones nacionales podrían ser relevantes si el objetivo es organizar a los árabes de Israel como ciudadanos y como un grupo étnico nacional que luche por sus derechos y por la preservación de su identidad árabe palestina. En cualquier caso, cualquier estrategia que dependa de sus votos para esclarecer cuestiones de guerra y paz o la política israelí hacia Palestina está condenada al fracaso porque supone que la aprobación por el Gobierno israelí de un acuerdo con los palestinos dependería de una minoría judía en la Knéset a la que se unieran los votos árabes para superar al bloque nacionalista-religioso. Esta fantasía subestima la centralidad del sionismo y la judeidad del Estado y sobreestima la democracia israelí. También fomenta la "israelización" de los árabes en un país que se define explícitamente a sí mismo como un Estado judío.

Paralelamente a la palestinización, los ciudadanos árabes también están experimentando un proceso de israelización, que se manifiesta en la vida cotidiana de los ciudadanos árabes a través del ejercicio de diversas dimensiones de la ciudadanía, como el pago de impuestos y la expectativa de recibir servicios estatales; la exigencia de acceso a la función pública, a los derechos civiles básicos, a unos programas escolares y una educación universitaria adecuados; y la exposición a los medios de comunicación y la cultura hebreos. Estos procesos paralelos producen híbridos culturales y aumentan la conciencia y las expectativas cívicas tanto de los palestinos como de los israelíes. Se trata de un proceso orgánico inevitable. Los palestinos de Israel marginarían por tanto cualquier movimiento nacional que ignorara la importancia de sus reivindicaciones cotidianas de derechos civiles. Sin embargo, la israelización más allá de estos requisitos pragmáticos corre el riesgo de distorsionar tanto la igualdad de ciudadanía como la identidad nacional. La única forma de asimilación que puede adoptar la política árabe en Israel sin renunciar a su identidad palestina es la basada en un programa que aspire a hacer del Estado uno para todos sus ciudadanos y que reconozca también la identidad nacional de los ciudadanos palestinos. Un programa así concede a los árabes derechos civiles individuales como ciudadanos iguales, al tiempo que preserva los derechos colectivos para los árabes palestinos dentro de Israel. Además, es compatible tanto con una solución aceptable y relativamente justa de dos Estados como con el modelo de un Estado binacional[241]. Cualquier otro proyecto asimilacionista

obligaría en última instancia a los árabes palestinos de un Estado judío a vivir como medio árabes y medio israelíes, en lugar de como árabes palestinos en su totalidad y ciudadanos de pleno derecho[242].

La tendencia de la AP de animar a un subgrupo de palestinos (los ciudadanos árabes de Israel) a apoyar al centro-izquierda sionista es un grave error porque se basa en una comprensión deformada de Israel. Los ciudadanos árabes de Israel pueden contribuir a la lucha de liberación aferrándose a la causa justa de su pueblo, manteniendo su identidad como palestinos y persistiendo en su lucha civil por la igualdad de derechos como ciudadanos en un Estado basado en la ciudadanía, que por definición contradice al sionismo. Además, la experiencia ha demostrado que en el Israel de hoy día es necesaria una mayoría judía para que cualquier decisión importante de política nacional se considere legítima[243].

Estrategia de resistencia a largo plazo

En los Territorios Ocupados, un movimiento de resistencia eficaz necesita un plan a largo plazo. El papel de la AP es administrar y organizar de forma competente los asuntos cotidianos de los palestinos que viven en las regiones bajo su supervisión. Teniendo en cuenta que la AP se ha convertido básicamente en un aparato de seguridad cuya función principal es proteger a Israel y en un proveedor de servicios sin soberanía ni derechos básicos —ni siquiera libertad de movimiento para sus propios funcionarios—, no es de extrañar que muchos aboguen por su disolución. La AP no solamente ha impuesto al pueblo palestino acuerdos que ahora casi todo el mundo reconoce como desastrosos, sino que también ha exonerado a la potencia ocupante de todas sus responsabilidades de Gobierno civil sin liberar a su propio pueblo de la ocupación. Sin embargo, la disolución de la AP desencadenaría una guerra civil que destruiría cualquier logro restante y que probablemente acabaría con el aparato de seguridad de la AP tomando el control directo con el apoyo israelí.

Existe una dimensión adicional que se debe tener en cuenta: el papel histórico de la AP en contraposición a sus posiciones políticas. El pueblo palestino no puede quedarse sin instituciones económicas, educativas, sanitarias, sociales y policiales. Cualquier pueblo que luche por la liberación colectiva debe mantener su capacidad de autoorganizarse y atender sus necesidades cotidianas. El pueblo palestino no puede sobrevivir, perdurar ni desarrollarse sin instituciones y órganos básicos con poder para administrar la sociedad. Estas instituciones podrían ser las de la actual AP, que ha logrado algunos avances en la esfera civil, y siempre que pueda soportar las consecuencias de poner fin a la coordinación en materia de seguridad, aunque ello suponga repetidas incursiones israelíes en sus territorios o sanciones a los dirigentes de la AP.

La aceptación de la continuidad de la AP —para llevar a cabo

funciones domésticas críticas, construir instituciones y contribuir al desarrollo humano— permitirá el establecimiento de instituciones políticas con nuevos horizontes y la articulación de programas que afronten la dura realidad sobre el terreno, fortaleciendo a su vez la lucha contra el apartheid en diferentes frentes. Las preocupaciones de los palestinos de Jerusalén, Cisjordania, la Franja de Gaza e Israel (dentro de la Línea Verde) son inseparables, dado que pertenecen a un único pueblo que vive bajo soberanía israelí. Las protestas de mayo de 2021 en solidaridad con Jerusalén y Gaza unieron a los manifestantes palestinos de ambos lados de la Línea Verde, pero no alteraron las diferentes realidades a las que regresaron una vez que amainaron las protestas.

La lucha a largo plazo contra el sistema de apartheid de Israel se compone de elementos como la construcción de instituciones económicas, educativas y sanitarias; el refuerzo de las estructuras vitales para mantener la resiliencia y los medios de subsistencia en Cisjordania (incluida Jerusalén), la Franja de Gaza, Israel, el mundo árabe y la diáspora, así como la coordinación de todos estos elementos vitales bajo la dirección de un sistema político.

La amenaza de Mahmud Abbas de disolver la AP en su discurso del 1 de febrero de 2020 ante la Liga Árabe tras el anuncio del acuerdo Trump-Netanyahu no representaba una nueva forma de pensar ni una estrategia constructiva. Era retórica vacía del tipo que el propio Abbas criticó en una ocasión que utilizaban las facciones armadas palestinas. En su discurso, Abbas dijo que había pedido a los ocupantes que volvieran a asumir sus responsabilidades de la AP[244]. ¿Qué significa eso exactamente? En cualquier caso, era patente que Israel rechazaría su “invitación”.

La verdadera cuestión se centra en el papel de la AP y en las posibles opciones políticas de las que aún dispone en el marco de una estrategia de liberación coherente (que los actuales dirigentes son incapaces de idear al estar atrapados en una enrevesada red de subordinación a Israel). La AP podría seguir funcionando en el marco de una estrategia coherente de este tipo, pero solamente como un poder administrativo central que facilite la autonomía palestina, con autoridades locales o municipios que gestionen los asuntos de la población y presten servicios de policía local, sin

coordinación alguna en materia de seguridad con Israel, ¡para luego desafiar a Israel a disolver la AP y volver a ocupar Cisjordania! No lo hará. En lugar de eso, Israel intentará influir en la AP y entrometerse e interferir en sus asuntos internos mediante intrigas, amenazas de castigo y promesas de recompensa.

Este tipo de confrontación necesita el espíritu político combativo de una élite política que admita que la colaboración con Israel no le convencerá para retirarse de Cisjordania y conceder a la AP independencia y soberanía. Lo único que conseguirá es reproducir el modelo del Bantustán. Para hacer frente a estos desafíos, un movimiento de liberación nacional debe estar bien organizado y unido.

La disolución de la AP únicamente desembocará en el mandato de un aparato de seguridad en Cisjordania y otro en la Franja de Gaza y sin que exista un Estado palestino. En cualquier caso, si bien los servicios prestados por la AP son indispensables, la organización no lidera políticamente al pueblo palestino. Así pues, si bien es necesario dejar de lado la idea de que el principal cometido de la AP es proteger la seguridad y la estabilidad de Israel, también es esencial revivir a la OLP como representante del colectivo palestino. Este renacimiento puede ser real y genuino si se produce como resultado de la adopción de una nueva visión e incluye a las nuevas fuerzas de la sociedad palestina. De lo contrario, será un acto nominal y una mera representación.

Recuerdo al lector que todo esto es una opción política que se puede adoptar o rechazar. No se trata ni de una conclusión teórica ni de una necesidad histórica.

Hay miles de jóvenes activistas en Palestina y en la diáspora, sin conexión con las facciones de la AP y la OLP, que buscan oportunidades de calado para contribuir a la lucha de liberación. Estos jóvenes participan en iniciativas de base de todo tipo, pero carecen de un marco nacional para su integración.

Desde la firma de los Acuerdos de Oslo y hasta la actualidad se ha vaciado sistemáticamente a la OLP y se la ha despojado de su esencia, estructura y poderes (o quizá no sistemáticamente, sino como resultado involuntario de la creciente importancia de la AP).

Es como si la misión de la organización fuera fertilizar la semilla que culminó en el nacimiento de Oslo, tras lo cual pudo ser desechada. Es más, parece que esta fue la única razón por la que Israel reconoció a la OLP en Oslo. El objetivo era explotar la legitimidad de la OLP para obtener el acuerdo y hacer que modificara su Carta[245], antes de obligar a la OLP a ceder el escenario a la AP.

Una reconciliación entre Fatah y Hamás a través de la mediación árabe no bastará para reconstruir la OLP y esto solamente se podrá llevar a cabo implicando a un abanico mucho más amplio de actores. La OLP es el marco necesario para emprender tareas urgentes, como integrar en la lucha los esfuerzos de los jóvenes activistas políticos y civiles de Palestina y de la diáspora.

Independientemente de la forma que adopte el próximo CNP y teniendo en cuenta la evolución estructural desde Oslo, el CNP debe incorporar al Consejo Legislativo electo de la AP y a otros delegados electos de la diáspora. Hay que incorporar las diversas facciones, los partidos militantes, los sindicatos y las organizaciones de la sociedad civil.

La primera tarea del nuevo CNP es aprender las lecciones políticas del fracaso de los Acuerdos de Oslo. No hay que perder el tiempo discutiendo sobre la rescisión de los acuerdos firmados con anterioridad porque Israel ya los ha anulado a efectos prácticos. Cualquier evaluación lúcida de las condiciones actuales del pueblo palestino requiere interiorizar el hecho de que en el horizonte no hay ningún acuerdo negociado.

El movimiento nacional palestino debería reconocer la situación como lo que es: una condición colonial no resuelta que ha adoptado la forma de un régimen de apartheid. El valor simbólico visceral de Palestina para los árabes y para el Sur Global deriva del carácter colonial militarizado del régimen israelí. Los diversos pueblos árabes se enfrentan a sus propias dificultades en forma de regímenes opresivos y problemas de refugiados, pero la causa palestina toca una fibra sensible a todos ellos porque se trata de una cuestión colonial que afecta a toda la región árabe y que sigue desempeñando un papel importante en el cambiante contexto geopolítico actual, afectando también al vínculo entre Israel y los

regímenes árabes autoritarios que los gobiernan.

¿Es la causa palestina una cuestión primordial para los árabes de la región en general? Para los árabes en su conjunto, sin duda, pero no necesariamente para todas y cada una de las sociedades árabes por separado. Por ejemplo, no es una prioridad para los sirios, que se encuentran inmersos en su propia lucha nacional contra el despotismo para preservar su país. Lo mismo puede decirse de los iraquíes que se enfrentan al sectarismo, la corrupción y la intervención extranjera, los egipcios que se enfrentan al autoritarismo militar y la pobreza, los sudaneses, los libios, los yemeníes… y la lista continúa. Si bien los pueblos árabes se enfrentan a sus propias dificultades nacionales y tienen sus propias prioridades, los árabes como grupo siguen identificando a Palestina como una prioridad y hacen del apoyo a esta causa un componente de la identidad árabe[246].

Israel amenaza la soberanía de todos los países árabes mediante intervenciones regionales que avivan los conflictos internos o interfiriendo en las relaciones bilaterales de los países árabes con sus vecinos de África y Asia. De la región se espera su adhesión a las condiciones establecidas por la política exterior y las necesidades de seguridad israelíes, del mismo modo que se moldea y divide continuamente en “extremistas” y “moderados” según los criterios de Israel.

Como se ha demostrado en Egipto, Jordania y Sudán del Sur, la normalización con Israel no resuelve los problemas económicos o sociales internos. Lo mismo puede decirse de los países a los que se extorsiona para que normalicen sus vínculos con Israel, como Sudán y Marruecos. Por el contrario, la normalización suele ser fuente de crisis sociales y políticas. La única manera de resolver los problemas socioeconómicos es mediante procesos democráticos que no solamente protejan los derechos políticos, sino que también aborden la justicia social y el desarrollo humano.

No es de extrañar que un nuevo liderazgo palestino pretenda movilizar el apoyo a la causa palestina a través del compromiso diplomático con tantos países árabes y no árabes como sea posible, pero no podrá descuidar a la opinión pública ni parecer desinteresado por las preocupaciones de la opinión pública árabe.

Adoptar un discurso democrático en la lucha contra el régimen colonial israelí de apartheid permitirá que la lucha de liberación recupere su credibilidad mundial.

Un discurso democrático de la justicia

En su intento por adoptar una pose pragmática y como si de una revelación asombrosa se tratara, los regímenes árabes que normalizan sus relaciones con el Estado judío afirman que Israel es un hecho consumado. Israel es un hecho establecido desde hace mucho tiempo, al igual que el pueblo palestino y el régimen de apartheid al que se enfrenta. Esos son también hechos innegables.

No se puede ser un verdadero activista por la liberación de la ocupación en el siglo XXI y al mismo tiempo despreciar el sufrimiento de los pueblos árabes sometidos a una dictadura, del mismo modo que no se puede rechazar el despotismo y al mismo tiempo despreciar la lucha contra el racismo y la ocupación de las tierras árabes. Quienes opten por no expresar una postura clara contra el despotismo en el mundo árabe cuando menos deben permanecer en silencio.

Un movimiento de liberación nacional se alinea, al menos indirectamente y a través de su discurso y sus objetivos, con tendencias públicas más amplias que exigen la democratización en los países árabes. Si la lucha palestina se centra en combatir las estructuras de apartheid producidas por el sistema colonial de asentamientos en Palestina, sus demandas son entonces inherentemente democráticas, al igual que la lucha del Congreso Nacional Africano contra el apartheid en Sudáfrica se basaba de forma intrínseca en principios democráticos.

La AP quiere convertirse en un Estado mediante negociaciones, pero sin luchar contra el sistema de apartheid israelí sobre el terreno ni en la política regional e internacional. Esta estrategia no puede ser un marco democrático de liberación nacional que unifique a los palestinos. Si bien habrá quien no esté de acuerdo, insisto además en que el Estado palestino que hipotéticamente podría haber surgido de la vía de Oslo es lo que existe ya hoy en gran medida, con algunas modificaciones más el apelativo puramente ceremonial

de Estado. Una solución relativamente justa de dos Estados no puede lograrse mediante negociación y sin lucha. Sin embargo, la lucha no culminará necesariamente en un Estado. Pueden surgir otras formas de justicia o haber otros resultados a tenor de la intransigencia israelí, la connivencia estadounidense y acontecimientos exógenos irreversibles. Quienes han fetichizado la idea de un Estado obtenido mediante negociaciones son incapaces de percibir esta realidad.

La causa palestina es la liberación de la ocupación, de la discriminación racial y del desplazamiento, así como de la fragmentación palestina. Solamente un discurso de justicia democrática puede combinar todas ellas y dirigir una lucha que podría cambiar las condiciones de las negociaciones.

Palestina como espacio demográfico y territorial está sometida a diversos grados de confiscación de tierras, usurpación del carácter nacional y a sistemas de vigilancia y control por parte de una única autoridad israelí. Los palestinos de Cisjordania y la Franja de Gaza, Israel y Jerusalén se ven sometidos al mismo régimen. Sin embargo, sus circunstancias respectivas son diferentes, igual que sucede con sus respectivas formas de resistencia. La cuestión de los refugiados es parte integrante de esta misma realidad de apartheid colonial de asentamientos. En 1948, el proyecto colonial impuso la separación étnica mediante la expulsión y el desplazamiento para convertir a una minoría judía en mayoría, establecer un Estado judío y "heredar" no solamente la tierra, sino también las posesiones de los nativos. En la actualidad, adopta la forma de ocupación y discriminación étnica. Hoy día ya no se puede prever ni aplicar una "solución" a la cuestión palestina que incluya únicamente a un subgrupo del pueblo palestino. El abyecto fracaso de las negociaciones que pretendían esa solución en particular ha demostrado lo monumentalmente absurdo de esa ambición.

Esta nueva estrategia requiere que todos los palestinos se comprometan en la lucha contra el régimen de apartheid israelí. Esto a su vez requiere un alto grado de organización y coordinación, sin dejar de lado el contexto y las características específicas de cada uno de los subgrupos palestinos y de sus formas de resistencia. No hace falta que los distintos grupos palestinos

sigan la agenda de una única autoridad, pero sí que luchen bajo una organización paraguas. Es importante contar con líderes locales que gestionen de forma independiente los asuntos de la circunscripción y ciudadanía correspondientes a cada uno de ellos, al tiempo que trabajan por una liberación nacional integradora.

Los jóvenes palestinos, que representan ya la tercera generación en la diáspora, han demostrado ser modernos, comprometidos, hábiles, conectados y eficaces en sus respectivas sociedades de acogida. Si intentaran establecer una organización política, serían acusados inmediatamente de pretender suplantar a la OLP. Este es el mismo dilema al que se enfrentan todas las facciones políticas que ahora se encuentran en un callejón sin salida político.

Las iniciativas de la diáspora son importantes porque influyen en la opinión pública de todo el mundo y demuestran que el colectivo palestino sigue implicado en la lucha a pesar de la crisis de liderazgo político. Sin embargo, a largo plazo estas iniciativas no serán eficaces al no estar conectadas a un movimiento coordinado capaz de influir en la política palestina. Si quieren hacerse con una mayor influencia política, es fundamental que todas estas iniciativas fragmentadas se unan bajo un marco común.

La solución de un Estado y la lucha armada

La alternativa a las negociaciones como estrategia exclusiva no es retornar a las viejas estrategias. La realidad árabe que antaño diera origen a las organizaciones armadas a lo largo de las fronteras árabe-israelíes ha cambiado de forma radical e irreversible. La resistencia armada actual presente en la Franja de Gaza y el Líbano ha dejado claro tanto de palabra como de obra que no es más que una forma organizada de defensa y disuasión. Esta resistencia ha adoptado una forma institucional en la Franja de Gaza, pero no constituye una estrategia de liberación, sino más bien una estrategia para defender Gaza y proteger los logros políticos de su autoridad gobernante. En mayo de 2021, Hamás intentó ampliar su disuasión a Jerusalén, principalmente para impedir que Israel cambiara el estatus de la mezquita de al-Aqsa y desplazara a los residentes palestinos de Jerusalén para transferir ilegalmente sus hogares a colonos judíos. La capacidad de Hamás para soportar los ataques israelíes y responder con misiles a las ciudades israelíes aumentó su popularidad entre palestinos y árabes y sirvió para mejorar su estatus regional e internacional. Aunque no cambió la realidad de Jerusalén ni se convirtió en una estrategia de liberación, sí envió el mensaje de que la ocupación no continuará impunemente con sus infracciones.

Dejando a un lado los eslóganes y la retórica, ni Hamás ni Hizbulá creen realmente en su propia capacidad para destruir Israel. Ninguna de las dos organizaciones comenzó como un movimiento de liberación nacional y ninguna acabó convirtiéndose en uno con el paso del tiempo. Ambas comenzaron como movimientos de resistencia armada contra la ocupación, en Palestina y el sur del Líbano respectivamente, antes de evolucionar hasta convertirse en potencias políticas cuya característica más importante es su supuesta capacidad para defender a sus respectivas poblaciones contra la agresión israelí. La estrategia de Hamás y de la Yihad Islámica es la de la disuasión. Cada vez que cantan victoria después

de una guerra con Israel, lo que están haciendo en realidad es afirmar su persistencia y una mayor disuasión. Después de cada enfrentamiento armado con Israel ganan popularidad entre el público palestino y árabe gracias a la admiración pública por cualquier fuerza que "finalmente" obligue a Israel a pagar por sus crímenes de la manera que sea, incluso si los costes humanos son mayores para el bando palestino o libanés que para Israel.

La lucha armada organizada del movimiento de liberación palestino en las décadas de 1960 y 1970, encarnada por la OLP, mantuvo viva la cuestión no resuelta del colonialismo, expresó una presencia nacional y aspiraciones populares y fomentó la aparición de una generación juvenil políticamente consciente y activa en los campos de refugiados. Sin embargo, y esto hay que reconocerlo, quedó muy lejos de la liberación de Palestina. Obligó a incluir la cuestión de Palestina en la agenda, pero no obtuvo respuestas. En su fase decadente, la lucha armada contra Israel quedó consumida por la mortífera dinámica de la competición entre facciones armadas y el espectáculo político.

A pesar de la inevitable nostalgia por los días de la resistencia armada, que calienta los corazones de los veteranos que lucharon lealmente e hicieron sacrificios personales a pesar de sus errores e ilusiones, hay que plantar cara a la nueva realidad. Se acabó. Y no se pueden hacer comparaciones con los casos individuales de actividad armada en Cisjordania que obstaculizan la normalización de la ocupación, ni con las fuerzas de disuasión de Hamás y otros movimientos en Gaza. Son fenómenos nuevos que han surgido en un contexto muy diferente. La idea de abandonar la solución de los dos Estados para volver a la estrategia de liberación mediante la resistencia armada no deja de ser por tanto pura fantasía. Además, despoja al modelo de un solo Estado de cualquier resonancia entre árabes y judíos. Un Estado único para todos los ciudadanos de la Palestina histórica no es posible sin el apoyo de la mayoría de sus ciudadanos judíos y árabes y no puede imponerse coercitivamente. Será necesario crear las condiciones que lleven a la mayoría de la población a apoyar este desenlace. Aunque se puede obligar a Israel a retirarse a las fronteras de 1967 por medio de una combinación de factores, no se puede obligar a judíos y a árabes a convivir como ciudadanos en pie de igualdad en un solo Estado. Esa es una

dinámica diferente.

Teniendo en cuenta la situación actual del mundo árabe, el desmantelamiento del apartheid israelí es un proceso a largo plazo que requiere paciencia, organización y la democratización del discurso. Además, al tener un recorrido tan largo, no puede tratarse solamente de un camino de sacrificios, sino también de logros, caracterizado por la construcción de instituciones dinámicas allá donde haya palestinos. Al fin y al cabo, estamos hablando de la vida de un pueblo y no de la Vía Dolorosa.

Un Estado unificado no sería un Estado democrático, laico y asimilacionista como algunos quieren hacer creer. El pueblo palestino es un colectivo nacional politizado que durante más de un siglo ha desarrollado aspiraciones políticas vinculadas a una identidad propia —que combina la identidad árabe y palestina—. Los palestinos han hecho costosos sacrificios en aras de una patria y una entidad soberana y seguirán preservando su identidad, su relato histórico y sus símbolos nacionales. Del mismo modo, el movimiento sionista colonial consiguió establecer instituciones estatales, así como una economía y una lengua nacionales. Es decir, en Palestina se ha establecido una nacionalidad religioso-étnica judeo-israelí con su propia lengua y cultura hebreas. Esto evolucionó a expensas del pueblo palestino como parte de un programa colonial que se basó inicialmente en un cuasi-Estado durante el Mandato británico en Palestina y más adelante en un Estado una vez finalizado el Mandato. El objetivo del Estado era producir una nación judía, pero en realidad dio forma y reprodujo una nacionalidad judeo-israelí que el Israel sionista no reconoce. Israel cuenta con una economía desarrollada, un alto nivel de vida y un sistema político que sí es democrático para los judíos. Es innegable que el sistema sigue encarnando profundas contradicciones: entre el carácter democrático y judío del Estado; entre un estilo de vida laico y una nacionalidad definida religiosamente; entre la participación cívica y el colonialismo dentro del mismo sistema soberano; y, lo que es más fundamental, entre un ocupante privilegiado y un pueblo ocupado carente de derechos.

Un compromiso justo en el futuro deberá reconocer la existencia de

estos dos caracteres y aspiraciones nacionales distintos. La idea central de la solución de un solo Estado es que ya no hay forma práctica de separar a los dos grupos étnicos y que no hay forma de que puedan vivir en dos Estados separados, por lo que deben encontrar la manera de coexistir en igualdad de condiciones en uno solo. Tanto los palestinos como los judíos israelíes deben convencerse de ello y para eso hace falta una lucha constante. Aunque el objetivo primordial de la lucha es conseguir justicia para el pueblo palestino, que ha sido despojado de su patria y sometido al apartheid, será necesario un enfoque creíble de liberación democrática para convencer a ambos pueblos de que la justicia y la igualdad revierten en el interés común. Por desgracia, la opinión pública israelí avanza justo en la dirección contraria. Hace falta dirigirse a segmentos más amplios de la opinión pública israelí para identificar a un mayor número de judíos dispuestos a cooperar en una lucha que ancle la coexistencia en la justicia. Esto es fundamentalmente diferente de los actuales "diálogos de paz".

Las élites palestinas no deberían obsesionarse con la utopía de un único Estado como si fuera la única solución alternativa y deducir a partir de ahí que el reto consiste en demostrar el fracaso de la solución de los dos Estados. Ninguno de los dos argumentos es cierto: no es la única alternativa y el fracaso de la solución de los dos Estados no la hace inevitable. La tarea más apremiante es concebir un marco de lucha contra un sistema de apartheid colonial de asentamientos. Para lograr la justicia mediante una acción nacional impulsada por un programa democrático, este marco debe dirigirse tanto a judíos como a árabes y, aunque debe ser inclusivo, no debe blanquear las injusticias coloniales del pasado.

¿Puede una dirección política que represente al movimiento de liberación palestino y supeditada a las dos autoridades de Cisjordania y la Franja de Gaza conseguir unir a los palestinos en torno a ese marco? En las circunstancias actuales, las negociaciones no pueden unir a Hamás y Fatah porque ninguna de las dos organizaciones piensa renunciar a su autoridad limitada sobre la población y las fuerzas de seguridad, ni a sus intereses internacionales separados, que postulan negociaciones con Israel directas o con intermediarios. Esta es la trampa de la autoridad no soberana: el conflicto de miras estrechas entre partidos y facciones

tiene prioridad sobre la lucha más amplia por la soberanía y la autodeterminación. El único camino hacia la unidad es redefinir la misión de las autoridades palestinas y convertirlas en instituciones que reconozcan un liderazgo político común. Como ya he dicho antes, no se trata de ninguna necesidad histórica, sino de una cuestión de elección humana. Pero si esto no se lleva a cabo, el statu quo puede prolongarse independientemente de todas las revueltas ocasionales y crisis cíclicas que haya, dejando a las dos autoridades más profundamente atrincheradas al final de cada ciclo. No habrá entonces ni solución de dos Estados ni solución de un Estado, sino un Estado israelí y dos Autoridades Palestinas gobernando un archipiélago de Bantustanes.

He hablado largo y tendido sobre los puntos débiles, pero ¿qué hay de los puntos fuertes? El principal activo de la causa palestina es la presencia del pueblo palestino en su tierra, su negativa a rendirse ante la ocupación y la incapacidad de Israel de asimilar a los palestinos por entero o de expulsarlos por completo. La continuidad de la lucha y el proceso en curso de creación de instituciones en Cisjordania y Gaza son dos vías vitales para (re)organizar al pueblo palestino y reforzar su resiliencia. La solidaridad árabe e internacional con Palestina demostrada durante las protestas de mayo de 2021 es la prueba de que la causa palestina sigue siendo fundamental y continúa provocando ira y protestas en toda la región. Además, durante los últimos años la opinión pública de los países occidentales ha cambiado significativamente a favor de la justicia en Palestina. Como se indica en la introducción, esto se debe en parte al ascenso de una nueva generación que sitúa los valores morales de principio por encima de las ideologías políticas y que adopta una postura crítica ante los problemas mundiales. También es una respuesta al resurgimiento del populismo de extrema derecha en todo el mundo.

APÉNDICE

OPINIÓN PÚBLICA ÁRABE SOBRE LA CUESTIÓN PALESTINA

La importancia regional de la cuestión palestina ha cambiado a nivel cualitativo en los últimos años, sobre todo para los regímenes árabes que hoy en día tienen acuerdos de paz firmados con Israel o están buscando el modo de normalizar las relaciones bilaterales. Son pocos los regímenes árabes que se oponen por principios a la normalización de relaciones con Israel sin una solución justa para Palestina. Al mismo tiempo, Israel ha fracasado por completo a la hora de ganarse a unos pueblos árabes para los que sigue siendo una entidad ilegítima y extranjera. Se sigue invocando Palestina como un símbolo político de sufrimiento y heridas coloniales abiertas, así como un ejemplo palmario del doble rasero de los Estados occidentales en lo relativo a los derechos humanos. Es cierto que al condenar las violaciones de los derechos humanos en los Territorios Ocupados, los regímenes dictatoriales de la región árabe y del tercer mundo pueden estar usando ellos mismos un doble rasero, si bien eso no quita prominencia a que reconozcan el carácter específicamente colonial de esos abusos. En cualquier caso, cuando estas dictaduras normalizan sus relaciones con Israel, esta censura suele remitir en favor de una tolerancia mutua hacia las violaciones de los derechos humanos.

Esa circunstancia demuestra la brecha creciente entre la postura de los pueblos del mundo árabe y la de sus dirigentes. Incluso cuando estallaron las revoluciones y los alzamientos populares de 2010 y 2011, los regímenes árabes no hicieron ni siquiera el esfuerzo retórico de intentar un acercamiento, como sí solían hacer en el pasado. Según los testimonios que recopilé durante la investigación para mi libro sobre la revolución egipcia, no cabe duda de que la connivencia del régimen de Mubarak con Israel en su guerra contra Gaza fue un motivo de peso para que los activistas se organizasen políticamente contra el régimen entre 2009 y 2011 (Bishara, 2014: 240-248, 276-282).

El anuncio del acuerdo Trump-Netanyahu en una ceremonia a la que asistieron embajadores de tres países árabes volvió a centrar el debate en las distintas actitudes de los Estados y los pueblos árabes

frente a la cuestión palestina. Este debate suele acalorarse cuando Palestina sirve para respaldar la posición de uno u otro bloque de países árabes rivales. Los políticos y las figuras mediáticas árabes que simpatizan con uno de estos bloques enfrentados se apresuran a manifestar su desacuerdo con cualquier nueva iniciativa que se plantee, transmitiendo la impresión de una división real en la opinión pública en torno a la cuestión palestina. El propio debate suele surgir a instancias de Gobiernos y autoridades políticas, y después se suman a él los medios de comunicación, los políticos, los analistas políticos y los intelectuales. Pese a que la discusión se limita a un grupo reducido de personas con sus propios intereses, se presenta como un debate amplio y representativo. Durante estos debates, a menudo se escuchan generalizaciones toscas como que "ha habido un cambio radical en la opinión pública", "la gente del mundo árabe se queja de la carga que supone la cuestión palestina", "los ciudadanos de este país no tienen ningún problema con Israel", o "los ciudadanos de este otro país quieren centrarse en sus propios asuntos".

Estas burdas afirmaciones presentan la causa palestina como una cuestión de preferencias personales, o parecen sugerir que los árabes dejaron todo a un lado después de 1948 para posicionarse a lo largo de la frontera israelí y luchar sin cesar hasta agotarse. De hecho, los partidarios de estas opiniones se muestran favorables a la normalización de relaciones con Israel y no reflejan tanto la opinión pública árabe, sino que buscan una justificación legítima que pueda persuadir a la ciudadanía árabe. Dicho de otro modo, lo que parece mostrarse como una tendencia de la opinión pública árabe, en realidad es un intento de las élites de crear esa tendencia.

Por su parte, quienes conforman el lobby pro-Israel en los Estados Unidos aplauden la normalización de relaciones como la confirmación de su teoría de que a los regímenes árabes solamente les importan sus propios intereses nacionales, no Palestina, con el propósito de convencer al Gobierno estadounidense de que la retórica árabe sobre Palestina no es sincera y, por lo tanto, no hay por qué presionar a Israel para que haga concesiones (de hecho, a los regímenes árabes en realidad no les importa Palestina, y a los que sí les importa no les interesa complacer a los Estados Unidos). En 2009, Dennis Ross y David Makovsky escribieron un libro

titulado Myths, Illusions and Peace en el que achacaron el fracaso constante de los Estados Unidos para alcanzar sus objetivos estratégicos en Oriente Medio a su política exterior, que a juicio de los autores se basa en gran medida en algunas percepciones erróneas muy comunes sobre la naturaleza y las motivaciones de los países de Oriente Medio. El "hecho mitológico central" —"la madre de todos los mitos"— que pretendían rebatir los autores es que todas las cuestiones de Oriente Medio estuviesen vinculadas al conflicto entre Israel y Palestina. Según Ross y Makovsky, se trata de una ficción; argumentan que los dirigentes árabes no siguen esa lógica en sus decisiones de política exterior y suelen basarlas en sus propios intereses, no en la cuestión palestina:

Demostramos que en distintas coyunturas históricas que se remontan a mediados del siglo XX, la retórica árabe sobre esa conexión no vino acompañada de ninguna acción. […] Lo irónico es que los regímenes árabes —con contadas excepciones notables— han configurado su política exterior en gran medida en torno a sus propias prioridades, con independencia de los vínculos estadounidenses con Israel y del conflicto árabe-israelí. […] Salvo algunas excepciones, los regímenes árabes han atendido a sus propios intereses nacionales en vez de elaborar políticas basándose en el conflicto palestino. […] Hubo momentos en los que los Estados Unidos respondieron a la retórica árabe presionando a Israel para que hiciese concesiones […]. En resumen, el argumento de la vinculación ha confundido profundamente a los responsables políticos estadounidenses que aceptaron esa lógica y los supuestos que la sustentaban (Ross y Makovsky, 2009: 14-15).

A modo de comentario sobre la normalización de las relaciones entre los Emiratos Árabes Unidos, Bahréin e Israel sin un acuerdo de paz previo entre Israel y los palestinos, y sobre lo que estos acuerdos "nos dicen sobre los cambios en la región", Ross escribió un artículo de opinión en The Washington Post en el que insistía en su argumento:

La cuestión palestina cada vez tiene menos prioridad para los países árabes. Su preocupación no son los palestinos, sino las amenazas de Irán y los Hermanos Musulmanes, y ven a Israel como un baluarte contra ambos. Ven ventajas en la cooperación con Israel en materia de seguridad […]. Al igual que los Emiratos Árabes Unidos y Bahréin, otros actores de la región se guiarán por sus propios intereses nacionales. El riesgo para los palestinos es que se les deje atrás (Ross, 2020).

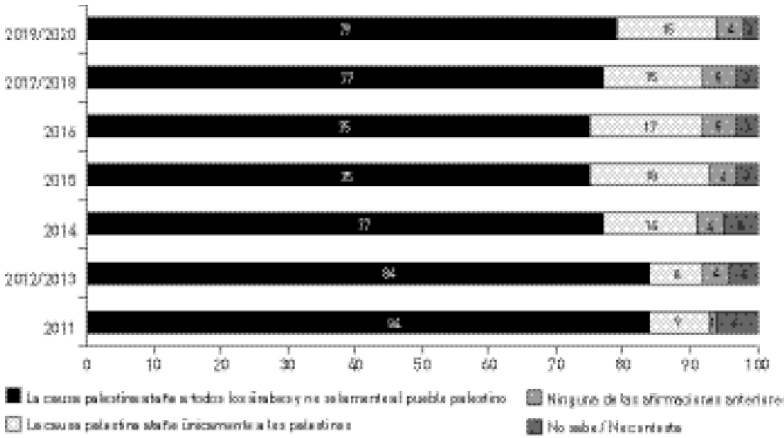
No hay nada nuevo en este diagnóstico. De hecho, muchas fuerzas de oposición del mundo árabe afirmaron lo mismo mucho antes que el lobby pro-Israel, con la diferencia esencial de que los primeros no creían que el interés público llegase a ser nunca una prioridad para unos regímenes árabes egoístas obsesionados con mantener su propio poder. En cualquier caso, mientras que el lobby israelí alaba esta supuesta actitud nueva de los regímenes árabes, la opinión pública árabe suele criticarla y no aprecia ninguna contradicción entre atender a los intereses de los países árabes y encontrar una solución justa para Palestina. Los grupos de presión suelen pasar por alto que los pueblos árabes, incluido el palestino, rechazan que la superpotencia dependa a nivel estratégico de la connivencia de Israel con regímenes autoritarios árabes que no solamente desprecian los derechos de los palestinos, sino los de los pueblos árabes en general.

En este contexto, puede resultar útil hacer un repaso de las encuestas de opinión pública contemporáneas sobre el tema para distinguir entre la opinión de la ciudadanía y las afirmaciones de algunas élites políticas y mediáticas. Con el fin de evaluar las tendencias de la opinión pública respecto al conflicto árabe-israelí y la causa palestina, incluimos varias preguntas en el cuestionario del Índice de Opinión Árabe (IOA)[247] destinadas a conocer la actitud de los encuestados hacia distintos aspectos de la cuestión.

Gráfico 10.1

¿Es Palestina una cuestión panárabe o un asunto

exclusivamente palestino?



Nota. Se encuestó a personas de las siguientes comunidades: Arabia Saudí, Argelia, Egipto, Irak, Jordania, Kuwait, el Líbano, Libia, Marruecos, Mauritania, Palestina, Catar, Sudán, Túnez, Yemen y refugiados sirios.

Los datos del Índice de Opinión Árabe entre 2011 y 2020 indican que la opinión pública árabe percibe en general la cuestión palestina como una causa árabe, no exclusivamente palestina. Esa es la opinión de la abrumadora mayoría de ciudadanos de las sociedades encuestadas por el IOA: más del 75% (y hasta el 84%) de todas las personas encuestadas señalaron que la cuestión palestina atañe a todos los árabes, no solamente a los palestinos. Entre un 8 y un 18% de los encuestados consideraban que se trataba de una cuestión exclusivamente palestina y que los palestinos tenían que resolverla por su cuenta (gráfico 10.1). Estos porcentajes se han mantenido constantes a lo largo del tiempo, sin cambios destacables en la opinión de los encuestados al efectuarles la misma pregunta en repetidas encuestas durante la última década. Estos datos rebaten de manera definitiva las afirmaciones de los partidarios de la normalización de que los árabes se han cansado de Palestina o de que ya se ha producido un cambio en la opinión

pública. De hecho, los regímenes árabes y los partidarios pro-israelíes se inventan la opinión pública sin reparos.

En todos los países incluidos en el IOA, la opinión pública manifiesta de un modo prácticamente unánime que Palestina es un asunto árabe. Las mayores tasas de respuesta positiva en la versión más reciente del IOA (2019/2020) procedieron de Argelia, Jordania, Catar, Túnez, Arabia Saudí y Mauritania, donde más del 80% de las personas encuestadas se mostraron de acuerdo con que Palestina es una cuestión panárabe. No deja de ser paradójico que la tasa más baja (66%) fuera la de Palestina, donde más de una cuarta parte (29%) de los encuestados señalaron que se trata de una cuestión que atañe únicamente a los palestinos. Cabría atribuirlo a múltiples factores, en especial a que uno de los objetivos fundacionales del proyecto nacional palestino lanzado a mediados de la década de 1960 era la creación de una entidad palestina a través de una representación legítima y la independencia en la toma de decisiones. En mi opinión personal, responde también a la frustración de los encuestados ante la incapacidad de los regímenes árabes de enfrentarse a Israel y la instrumentalización a ultranza de la causa palestina, ya sea en sus relaciones con los Estados Unidos u otras potencias internacionales, o bien en los conflictos internos árabes. En otras palabras, el 29% de los palestinos que contestaron que Palestina era una causa exclusivamente propia no es tanto un reflejo de la opinión pública árabe, sino de su amargo descontento hacia los regímenes árabes.

Con la idea de profundizar en las tendencias de opinión pública sobre la cuestión palestina y el conflicto árabe-israelí, se incluyó una pregunta sobre el reconocimiento de Israel. Habida cuenta de la opinión casi unánime de que la causa palestina es una cuestión panárabe compartida, se diseñó la pregunta de un modo práctico para analizar los límites de esta unanimidad y del consenso popular árabe sobre no reconocer a Israel. También sirve de indicador sobre la medida en la que la ciudadanía árabe respaldaría a sus Gobiernos si decidieran reconocer a Israel y normalizar las relaciones bilaterales (incluidos los países cuyos regímenes ya han normalizado relaciones y han firmado acuerdos con Israel). Los resultados mostraron que las personas encuestadas se oponían de forma contundente al reconocimiento de Israel, con unos

porcentajes que se han mantenido prácticamente constantes desde la primera encuesta del IOA en 2011 hasta 2020. El porcentaje más alto estuvo alrededor del 88% de oposición, frente a apenas el 9% a favor de que sus países reconozcan a Israel. Estos datos presentaban una correlación con el rechazo a los tratados de paz por separado entre Israel y los regímenes árabes, así como con la percepción de que Israel es el país que supone una mayor amenaza para la seguridad del mundo árabe. Esta correlación se observó en todos los países encuestados. Cabe destacar que, al preguntar sobre la amenaza específica que supone Israel para sus propios países, las personas encuestadas dieron respuestas diferentes, lo que indica que Israel se percibe ante todo como una amenaza para el colectivo árabe. Además, la mayoría de los encuestados en países con Gobiernos que han firmado tratados de paz o acuerdos de normalización con Israel —Egipto, Palestina, Jordania y, recientemente, Sudán y Marruecos—[248] rechazaron el reconocimiento de Israel por parte de su país con porcentajes cercanos al promedio general que llegaban a alcanzar el 93% (Jordania).

Dicho de otro modo, incluso entre quienes consideran que la cuestión palestina es un problema exclusivo de los palestinos, existe un porcentaje considerable de gente que se opone al reconocimiento de Israel, por no hablar de la normalización de relaciones.

Esta pregunta toca uno de los aspectos más profundos de la conciencia árabe: la legitimidad de la presencia de Israel en la región. Aun así, no deberíamos extraer muchas conclusiones sobre la predisposición de los árabes a actuar contra el reconocimiento de Israel o la normalización de relaciones, y ni siquiera sobre la perdurabilidad de estas actitudes en el futuro. El lector debe recordar también que lo que captura esta encuesta no es lo mismo que la opinión pública en un entorno democrático, donde la opinión se puede expresar libremente por medio de elecciones, grupos de presión u otros canales para influir en el proceso de toma de decisiones. En los regímenes autoritarios, la opinión pública se manifiesta a través de canales diferentes; también puede ser suprimida y manipulada por los dirigentes y se configura conforme a las estrategias de supervivencia de los gobernados. Lo único que podemos inferir de estos datos es que la opinión pública árabe se

opone a la idea de que los árabes den legitimidad a Israel y rechaza la normalización de relaciones en las condiciones imperantes y en ausencia de una solución justa para Palestina, que puede ser la opinión de la mayoría silenciosa en algunos países.

Desde 2014, el IOA intenta conocer las razones en las que se sustentan las opiniones manifestadas por los encuestados sobre el reconocimiento de Israel. Se incluyó una pregunta abierta para que estas personas expusiesen sus motivos con sus propias palabras para evitar los posibles inconvenientes de las preguntas de opción múltiple, cuyas respuestas predeterminadas pueden llevar a equívoco.

Quienes respondieron a la pregunta abierta adujeron una gran variedad de motivos para oponerse a la normalización de relaciones con Israel. Alrededor de un tercio de los encuestados mencionaron el hecho de que "se trata de un Estado colonialista con asentamientos que ocupa Palestina". El segundo motivo más frecuente (9%) fue "porque se trata de un Estado expansionista que quiere dominar u ocupar otros países árabes y apoderarse de sus recursos", seguido de "es un país terrorista que respalda el terrorismo" (8%). El cuarto motivo más frecuente (7%) fue que Israel había desplazado a los palestinos y seguía persiguiéndolos. Los motivos religiosos aparecieron en el quinto puesto (7%), mientras que la sexta razón más esgrimida (6%) fue que "es una entidad que trata a los árabes con odio y racismo". La séptima respuesta más frecuente (5%) fue que el reconocimiento de Israel significaría invalidar a los palestinos y sus derechos, así como legitimar las acciones de Israel contra el pueblo palestino. Esta última razón se centraba en las dimensiones históricas; para estas personas encuestadas, Israel no tiene legitimidad porque robó su patria a los palestinos y los obligó a desplazarse.

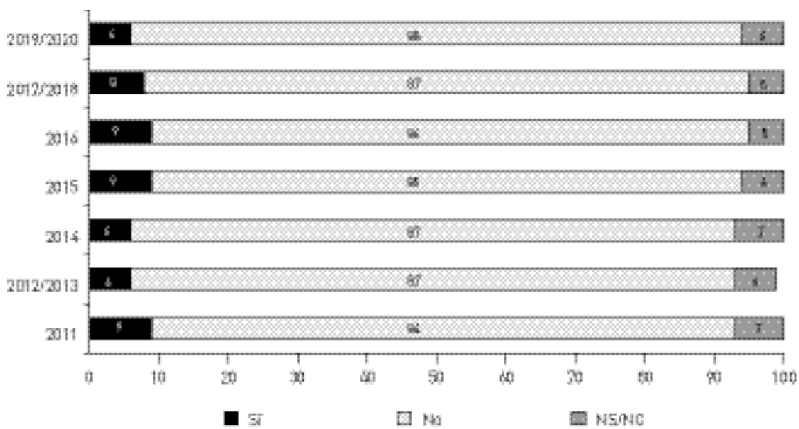
Otros motivos mencionados por los encuestados fueron que Israel se muestra hostil hacia "nuestro país en particular y los árabes en general" (4%), que supone una amenaza para la seguridad y la estabilidad de la región en líneas generales (4%) y que no respeta los acuerdos y tratados (2%).

En general, las respuestas muestran una percepción compartida por los ciudadanos árabes en torno a la política de Israel, su papel en la

región, su historia, lo que representa y su condición de amenaza. Parte del consenso procede también de las acciones históricas y actuales de Israel contra los palestinos. La oposición al reconocimiento de Israel no surge por tanto de la hostilidad hacia los judíos en sí ni de un choque cultural o un conflicto religioso entre musulmanes y judíos o entre el islam y el judaísmo. El porcentaje de personas encuestadas que se oponen al reconocimiento de Israel por motivos religiosos se ha mantenido estable a lo largo de los años, dentro de una horquilla comprendida entre el 3 y el 7%.

Gráfico 10.2

¿Apoya que su país reconozca a Israel?



Un amplio porcentaje de los encuestados usaron los términos colonialismo y ocupación, describieron a Israel como racista y presentaron la causa palestina como una lucha nacional de liberación y justicia. Por lo tanto, todas las campañas de relaciones públicas diseñadas para cambiar la opinión pública árabe sobre Israel a través de programas culturales, mediáticos o educativos con influencias religiosas se basan en una interpretación errónea de la situación y están condenadas al fracaso. Cuando los Gobiernos echan mano de predicadores y figuras religiosas para justificar la normalización de las relaciones con Israel, se están dirigiendo

únicamente a un segmento reducido de las sociedades árabes. Los datos sugieren que lo más probable es que la opinión pública árabe no cambie hasta que lo haga la realidad sobre el terreno.

Cuadro 10.1

Motivos para oponerse al reconocimiento de Israel

(% del total de encuestados)

Motivos alegados por los encuestados que se oponen al reconocimiento de I	2018	2017	2016	2015	2014
Es un Estado colonialista de asentamientos que está ocupando Palestina	33,7	31,7	27,0	24,5	23,6
Es un Estado expansionista que pretende dominar u ocupar otros países ára	10,4	10,1	13,0	18,0	2,4
Es un país terrorista que respalda el terrorismo	7,6	7,1	7,6	10,4	1,2
Es un Estado que surgió de la limpieza étnica de los palestinos y que sigue p	6,8	8,3	8,1	6,9	5,5
Motivos religiosos	6,7	6,6	5,2	3,3	4,9
Es una entidad que trata a los árabes con odio y son racistas	5,1	6,3	8,2	10,8	12,2
Niega los derechos de los palestinos y sigue legitimando lo que le ha hecho	4,8	5,3	5,8	5,6	7,5
Es un enemigo para nuestro país en particular y para los árabes en general	4,1	3,4	3,8	4,7	11,5
Pone en peligro la seguridad y la estabilidad de la región	3,6	3,1	3,2	2,4	2,5
No respeta los acuerdos de paz	1,6	1,4	2,1	2,4	2,3
No estoy de acuerdo con la existencia del Estado de Israel	2,0	1,1	0,6	0,8	3,4
No añadieron motivos para justificar su oposición al reconocimiento de Isra	1,8	1,6	1,8	0,6	10,2
Total de encuestados en contra del reconocimiento de Israel	82,4	86,8	85,0	85,4	87,0
Total de encuestados a favor del reconocimiento de Israel	6,2	7,9	9,5	8,9	6,0
No sabe / No contesta (% del total de encuestados)	5,6	5,3	4,6	5,7	7,0
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Las personas encuestadas favorables al reconocimiento de Israel por parte de sus países (6,2% del total de encuestados) adujeron muchas razones diferentes, y las más comunes fueron que Israel es una realidad política consolidada (1,2%) y que Israel es un país reconocido que ha firmado tratados de paz con algunos países árabes (1,1%). Algunos encuestados (1%) señalaron que los motivaba el deseo de que haya paz y estabilidad en la región, mientras que el 0,5% afirmó que Israel era un país como cualquier otro y que los israelíes debían contar con un país propio. Un 0,5% de los encuestados apoyarían el reconocimiento de Israel únicamente si Israel reconociese un Estado de Palestina plenamente soberano, mientras que otro 0,5% respaldaba el reconocimiento de Israel para aumentar las probabilidades de que se acabe creando un Estado palestino. Otro 0,4% señaló que Israel es un país poderoso con el que los árabes no pueden medirse, mientras que el 0,4% mencionó intereses comunes y un deseo de estrechar relaciones, y un 0,2% esgrimió como motivo su admiración por el nivel de progreso y desarrollo de Israel. Por último, solamente un 0,1% alegó motivos religiosos para respaldar el reconocimiento de Israel.

En resumidas cuentas, los partidarios de reconocer a Israel constituyen un pequeño porcentaje de la opinión pública árabe. Se pueden clasificar en tres grupos principales: los motivados por su apoyo a los derechos palestinos, los que critican la propia pregunta (en torno a un 1,2% del total), alegando que el reconocimiento no supone más que constatar el statu quo porque Israel ya existe y se han firmado tratados de paz con el país, y quienes apoyan el reconocimiento de Israel por principio y convicción (nada más que el 1% del total).

Si se comparan las respuestas de 2019/2020 con las de años anteriores no se aprecian cambios significativos a lo largo del tiempo, y el apoyo al reconocimiento de Israel sigue siendo la posición de una exigua minoría.

Cuadro 10.2

Motivos para apoyar el reconocimiento de Israel

(% del total de encuestados)

Motivos alegados por los encuestados que están a favor del reconocimiento	2019	2018	2017	2016	2015	2014
Existe inevitablemente	1,2	1,8	2,5	2,0	1,6	
Ya ha habido un reconocimiento y se han firmado tratados de paz	1,1	1,7	2,6	2,2	0,5	
Para que haya paz y estabilidad en la región	1,0	0,5	0,9	1,5	1,4	
Es un Estado como cualquier otro y tiene derecho a serlo	0,5	0,4	0,5	0,3	0,4	
Siempre que reconozca un Estado Palestino con plena soberanía	0,5	1,0	0,7	0,9	0,4	
Podría conducir a la creación de un Estado palestino	0,5	0,9	1,1	0,9	0,1	
Es un Estado fuerte con el que no podemos luchar	0,4	0,1	0,5	0,5	0,5	
Por intereses comunes y estrechar lazos	0,4	0,4	0,3	0,4	0,6	
Por su progreso y desarrollo	0,2	0,1	0,2	0,1	0,1	
Motivos religiosos	0,0	0,1	0,1	0,1	0,1	
Otros motivos	0,1	0,0	–	0,0	0,2	
Total de encuestados a favor del reconocimiento de Israel	6,2	7,9	9,5	8,9	6,0	
Total de encuestados en contra del reconocimiento de Israel	82,4	86,9	85,0	85,4	87,0	
No sabe / No contesta (% del total de encuestados)	5,6	5,3	4,6	5,7	7,0	
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	

Antes he dicho que a los ciudadanos de todos los países árabes les preocupan los asuntos específicos de su país y de su vida cotidiana. Esta preocupación ha espoleado las luchas vigentes por la democracia, y es normal que esta lucha incremente el interés público por las cuestiones internas y se centre en los intereses comunes de la población como ciudadanos de un Estado en particular. No me cabe duda de que el surgimiento de democracias árabes reforzará el pluralismo político a nivel nacional, y que en parte podría ocurrir en detrimento de la identidad étnica árabe. Por otro lado, la democracia permitirá expresar una opinión pública más sincera, algo que beneficia a la causa palestina y, a la larga, a la unidad de los países árabes democráticos. Los ciudadanos árabes no deben verse constreñidos a elegir entre la falsa dicotomía de apoyar la cuestión palestina como una causa justa o luchar por mejorar las condiciones socioeconómicas y conseguir derechos civiles y políticos en sus propios países. Son dos metas que no se excluyen mutuamente. Forzar esa elección, además de ser inmoral desde un punto de vista fundamental, refleja un desprecio superficial por la complejidad de los seres humanos y sus opciones disponibles.

Las encuestas del IOA de 2011 a 2020 muestran que la población árabe prefiere los Gobiernos democráticos a otros sistemas políticos, y que las dificultades más significativas a las que se enfrentan los países árabes en la actualidad son de índole económica (desempleo, pobreza y deterioro de las condiciones de vida) o la falta de seguridad y estabilidad política. Y esa misma ciudadanía árabe sigue apoyando a los palestinos, considera como propia la causa palestina y se opone al reconocimiento de Israel como Estado ocupante.

Un análisis basado en el cotejo de los datos sobre las posiciones de los encuestados en torno al reconocimiento de Israel y los ámbitos que consideran inquietudes prioritarias arroja más luz sobre estas afinidades coincidentes.

Cuadro 10.3

Posición sobre el reconocimiento de Israel

en función de los ingresos familiares (en %)

¿Estaría de acuerdo si su país reconociera al Estado de Israel?	Indique cuál de estas frases describe mejor sus ingresos fa		
Nuestros ingresos	Nuestros ingresos	Nuestros ingresos	Nuestros ingresos familiares no cubren las necesidades
A favor	9	8	7
En contra	91	92	93
Total	100	100	100

Cuando entrecruzamos las posiciones de las personas encuestadas sobre el reconocimiento de Israel con los ingresos familiares, observamos que los ingresos inferiores muestran una correlación con porcentajes mayores de oposición al reconocimiento de Israel, lo que pone de manifiesto la falsedad de la afirmación de que los árabes se han cansado de la causa de los palestinos y están dispuestos a abandonarlos a su suerte para prestar atención a sus propias condiciones económicas inmediatas. En cualquier caso, la asociación entre las condiciones económicas en los países árabes y el conflicto con Israel es en sí cuestionable; si no, ¿cómo se explica que Israel siga desarrollándose económicamente en medio de los conflictos crónicos con los países árabes? Ahora bien, incluso asumiendo que esa asociación fuese real como ejercicio de razonamiento, lo que queda probado es que esa afirmación no se sostiene.

Si esa aseveración tuviera algún sentido, los datos mostrarían una tendencia creciente a favor del reconocimiento de Israel. En cambio, al cotejar las prioridades de las personas encuestadas con su posición sobre el reconocimiento de Israel, vemos una correlación entre, por un lado, el énfasis que ponen en los problemas económicos internos y la vida cotidiana de sus propios países y, por el otro, la oposición al reconocimiento de Israel.

Aunque a título personal no me sorprende, lo llamativo es que incluso los ciudadanos árabes que señalan las políticas gubernamentales, las amenazas externas, los problemas sociales, la agitación política y la amenaza del terrorismo o las divisiones provinciales o sectarias como las máximas prioridades en sus países son los que se siguen oponiendo con fuerza al reconocimiento. De hecho, las personas encuestadas más interesadas en la democratización y las que mencionaron las dificultades económicas, la falta de seguridad y la inestabilidad política como inquietudes internas prioritarias son las que se oponen en mayor medida al reconocimiento de Israel. Además, se aprecia una correlación entre la oposición al reconocimiento de Israel y el apoyo a un sistema de gobierno democrático.

Cuadro 10.4

Posición sobre el reconocimiento de Israel en función

de las prioridades nacionales declaradas (en %)

En su opinión, ¿cuál es el de los más importantes para su país en la Israel?			
A favor	En contra	Total	
Transición hacia la democracia	5	95	100
Escasez de servicios sociales	6	94	100
Falta de seguridad	8	92	100
Problemas económicos (desempleo, pobreza)	8	92	100
Falta de estabilidad política	8	92	100
Refugiados	9	91	100
Corrupción administrativa y fiscal	10	90	100
Divisiones regionales/sectarias/étnicas/tribales	11	89	100
Políticas gubernamentales	13	87	100
Problemas sociales	15	85	100
Injerencias externas	18	82	100

Cuadro 10.5

Posición sobre el reconocimiento de Israel en función de la opinión

sobre la democracia como sistema de gobierno (en %)

¿Estaría de acuerdo si la democracia tiene el estado de Israel?	La democracia tiene el estado de Israel?	
De acuerdo	En desacuerdo	
A favor	8	9
En contra	92	91
Total	100	100

Los demócratas tienen un tono de Israel, pero sigue s

BIBLIOGRAFÍA

Abbasi, Mustafa (2019): Safad durante el periodo del Mandato británico, 1917-1948: Un estudio político y social [original en árabe], Beirut y Ramala, The Institute for Palestine Studies.

— (2004): "The Battle for Safad in the War of 1948: A Revised Study", International Journal of Middle East Studies, vol. 36, núm. 1, febrero.

— (2008): "The War on the Mixed Cities: The Depopulation of Arab Tiberias and the Destruction of Its Old, 'sacred' City (1948-9)", Journal of Holy Land and Palestine Studies, vol. 7, núm. 1, mayo.

— (2010): "The Fall of Acre in the 1948 Palestine War", Journal of Palestine Studies, vol. XXXIX, núm. 4, verano.

Abdul-Hamid, Issa (1973): Seis años de la política de puentes abiertos [original en árabe], Beirut, PLO Research Centre.

Abrams, Elliott (2011): "The Settlement Obsession: Both Israel and the United States Miss the Obstacles to Peace", Foreign Affairs, vol. 99, núm. 2, julio/agosto.

Abu 'Amr, Ziad (1989): El movimiento islámico en la Cisjordania y la Franja de Gaza [original en árabe], Acre, Daar al-Aswaar.

Abu Hussein, Hussein y McKay, Fiona (2003): Access Denied: Palestinian Land Rights in Israel, Londres y Nueva York, Zed Books.

Abu-Lughod, Ibrahim y Abu-Laban, Baha (eds.) (1974): Settler Regimes in Africa and the Arab World: The Illusion of Endurance, Wilmette, IL, Medina University Press International.

Adams, James (1984): The Unnatural Alliance, Londres, Quartet Books.

Ainslee, Rosalyne: “Israel and South Africa: An Unlikely Alliance?”, Report no. 81-18876, United Nations Department of Political Security Affairs, Center Against Apartheid, 1981.

Ajami, Fouad (1981): The Arab Predicament, Cambridge, Cambridge University Press.

Al Hout, Bayan Nuwayhid (1986): El liderazgo político y las instituciones en Palestina (1917-1948) [original en árabe], Beirut, Institute of Palestine Studies.

Albanese, Francesca P. y Takkenberg, Lex (2020): Palestinian Refugees in International Law, Oxford, Oxford University Press.

al-Ghazali, Mohammad (1998): La llamada a casa de la yihad: entre el déficit interno y la conspiración externa [original en árabe], El Cairo, Dar al-Sahwa.

al-Hashemi, Taha (1978): Diarios de Taha al-Hashemi 1942-1955: Irak-Siria-La Causa Palestina [original en árabe], Khaldun Satiʿ al-Husri (ed. e intro.), vol. 2, Beirut, Dar att-TTalıiʿa lil-TTibaaʿawal-Nashr.

Aljubouri, Saleh Saeb (2014): La desgracia de Palestina y sus secretos políticos y militares [original en árabe], Beirut, Arab Center for Research and Policy Studies.

al-Kayal, Nizar (1997): Un estudio de la historia política contemporánea de Siria en el periodo 1920-1950 [original en árabe], Damasco, Dar Tlass.

al-Kayyali, Abd al-Wahhab (1988): Documentos sobre la resistencia árabe palestina al Mandato británico y el sionismo (1918-1939) [original en árabe], 2ª ed., Beirut, The Institute for Palestine Studies.

al-Mu’allim, Walid (1988): Siria entre 1916 y 1946: el camino hacia la libertad [original en árabe], Damasco, Dar Tlass.

al-Qaradawi, Yusuf (1968): Lección sobre la segunda Nakba. Por qué fuimos derrotados y cómo podemos vencer [original en árabe] [n.p].

al-Taher, Mueen (2017): “De Salah Khalaf a Arafat durante la guerra de Octubre de 1973… Problemas de las cesiones tempranas” [original en árabe], Al-Araby al-Jadeed, 30 de octubre, en https://bit.ly/3n8iL4y.

Alroey, Gur (2014): An Unpromising Land: Jewish Migration to Palestine in the Early Twentieth Century, Stanford (California), Stanford University Press.

Amnistía Internacional (2021): Uncovering the Iceberg: The Digital Surveillance Crisis Wrought by States and the Private Sector, Londres, Amnesty International Ltd.

Arafeh, Nur; al-Botmeh, Samia y Farsakh, Leila (2015): “How Israeli Settlements Stifle Palestine’s Economy”, Policy Brief, al-Shabaka, 15 de diciembre, en https://bit.ly/3p8zxS0.

— (2018): “Long Overdue: Alternatives to the Paris Protocol”, Policy Brief, al-Shabaka, 27 de febrero, en https://bit.ly/3uEptRS.

Aronson, Geoffrey (1978): “Israel’s Policy of Military Occupation”, Journal of Palestine Studies, vol. 7, núm. 4, verano.

Aronson, Shlomo (1978): Sadat’s Initiative and Israel’s Response: The Strategy of Peace and the Strategy of Strategy, núm. 14, Los Ángeles (California), Center for Arms Control and International Security, UCLA.

Arslan, Adil (2009): El Príncipe Adil Arslan: diarios retractados de 1948 [original en árabe], Youssef Abish (ed.), al- Mukhtara [Líbano], ad-Dar at-Taqadumiyya.

Ashour, Omar (2020): “¿Una derrota inevitable? El rendimiento de combate en el frente egipcio”, [original en árabe], Ahmed Huseín (ed.), The June 1967 War: Paths and Implications, Doha/Beirut, The Arab Center for Research and Policy Studies.

Avnery, Uri (1999): “A Binational State? God Forbid: A Response to Azmi Bishara”, Palestine Studies, vol. 28, núm. 4.

Awwad, Hani (2020): “Entender a Hamás: comentarios sobre tres enfoques teóricos distintos interrelacionados” [original en árabe],

Siyasat Arabiya, vol. 45, julio.

Azoulay, Ariella y Ophir, Adi (2012): The One-State Condition: Occupation and Democracy in Israel/Palestine, Stanford, Stanford University Press.

Baconi, Tareq (2018): Hamas Contained: The Rise and Pacification of Palestinian Resistance, Stanford, Stanford University Press [disponible en español: Hamás. Auge y Pacificación de la resistencia palestina, Madrid, Capitán Swing, 2024].

Bahour, Sam y Avishai, Bernard (2021): "Want Israeli-Palestinian Peace? Try Confederation", The New York Times, 12 de febrero, en https://nyti.ms/3psouD.

Barakat, Rana (2018): "Writing/righting Palestine studies: settler colonialism, indigenous sovereignty and resisting the ghost(s) of history", Settler Colonial Studies, vol. 8, núm. 3.

Baram, Amatzia (1990): "Territorial Nationalism in the Middle East", Middle Eastern Studies, vol. 26, núm. 4, octubre.

Barghouti, Iyad (1990): Islamización y política en los Territorios Palestinos Ocupados [original en árabe], Jerusalén, AI-Zahra' Center for Studies and Research.

Bar-Or, Amir (1996): "The Evolution of the Army's Role in Israeli Strategic Planning: A Documentary Record", Israel Studies, vol. 1, núm. 2.

Barout, Mohammad Jamal (1998): "La caída de Safad: el principio de la caída de Galilea" [original en árabe], al-Karmel, núm. 57, octubre.

Barr, James (2012): A Line in the Sand: The Anglo-French Struggle for the Middle East, 1914-1948, Londres y Nueva York, Simon & Schuster.

Bar-Yosef, Eitan (2003): "Christian Zionism and Victorian Culture", Israeli Studies, vol. 8, núm. 2, verano.

Batatu, Hanna (1978): The Old Social Classes and the Revolutionary

Movements of Iraq: A Study of Iraq's Old Landed and Commercial Classes and of its Communists, Ba'thists, and Free Officers, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Baumgarten, Helga (2005): "The Three Faces/Phases of Palestinian Nationalism, 1948-2005", Journal of Palestine Studies, vol. 34, núm. 4.

Bendman, Yona (1992): "Los esfuerzos militares británicos para impedir la caída de Jaffa, abril de 1948" [original en hebreo], Iyunim Bitkumat Israel, vol. 2.

Ben-Gurión, David (1950): "Speech in the Knesset Session for Discussing the Law of Return", The Protocols of Knesset, vol. 7.

— (1984): La Guerra de Independencia: Diarios de Ben Gurión 1948-1949 [original en hebreo], Gershon Rivlin y Elhhanan Oren (eds.), vol. 1., Tel Aviv.

Benite, Zvi Ben-Dor et al. (eds.) (2017): The Scaffolding of Sovereignty: Global and Aesthetic Perspectives on the History of a Concept, Nueva York, Columbia University Press.

Benvenisti, Eyal (2004): The International Law of Occupation, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Biale, David (1986): Power y Powerlessness in Jewish History, Nueva York, Schocken.

— (1990): "The Vortex of Religion and State in Israel", Majallat al-Dirasat al-Filastiniyya, núm. 3, verano.

— (1992): "Minoría palestina en Israel: una nueva visión propuesta" [original en árabe], Journal of Palestine studies, vol. 3, núm. 11, verano.

— (1995): "'El árabe israelí': Una lectura en un discurso político roto" [original en árabe], Majallat al-Dirasat al-Filastiniyya, vol. 6, núm. 4, otoño.

Bishara, Azmi (1990): "La espiral de la religión y el Estado en Israel" [original en árabe], Majallat al-Dirasat al-Filastiniyya, núm.

3, verano.

— (1992): “Minoría palestina en Israel: una nueva visión propuesta” [original en árabe], Journal of Palestine studies, vol. 3, núm. 11, verano.

— (1996): Un análisis crítico de la sociedad civil [original en árabe], Beirut, Center of Arab Unity Studies.

— (1997): “Cien años de sionismo: de la dialéctica de la existencia a la dialéctica de la sustancia” [original en árabe], al-Carmel Journal.

— (2002): The Ruptured Political Discourse and Other Studies [original en árabe], 2ª ed., Ramala, Muwatin-The Palestinian Institute for the Study of Democracy.

— (2005): De la judeidad del Estado a Sharón [original en árabe], El Cairo, Dar al-Shourouk.

— (2007): Sobre la cuestión árabe: Introducción a un manifiesto democrático árabe [original en árabe], Beirut, Center for Arab Unity Studies.

— (2010): “A Brief Note on Jerusalem”, Al-Ahram Weekly, 22-28 de abril, en https://bit.ly/38ZZ6gS.

— (2014): Egypt’s Revolution, vol. 2, Beirut y Doha, Arab Center for Research and Policy Studies.

— (2017): “Zionism and Equal Citizenship: Essential and Incidental Citizenship in the Jewish State”, Nadim Rouhana (ed.), Israel and its Palestinian Citizens: Ethnic Privileges in the Jewish State, Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press, pp. 137-155.

— (2018): “What does the ‘Jewish Nation’ Basic Law Mean?”, Arab Center for Research and Policy Studies, 24 de julio, en https://bit.ly/2S7fPKy.

— (2019): “Is Anti-Zionism a Form of Anti-Semitism?”, Case Analysis, Arab Center for Research and Policy Studies, 3 de marzo, en https://bit.ly/3g376AX.

— (2020): “Trump-Netanyahu Deal … The American-Israeli Right-wing Plan to End the Palestinian Cause in a Historical Context”, canal de YouTube del Arab Center for Research and Policy Studies, 6 de febrero, en http://bit.ly/2HOR7Wj.

Bishara, Marwan (2016): “What’s Special about US-Israeli relations?”, Aljazeera, 13 de julio, en https://bit.ly/4e0jChL.

Boissoneault, Lorraine (2017): “What the Six-Day War tells us about the Cold War”, Smithsonian, 6 de junio, en https://bit.ly/2wk018D.

Bou Nassif, Hicham (2021): Endgames: Military Response to Protest in Arab Autocracies, Cambridge, Cambridge University Press.

Bradshaw, Samuel Alexander (1844): Tract for the Times, Being a Plea for the Jews, Londres, Edwards and Hughes/Ave Maria Lane.

Brecher, Michael (1974): The Foreign Policy System of Israel, New Haven, Yale University Press.

Brodsky, Matthew (2011): “Mahmoud Abbas and the persistence of Palestinian mythology”, The Guardian, 19 de mayo, en https://bit.ly/3gsZY15.

Brownlee, Jason (2011-2012): “Peace Before Freedom: Diplomacy and Repression in Sadat’s Egypt”, Political Science Quarterly, vol. 126, núm. 4, invierno.

Bunton, Martin (2007): Colonial Land Policies in Palestine 1917-1936, Oxford, Oxford University Press.

Burrell, Robert Michael y Kelidar, Abbas (1977): Egypt: The Dilemmas of a Nation, Beverly Hills (California), Sage Publications.

Bush, George H. W. (1991a): “Nueva Conferencia del Presidente-29 de junio 1990”, Public Papers of the President of the United States: George Bush, 1990, Libro I-1, enero a 30 de junio, Washington, D.C., United States Government Printing Office.

— (1991b): “After the War: The President; Transcript of President Bush’s Address on End of the Gulf War”, The New York Times, 7 de marzo, en https://nqyti.ms/2V6Ct4S.

Butenschon, Nils A. (2000): “State, Power, and Citizenship in the Middle East: A Theoretical Introduction”, Nils A. Butenschon, Uri Davis y Manuel Hassassian (eds.), Citizenship and the State in the Middle East: Approaches and Applications, Syracuse, Syracuse University Press.

Butenschon, Nils A.; Davis, Uri y Hassassian, Manuel (eds.) (2000): Citizenship and the State in the Middle East: Approaches and Applications, Syracuse, Syracuse University Press.

Carter, Jimmy (2006): Palestine: Peace Not Apartheid, Nueva York, Simon & Shuster.

Chazan, Naomi (1983): “The Fallacies of Pragmatism: Israeli Foreign Policy towards South Africa”, African Affairs, vol. 82, núm. 327, abril.

Childers, Erskine B. (1961): “The Other Exodus”, The Spectator, 12 de mayo, en http://bit.ly/3u0ty2C.

Chomsky, Noam (1999): Fateful Triangle: The United States, Israel, and the Palestinians, Edward W. Said (“Foreword”), 3ª ed., Cambridge (Massachusetts), South End Press [disponible en español: El triángulo fatal: Estados Unidos, Israel y Palestina, Madrid, Editorial Popular, 2017].

— (2006): “The Israeli Lobby?”, The Washington Post, 24 de marzo, en https://wapo.st/3yYuPuu.

Cohen, Hillel (2002): “The Internal Refugees in the State of Israel: Israeli Citizens, Palestinian Refugees”, Palestine-Israel Journal, vol. 9, núm. 2.

— (2003): Los ausentes presentes: los refugiados palestinos en Israel desde 1948 [original en árabe], Beirut, Institute for Palestine studies.

— (2005): “The State of Israel Versus the Palestinian Internal Refugees”, Nur Masalha (ed.), Catastrophe Remembered: Palestine, Israel and the Internal Refugees, Londres, Zed Books.

Dana, Tariq (2014): “The Palestinian Capitalists That Have Gone

Too Far", Policy Brief, al-Shabaka, 14 de enero, en https://bit.ly/3uCz0c3.

Dayan, Moshe (1976): Moshe Dayan: Story of My Life, Jerusalén, Steimatzky's.

DeYoung, Karen; Hendrix, Steve y Hudson, John (2019): "Trump Administration Says Israel's West Bank Settlements Do Not Violate International Law", The Washington Post, 19 de noviembre, en https://wapo.st/37T2Ygy.

DeYoung, Karen y Morris, Loveday (2018): "Trump Administration Orders Closure of PLO Ofice in Washington", The Washington Post, 11 de septiembre, en https://wapo.st/37UMdSi.

Degani, Arnon Yehuda (2015): "The Decline and Fall of the Israeli Military Government, 1948-1966: A Case of Settler-Colonial Consolidation?", Settler Colonial Studies. vol. 5, núm. 1.

Dessus, Sébastien (2004): "A Palestinian Growth History, 1968-2000", Journal of Economic Integration, vol. 19, núm. 3, septiembre.

Doumani, Beshara (1995): Rediscovering Palestine: Merchants and Peasants in Jabal Nablus, 1700-1900, Berkeley, University of California Press.

Doumani, Beshara (2009): "Archiving Palestine and the Palestinians: The Patrimony of Ihsan Nimr", Jerusalem Quarterly, vol. 36, núm. 3-12.

Dugdale, Blanche E. C. (1936): Arthur James Balfour: First Earl of Balfour, K.G., O.M., F.R.S., Etc., vol. 1, Londres, Hutchinson y Co.

Eglash, Ruth (2016): "Top Trump adviser says Israeli settlements are not an obstacle to peace", The Washington Post, 10 de noviembre, en https://wapo.st/3pfZkb2.

El-Atrash, Ahmad (2018): "Israel's Stranglehold on Area C: Development as Resistance", Commentary, al-Shabaka, 27 de septiembre, en https://bit.ly/3g3kkgS.

El Kurd, Dana (2020): Polarized and Demobilized: Legacies of Authoritarianism in Palestine, Nueva York, Oxford University Press.

Eldar, Eran (2020): “David Ben-Gurion and Golda Meir: from partnership to enmity”, Israel Affairs, vol. 26, núm. 2.

Elgindy, Khaled (2019): “Trump Can’t Kill the Peace Process, it was already Dead”, Slate, 17 de abril, en http://bit.ly/2wy5cVI.

Findley, Paul (1989): They Dare to Speak Out: People and Institutions Confront Israel’s Lobby, Nueva York, Lawrence Hill Books.

Flapan, Simha (1987): The Birth of Israel: Myths and Realities, Nueva York, Pantheon Books.

Frank, Haggai; Klíma, Zdeněk y Goldstein, Yossi (2017): “The First Israeli Weapons Procurement behind the Iron Curtain: The Decisive Impact on the War of Independence”, Israel Studies, vol. 22, núm. 3, otoño.

Friedman, Isaiah (2004): “Theodor Herzl: Political Activity and Achievements”, Israel Studies, vol. 9, núm. 3, otoño.

Friedman, Thomas L. (1990): “Baker Rebukes Israel on Peace Terms”, The New York Times, 14 de junio, en https://nyti.ms/3uQQTE5.

— (2002a): “Dear Arab League”, The New York Times, 6 de febrero, en https://nyti.ms/3g55LcN.

— (2002b): “An Intriguing Signal From the Saudi Crown Prince”, The New York Times, 17 de febrero, en https://nyti.ms/3wTR03j.

— (2020): “A Geopolitical Earthquake Just Hit the Mideast”, The New York Times, 13 de agosto, en https://nyti.ms/3tLLcaW.

— (2021): “Jumping Jehoshaphat! Have You Seen How Many Israelis Just Visited the U.A.E.?”, The New York Times, 2 de marzo, en https://nyti.ms/32J7Vsr.

Friedrich, Roland y Luethold, Arnold (eds.) (2007): Entry-Points to

Palestinian Security Sector Reform, Ginebra, Geneva Centre for the Democratic Control of Armed Forces (DCAF).

Friesel, Ofra (2016): “Israel’s 1967 Governmental Debate about the Annexation of East Jerusalem: The Nascent Alliance with the United States, Overshadowed by ‘United Jerusalem’”, Law and History Review, vol. 34, núm. 2, mayo.

Gabriel, Judith (1988): “The Economic Side of the Intifadah”, Journal of Palestine Studies, vol. 18, núm. 1, Special Issue: Palestine 1948, otoño.

Gazit, Shlomo (2016): En momentos clave del tiempo [original en hebreo], Tel Aviv, Miskal-Yedioth Ahronoth Books/Chemed Books.

Geldenhuys, Deon (1979): Some Foreign Policy Implications of South Africa’s Total National Strategy, Braamfontein, South African Institute of International Affairs.

Gitelman, Zvi (ed.) (2016): The New Jewish Diaspora: Russian-Speaking Immigrants in the United States, Israel, and Germany, New Brunswick, Nueva Jersey y Londres, Rutgers University Press.

Golan, Arnon (2012): “The Battle for Jaffa, 1948”, Middle Eastern Studies, vol. 48, núm. 6, noviembre.

Golani, Motti (2001): “The ‘Haifa Turning Point’: The British Administration and the Civil War in Palestine, December 1947-May 1948”, Middle Eastern Studies, vol. 37, núm. 2, abril.

Greenstein, Ran (2014): Zionism and Its Discontents: A Century of Radical Dissent in Israel/Palestine, Londres, Pluto Press.

Guinness, Henry Grattan (1888): Light for the Last Days: A Study Historic and Prophetic, 2ª ed., Londres, Hodder and Stoughton.

Gwertzman, Bernard (1983): “State Department; about the West Bank and the Emperor’s Clothes”, The New York Times, 25 de agosto, en https://nyti.ms/32gWTtm.

Halper, Jeff y Naser-Najjab, Nadia (2021): Decolonizing Israel, Liberating Palestine: Zionism, Settler Colonialism, and the Case for

One Democratic State, Londres, Pluto Press.

Hansell, Herbert J. (1978): “United States Letter of the State Department Legal Adviser Concerning the Legality of Israeli Settlements in the Occupied Territories”, International Legal Materials, vol. 17, núm. 3, mayo.

Harel, Tal Orian et al. (2021): “The Partnership Index among Youth in Israel in 2020”, Index, aChord, Universidad Hebrea de Jerusalén, abril, en https://bit.ly/3teHpSm.

Harvey, Josephine (2020): “Jared Kushner Says He’s ‘Read 25 Books’ On The Israeli-Palestinian Conflict”, HuffPost, 29 de enero, en http://bqit.ly/2VdH6dq.

Hasan, Manar (2019): “Palestine’s Absent Cities: Gender, Memoricide and the Silencing of Urban Palestinian Memory”, Journal of Holy Land and Palestine Studies, vol. 18, núm. 1.

Hawari, Yara (2021): “The Revival of People-to-People Projects: Relinquishing Israeli Accountability”, Policy Brief, al-Shabaka, 6 de abril, en https://bit.ly/3i8fJgb.

Hawari, Yara; Plonski, Sharri y Weizman, Elian (2019): “Settlers and Citizens: A Critical View of Israeli Society”, Settler Colonial Studies, vol. 9, núm. 1.

Heikal, Mohamed Hassanein (2009): Tronos y ejércitos: la crisis de los tronos, el shock de los ejércitos [original en árabe], El Cairo, Dar ash-Shuruuq lil-Nashr wal-Tawzıi’.

Hermann, Tamar (2005): “The Bi-national Idea in Israel/Palestine: Past and Present”, Nations and Nationalism, vol. 11, núm. 3.

Hersch, Liebmann (1931): “International Migration of the Jews”, Walter F. Willcox (ed.), International Migrations, vol. 2 “Interpretations”, Cambridge, Massachusetts, National Bureau of Economic Research.

Hersh, Jacque (2009): “Inconvenient Truths about ‘Real Existing’ Zionism”, Monthly Review, vol. 61, núm. 1, mayo.

Herzl, Theodor (1917 [1896]): A Jewish State: An Attempt at a Modern Solution of the Jewish Question, Sylvie D'Avigdor (trad.) y Jacob de Haas (ed.), 3ª ed., Nueva York, Federation of American Zionists.

Hijab, Nadia y Gassner, Ingrid Jaradat (2017): "Talking Palestine: What Frame of Analysis? Which Goals and Messages?", Alshabaka, 12 de abril, en https://bit.ly/3bJuzFP.

Hill, Tom (2008): "1948 after Oslo: truth and reconciliation in Palestinian discourse", Mediterranean Politics, vol. 13, núm. 2.

Hillel, Maayan (2019): "Constructing modern identity–new patterns of leisure and recreation in mandatory Palestine", Contemporary Levant, vol. 4, núm. 1.

Hourani, Faisal (1980): Pensamiento político palestino (1964-1976): estudio de los documentos básicos de la OLP [original en árabe], Beirut, PLO's Research Center.

Hroub, Khaled (2000): Hamas: Political Thought and Practice, Washington, D.C., Institute for Palestine Studies.

Huneidi, Sahar (2001): A broken Trust: Herbert Samuel, Zionism and the Palestinians, 1920-1925, Nueva York, IB Tauris.

— (2019): The Hidden History of the Balfour Declaration, Nueva York, OR Books.

Hussein, Ahmed (ed.) (2020): The June 1967 War: Paths and Implications, Doha y Beirut, The Arab Center for Research and Policy Studies.

Huweidi, Amin (1992): Oportunidades perdidas [original en árabe], Beirut, Sharikat al-Matbu'at.

Hyamson, Albert M. (1918): "British Projects for the Restoration of Jews to Palestine", Publications of the American Jewish Historical Society, núm. 26.

Ilan, Amitsur (2004): "The Israeli Defence Army and the Arab Armies in 1948", Alon Kadish (ed.), Guerra de la Independencia

1948-1949, Debate renovado, parte 1 [original en hebreo], Tel-Aviv, Ministerio de Defensa.

— (2005): “Few versus many, weak versus strong. The case of the War of Independence”, Alone Kadish y Benjamin Z. Kedar (eds.), Unos pocos contra unos muchos. Estudio sobre el equilibrio de fuerzas en las batallas de Judas Macabeo y la Guerra de la Independencia israelí [original en hebreo], Jerusalén, The Hebrew University Magnes Press.

Inbar, Efraim (1989): “The ‘no choice war’ debate in Israel”, The Journal of Strategic Studies, vol. 12, núm. 1.

Israeli, Raphael (1979): “Sadat between Arabism and Africanism”, Middle East Review, vol. 11, núm. 3, primavera.

’Iyad, Khalid Hammad (2017): The United States and the Peace Process in the Middle East (1973-2013), Amán, Alaan Publishers y Distributors.

Jabareen, Hassan (2002): “The Future of Arab Citizenship in Israel: Zionist Time in a Place with no Palestinian Memory”, Daniel Levy y Yfaat Weiss (eds.), Challenging Ethnic Citizenship: German and Israeli Perspectives on Immigration, Nueva York, Berghagen Books.

Jabareen, Yosef (2017): “Controlling Land and Demography in Israel: The Obsession with Territorial and Geographical Dominance”, Nadim Rouhana (ed.), Israel and Its Palestinian Citizens: Ethnic Privileges in the Jewish State, Cambridge, Cambridge University Press.

Jabbour, George (1970): Settler Colonialism in Southern Africa and the Middle East, Beirut, Palestine Liberation Organization Research Center.

Jansen, Michael (1970): The United States and the Palestinian People, Beirut, The Institute of Palestine Studies.

Jawhariyah, Wasif; Tamari, Salim y Nassar, Issam (eds.) (2014): The Storyteller of Jerusalén: The Life and Times of Wasif Jawhariyyeh, 1904-1948, Northampton y Massachusetts, Olive

Branch Press.

Joseph, Benjamin M. (1988): Besieged Bedfellows: Israel and the Land of Apartheid, Nueva York, Greenwood Press.

Judis, John B. (2014): Genesis: Truman, American Jews and the Origins of the Arab/Israeli Conflict, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux.

Kadish, Alon (ed.) (2004): Guerra de la Independencia 1948-1949, Debate renovado, parte 1 [original en hebreo], Tel-Aviv. Ministerio de Defensa.

Kadish, Alone y Z. Kedar, Benjamin (eds.) (2005): Unos pocos contra unos muchos. Estudio sobre el equilibrio de fuerzas en las batallas de Judas Macabeo y la Guerra de la Independencia israelí [original en hebreo], Jerusalén, The Hebrew University Magnes Press.

Kamrava, Mehran (2016): The Impossibility of Palestine: History, Geography and the Road Ahead, New Haven y Londres, Yale University Press.

Karawan, Ibrahim A. (1994): "Sadat and the Egyptian-Israeli Peace Revisited", International Journal of Middle East Studies, vol. 26, núm. 2, mayo.

Kedourie, Elie y Haim, Sylvia G. (eds.) (1982): Zionism and Arabism in Palestine and Israel, Londres, Frank Cass.

Kerry, John (2009): "Restoring Leadership in the Middle East: A Regional Approach to Peace", Martin Indyk (intro.), The Brookings Institution (Washington, D.C.), 4 de marzo, en https://brook.gs/32d5hd6.

Khalaf, Issa (1997): "The Effect of Socioeconomic Change on Arab Societal Collapse in Mandate Palestine", International Journal of Middle East Studies, vol. 29, núm. 1.

Khalaf, Salah y Rouleau, Eric (1981): My Home, My Land: A Narrative of the Palestinian Struggle, Linda Butler Koseoglu (trad.), Nueva York, Times Books.

Khalidi, Rashid (2006): The Iron Cage: The Story of the Palestinian Struggle for Statehood, Boston, Beacon Press.

— (2010): Palestinian Identity: The Construction of Modern National Consciousness, Nueva York, Columbia University Press.

— (2018): "Israel: 'A Failed Settler-Colonial Project", Institute for Palestine Studies, 10 de mayo, en https://bit.ly/3bHckRv.

— (2020): The Hundred Years' War on Palestine: A History of Settler Colonial Conquest and Resistance, 1917-2017, Nueva York, Metropolitan Books [disponible en español: Palestina: Cien años de colonialismo y Resistencia, Madrid, Capitán Swing, 2022].

Khalidi, Tarif (1981): "Palestinian Historiography: 1900-1948", Journal of Palestine studies, vol. 10, núm. 3.

Khalidi, Walid (1988): "Plan Dalet: Master Plan for the Conquest of Palestine", Journal of Palestine Studies, vol. 18, núm. 1.

— (1992): All That Remains: The Palestinian Villages Occupied and Depopulated by Israel in 1948, Beirut, Institute for Palestine Studies.

— (1997): "Revisiting the UNGA Partition Resolution", Journal of Palestine Studies, vol. 27, núm. 1.

— (1998): Cincuenta años desde la guerra de 1948 y las guerras entre árabes y sionistas [original en árabe], Beirut, Dar al- Nahar.

— (2002): Cincuenta años desde la partición de Palestina (1947-1997) [original en árabe], Beirut, Dar al-Nahar.

— (2005): "Why Did the Palestinians Leave, Revisited", Journal of Palestinian Studies, vol. 34, núm. 2, invierno.

— (2008): "The Fall of Haifa Revisited", Journal of Palestine Studies, vol. 37, núm. 3, primavera.

Khoury, Yousef (ed.) (1990): The Arab Unity Projects 1913-1989, 2ª ed., Beirut, Center for Arab Unity Studies.

Kimmerling, Baruch y Migdal, Joel S. (2003): The Palestinian People: A History, Cambridge, Harvard University Press.

Kobler, Franz (1956): The Vision Was There: A History of the British Movement for the Restoration of the Jews to Palestine. The World Jewish Congress, British Section, Londres, Lincolns-Praeger.

Kurtulus, Ersun N. (2007): "The Notion of a 'pre-emptive War:' the Six Day War Revisited", The Middle East Journal, vol. 61, núm. 2.

Landau, David (2003): "Maximum Jews minimum Palestinians: Ehud Olmert speaks out", Haaretz, 13 de noviembre, en https://bit.ly/3fOQQ6D.

Laron, Guy (2017): The Six-Day War: The Breaking of the Middle East, New Haven y Londres, Yale University Press.

Le More, Anne (2008): International Assistance to the Palestinians after Oslo: Political Guilt, Wasted Money, Londres y Nueva York, Routledge.

Levenberg, Haim (1993): The Military Preparations of the Arab Community in Palestine, 1945-1948, Londres, Frank Cass.

Levin, Bess (2019): "Trump's New Mideast Point Man is Jared Kushner's Former Coffee Boy Avi Berkowitz", Vanity Fair, 5 de septiembre, en http://bit.ly/2w106AY.

Levin, Don: "Yehoram Shalom y otros vs. el Comité Electoral Central y la Lista Progresista por la Paz" [original en hebreo], Judgements of the Supreme Court, vol. 53, núm. 4.

Levy, Daniel y Weiss, Yfaat (eds.) (2002): Challenging Ethnic Citizenship: German and Israeli Perspectives on Immigration, Nueva York, Berghagen Books.

Litvak, Meir (ed.) (2009): "Constructing a national past: the Palestinian case", Palestinian Collective Memory and National Identity, Nueva York, Palgrave Macmillan.

Luft, Gal (1999): "The Palestinian Security Services: Between Police and Army", Middle East Review of International Affairs (MERIA),

vol. 3, núm. 2, junio.

Makovsky, Ross y David Makovsky (2009): Myths, Illusions, and Peace: Finding a New Direction for America in the Middle East, Nueva York, Viking.

Mamdani, Mahmood (2020): Neither Settler nor Native: the Making and Unmaking of Permanent Minorities, Cambridge (Massachusetts) y Londres, Belknap Press of Harvard University Press.

Manna', Adel (2016): Nakba and Survival: The Story of the Palestinians who Remained in Haifa and the Galilee (1948-1956), Beirut, Institute for Palestine Studies.

Markovitzky, Yacov (1995): El luchador en llamas: reclutamiento en el extranjero durante la Guerra de la Independencia [original en hebreo], Tel Aviv, Ministerio de Defensa.

Masalha, Nur (ed.) (1992): Expulsion of the Palestinians: The Concept of "Transfer" in Zionist Political Thought 1882-1948, Washington, D.C., Institute of Palestinian Studies.

— (2003): The Politics of Denial: Israel and the Palestinian Refugee Problem, Londres: Pluto Press.

— (2005): Catastrophe Remembered: Palestine, Israel and the Internal Refugees, Londres, Zed Books.

Masri, Mazen (2017): "Colonial Imprints: Settler-Colonialism as a Fundamental Feature of Israeli Constitutional Law", International Journal of Law in Context, vol. 13, núm. 3.

Massad, Joseph A. (2001): Colonial Effects: The Making of National Identity in Jordan, Nueva York, Columbia University Press.

Mathew, William M. (2013): "The Balfour Declaration and the Palestine Mandate, 1917-1923: British Imperialist Imperatives", British Journal of Middle Eastern Studies, vol. 40, núm. 3.

Mearsheimer, John y Walt, Stephen (2007): The Israel Lobby and U.S. Foreign Policy, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux.

Mearsheimer, John J. y Walt, Stephen M. (2006): “The Israel Lobby and US Foreign Policy”, Working Papers Series No. RWP06–011, Harvard University, John F. Kennedy School of Government, Faculty Research, 15 de marzo, en https://bit.ly/3xyYVo2.

Melamn, Yossi y Raviv, Daniel (1987): Alianza hostil: los contactos secretos entre Jordania e Israel [original en hebreo], Tel Aviv, Mitam.

Merkley, Paul Charles (1998): The Politics of Christian Zionism 1891-1948, Londres y Nueva York, Routledge.

Migdal, Joel S. (ed.) (2014): Palestinian Society and Politics, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Miron, Guy (2011): The Waning of Emancipation: Jewish History, Memory, and the Rise of Fascism in Germany, France, and Hungary, Detroit, Wayne State University Press.

Morris, Benny (1993): Israel’s Border Wars, 1949-1956: Arab Infiltration, Israeli Retaliation, and the Countdown to the Suez War, Oxford, Clarendon Press.

— (2001): Righteous Victims: A History of the Zionist-Arab Conflict, 1881-2001, Nueva York, Vintage Books.

— (2004): The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2008): 1948: A History of the First Arab-Israeli War, Londres, Yale University Press.

— (2009): One State, Two States: Resolving the Israel/Palestine Conflict, New Haven y Londres, Yale University Press.

Moughrabi, Fouad y Akash, Munir (eds.) (1997/1998): The Open Veins of Jerusalem, Maryland, Jusoor Books.

Muasher, Marwan (2008): The Arab Center: The Promise of Moderation, New Haven, Yale University Press.

— (2011): A Decade of Struggling Reform Efforts in Jordan: The

Resilience of the Rentier System, Washington, D.C., Carnegie Endowment for International Peace.

Muhammad, Naktal ’Abd al-Hadi ’Abd al-Karim (2016): Las posiciones de los Estados Unidos hacia la cuestión palestina [original en árabe], Amán, Dar al-Mu’taz.

Muharib, Mahmoud (2008): “La inteligencia sionista: Los comienzos del espionaje a los árabes” [original en árabe], Al Mustaqbal al-Arabi, año 31, núm. 357, noviembre.

— (2015): “Las negociaciones entre la Agencia Judía y el Bloque Nacional Sirio”, [original en árabe], Ostour Journal for Historical Studies, núm. 1, enero.

— (2017): “De las negociaciones a la infiltración: la relación entre la Agencia Judía y el Bloque Nacional Sirio y Shahbandar” [original en árabe], Ostour Journal for Historical Studies, núm. 5.

Muslih, Muhammad Y. (1988): The Origins of Palestinian Nationalism, Nueva York, Columbia University Press.

Myers, David N. (1998): “Between Diaspora and Zion: History, Memory, and the Jerusalem Scholars”, N. Myers y David B. Ruderman (eds.), The Jewish Past Revisited: Reflections on Modern Jewish Historians, New Haven y Londres, Yale University Press.

Myers, David N. y Ruderman, David B. (eds.) (1998): The Jewish Past Revisited: Reflections on Modern Jewish Historians, New Haven y Londres, Yale University Press.

Naber, Nadine et al. (2018): “On Palestinian Studies And Queer Theory”, Journal Of Palestine Studies, vol. 47, núm. 3.

Nakhleh, Khalil (2014): “Oslo: Replacing Liberation with Economic Neo-Colonialism”, Commentary, al-Shabaka, 10 de abril, en https://bit.ly/3uEGdII.

Naor, Moshe (2013): Social Mobilization in the Arab-Israeli War of 1948 on the Israeli Home Front, Shaul Vardi (trad.), Nueva York, Routledge.

Neve, Gordon y Ram, Moriel (2016): “Ethnic Cleansing and the Formation of Settler Colonial Geographies”, Political Geography, vol. 53.

NSO Group (2019): “NSO Group Statement on Facebook Lawsuit”, CISION PR Newswire, 29 de octubre, en https://prn.to/3jqOkGE.

Nuwayhid al-Hout, Bayan (1986): El liderazgo y las instituciones políticas en Palestina (1917-1948) [original en árabe], Beirut, Institute of Palestine Studies.

Obama, Barack (2020): A Promised Land, Nueva York, Viking/ Penguin Books [disponible en español: Una tierra prometida, Barcelona, Debate, 2020].

Ojo, Olusola (1982): “Israeli-South African Connections and Afro-Israeli Relations”, International Studies, vol. 21, núm. 1, enero-marzo.

O’Neill, Patrick Howell (2020): “Pegasus Unbound”, MIT Technology Review, vol. 123, núm. 5, septiembre/octubre.

Oroub, El-Abed (2009): Unprotected: Palestinians in Egypt since 1948, Washington, D.C., Institute for Palestine Studies/International Development Research Centre.

Pappé, Ilan (ed.) (1999): The Israel/Palestine Question: Rewriting Histories, Londres, Routledge.

— (2006a): The Ethnic Cleansing of Palestine, Oxford, Oneworld Publications [disponible en español: La limpieza étnica de Palestina, Barcelona, Editorial Crítica, 2009].

— (2006b): “The 1948 Ethnic Cleansing of Palestine”, Journal of Palestine Studies, vol. 36, núm. 1.

— (2010): The Rise and Fall of a Palestinian Dynasty: The Husaynis, 1700-1948, Berkeley (California), University of California Press.

— (2012): “Shtetl Colonialism: First and Last Impressions of Indigeneity by Colonised Colonisers”, Settler Colonial Studies, vol. 2, núm. 1.

— (2015): “The Futility and Immorality of Partition in Palestine”, Ilan Pappé y Noam Chomsky, On Palestine, Reino Unido, Penguin.

Pappé, Ilan y Chomsky, Noam (2015): On Palestine, Reino Unido, Penguin.

Peled, Yoav (1992): “Ethnic Democracy and the Legal Construction of Citizenship: Arab Citizens of the Jewish state”, American Political Science Review, vol. 86, núm. 2.

Peres, Shimon (2018): Soñar sin límites [original en hebreo], Rishon LeZion, Yediot Ahronot y Hemed.

Piterberg, Gabriel (2008): The Returns of Zionism: Myths, Politics and Scholarship in Israel, Londres, Verso.

Pollack, Kenneth M. (2019): Armies of Sand: The Past, Present and Future of Arab Military Effectiveness, Nueva York, Oxford University Press.

Popp, Roland (2006): “Stumbling decidedly into the six-day war”, The Middle East Journal, vol. 60, núm. 2.

Porath, Yehoshua (1974): The Emergence of the Palestinian-Arab National Movement, 1918-1929, Londres, Frank Cass.

Rabin, Yitzhak (1979): The Rabin Memoirs, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.

Radai, Itamar (2011): “Jaffa, 1948: The fall of a city”, The Journal of Israeli History, vol. 30, núm. 1, marzo.

— (2016): “The rise and fall of the Palestinian-Arab middle class under the British mandate, 1920-39”, Journal of Contemporary History, vol. 51, núm. 3.

Rahman, Omar (2019): “From confusion to clarity: Three pillars for revitalizing the Palestinian national movement”, Policy Briefing, Brookings Doha Center, diciembre, en https://brook.gs/3pd9Y4c.

Ram, Uri (1995): “Zionist historiography and the invention of modern Jewish nationhood: The case of Ben Zion Dinur”, History

and Memory, vol. 7, núm. 1.

Ranta, Ronald (2015): Political Decision Making and Non-Decisions: The Case of Israel and the Occupied Territories, Nueva York, Springer.

Ravid, Barak (2020): “What Jared Kushner Told Senators about Trump’s Middle East Peace Plan”, Axios, 4 de marzo, en http://bit.ly/2vWYxoe.

Raz, Adam (2018): La masacre de Kafr Qasim: una biografía política [original en hebreo], Jerusalén, Carmel Publication.

Raz, Avi (2013): “The Generous Peace Offer that was Never Offered: The Israeli Cabinet Resolution of June 19, 1967”, Diplomatic History, vol. 37, núm. 1, enero.

Raz-Krakotzkin, Amnon (2017): “Exile within Sovereignty: Critique of the ‘Negation of Exile’ in Israel Culture”, Zvi Ben-Dor Benite et al. (eds.), The Scaffolding of Sovereignty: Global and Aesthetic Perspectives on the History of a Concept, Nueva York, Columbia University Press.

Rempel, Terry (2008-2009): “Resolution 194 (III), A Retrospective”, al-Majdal, núm. 39-40, otoño-invierno.

— (2020): “The Right to Return: Drafting Paragraph 11 of General Assembly Resolution 194 (III), December 11, 1948”, The Palestine Yearbook of International Law Online, vol. 21, núm. 1.

Renton, James (2007): The Zionist Masquerade: The Birth of the Anglo-Zionist Alliance, 1914-1918, Nueva York, Palgrave Macmillan.

Riedel, Bruce (2017): “The CIA’s Overlooked Intelligence Victory in the 1967 War”, Brookings, 30 de mayo, en https://brook.gs/30K2NCc.

Rigby, Andrew (2015): The Palestinian Intifada Revisited, Sparsnäs, Suecia, Irene Publishing.

Robarge, David (2018): “Getting it Right: CIA Analysis of the 1967

Arab-Israeli War", Studies in Intelligence, vol. 62, núm. 2, junio.

Robinson, Glenn E. (2004): "Hamas as Social Movement", Quintan Wiktorowicz (ed.), Islamic Activism: A Social Movement Theory Approach, Indiana, Indiana University Press.

Robinson, Shira (2013): Citizen Strangers: Palestinians and the Birth of Israeli Liberal Settler State, Stanford, Stanford University Press.

Rodinson, Maxime (1967): "¿Es Israel un hecho colonial?" [original en francés], Les Temps Modernes, Le conflit israélo-arabe, núm. 253, julio.

— (1973): Israel: A Colonial Settler-State?, Nueva York, Monad Press.

Rogan, Eugene L. (2001): "Jordan and 1948: the persistence of an official history", Avi Shlaim y Eugene L. Rogan (eds.), The War for Palestine: Rewriting the History of 1948, Cambridge, Cambridge University Press.

Rogers, William (1984): "Address by Secretary of State William Rogers, December 9, 1969", The Quest for Peace: Principal United States Public Statements and Related Documents on the Arab-Israeli Peace Process 1967-1983, Washington, D.C., Departamento de Estado de los Estados Unidos.

Rosner, Shmuel; Slepkov, Noah y Fuchs, Camil (2021): "The 2021 Israel Pluralism Index: Consensus and Disagreements", The Jewish People Policy Institute, 8 de abril, en https://bit.ly/2PHLYH9.

Ross, Dennis (2020): "Opinion: The Middle East is changing. Will Palestinians be left behind?", The Washington Post, 14 de septiembre, en https://wapo.st/3u0bo1Q.

Rouhana, Nadim N. (2015): "Homeland Nationalism and Guarding Dignity in a Settler Colonial Context: The Palestinian Citizens of Israel Reclaim Their Homeland", Borderland e-Journal, vol. 14, núm. 1, primavera.

— (ed.) (2017): Israel and Its Palestinian Citizens: Ethnic Privileges in the Jewish State, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2021): “Religious Claims and Nationalism in Zionism: Obscuring Settler Colonialism”, Nadim N. Rouhana y Nadera Shalhoub-Kevorkian (eds.), When Politics Are Sacralized: Comparative Perspectives on Religious Claims and Nationalism, Cambridge, Cambridge University Press.

Rouhana, Nadim N. y Sabbagh-Khoury, Areej (2019): “Memory and the Return of History in a Settler-colonial Context: The Case of the Palestinians in Israel”, Interventions, vol. 21, núm. 4.

Rouhana, Nadim N. y Shalhoub-Kevorkian, Nadera (eds.) (2021): When Politics Are Sacralized: Comparative Perspectives on Religious Claims and Nationalism, Cambridge, Cambridge University Press.

Rozen, Laura (2010): “Fierce Debate on Israel Underway Inside Obama Administration”, Politico, 28 de marzo, en https://politi.co/3eCYT5F.

Ryan, Curtis (2010): “We Are All Jordan… But Who Is We?”, Middle East Research and Information Project (MERIP), 13 de julio de, en https://bit.ly/3tgYnjT.

Ryan, Sheila (1972): “Constructing a New Imperialism: Israel and the West Bank”, MERIP Reports, núm. 9, mayo-junio.

Sa’di, Ahmad (2021): “Israel’s settler-colonialism as a global security paradigm”, Race y Class, abril.

Sabbagh-Khoury, Areej (2021): “Tracing Settler Colonialism: A Genealogy of a Paradigm in the Sociology of Knowledge Production in Israel”, Politics y Society, marzo.

Salamanca, Omar Jabary et al. (2012): “Past is present: Settler colonialism in Palestine”, Settler Colonial Studies, vol. 2, núm. 1.

— (2015): “Settler Colonial Studies and Israel-Palestine”, Settler Colonial Studies, vol. 5, núm. 3.

Sayegh, Fayez (1965): Colonialismo sionista en Palestina [original en árabe], Beirut, Research Center, Palestine Liberation Organization.

Sayigh, Yezid (1997): Armed Struggle and the Search for State: The Palestinian National Movement, 1949-1993, Nueva York, Oxford University Press.

Schaffer, Aaron (2021): “The Cybersecurity 202: Group maps alleged victims of NSO Group surveillance tool”, The Washington Post, 6 de julio, en https://wapo.st/2WzmVto.

Segev, Tom (2000a): One Palestine, Complete: Jews and Arabs under the British Mandate. Haim Watzman (trad.). Nueva York: Metropolitan Books, 2000.

— (2000b): The Seventh Million: The Israelis and the Holocaust, Haim Watzman (trad.), Nueva York, Macmillan.

— (2005): Un Estado a cualquier precio: la vida de David Ben-Gurión [original en hebreo], Ben Shemen, Keter Sfarim.

Seikaly, May (2002): Haifa: Transformation of an Arab Society, 1918-1939, Walid Khalidi (“Foreword”), Londres, IB Tauris.

Seikaly, Sherene (2015): Men of Capital: Scarcity and Economy in Mandate Palestine, Stanford (California), Stanford University Press.

Shafir, Gershon (1999): “Zionism and Colonialism: A Comparative Approach”, Ilan Pappé (ed.), The Israel/Palestine Question: Rewriting Histories, Londres, Routledge.

Shalash, Bilal (2019): Jaffa, Sangre sobre piedra: la guarnición de Jaffa y su acción militar; estudio y documentos [original en árabe], vol. 1, Beirut, ACRPS.

Shalhoub-Kevorkian, Nadera (2015): Security Theology, Surveillance and the Politics of Fear, Cambridge, Cambridge Studies in Law and Society, Cambridge University Press.

Shalhoub-Kevorkian, Nadera y Huneidi, Sahar S. (2017): “Settler Colonialism, Surveillance, and Fear”, Nadim N. Rouhana (ed.), Israel and Its Palestinian Citizens: Ethnic Privileges in the Jewish State, Cambridge, Cambridge University Press.

Sharp, Jeremy M. (2016): “U.S. Foreign Aid to Israel”, Report,

Congressional Research Service, 22 de diciembre, en https://bit.ly/2QUTuiy.

— (2020): “US Foreign Aid to Israel”, Report, Congressional Research Service, 16 de noviembre, en https://bit.ly/3tTw0II.

Shavit, Ari (2003): “Cry, the Beloved Two-state Solution”, Haaretz, 6 de agosto, en https://bit.ly/2Qxqm0R.

Shemesh, Moshe (1984): “The Founding of the PLO 1964”, Middle Eastern Studies, vol. 20, núm. 4.

Shihab-Eldin, Ahmed (2017): “Jordan First: A King’s Modernization Motto Obscures Palestinian Past and Iraqi Present”, HuffPost, 6 de diciembre, en https://bit. ly/3dbbk9q.

Shikaki, Ibrahim y Springer, Joanna (2015): “Building a Failed State: Palestine’s Governance and Economy Delinked”, Policy Brief, al-Shabaka, 21 de abril, en https://bit.ly/2RaGyVT.

Shipler, David K. (1982): “Israel Rejects Reagan Plan for Palestinians’ Self-Rule; Terms it ‘a Serious Danger”, The New York Times, 3 de septiembre, en https://nyti.ms/39O4jqA.

Shlaim, Avi (1995): “The Debate About 1948”, International Journal of Middle East Studies, vol. 27, núm. 3.

— (2007): Lion of Jordan: The Life of King Hussein in War and Peace, Nueva York, Vintage Books.

Shlaim, Avi y Rogan, Eugene L. (eds.) (2001): The War for Palestine: Rewriting the History of 1948, Cambridge, Cambridge University Press.

Slater, Jerome (1990-1991): “The Superpowers and an Arab-Israeli Political Settlement: The Cold War Years”, Political Science Quarterly, vol. 105, núm. 4, invierno.

Spetalnick, Matt (2008): “Bush: Israel settlement expansion ‘impediment’”, Reuters, 3 de enero, en https://reut.rs/36SzWgy.

Stein, Rebecca L. y Swedenburg, Ted (eds.) (2005): Palestine, Israel,

and the Politics of Popular Culture, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press.

Sultani, Nimer (2017): “The Legal Structures of Subordination”, Nadim Rouhaha (ed.), Israel and its Palestinian Citizens, Nueva York, Cambridge University Press.

Swirski, Shlomo (2010): “The Cost of Occupation: The Burden of the Israeli–Palestinian Conflict 2010 Report”, Adva Center, junio de 2010.

Tabar, Linda y Desai, Chandni (2017): “Decolonization is a global project: From Palestine to the Americas”, Decolonization: Indigeneity, Education y Society. vol. 6. núm. 1.

Tamari, Salim (2005): “Wasif Jawhariyyeh. Popular Music, and Early Modernity in Jerusalem”, Rebecca L. Stein y Ted Swedenburg (eds.), Palestine, Israel, and the politics of popular culture, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press.

— (2009): “Introduction: Palestine’s Conflictual Modernity” y “A Musician’s Lot: The Jawhariyyeh Memoirs as a Key to Jerusalem’s Early Modernity”, Mountain against the Sea: Essays on Palestinian Society and Culture, Berkeley, Los Ángeles y Londres, University of California Press.

Taqqu, Rachelle (2014): “Peasants into workmen: internal labor migration and the Arab village community under the Mandate”, Joel S. Migdal (ed.), Palestinian Society and Politics, Princeton, Princeton University Press.

Tarabulsi, Fawwaz (1969): “The Palestine Problem: Zionism and Imperialism in the Middle East”, New Left Review, vol. 1, núm. 57, septiembre/octubre.

Tartir, Alaa (2017): “The Palestinian Authority Security Forces: Whose Security?”, Policy Brief, al- Shabaka, 16 de mayo, en https://bit.ly/3aQ6AUJ.

Tartir, Alaa; Bahour, Sam y Abdelnour, Samer (2012): “Defeating Dependency, Creating a Resistance Economy”, Policy Brief, al-

Shabaka, 13 de febrero de 2012, en https://bit.ly/3vKy6M8.

Terrill, W. Andrew. (2001): “The political mythology of the Battle of Karameh”, The Middle East Journal, vol. 55, núm. 1.

Thrall, Nathan (2017): The Only Language They Understand: Forcing Compromise in Israel and Palestine, Nueva York, Metropolitan Books.

Timberg, Craig et al. (2021): “On the list: Ten prime ministers, three presidents and a king”, The Washington Post, 20 de julio, en https://wapo.st/3ztI0DE.

Tolts, Mark (2016): “Demography of the Contemporary Russian-Speaking Jewish Diaspora”, Zvi Gitelman (ed.), The New Jewish DiasporHead A: Russian-Speaking Immigrants in the United States, Israel, and Germany, Nueva Brunswick, Nueva Jersey y Londres, Rutgers University Press.

Tripp, Charles (2001): “Iraq and the 1948 War: Mirror of Iraq’s disorder”, Avi Shlaim y Eugene L. Rogan (eds.), The War for Palestine: Rewriting the History of 1948, Cambridge, Cambridge University Press.

Troen, S. Ilan y Shalom, Zaki (1999): “Ben-Gurion’s Diary for the 1967 Six-Day War: [Introduction and Diary Excerpts]”, Israel Studies, vol. 4, núm. 2.

Tuchman, Barbara W. (1984): Bible and Sword: England and Palestine from the Bronze Age to Balfour, Nueva York, Ballantine Books.

Usher, Graham (1995): “Bantustanisation or Bi-nationalism?: An Interview with Azmi Bishara”, Race and Class, vol. 37, núm. 2.

Veracini, Lorenzo (2010): Settler Colonialism: A Theoretical Overview, Londres, Palgrave Macmillan.

— (2011): “Introducing Settler Colonial Studies”, Settler Colonial Studies, vol. 1, núm. 1.

— (2013): “The Other Shift: Settler Colonialism, Israel and The

Occupation", Journal of Palestine Studies, vol. 42, núm. 2, abril.

— (2020): "Is settler colonial studies even useful?", Postcolonial Studies, vol. 24, núm. 2, diciembre.

Vereté, Mayir (1970): "The Balfour Declaration and its makers", Middle Eastern Studies, vol. 6, núm. 1.

Vickery, Matthew (2017): Employing the Enemy: The Story of Palestinian Labourers on Israeli Settlements, Londres, Zed Books.

Victor, Kattan (2009): From Coexistence to Conquest: International Law and the Origins of the Arab-Israeli Conflict, 1891-1949, Londres y Nueva York, Pluto Press.

Wakim, Wakim (2001): "Refugiados internos en su patria: Los ausentes presentes en Israel" [original en árabe], Palestine Studies Journal, vol. 45/46, invierno.

Weitz, Yechiam (2001): "Taking Leave of the 'Founding Father' Ben-Gurion's Resignation as Prime Minister in 1963", Middle Eastern Studies, vol. 37, núm. 2, abril.

Wezeman, Pieter D.; Kuimova, Alexandra y Wezeman, Siemon T. (2021): "Trend in International Arms Transfer, 2020", Fact Sheet, SIPRI, marzo, en https://bit.ly/3DbeDsi.

Wiktorowicz, Quintan (ed.) (2004): Islamic Activism: A Social Movement Theory Approach, Indiana, Indiana University Press.

Wildeman, Jeremy y Tartir, Alaa (2013): "Can Oslo's Failed Aid Model Be Laid to Rest?", Policy Brief, al-Shabaka, 18 de septiembre, en https://bit.ly/3yUnBYI.

Willcox, Walter F. (ed.) (1931): International Migrations. vol. 2: Interpretations, Cambridge (Massachusetts), National Bureau of Economic Research.

Wilmer, Franke (2021): Breaking Cycles of Violence in Israel and Palestine: Empathy and Peacemaking in the Middle East, Lanham y Londres, Lexington Books.

Wolfe, Patrick (2006): “Settler Colonialism and the Elimination of the Native”, Journal of Genocide Research, vol. 8, núm. 4.

Yazbek, Mahmoud (2013): “Jaffa antes de la Nakba” [original en árabe], Journal of Palestine Studies, vol. 93, invierno.

Yiftahel, Oren (2006): Ethnocracy: Land and Identity Politics in Israel/Palestine, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.

Zohar, Maor (2013): “Moderation from Right to Left: The Hidden Roots of Brit Shalom”, Jewish Social Studies, vol. 19, núm. 2.

Zureik, Elia T. (1979): The Palestinians in Israel: A Study of Internal Colonialism, Londres y Boston, Routledge/ K. Paul.

— (2016): Israel’s Colonial Project in Palestine: Brutal Pursuit, Abingdon, Oxon y Nueva York, Routledge.

— (2020): “Settler Colonialism, Neoliberalism and Cyber Surveillance: The Case of Israel”, Middle East Critique, vol. 29, núm. 2, febrero.

Informes, estudios, documentos y discursos

“194 (III). Palestina—Informe sobre el progreso de las gestiones del Mediador de las Naciones Unidas A/RES/194 (III)”, Informe sobre el progreso, Asamblea General de las Naciones Unidas., 11 de diciembre de 1948, en https://bit.ly/4bXr77r.

“A regime of Jewish supremacy from the Jordan River to the Mediterranean Sea: This is apartheid”, Position Paper, B’Tselem, The Israeli Information Center for Human Rights in the Occupied Territories, 12 de enero 2021, en https://bit.ly/3uTiip6.

“Absentees’ Property Law, 5710-1950”, Naciones Unidas, en https://bit.ly/4bSiAmg.

“Address by PM Netanyahu at Bar-Ilan University”, Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, 14 de junio de 2009, en https://bit.ly/3UY3W63

“Address to the Nation on United States Policy for Peace in the Middle East, 1 September 1982”, Naciones Unidas, en https://bit.ly/3wXCR5l

“Advisory opinion of the International Court of Justice on the Legal Consequences of the Construction of a Wall in the Occupied Palestinian Territory”, Naciones Unidas, en https://bit.ly/32IOVdD.

“Ambassador Yousef Al Otaiba Statement on Peace Plan”, Embajada de los Emiratos Árabes Unidos en Washington DC, 28 de enero de 2020, en https://bit.ly/3cpGcCd.

“Annual General Meeting of the Palestine Exploration Fund”, Palestine Exploration Fund: Quarterly Statement for 1875, vol. 7, núm. 3, 1875.

“Arab Opinion Index 2019/2020”, Index, Arab Center for Research

and Policy Studies, en https://bit.ly/3pylEwL.

Asamblea General de las Naciones Unidas, Informe especial del Director de la Comisión Asesora del Organismo de Obras Públicas y Socorro a los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente, documentos oficiales: sexto periodo de sesiones, suplemento núm. 16 A (A/1905/Add. 1), París, 1951, en https://bit.ly/4bUHAJA.

— Documentos Oficiales, "186 (S-2). Nombramiento y atribuciones de un Mediador de las Naciones Unidas en Palestina", Resolución A/RES/186 (s-2), 14 de mayo de 1948, párr. 2, en https://bit.ly/44VD8rw.

— Informe sobre el Progreso de las Gestiones del Mediador de las Naciones Unidas en Palestina presentado al Secretario General para ser transmitido a los Miembros de las Naciones Unidas, 16 de septiembre de 1948, tercer periodo de sesiones, suplemento núm. 11 (A/648), París, 1948, en https://bit.ly/3VnnRN2.

— Question of Palestine/Majority plan (Partition), Minority plan (Federal State)—Comisión Especial de Palestina de las Naciones Unidas (UNSCOP)—Informe, Nueva York, 1947, en https://bit.ly/2QsMPfa.

"Bridging the Green Line: The PA, Israeli Arabs, and Final Status: An Interview with Azmi Bishara", Journal of Palestine Studies, vol. 26, núm. 3, primavera de 1997.

"Camp David Accords—17 de septiembre de 1978", Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, en https://bit.ly/3Kj2Tsn.

Comisión Especial de Palestina de las Naciones Unidas, Actas oficiales del segundo periodo de sesiones de la Asamblea General, Suplemento núm. 11, "Informe a la Asamblea General", vol. 1 (A/364), en https://bit.ly/3WV8Q68, 1947.

Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, "Informe sobre la asistencia de la UNCTAD al pueblo palestino: acontecimientos en la economía del Territorio Palestino Ocupado", 67º periodo de sesiones (2 y 3 de julio, 7 a 9 de septiembre y 28 de septiembre a 2 de octubre de 2020), en https://bit.ly/3R08RlL.

“Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial”, Naciones Unidas, 7 de marzo de 1966, en https://bit.ly/4bDswA7.

“Convención Internacional sobre la Represión y el Castigo del Crimen de Apartheid”, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 30 de noviembre de 1973, Naciones Unidas, en https://bit.ly/3UVVvYW.

Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Lograr la cesación de las hostilidades en Palestina, Resolución S/RES/50(1948), 29 de mayo de 1948, en https://bit.ly/3hb66Ml.

“Database on Fatalities and House Demolitions”, B’Tselem: The Israeli Information Center for Human Rights in the Occupied Territories, en https://bit.ly/3vZ6HpH.

Departamento de Información Pública de las Naciones Unidas, Anuario de las Naciones Unidas de 1948-49, Nueva York, 1949, en https://bit.ly/3sUe6Ep.

Departamento de Información Pública de las Naciones Unidas, The Question of Palestine and the United Nations, Nueva York, 2008, en https://bit.ly/3dMKkgz.

“Discurso del presidente Mahmud Abbas sobre la cuarta conmemoración del martirio de Yaser Arafat” [original en árabe], Journal of Palestine Studies, vol. 19, núm. 76, otoño de 2008.

Elements of Crimes, La Haya, Corte Penal Internacional, 2013, en https://bit.ly/3z6e00Y.

“Environmental justice, settler colonialism, and more-than-humans in the occupied West Bank”, Environment and Planning E: Nature and Space, vol. 4, núm. 1, marzo de 2021.

“Estimated Population in Palestine Mid-Year by Governorate, 1997-2021”, Database, The Palestinian Central Bureau of Statistics, en https://bit.ly/2SaWbgE.

“Forced Population Transfer: The Case of Palestine—Denial of Reparations”, Working Paper núm. 22, BADIL Resource Center for

Palestinian Residency and Refugee Rights, octubre de 2018, en https://bit.ly/32Se9pH.

“Full text of Basic Law: Israel as the Nation State of the Jewish People”, Knéset, 19 de julio de 2018, en https://bit.ly/3w1kkF8.

Human Rights Watch, A Threshold Crossed: Israeli Authorities and the Crimes of Apartheid and Prosecution, Estados Unidos, abril de 2021, en https://bit.ly/3wXE9go.

“Israel’s Settlements Have No Legal Validity, Constitute Flagrant Violation of International Law, Security Council Reaffirms”, Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 23 de diciembre de 2016, en http://bit.ly/2T97x0V.

“Letter from President Yasser Arafat to President Clinton”, Miftah. The Palestinian Initiative for the Promotion of Global Dialogue and Democracy, 13 de enero de 1998, en https://bit.ly/3xjJHTu.

“Los asentamientos israelíes en el Territorio Palestino Ocupado, incluida Jerusalén Oriental, y en el Golán sirio ocupado”, “Informe del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos A/HRC/37/43”, Asamblea General de las Naciones Unidas, 6 de marzo de 2018, en https://bit.ly/3gJRAM2.

MACRO, The Center for Political Economics, Work Conditions of the Palestinian Paid-Workers in Israel [original en árabe], Tel Aviv, febrero de 2017.

“Moshe Dayan’s Eulogy for Roi Rutenberg—April 19, 1956”, Eulogy, Jewish Virtual Library, en https://bit.ly/2Q2gvj3.

Naciones Unidas, The Status of Jerusalem: Prepared for, and under the Guidance of, the Committee on the Exercise of the Inalienable Rights of the Palestinian People, Nueva York, 1997, en https://bit.ly/2UGQFDO.

— Resoluciones y decisiones del Consejo de Seguridad 1967: Actas oficiales del Consejo de Seguridad, Vigesimoctavo año, Nueva York, 1968, en https://bit.ly/3yJ6VaJ.

“Nationality Law, 5712–1952”, Knéset, en https://bit.ly/3wWnZcV.

Organización Internacional del Trabajo, La situación de los trabajadores de los territorios árabes ocupados, Conferencia Internacional del Trabajo, 109º periodo de sesiones, 2021, en https://bit.ly/3hKFfXF.

“PHROC Nakba Statement: Stop the Ongoing Nakba: Protect Palestinian Refugees”, Statement, BADIL Resource Center for Palestinian Residency and Refugee Rights, mayo de 2019, en https://bit.ly/32eMyPm.

“PM Netanyahu addresses the 2016 AIPAC Policy Conference”, Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, 22 de marzo 2016, en https://bit.ly/3Kh4Mpn.

Public Papers of the President of the United States: George Bush, 1990. Libro I, 1 de enero a 30 de junio de 1990, Washington, D.C., United States Government Printing Office, 1991.

“Remarks by the President at Cairo University, 6–04–09”, The White House: Office of the Press Secretary. 4 de junio de 2009, en http://bit.ly/39Q7XQy.

“Remarks on Middle East Peace”, US Department of State, 28 de diciembre de 2016, en http://bit.ly/2SODUDn.

“Resolución 2334 (2016)”, Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 23 de diciembre 2016, en https://bit.ly/3wOFXOA.

“Resolución 242 (1967) de 22 de noviembre de 1967”, Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, en http://bit.ly/38ThpCF.

“Resolución 446 (1979) de 22 de marzo de 1979”, Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, en https://bit.ly/3R0GOmi.

“S.1322—Jerusalem Embassy Act of 1995”, Congress.Gov, en http://bit.ly/2HOShRO.

“Silencing: DSDE’s Concealment of Documents in Archives”, Report. Akevot Institute for Israeli-Palestinian Conflict Research. Julio de 2019, en https://bit.ly/3tnNGw7.

“Sixty-Eighth Congress: Sec. I. Chs. 185, 190, 1924”, Act.

GovTrack.us, mayo de 1924, en https://bit.ly/3fgbkWF.

“Sixty-Seventh Congress: Sec. I. Ch. 8, 1921”, Act. GovTrack.us, mayo de 1921, en https://bit.ly/3hUTv1f.

“Special Issue: Israeli Settler-Colonialism and the Palestinian Naqab Bedouin”, Journal of Holy Land and Palestine Studies, vol. 15, núm. 1, mayo de 2016.

“Special Issue: New Directions in Settler Colonial Studies”, Postcolonial Studies, vol. 23, núm. 1, 2020.

“Special Issue: Settler-Colonialism and Indigenous Rights in Al-Quds/Jerusalem”, Journal of Holy Land and Palestine Studies, vol. 17, núm. 1, mayo de 2018.

“Special Issue: Settler Colonialism: The Palestinian/Israeli Case”, International Journal of Applied Psychoanalytic Studies, vol. 17, núm. 2, 2020.

“Special Issue: Settler Colonialism: United States, South Africa, Eritrea, and Palestine/Israel”, South Atlantic Quarterly, vol. 107, núm. 4, 2008.

“Statement by Middle East Quartet”, Naciones Unidas, 23 de septiembre de 2011, en http://bit.ly/2uXJhXT.

“Statement of ICC Prosecutor, Fatou Bensouda, respecting an investigation of the Situation in Palestine”, Corte Penal Internacional, 3 de marzo de 2021, en https://bit.ly/ 3w1pUHp.

“Statement to the Knesset by Prime Minister Eshkol, 12 de junio de 1967”, Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, en https:// bit.ly/4bvtCOn.

“Statistics of Jews”, The American Jewish Year Book, vol. 42, 3 de octubre de 1940 a 21 de septiembre de 1941, 1941/5701.

“Survey of Palestinian Refugees and Internally Displaced Persons 2016-2018: Volume lX”, Survey, BADIL Resource Center for Palestinian Residency and Refugee Rights, noviembre de 2019, en https://bit.ly/3tn6Kuq.

“The Law of Return 5710 (1950)”, Knéset, en https://bit.ly/44XogZT.

The Quest for Peace: Principal United States Public Statements and Related Documents on the Arab- Israeli Peace Process 1967-1983, Washington, D.C., US Department of State, 1984.

The White House, Peace to Prosperity: A Vision to Improve the Lives of the Palestinian and Israeli People, enero de 2020, en https://bit.ly/2S6c3Rt.

Páginas web de noticias

Al Jazeera: canales en árabe de Al Jazeera Media Network.

Al-Ahram Weekly: semanario en inglés impreso por la editorial Al-Ahram de El Cairo (Egipto).

Al-Araby al-Jadeed: medio de comunicación panárabe con sede en Londres.

Axios: página estadounidense de noticias con sede en el condado de Arlington (Virginia). Fue fundada en 2016 y lanzada al año siguiente por Jim VandeHei, Mike Allen y Roy Schwartz, experiodistas de Politico.

Banco Mundial: institución financiera internacional que concede préstamos y subvenciones a los Gobiernos de países de renta baja y media para la realización de proyectos de capital.

BBC News: división comercial operativa de la British Broadcasting Corporation responsable de la recopilación y difusión de noticias y temas de actualidad.

Brookings: grupo de investigación estadounidense.

Departamento de Información Pública de la ONU: página dedicada a comunicar los ideales y el trabajo de la ONU al mundo.

DW: emisora internacional pública de Alemania financiada por el presupuesto federal alemán.

Encyclopaedia Palestina: referencia exhaustiva que presenta la historia, la tierra, el pueblo, la causa y la yihad de Palestina.

European Council on Foreign Relations (ECFR): think-tank internacional cuyo objetivo es realizar investigaciones independientes de vanguardia sobre la política exterior y de

seguridad europea.

Facebook: servicio estadounidense de redes sociales y medios de comunicación en línea con sede en Menlo Park, California, fundado por Mark Zuckerberg.

Haaretz: periódico israelí.

HuffPost: blog y agregador de noticias estadounidense, con ediciones locales e internacionales.

Indicadores del Desarrollo Mundial: página del Banco Mundial con la recopilación más importante de datos sobre desarrollo comparables entre países.

Institute for Palestine Studies: instituto de investigación independiente sin ánimo de lucro más antiguo del mundo árabe.

Israel State Archives: Archivo Nacional de Israel.

Knéset: asamblea legislativa unicameral de Israel.

NSO Group: empresa tecnológica israelí.

One Democratic State Campaign: iniciativa liderada por palestinos que pide el fin del régimen colonial sionista y lucha por el establecimiento de un único Estado democrático en la Palestina histórica, basado en la justicia política, social, económica y cultural, en el que palestinos y judíos israelíes vivan en pie de igualdad.

One State Foundation: fundación que pretende ofrecer total transparencia sobre su programa y sus finanzas y que, en este marco, también publicará en línea sus informes financieros anuales.

Politico: empresa de periodismo político con sede en el condado de Arlington, Virginia, que cubre la política tanto en Estados Unidos como a escala internacional.

Reuters: organización internacional de noticias propiedad de Thomson Reuters.

SIPRI: instituto internacional independiente dedicado a la

investigación sobre conflictos, armamento, control de armas y desarme.

Slate: revista progresista que cubre la actualidad, la política y la cultura de Estados Unidos.

Smithsonian: institución de enseñanza conocida como el mayor complejo museístico, educativo y de investigación del mundo.

The Association for One Democratic State in Israel/Palestine: organización no gubernamental constituida conforme a la ley suiza de asociaciones.

The Guardian: sitio británico de noticias y medios de comunicación propiedad del Guardian Media Group.

The Independent: periódico británico de Internet fundado en 1986 como matutino nacional impreso.

The Middle East Research and Information Project (MERIP): grupo de investigación independiente sin ánimo de lucro creado en 1971, que ha publicado informes y documentos de posición sobre diversos conflictos de Oriente Próximo.

The New York Times: diario estadounidense con sede en Nueva York y lectores en todo el mundo.

The Spectator: revista semanal británica sobre política, cultura y actualidad.

The Washington Post: diario estadounidense publicado en Washington D.C.

The White House (Casa Blanca): residencia oficial y lugar de trabajo del presidente de Estados Unidos.

UCLA-EDI: Oficina de Equidad, Diversidad e Inclusión (Office of Equity, Diversity and Inclusion), dedicada a liderar y hacer avanzar las estrategias del campus para mejorar la equidad, la diversidad y la inclusión, combatiendo la discriminación.

UNRWA: Organismo de Obras Públicas y Socorro de las Naciones

Unidas para los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente.

Vanity Fair: revista mensual de cultura popular, moda y actualidad publicada por Condé Nast en los Estados Unidos.

Wafa: Agencia Palestina de Noticias es la agencia de noticias de la Autoridad Nacional Palestina y fue “la agencia de noticias de la OLP” en los años anteriores a la formación de la AP.

YouTube: plataforma de vídeo en línea propiedad de Google.

NOTAS

1 . Conocida oficialmente como Autoridad Nacional Palestina (ANP).

2 . Para acceder al texto íntegro de la Ley de 1921, véase “Sixty-Seventh Congress: Sec. I. Ch. 8, 1921”, Act, GovTrack.us, 19 de mayo de 1921, disponible en https://bit.ly/3hUTv1f.

3 . Para acceder al texto íntegro de la Ley de 1924, véase “Sixty-Eighth Congress: Sec. I. Chs. 185, 190, 1924”, Act, GovTrack.us, mayo de 1924, disponible en https://bit.ly/3fgbkWF.

4 . El Yishuv es el cuerpo organizado de colonos judíos que se asentaron en Palestina antes de la creación del Estado de Israel.

5 . En aquella época, la mayoría de los judíos ortodoxos lo consideraron una blasfemia, y son muchos quienes siguen viéndolo así pues choca con el concepto religioso judío de un pueblo elegido por Dios. El proyecto sionista en su conjunto fue percibido como un intento de interferir en la obra de Dios al congregar a la diáspora judía antes de la llegada del Mesías.

6 . Amnon Raz resume la esencia del sionismo en una disquisición moral contra las prácticas sionistas en Palestina. Apoyándose en el pensamiento filosófico crítico (Walter Benjamin) y el pensamiento teológico judío, sostiene que el exilio es un concepto teológico que

sitúa los cimientos de la existencia judía en cualquier lugar, incluido Eretz Israel (la Tierra de Israel), desde la destrucción del Segundo Templo. Contradice el concepto nacionalista del exilio si bien converge con una visión crítica secular de la realidad. Ni el concepto de Raz del exilio ni la visión secular crítica buscan la redención en la historia real (véase el retorno del Mesías en tiempos mundanos o la materialización del ideal del progreso), sino que consideran el acto de criticar la realidad actual y anhelar la redención una redención en sí misma (Raz-Krakotzkin, 2017: 393-417).

7 . Y el flujo de mano de obra barata desde los territorios entonces recién ocupados de Cisjordania y Franja de Gaza.

8 . La propaganda israelí, tan cuidadosamente elaborada, adquirió una denominación académica durante la última década del siglo XX, cuando fue calificada de “narrativa” en lugar de “historia” por parte de postsionistas bienintencionados para relativizarla frente a la narrativa palestina, en vista de que probablemente sí se convirtió en una historia incuestionable para las generaciones que fueron educadas en ella. Referirse a ella como “narrativa” era quizás una señal de progreso frente al discurso hegemónico de los académicos israelíes.

9 . El subtítulo del libro de Herzl es El Estado de los judíos, en alemán: Der Judenstaat: Versuch einer modernen Lösung der Judenfrage. Por tanto, la expresión “El Estado judío” es una traducción incorrecta. Véase Herzl (1917).

10 . En un famoso discurso pronunciado por el que fuera jefe del Estado Mayor del ejército israelí, Moshé Dayán, para rendir tributo a Roi Rotenberg (guarda de seguridad de 21 años del kibutz Nahal Oz asesinado en una emboscada por fedayines, o luchadores por la

libertad, de Gaza), Dayán, que odiaba la hipocresía, no se anduvo con rodeos: “Ayer al alba Roi fue asesinado […] No culpemos hoy a los asesinos. ¿Por qué considerar su ardiente odio hacia nosotros? Durante ocho años se han visto obligados a vivir en campos de refugiados en Gaza, y ante su mirada hemos transformado sus tierras y pueblos, donde sus antepasados y ellos residieron, en nuestra propiedad. No es entre los árabes de Gaza, sino en nosotros mismos, donde hemos de buscar la sangre de Roi. ¿Cómo hemos podido cerrar los ojos y negarnos a mirar de frente nuestro destino para no ver, en toda su brutalidad, el destino de nuestra generación? ¿Acaso hemos olvidado que este grupo de jóvenes residentes en Nahal Oz carga sobre sus hombros con las pesadas puertas de Gaza? […] Saldemos cuentas con nosotros mismos; somos una generación que ocupa las tierras y sin un casco de acero y la boca de un cañón no podremos plantar un árbol ni construir una casa. Que nada nos impida ver el odio que está inflamando y marcando las vidas de los cientos de miles de árabes que viven a nuestro alrededor. No desviemos la mirada ni bajemos los brazos. Este es el destino de nuestra generación. Es nuestra elección de vida: estar preparados y armados, fuertes y determinados, para que nuestras armas no nos sean arrebatadas y nuestras vidas no sean segadas”. “Moshe Dayan’s Eulogy for Roi Rutenberg–April 19, 1956”, Eulogy, Jewish Virtual Library, disponible en https://bit.ly/2Q2gvj3.

11 . Para más información sobre el tema, consúltese Rouhana (2021: 54-87). Véase también Bishara (1990).

12 . Las comunidades judías religiosas no se asentaron en Palestina para establecer un Estado judío ni tampoco los primeros colonos judíos del siglo XIX. Algunos fueron sionistas en sus distintas interpretaciones del mundo, pero otros construyeron comunidades agrícolas porque querían llevar una vida socialista fuera de Europa o por su salvación individual o incluso por otros ideales espirituales judíos. Algunos concebían Palestina como su tierra natal debido a vínculos culturales que no pueden negarse. Los sionistas fueron una minoría incluso entre los judíos en Palestina hasta las intensas

actividades de asentamiento de la segunda aliyah (ascensión/inmigración) a principios del siglo XX, por la que se declaró explícitamente el objetivo de crear un Estado judío.

13 . Como individuos, con anterioridad a 1948, los colonos tenían por supuesto distintas patrias, pero el proyecto colonial sionista no fue el proyecto concreto de ningún país colonial.

14 . Por ejemplo, Yiftachel (2006). He aquí una definición breve pero precisa de etnocracia, según Nils Butenschon: "Un Estado que otorga la ciudadanía con arreglo a criterios étnicos específicos (como suele disponer la legislación en materia de nacionalidad)" (Butenschon, 2000: 19). Huelga decir que este criterio se aplica a la etnocracia israelí, que es más amplia.

15 . La politización de tales identidades colectivas no está consagrada en el sistema.

16 . Reflejado en la introducción de toda ley fundamental israelí.

17 . El proceso de reunión de los exiliados incluye a los judíos orientales que se convirtieron en una mayoría de la población judía. En general, esta mayoría que tuvo que renunciar a su cultura, fue alienada, estereotipada y criticada en el contexto de un proyecto colonial europeo. Esta situación dio pie a la tensión social y cultural que complicó el proceso de "construcción de la nación". Su solución no fue la integración en un marco civil de ciudadanía israelí ni tampoco el desarrollo de una cultura civil, sino de un nacionalismo israelí-judío. Incluso la religiosidad tradicional fue objeto de sionización.

18 . Comisión Especial de Palestina de las Naciones Unidas, Question of Palestine/Majority plan (Partition), Minority plan (Federal State) —Comité Especial de Naciones Unidas para Palestina (UNSCOP)— Informe (Nueva York, 1947), disponible en https://bit.ly/2QsMPfa.

19 . La Agencia Judía fue creada en 1929 para representar a la Organización Sionista Mundial con el fin de animar a los judíos de todo el mundo a sumarse al asentamiento judío en Palestina y para servir como su brazo político y ejecutivo.

20 . Question of Palestine / Majority plan (Partition), Minority plan (Federal State), Comité Especial de Naciones Unidas para Palestina (UNSCOP), Informe.

21 . Resolución 181 (II); "United Nations partition plan of 1947-Map", Departamento de Información Pública de la ONU, disponible en https://bit.ly/3xmHl6r.

22 . De acuerdo con el plan de partición, el Estado palestino propuesto tendría un total de 818.000 palestinos (si incluimos los 71.000 palestinos del enclave de Jaffa) y menos de 10.000 judíos. Se estimaba que Jerusalén tenía del orden de 105.000 palestinos y 100.000 judíos. En cuanto al Estado israelí propuesto, se calculó que tendría aproximadamente 499.000 judíos y 438.000 palestinos, es decir, que "de incluirse el enclave de Jaffa, totalmente encapsulado en el Estado judío, tal y como propuso originalmente la UNSCOP, el número de palestinos habría superado con creces el de judíos también en el Estado judío" (Khalidi, 1997: 11).

23 . La principal organización armada sionista antes de la creación del Estado y su ejército.

24 . Los Acuerdos de Armisticio de 1949 fueron firmados entre Israel y Egipto el 24 de febrero de 1949 y, posteriormente, entre Israel y el Líbano el 23 de marzo de 1949; en Jordania el 3 de abril de 1949, y en Siria el 20 de julio de 1949.

25 . Los habitantes de Jerusalén Este están incluidos en las estadísticas oficiales israelíes.

26 . “Estimated Population in Palestine Mid-Year by Governorate, 1997-2021”, Database, The Palestinian Central Bureau of Statistics, disponible en https://bit.ly/2SaWbgE.

27 . Véase “Silencing: DSDE’s Concealment of Documents in Archives”, Report, Akevot Institute for Israeli-Palestinian Conflict Research, julio de 2019, disponible en https://bit.ly/3tnNGw7.

28 . Véanse ejemplos en la lectura crítica de Tom Segev de la biografía de Ben-Gurión: Ben-Gurión y Yitzhak Ben-Zvi consideraron que la transferencia de árabes fue una acción justa y necesaria (Segev, 2005: 430).

29 . “UNRWA Marks 70 Years of Service for Palestine Refugees”, Organismo de Obras Públicas y Socorro de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente (UNRWA), 10 de diciembre de 2019, disponible en https://bit.ly/3afj1tf. Por su parte, el BADIL Resource Center for Palestinian Residency and Refugee Rights estimó que hay otros 1.161.812 refugiados de 1948 no registrados en estos territorios. “PHROC Nakba Statement: Stop the Ongoing Nakba: Protect Palestinian Refugees”, Declaración, BADIL Resource Center for Palestinian Residency and Refugee

Rights, mayo de 2019, disponible en https://bit.ly/32eMyPm.

30 . Tal y como explica en sus memorias el exjefe del Estado Mayor del ejército iraquí durante la guerra, el mariscal Saleh Aljbouri, los Gobiernos árabes no solamente no decidieron bloquear la propuesta de partición, sino que evitaron dar cualquier paso que pudiera dañar las relaciones con los británicos y estadounidenses. Véase Aljbouri (2014: 150-1). Este libro es una fuente esencial sobre la historia de la guerra. El libro no incluye sus diarios, pero sí correspondencia y actas de las reuniones de los líderes políticos y militares árabes.

31 . Para más información sobre la caída de Tiberíades, consúltese Abbasi (2008: 45-80). Para la caída de Haifa, en la que la connivencia británico-sionista desempeñó un papel decisivo, véase Khalidi (2008: 30-58), Golani (2001: 93-130), Shalash (2019: 213-59). Véase también Radai (2011: 23-43); Golan (2012: 997-1011). Sobre la caída de Safad, véase Barout (1998: 60-74). Véase también Abbasi (2004: 21-47). Para la caída de Acre, remítase a Abbasi (2010: 2-3).

32 . Frank, Klíma y Goldstein (2017: 125-52), Morris (2008: 117). Desde junio de 1948, el ejército israelí pasó a la ofensiva y, para finales de 1948, fue derrotando uno a uno a los ejércitos árabes. En 1968, el propio Ben-Gurión afirmó: “Las armas checoslovacas han salvado al Estado de Israel, en términos reales y absolutos. Sin dichas armas, no habríamos sobrevivido” [original en hebreo], YouTube, 12 de mayo de 2015, disponible en https://bit.ly/3vdDyXP. Simón Peres no olvidó mencionarlo en su libro 70 años más tarde. Peres fue responsable de la compra de armamento y Stalin, como él mismo explicó, ordenó a Checoslovaquia que suministrara las armas cuando los países occidentales impusieron un embargo sobre todos los países de la región, incluido el movimiento sionista (Peres, 2018: 50). Rabin (1979: 34) reconoció este hecho cuatro décadas más tarde, cuando la relación entre Israel

y la Unión Soviética se tensó y alcanzó su momento más delicado, haciendo hincapié en que sin dichos suministros la "guerra de la Independencia" no podría haberse librado: "Sean cuales sean las cuentas que deban saldar Israel y el pueblo judío con el bloque comunista, en la columna del haber debe reconocerse sin ambages que sin las armas de Checoslovaquia, proporcionadas incuestionablemente por la Unión Soviética, es muy poco probable que hubiéramos podido librar nuestra guerra de la independencia".

33 . El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, en su Resolución 50 del 29 de mayo de 1948, instó a "todos los Gobiernos y autoridades interesados a ordenar la cesación de todos los actos de hostilidad armada durante un plazo de cuatro semanas; […] que se comprometan a no introducir personal combatiente en Palestina, Arabia Saudí, Egipto, Irak, el Líbano, Siria, Transjordania o Yemen durante el periodo de interrupción de las hostilidades; […] que, en caso de que se introduzcan en los países o territorios bajo su control hombres en edad militar, se comprometan a no movilizarlos ni darles instrucción militar durante la interrupción de las hostilidades; […] que se abstengan de importar o exportar material bélico a Palestina, Arabia Saudí, Egipto, Irak, el Líbano, Siria, Transjordania o Yemen durante la suspensión de hostilidades". Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Llamamiento a un cese de las hostilidades en Palestina, Resolución S/RES/50(1948), 29 de mayo de 1948, pp. 20-21, disponible en https://bit.ly/3hb66Ml.

34 . Rogan (2001: 115). Véanse también las posiciones de Irak y Siria respecto del liderazgo del rey Abdalá (Aljubouri, 2014; al-Hashemi, 1978; Arslan, 2009).

35 . La guerra de 1967, comparada con la de 1948, fue coser y cantar. El elemento sorpresa en esta última guerra, la superioridad tecnológica y el hecho de que la guerra se librara en tierra enemiga dictaron tanto su ritmo y resultado como su corta duración, así

como las escasas pérdidas que supuso para Israel.

36 . Remítase a Asamblea General de las Naciones Unidas, “186 (S-2). Nombramiento y atribuciones de un Mediador de las Naciones Unidas en Palestina”, Resolución A/RES/186 (S-2), 14 de mayo de 1948, párr. 2, disponible en https://bit.ly/44VD8rw.

37 . Véase Documentos Oficiales de la Asamblea General de las Naciones Unidas, Informe sobre el progreso de las gestiones del Mediador de las Naciones Unidas en Palestina presentado al secretario general para ser transmitido a los Miembros de las Naciones Unidas, 16 de septiembre de 1948, tercer periodo de sesiones, suplemento núm. 11 (A/648) (París, 1948), disponible en https://bit.ly/3VnnRN2.

38 . Para más información, véase Rempel (2020: 77-197).

39 . Véase Rempel (otoño de 2008-invierno de 2009).

40 . Véase Departamento de Información Pública de las Naciones Unidas, Anuario de las Naciones Unidas de 1948-49 (Nueva York: 1949), disponible en https://bit.ly/3sUe6Ep.

41 . Véase “194 (III). Palestina–Informe sobre el progreso de las gestiones del Mediador de las Naciones Unidas A/RES/194 (III)”, Informe, Asamblea General de las Naciones Unidas, 11 de diciembre de 1948, disponible en https://bit.ly/4bT154S.

42 . “The Law of Return 5710 (1950)”, Knéset, disponible en https://bit.ly/44XogZT; “Nationality Law, 5712-1952”, The Knesset, disponible en https://bit.ly/3wWnZcV.

43 . “Absentees’ Property Law, 5710-1950”, Naciones Unidas, disponible en https://bit.ly/4bSiAmg.

44 . “Forced Population Transfer: The Case of Palestine–Denial of Reparations”, Working Paper núm. 22, BADIL Resource Center for Palestinian Residency and Refugee Rights, octubre de 2018, disponible en https://bit.ly/32Se9pH. Al ejecutar esta orden, Israel detuvo a muchos infiltrados (tanto cerca de las fronteras como en el interior de los pueblos árabes) y les impuso onerosas multas. Estas acciones de seguridad representaron el 80% de los detenidos y presos israelíes en 1951 (Manna, 2016: 203).

45 . Lo mismo ocurre con Siria, el Líbano, Irak y Jordania. La historia política nacional es moderna. La historia nacional judía también es tan moderna como el Estado de Israel. Algunos se remontarían a la creación del movimiento sionista y al primer congreso sionista en Basilea (29-31 de agosto de 1897). Puede ser así en lo que respecta al ideal nacionalista, pero ha de tenerse en cuenta que el movimiento sionista de los primeros tiempos apenas representó un pequeño número de judíos europeos y solamente contó con el apoyo de una minoría de judíos repartidos en otros lugares del mundo. En cambio, el movimiento nacional palestino y el movimiento nacional árabe siempre han suscitado el apoyo de las mayorías.

46 . Retomaremos este debate sobre la “cuestión árabe” en el capítulo 3.

47 . Cisjordania fue anexionada por Jordania en 1950; sin embargo, esta medida fue considerada ilegal por la mayoría de los países y solamente contó con el reconocimiento del Reino Unido, Irak y Pakistán. La Liga Árabe decidió concebir la anexión de Jordania de las zonas un "fideicomiso" hasta que el caso palestino fuera resuelto en el interés de sus habitantes (Benvenisti, 2004: 108). Joseh Massad afirmó que la Liga Árabe dio a la anexión un reconocimiento de facto y que los Estados Unidos la reconocieron formalmente, con la excepción de Jerusalén (Massad, 2001: 229).

48 . Véase Asamblea General de las Naciones Unidas, Informe especial del director de la Comisión Asesora del Organismo de Obras Públicas y Socorro a los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente, documentos oficiales: sexto periodo de sesiones, suplemento núm. 16 A (A/1905/Add. 1) (París: 1951), disponible en https://bit.ly/4bUHAJA.

49 . Sin embargo, la UNRWA no tiene mandato en Egipto o Irak, de ahí que haya que ser cautos en ambos casos. Irak se negó a permitir que la agencia de la ONU operara en su territorio y afirmó que proporcionaría asistencia por su cuenta. Probablemente fueron menos de 13.000 los palestinos que entraron en Egipto en 1948 y la mayoría no permanecieron en el país, pese al hecho de que no se les obligó a residir en campamentos. En la actualidad, la comunidad palestina en el país probablemente no supere los 75.000 (Albanese y Takkenberg, 2020: 35-36, 250; Oroub, 2009: 1). Desde finales de 1970 en adelante, Egipto se volvió cada vez menos acogedor para los palestinos, pese al supuesto compromiso con los acuerdos internacionales y regionales en materia de refugiados. Si bien acepta que los palestinos son refugiados con arreglo a las resoluciones pertinentes de la ONU, no los reconoce como tales bajo el Convenio de 1951, como tampoco reconoce el mandato del ACNUR (la Agencia de la ONU para los Refugiados) sobre ellos. Esto impide que el ACNUR pueda censarlos o asistirlos y, como resultado, la gran mayoría de ellos viven por debajo del umbral de la pobreza (Albanese y Takkenberg, 2020: 244).

50 . Illan Pappé cuenta que “inmediatamente después de la muerte de su hermano mayor, al-Hajj Amin se puso el hamama (el sombrero blanco del Hajj) y empezó a dejarse barba, como si fuera ya el muftí. Ese día colgó para siempre su traje europeo. Se celebraron elecciones el 12 de abril de 1921. Husam Jarallah recibió la mayoría de los votos mientras que al-Hajj Amin apenas terminó cuarto”. Añade que, tras los altercados que se produjeron en apoyo a al-Hajj Amin, “el Gobierno británico estaba bajo presión. Por un lado, estos eran los resultados de la votación preliminar del muftí, pero por otro, existía un claro apoyo popular a la candidatura de al-Hajj Amin. El Alto Comisario se enfrentó a un dilema: al-Hajj Amin carecía de experiencia y había participado en actividades contra los británicos, pero no podía negarse la posición destacada de su familia en la política local. […] Samuel se reunió con al-Hajj Amin la víspera de la votación preliminar y quedó gratamente sorprendido, creyendo que el joven se valdría de su influencia y la de su familia para traer la paz a Jerusalén y el país en su conjunto” (Pappé, 2010: 214, 216).

51 . Véase también “El Consejo Nacional Palestino” [original en árabe], Encyclopaedia Palestina, 28 de octubre de 2015, disponible en https://bit.ly/3yL2D2Y.

52 . Según Yezid Sayigh, había una toma de conciencia entre las facciones armadas palestinas (por lo general denominadas fasai’l) de las limitaciones nacionales, regionales e internacionales de la lucha armada contra Israel, pese al hecho de que su esfuerzo militar siempre fue reducido en términos de escala e impacto. Sin embargo, la lucha armada fue descrita de forma consistente por los fasai’l como el medio principal e incluso exclusivo para liberar Palestina. Esto se debe a que las luchas armadas, en opinión de Sayigh, ejercían otras funciones primarias, entre las que destacan: la formación de las élites, la legitimación política, la construcción de la nación y la consolidación de la “entidad” política palestina. La violencia dio pie a un “efecto aglutinador” único en una sociedad

fragmentada y “la imaginería heroica y el lenguaje de la lucha armada aportaron una nueva sustancia a la comunidad imaginada de los palestinos” que fueron retratados como un “pueblo revolucionario que libraba una lucha activa para decidir su destino, en lugar de una masa de refugiados indefensos que aguardaban con los brazos cruzados la ayuda de la beneficencia” (Sayigh, 1997: 667-68).

53 . La arqueología nacionalista trata de proyectar sobre el pasado una concepción nacionalista contemporánea de la historia, haciendo retroceder el reloj para imaginar un patrón antiguo que sustente el nacionalismo moderno. Este es el proyecto cultural ideológico ahistórico al que llamo “nacionalismo arqueológico”.

54 . Algunas definiciones confunden etnicidad y nacionalidad con el fin de resultar más “afirmativas” o “políticamente correctas”. La siguiente es un ejemplo de ellas: “Por lo general, ‘indígena’ hace referencia a aquellos pueblos con una soberanía preexistente que vivían juntos en comunidad antes de entrar en contacto con las poblaciones de colonos, muy a menudo —aunque no siempre— europeos. ‘Indígena’ es el término más inclusivo, ya que hay en todos los continentes del mundo pueblos indígenas —por ejemplo, los samis en Suecia, las Primeras Naciones en Canadá, los mayas en México y Guatemala, y los ainus en Japón— que luchan por permanecer culturalmente intactos en sus territorios. ‘Pueblos indígenas’ hace referencia a un grupo de pueblos indígenas que comparten una identidad nacional —como los ‘navajos’ o los ‘samis’— y equivale a decir ‘el pueblo estadounidense”. En este caso, la confusión refleja nobles intenciones. Véase “Native American and Indigenous Peoples FAQs”, UCLA-EDI, 14 de abril de 2020, disponible en https://bit.ly/3nwmknh.

55 . La conferencia cerró su declaración con una carta nacional que instaba a oponerse permanentemente a la política sionista de establecer un hogar nacional en los términos de la Declaración

Balfour y detener la inmigración judía a Palestina. Además, se pronunció a favor del establecimiento de un Gobierno nacional que rendiría cuentas ante un Parlamento cuyos miembros serían elegidos por los residentes araboparlantes de Palestina (al-Kayyali, 1988: 16-19). La conferencia aprobó la creación de un comité ejecutivo (con Musa Kazem al-Husseini como presidente y Aref Pasha al-Dajani como vicepresidente), al que encomendó la tarea de supervisar el progreso del movimiento nacional (Al-Hout, 1986: 139-43).

56 . El primer Congreso, que se celebró entre el 27 de enero y el 9 de febrero de 1919, reunió a representantes de diferentes ciudades y regiones de toda Palestina. Aref al-Dajani —presidente de la Asociación Cristiana Islámica de Jerusalén— fue elegido presidente y Ragheb Abu al-Saud al-Dajani —fundador y presidente de la Asociación Cristiana Islámica de Jaffa—, vicepresidente. La conferencia formuló una petición que, posteriormente, se remitió a la Conferencia de Paz de París. Su contenido era el siguiente: "Consideramos que Palestina forma parte de la Siria Árabe, de la que no ha estado separada en ningún momento. Mantenemos con ella vínculos nacionales (qawmia), religiosos, lingüísticos, morales, económicos y geográficos. Deseamos que nuestro distrito de Siria del Sur —o Palestina— no se segregue del Gobierno Sirio Árabe Independiente y quede libre de cualquier influencia y protección extranjeras. […] Damos por nulos y sin efecto cualquier promesa o tratado celebrado hasta la fecha en relación con nuestro país y su futuro" (Al-Hout, 1986: 95-7).

57 . [Nota personal del autor] En una ocasión viví una situación absurda derivada de la confusión de conceptos que genera esta cuestión. En 1989, cuando aún era profesor titular en la Universidad de Birzeit en Cisjordania, participé en un debate sobre el concepto (hebreo) de umāh (ummah en árabe) en la televisión israelí. El término "nación" suele traducirse como ummah, un antiguo vocablo que originalmente tenía un significado distinto. Se trata de una práctica muy común en el mundo de la traducción y se considera aceptable siempre y cuando el nuevo uso del vocablo

gane aceptación y no se haya acuñado un neologismo que se acepte de forma generalizada. Sin embargo, cuando se utiliza un vocablo antiguo sus connotaciones pueden dar lugar a malentendidos, y también a tergiversaciones. Aunque en árabe el término ummah se emplea hoy para hacer referencia a la nación árabe, originalmente se utilizaba (y sigue utilizándose) para aludir a los seguidores del islam. Durante el programa de televisión, dije que no había una nación palestina y que las diferentes "naciones árabes" eran una invención del colonialismo; que lo que había era una nación árabe y que yo era un nacionalista árabe, y no un nacionalista palestino. A esto, añadí lo siguiente: "nosotros no hablamos de nación palestina, sino de pueblo palestino". Treinta años más tarde, un grupo sionista de extrema derecha estadounidense publicó un vídeo de ese fragmento del programa en varias redes sociales junto con el falaz comentario "Hasta Azmi Bishara niega la existencia de la nación palestina". Los regímenes árabes que se sentían molestos (por decirlo suavemente) porque apoyé manifiestamente las revoluciones árabes de 2011 cuando se produjeron descubrieron el vídeo y pusieron a sus trols a difundirlo. No respondí por las sencillas razones de que sus intenciones eran evidentes y de que mi lucha por Palestina y mis obras eran de sobra conocidas como para verse perjudicadas por la propaganda de regímenes autoritarios que —encubiertamente en un principio y abiertamente después— se aliaron con Israel. Toda esta propaganda barata se apoyaba en la traducción de un único término sacada de contexto. Quienes la difundieron no se molestaron en consultar mis escritos ni en verificar mis posturas, sobradamente conocidas. Otros aparentemente olvidaron que ni siquiera ellos mismos utilizan la expresión ummah falastiniyya ("nación palestina"), sino sha'b falastini (pueblo palestino). Lo mismo, por cierto, sucede en hebreo, donde se dice a'm falstini, y no umāh falastinit. De hecho, cuando la famosa primera ministra israelí Golda Meir pronunció aquella declaración, tristemente célebre, en la que negaba la existencia de un pueblo palestino, dijo: "ein a'm falstini", y no umāh falastinit. En árabe, los palestinos, sirios, jordanos, iraquíes, etc. usan la palabra sha'b para expresar la afiliación a sus países. Es decir, hablamos de "pueblo palestino" y no de "nación palestina". Aquellos que utilizan la palabra ummah para describir dicha afiliación fueron en su día acusados de colaborar con la tentativa colonial de dividir o particionar la nación árabe. Cuando los palestinos quieren expresar

su amor por Palestina y su devoción por su patria, suelen utilizar las expresiones watani falasitini o wataniyya falstiniyya, que pueden traducirse como “patriota palestino”. Sin embargo, nunca utilizarían qawmi faslatini (nacionalista palestino). Lo que dije en aquel programa de televisión no tenía nada de extraordinario. La anomalía estuvo más bien en cómo miembros tanto de la ultraderecha sionista como de los regímenes árabes utilizaron mis comentarios distorsionados con cortes y retraducciones. Volví sobre este asunto ocho años más tarde en el último capítulo de mi libro sobre la sociedad civil (Bishara, 1996), donde argumentaba que deberíamos separar el concepto de nación del de nacionalismo étnico y esforzarnos por construir naciones en los países árabes. En dicho capítulo recalqué que la afiliación árabe sigue siendo un componente básico de la identidad cultural de los árabes y de su nacionalidad étnica que hay que distinguir de su nacionalidad estatal, que debería designar únicamente ciudadanía y ninguna otra afiliación.

58 . “La mano dura del Gobierno y las nuevas reformas condujeron al estallido de la revuelta de 1864 en el corazón del país, en la que beduinos dispersos, jeques rurales, eminentes personalidades del entorno urbano, campesinos de las montañas y figuras religiosas de Jerusalén se unieron en contra de un enemigo común. Más tarde, estos grupos constituirían el pueblo palestino” (Kimmerling y Migdal, 2003: 7).

59 . Todos los líderes de los primeros golpes militares en el mundo árabe (Husni al-Za’im y Adib Shishakli en Siria, Nasser en Egipto y Abdul Karim Qasim en Irak) lucharon como oficiales en Palestina en 1948.

60 . Las líneas de demarcación del armisticio entre Israel y los países árabes en 1949 que, posteriormente, se convertirían en las fronteras de facto del Estado de Israel.

61 . Los palestinos que fueron obligados a abandonar sus hogares pero que permanecieron dentro de las fronteras de Israel se categorizaron como “desplazados internos” y, posteriormente, adquirieron la ciudadanía israelí en virtud de la Ley de Nacionalidad de 1952. La Ley de la Propiedad de los Ausentes de 1950 categorizaba como “ausentes presentes” a estos palestinos y a otros que fueron expulsados por las milicias sionistas durante el breve periodo comprendido entre el 26 de noviembre de 1947 y el 15 de mayo de 1948 (Sultani, 2017: 202) o no se encontraban en el Estado judío al realizarse el censo de 1949, momento en el que las fronteras del armisticio aún no estaban claras. Mediante este eufemismo, se confirió el estatus jurídico de “ausentes” a personas que nunca habían abandonado el país y que, sin lugar a duda, permanecieron físicamente presentes en él. Esta ley también transfirió los inmuebles de los desplazados internos palestinos al organismo denominado “Custodio de la Propiedad de los Ausentes” como si se tratase de refugiados ausentes radicados fuera del país. Las políticas israelíes han impedido sistemáticamente que los palestinos “ausentes” vuelvan a sus hogares o tierras. En sus estudios sobre los desplazados internos, Hillel Cohen calcula que el número de desplazados internos palestinos a comienzos de la década de 1950 rondaba los 25.000 (aproximadamente una sexta parte del total de la población palestina en el país). Aunque la falta de datos estadísticos oficiales complica la tarea de estimar con precisión el número actual, el BADIL Resource Center calcula que es de alrededor de 420.000, a los que se suman aproximadamente otros 350.000 en los Territorios Ocupados. Véase Cohen (2002: 43-51, 2005: 59-60), Masalha (2003: 143), Wakim (2001: 93); véase también “Survey of Palestinian Refugees and Internally Displaced Persons 2016-2018: Volume lX”, Encuesta, BADIL Resource Center for Palestinian Residency and Refugee Rights, noviembre de 2019, disponible en https://bit.ly/3tn6Kuq. Cohen señala que el UNRWA recibió el mandato de poner en marcha “programas de ayuda humanitaria y trabajo” para asistir a los desplazados internos en Israel entre 1950 y 1952. Durante este periodo, la Cruz Roja se ocupaba de gestionar los servicios de ayuda humanitaria del UNRWA. Después, el Gobierno israelí asumió la responsabilidad de encargarse de los refugiados dentro de sus

fronteras. Israel interpretó el final del mandato del UNRWA y la Cruz Roja (1949-52) en clave política: según su enfoque, permitir la actividad del UNRWA equivalía a reconocer la existencia de un problema con los refugiados. En consecuencia, los refugiados internos fueron suprimidos de las "listas del UNRWA y registrados en los censos de población israelíes como pertenecientes a sus pueblos y ciudades de refugio, y no de origen" (Cohen, 2003: 68, 99; 2005: 65).

62 . Desde principios de la década de 1980, los Hermanos Musulmanes habían desempeñado un papel político destacado en Palestina. Sin embargo, hasta el estallido de la primera Intifada palestina en diciembre de 1987, el grupo no desempeñó un papel activo en la oposición a la ocupación de Israel. Más bien, sus líderes adoptaron una ideología relativamente pasiva que consideraba que su misión era la purificación y reislamización de la sociedad, un proceso que —en su opinión— debía preceder a cualquier confrontación con el ocupante israelí. En la década de 1980, esta postura dio como resultado un "golpe generacional" que se materializó en la creación de Hamás. El golpe generacional se desencadenó en parte por la aparición de una nueva facción bajo el nombre del Movimiento de la Yihad Islámica en Palestina (Harakat al-Jihaad al-Islaami fi Filastin) de entre las filas de los Hermanos Musulmanes. El Movimiento de la Yihad Islámica se inspiró en la lucha armada de las facciones nacionalistas y en la Revolución iraní (1979). Como consecuencia de ello, en la víspera del estallido de la primera Intifada los líderes de los Hermanos Musulmanes se dieron cuenta de que, si no escuchaban a la joven generación de activistas (especialmente activistas estudiantiles) y se sumaban a la lucha nacional contra la ocupación, perderían su legitimidad e influencia políticas dentro de la comunidad palestina. Así, el 9 de diciembre de 1987, después del estallido de la Intifada, la cúpula de la organización decidió crear un marco nacional de resistencia contra la ocupación. El 14 de diciembre de 1987 se constituyó el Movimiento de Resistencia Islámica (Hamás). El movimiento distribuyó su declaración constitutiva el 15 de diciembre de 1987 y publicó su carta fundacional del 18 de agosto de 1988 (Robinson, 2004: 112-39; Hroub, 2000; Baconi, 2018: 17-28; Baumgarten,

2005: 25-48; Abu'Amr, 1989: 34-5; Barghouti, 1990: 61; Awwad, 2020: 24-44).

63 . Muchos individuos israelíes judíos que nacieron en Israel poseen una segunda nacionalidad (un pasaporte extranjero); los israelíes emigran a los Estados Unidos y a Europa en busca de una vida mejor. Algunos amigos míos emigraron también por razones políticas o porque no querían formar parte de una realidad israelí que temían no poder cambiar. Sin embargo, estos son casos aislados. En su conjunto, los judíos israelíes poseen una identidad nacional colectiva que los vincula con Israel como su patria.

64 . Se calcula que la Palestina histórica tiene una superficie de 27.000 km^2, donde Cisjordania (5.660 km^2) y la Franja de Gaza (365 km^2) representan un 22% del total.

65 . Del término árabe feda, que significa 'sacrificio por una causa'. En este caso podría hacer referencia a la disposición del combatiente a sacrificar su vida.

66 . Aunque en las diferentes regiones de Palestina se utilizaban diferentes kufiyas y pañuelos y no existía uniformidad en cuanto a la kufiya tradicional, los símbolos deben ser uniformes para resonar.

67 . Sobre Haifa, véase Hillel (2019: 75-90) y Seikaly (2002). Sobre Jerusalén, véase Tamari (2009: 71-92). Sobre Safed, véase Abbasi (2019).

68 . Los historiadores palestinos han mostrado un gran interés por las ciudades de Palestina antes de 1948. El interés de muchos

investigadores palestinos desde la década de 1990 por escribir sobre las ciudades y las clases medias perdidas es entendible en tanto que son temas ignorados por los historiadores del movimiento nacional palestino, que hicieron hincapié en el papel de las élites tradicionales de la ciudad, por un lado, y de los campesinos, por otro. La investigación en este campo, la conservación de los archivos familiares y las colecciones fotográficas, etc. simbolizaba la nostalgia por la "normalidad" y la prometedora modernidad palestinas que estaban desarrollándose entre las dos guerras mundiales en Jaffa, Haifa, Jerusalén y otras ciudades (Doumani, 1995 y 2009; Tamari, 2005: 27-50; Jawhariyah, Tamari y Nassar 2014; Yazbek, 2013: 36-49; Seikaly, 2002; Hasan, 2019: 1-20).

69 . Como se señaló anteriormente, la propaganda israelí equipara el antisionismo con el antisemitismo. Sin embargo, el rechazo árabe y palestino hacia el sionismo no es una cuestión de hostilidad étnica, religiosa o social hacia los judíos, sino un rechazo al asentamiento colonial en su país. Véase Bishara (2019).

70 . "Theresa May says she will celebrate the centenary of Balfour declaration with 'pride'", The Independent, 25 de octubre de 2017, disponible en https://bit.ly/3ni4CBM; "May lauds UK role in creation of Israel at Balfour centenary dinner", The Guardian, 2 de noviembre en 2017, disponible en https://bit.ly/3es2yTX.

71 . La propensión religioso-cultural al sionismo debe interpretarse como una posibilidad y no como una necesidad o una generalización reduccionista. Las acciones de solidaridad e incluso las posturas políticas adoptadas por organizaciones de beneficencia y entidades protestantes, anglicanas, presbiterianas y cuáqueras, entre otros, con los oprimidos en Palestina y otros lugares también ponen de manifiesto el potencial del humanismo de origen religioso.

72 . “Junta General Anual del Fondo para la Exploración de Palestina”, Palestine Exploration Fund: Quarterly Statement for 1875, vol. 7, núm. 3 (1875), p. 116.

73 . Hyamson señaló que Bradshaw “no estaba permanentemente desanimado por el fracaso de este esfuerzo de influir de manera decisiva en la opinión pública”. De hecho, volvió sobre este asunto 40 años después al escribir en 1884 un nuevo panfleto titulado The Trumpet Voice; Modus Operandi in Political, Social, and Moral Forecast Concerning the East: Based on Authoritative Bible Testimony. En dicho panfleto, Hyamson se hacía eco de la siguiente afirmación de Bradshaw: “Los judíos poseen una herencia inalienable que, llegado el momento, deben recuperar. Al mismo tiempo, es necesaria una nueva tierra de cultivo para las empresas comerciales que alivie la miseria social imperante. La mejor forma de conseguir estos objetivos sería permitir que los judíos regeneren Palestina”. De hecho, Bradshaw llegó a proponer que Inglaterra anexionase Palestina a Egipto, jurando que sería capaz de encontrar a más de 20 millonarios dispuestos a donar medio millón de libras cada uno a este proyecto a modo de descargo de sus “responsabilidades terrenales” (Hyamson, 1918: 142-3, 163).

74 . En su panfleto El Estado judío (1896), Theodor Herzl defendía que contribuir a la creación de un Estado judío independiente ayudaría a los Gobiernos europeos a deshacerse del antisemitismo en el continente: “La creación de un nuevo Estado no es ridícula ni imposible. […] Los gobiernos de todos los países azotados por el antisemitismo tendrán un ávido interés en ayudarnos a alcanzar la soberanía que tanto deseamos”. Según él, este nuevo Estado en Palestina beneficiaría a los europeos al “[crear] una parte del muro de Europa contra Asia, un puesto avanzado de la civilización en oposición a la barbarie” (Herzl, 1917 [1896]: 11-12). Las declaraciones similares de otros líderes de la Organización Sionista Mundial, entre ellos Max Nordau, son demasiado numerosas como para citarlas en esta nota al pie. En 1896, el reverendo William Henry Hechler, un notable simpatizante del proyecto sionista de Theodor Herzl, escribió a Federico I, gran duque de Baden, para

hablarle de dicho proyecto. En su carta, manifestaba que el movimiento antisemita había hecho que los judíos se diesen cuenta de que “eran ante todo judíos, y después alemanes, ingleses, etc.”. Esto había despertado en ellos el deseo de volver “como una nación a la Tierra Prometida […] Palestina les pertenece por derecho”. Partiendo de esta base, Hechler urgía al duque a influir en su sobrino, el emperador alemán, para que respaldase el proyecto de Estado judío de Herzl, ya que según él el “retorno de los judíos” sería beneficioso para las naciones europeas y pondría fin al antisemitismo en ellas. Véase Friedman (2004: 49) y Merkley (1998: 26-34).

75 . Weizmann, un líder político sionista que adquirió la ciudadanía británica de 1910 y trabajó como profesor de bioquímica en la Universidad de Mánchester durante la Primera Guerra Mundial, descubrió cómo obtener la acetona que tanto necesitaba la industria armamentística británica a partir de alimentos almidonados. En 1920, Weizmann fue elegido para presidir la Organización Sionista Mundial, y en 1949 se convirtió en el primer presidente de Israel.

76 . Las versiones de algunos historiadores revisionistas criticaron que la declaración se racionalizase fundamentándola en intereses. Tom Segev defendió que Gran Bretaña “no se guio por consideraciones estratégicas y no hubo un proceso de toma de decisiones ordenado”. Según esto, la declaración no fue “el producto de intereses militares ni diplomáticos, sino de prejuicios, cuestiones de fe y artimañas. Los hombres que la engendraron eran cristianos y sionistas y —en muchos casos antisemitas— que creían que los judíos controlaban el mundo” (Segev, 2000: 33). Compárese con la versión de James Renton, quien recalcó el papel de la propaganda desplegada por los activistas sionistas en Europa (Renton, 2007: 63-4). Véase también Huneidi (2019).

77 . La lucha entre Gran Bretaña y Francia por el control de Oriente Medio llevó a que estos dos países a repartirse el Mashrek en el

Acuerdo Sykes-Picot de 1916. Debido a su descontento con el resultado de este acuerdo secreto, un año después los británicos proclamaron fatídicamente “su apoyo a las aspiraciones sionistas en la Declaración Balfour. De esta forma, el derecho de los judíos a un país propio pasó a asociarse peligrosamente con una cínica maniobra imperial originalmente diseñada para ganar la partida a los franceses” (Barr, 2012: 375). Antes mencioné que hubo otros factores que llevaron a los británicos a formular la declaración. Según Mayir Vereté (1970: 50), “de no haber habido sionistas por aquel entonces, los británicos habrían tenido que inventarlos”. Véase también Mathew (2013: 231-50).

78 . La resolución de San Remo de 1920, una versión modificada del Acuerdo Sykes-Picot formalizado en secreto entre Gran Bretaña y Francia en 1916, dividió los territorios árabes de Asia del Imperio otomano entre ambas potencias. En principio, los Estados de Siria y el Líbano quedarían subyugados al Mandato francés, y los de Palestina e Irak, al Mandato británico. La resolución de San Remo también adoptó la Declaración Balfour de 1917, que estipulaba que el Gobierno británico era favorable al establecimiento de un hogar nacional para el pueblo judío en Palestina.

79 . Véase Bou Nassif (2021: 97); Brownlee (2011-12: 650); Karawan (1994: 252); Baram (1990: 431-2). El tono de Anwar el-Sadat fue celebrado por personalidades como Fuad Ajami y Rafael Israeli. Véase Ajami (1981: 99) e Israeli (1979: 39-48). Véase también Aronson (1978: 1-5), Burrell y Kelidar (1977: 58).

80 . Una de las modalidades típicas de cooperación entre Israel y los Estados que han “normalizado” su relación con él puede verse en el escándalo de Pegasus. Pegasus, el software superventas de la compañía de alta tecnología NSO Group, “una hermética empresa de vigilancia israelí valorada en miles de millones de dólares”, se vende a diferentes agencias de todo el mundo y se utiliza para espiar a rivales políticos o personalidades de la oposición infectando

y secuestrando sus teléfonos móviles (O'Neill, 2020: 64). Se trata de un producto muy atractivo para las agencias de seguridad de Estados autoritarios. Una nueva colaboración entre The Citizen Lab, la Universidad de Toronto y Amnistía Internacional culminó con la creación de una plataforma desarrollada por el grupo de investigación Forensic Architecture del centro Goldsmiths de la Universidad de Londres que incluye un registro de datos para destapar las infiltraciones perpetradas por NSO Group (Schaffer, 2021). Los productos suelen venderse a las agencias que peores puntuaciones obtienen en este registro. Se identificaron además 11 países como posibles clientes de NSO, entre ellos Arabia Saudí, Azerbaiyán, Bahréin, Hungría, India, Kazajstán, Marruecos, México, Ruanda y Togo, además de los Emiratos Árabes Unidos (Aministía Internacional, 2021: 8). Según la propia NSO, el motivo por el que esta tecnología se vende a Gobiernos y agencias es que contribuye a "combatir el terrorismo y delitos graves" (NSO Group, 2019). Pegasus afecta al derecho a la privacidad en tanto que "actúa subrepticiamente y sin la autorización del titular de los derechos y tiene la capacidad de recoger y entregar una selección ilimitada de datos personales y privados (junto con datos de cualquier contacto con el que interactúe su objetivo de seguimiento)". Amnistía Internacional publicó el informe sobre una investigación detallada que llevó a cabo con la colaboración de más de 80 periodistas de 17 medios de comunicación de 10 países distintos. El informe pone al descubierto espionajes ilícitos y abusos de los derechos humanos cometidos con Pegasus. Muchas de las infiltraciones sobre las que versa el informe se remontan a 2016. De hecho, el software espía ha evolucionado varias veces desde 2016, cuando fue denunciado públicamente por primera vez por Citizen Lab. En agosto de 2018, Amnistía Internacional (2021: 4, 6, 8, 29) declaró que uno de sus miembros había sido espiado con Pegasus. Miles de personas fueron víctimas de espionaje con el software Pegasus de NSO. Más de 50.000 números de teléfono figuraban en una lista que incluía a algunas de las personas espiadas con Pegasus. En dicha lista había 600 responsables gubernamentales y políticos de 34 países, entre ellos tres presidentes, diez primeros ministros y un rey (Timberg et al., 2021).

81 . Esta cuestión se analizará con más detalle en la segunda parte del libro.

82 . Esta cuestión ya se abordó anteriormente en la presente obra. Además, el historiador Walid Khalidi ha analizado este tema en gran profundidad, hasta el punto de hacer un recuento del armamento, los suministros y los soldados (Khalidi, 1998 y 2002). A este se suman los recuerdos de un gran número de árabes y palestinos de aquellos que combatieron. Aunque en los últimos años se ha escrito más sobre el tema de la expulsión (incluso por parte de autores como Simha Flapan, Nur Masalha, Benny Morris y, por último, Ilan Pappé), los líderes sionistas han conseguido transmitir una imagen de víctima que se defiende contra ejércitos enemigos muy superiores en número que invaden Palestina, una descripción que contrasta con los innumerables estudios de académicos occidentales mencionados anteriormente. Esto pone de manifiesto que exponer verdades y refutar mitos en el ámbito académico no siempre consigue cambiar el discurso mediático y político existente en torno a dichos mitos.

83 . Esta cuestión se ha analizado en profundidad en el capítulo 1.

84 . La palabra kibbush significa ‘conquista’ y también ‘ocupación’, en hebreo y, como se mencionó anteriormente, se utilizaba también el término religioso “redención”.

85 . En 2019, las exportaciones de alta tecnología israelí ascendieron a un total de 12.564 millones de dólares estadounidenses. Aunque las exportaciones de alta tecnología israelí han fluctuado notablemente los últimos años, fueron en aumento durante el periodo 2007-2019:

■

año	Exportaciones de alta tecnología israelí (USD)	Exportaciones de alta tecnolo
2007	3.121.661.000	7,6
2008	9.662.205.000	17,1
2009	10.540.545.000	23,4
2010	10.584.992.000	19,4
2011	11.681.717.000	18,4
2012	11.565.015.000	19,9
2013	11.744.185.000	19,0
2014	12.408.980.000	19,4
2015	13.753.939.000	22,9
2016	12.199.784.000	21,8
2017	12.057.719.000	21,1
2018	12.971.903.000	22,5
2019	12.564.551.000	23,1

Fuente: “Exportaciones de alta tecnología israelí (US

Israel es también uno de los diez principales exportadores de armamento. En el periodo 2016-20, fue el octavo mayor exportador mundial de armamento (Wezeman, Kuimova y Wezeman, 2021: 2, 7, 11).

86 . La realidad es que algunos políticos árabes (incluidos políticos independientes) sintieron la tentación de llegar a acuerdos con el sionismo como vía para recabar el apoyo de Francia y Gran Bretaña frente a sus rivales locales y regionales. Durante los Mandatos francobritánicos, se propagó por Siria, el Líbano y Palestina la idea de que el sionismo ejercía una gran influencia sobre las políticas de las potencias occidentales. Los representantes de la Agencia Judía se reunieron con muchas de estas figuras y prometieron ayudarles a llegar hasta los responsables de las decisiones en París y Londres. El investigador Mahmoud Muharib ha estudiado en profundidad los contactos y las reuniones de líderes árabes con representantes de la Agencia Judía (Muharib, 2008: 113-29). Para obtener información sobre las reuniones mantenidas entre el bloque nacionalista sirio y representantes de la Agencia Judía, véase al-Mu'allim (1988: 376) y al-Kayal (1997: 122); también Muharib (2015: 140-59; 2017: 165-200).

87 . En 1967 se introdujeron nuevas medidas políticas para permitir que Israel se beneficiase de una "reserva de mano de obra palestina barata" sin tener que hacer frente a la carga social o demográfica generada por esta nueva fuerza laboral. A principios de la década de 1970, un tercio de la fuerza laboral palestina trabajaba en Israel y en los asentamientos (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, 2020: 8). Los empleadores israelíes se benefician de unos costes salariales más bajos en comparación con los que soportan con otros trabajadores en Israel, ya que los sueldos de los palestinos se pagan solamente en efectivo y, con frecuencia, acompañados de documentación imprecisa. Además, privan a los trabajadores de prestaciones laborales o cualquier tipo de protección social integral. Por si fuera poco, los trabajadores palestinos se enfrentan a un régimen de permisos injusto en el que

tanto los mediadores como los empleadores los manipulan y someten a abusos y donde no existe transparencia en cuanto a los criterios de aprobación de permisos y cuotas, por no mencionar las largas esperas y el hacinamiento que deben soportar a diario en los pasos fronterizos y las condiciones peligrosas e inadecuadas en las que trabajan, en particular en las obras de construcción. Véase Organización Internacional del Trabajo (2021: 6-7) y MACRO: The Center for Political Economics (2017: 8).

88 . Prefiero usar esta expresión a la frase “La historia la escriben los vencedores”.

89 . Entre junio y agosto de 1967, 200.000 residentes de Cisjordania pusieron rumbo hacia Jordania oriental. Unos 100.000 de ellos habían sido refugiados en 1948 (Jansen, 1970: 181).

90 . El 7 de junio de 1967, en plena guerra de 1967, Isaac Rabin, el entonces jefe de personal general de las FDI, ordenó el desalojo inmediato de las tres localidades de Imwas (con una población de aproximadamente 2.000 habitantes en 1961), Yalu (1.644 habitantes en 1961) y Beit Nuba (1.350 habitantes en 1961). Todos estos pueblos están ubicados al oeste de Jerusalén, cerca de la Línea Verde. Rabin concedió a los habitantes apenas unas horas para reunir sus enseres personales antes de ponerlos de camino a Ramala. Como ya se hizo durante la guerra de 1948, el ejército israelí disparó por encima de las cabezas de los habitantes que abandonaban los pueblos para agilizar el proceso de limpieza étnica y asegurarse de que no volvieran. Muchos huyeron hacia Ramala y Al-Bireh para ser acogidos por parientes, y unos pocos cruzaron a pie el bombardeado puente Allenby sobre el río Jordán hasta Ammán. Tras la limpieza étnica, los tres pueblos fueron arrasados con excavadoras y dinamita. Posteriormente, la zona sería declarada terreno “público”. Sobre sus ruinas se construyó el “Parque Recreativo de Canadá” con dinero canadiense fiscalmente deducible, en concreto una donación de 15 millones dólares

realizada por el Fondo Nacional Judío de Canadá en 1973.

91 . La ciudad de Qalqilya (cuya población ascendía a 11.401 personas en 1961) también fue sistemáticamente destruida por el ejército israelí durante la guerra de 1967. Un tercio de sus casas fueron demolidas y sus habitantes expulsados a la fuerza a Jordania. Según las citas literales recogidas por Benny Morris, Moshé Dayán dijo que las casas de Qalqilya habían sido destruidas "no en combate, sino como castigo… y con el fin de hacer huir a la población". Morris también señala que "en total, aproximadamente una cuarta parte de la población de Cisjordania —entre 200.000 y 250.000 personas— se exilió. Muchos de ellos eran refugiados de la guerra de 1948 y descendientes suyos que habían vivido en campos, en su mayoría en los alrededores de Jericó. Sencillamente caminaron hasta los cruces fronterizos del río Jordán y cruzaron a pie hasta Jordania" Morris (2001: 328).

92 . La probabilidad de que la población resistiese y permaneciese esta vez pareció ser la única razón por la que Ben-Gurión rectificó su postura sobre la guerra que previamente apoyó y que sus pupilos dentro de las cúpulas israelíes libraron Segev (2005: 632-4).

93 . Cabe señalar que casi la mitad del grueso del ejército egipcio aún se encontraba en Yemen en aquel momento y estaba exhausto tras haber sufrido un enorme desgaste a causa de la guerra.

94 . En su bravuconada nacionalista, Amer pasó de la seguridad en sí mismo y la arrogancia al pánico después de que la ofensiva de Israel destruyese en pocas horas a la desprevenida Fuerza Aérea egipcia cuando sus aviones no habían siquiera despegado. Amer tomó la catastrófica decisión de retirarse del Sinaí inmediatamente, provocando así una caótica dispersión de las tropas antes de que la guerra se decidiera y privándolas de la oportunidad de interceptar

el ataque israelí.

95 . Para profundizar en las desavenencias entre Ben-Gurión y Eshkol en relación con la guerra de junio de 1967, véase Troen y Shalom (1999: 195-220), Weitz (2001: 131-52) y Eldar (2020: 174-82).

96 . Lo califico de “golpe de Estado” por la implicación directa de los generales del Ejército a la hora de incitar a los medios a cargar contra el primer ministro Eshkol por sus dudas sobre si entrar o no en guerra y generar un clima de temor a un segundo Holocausto.

97 . El hecho de que el propio Ben-Gurión dudaba y pensaba que dicha guerra no era necesaria era desconocido para el público.

98 . Mucho antes de que Pollack publicase su libro, figuras políticas y militares egipcias ya retiradas analizaron con perspectiva crítica y en profundidad los nombramientos políticos dentro del ejército (incluido el de comandante general), los falsos informes presentados ante superiores y ante el público, la falta de información de inteligencia sobre el ejército israelí y la inviabilidad de los planes bélicos debido a la ausencia de una formación militar adecuada y los suministros necesarios (Huweidi, 1992: 67-83).

99 . Segev (2005: 631), además de la propaganda sensacionalista que afirmaba que la alternativa sería un Holocausto (especialmente teniendo en cuenta que Ben-Gurión solía equiparar a Nasser con Hitler y que algunos israelíes le creían).

100 . El 21 de marzo de 1968 tuvo lugar una batalla de 15 horas de

duración en la localidad de Karameh, en el valle del Jordán, entre una fuerza israelí compuesta por aproximadamente 15.000 efectivos apoyados desde el aire y el ejército jordano y las guerrillas palestinas. El combate comenzó después de que las fuerzas israelíes cruzaran el río Jordán para destruir los campamentos de los fedayines. Los israelíes fueron sorprendidos por la firme y tenaz resistencia y tuvieron que retirarse sin lograr sus objetivos. Las tropas de la Primera División de Infantería de Jordania —que combatieron "con gran profesionalidad utilizando unidades acorazadas y fuerzas de infantería apoyadas por artillería"— fueron el más duro oponente del ejército israelí en esta batalla. Aunque los aproximadamente 300 combatientes palestinos que participaron en la batalla mostraron un gran valor, "probablemente no causaron muchas bajas entre los israelíes". Pese a su escasa relevancia militar, la batalla se convirtió en una de las confrontaciones más importantes del conflicto árabe-israelí y dio lugar a su "transformación en un mito político fundamental para los nacionalistas palestinos y sus simpatizantes" (Terrill, 2001: 91-2).

101 . La asistencia del Gobierno estadounidense a Israel comenzó en 1949 con un préstamo bancario de 100 millones de dólares. Durante las décadas de 1950 y 1960, la ayuda estadounidense a Israel fue muy inferior a lo que sería en momentos posteriores. Mientras que Francia fue el principal de los padrinos originales de Israel al proveer al país de equipos y tecnología militar avanzados, al principio los Estados Unidos solamente le prestaron ayuda económica (principalmente en forma de préstamos) en cantidades modestas. Cuando el presidente francés Charles de Gaulle se negó a suministrar a Israel material militar a modo de protesta contra el lanzamiento premeditado de la guerra de 1967, los Estados Unidos decidieron asumir el papel al que Francia estaba renunciando. Pasado un año de la guerra de 1967, el Gobierno de Johnson aprobó la venta del cazabombardero Phantom a Israel, sentando así el precedente de la asistencia estadounidense que más tarde se conocería como la ventaja militar cualitativa israelí sobre sus países vecinos. Entre 1966 y 1970, el promedio anual de ayuda estadounidense aumentó hasta aproximadamente 102 millones de dólares, y los préstamos militares se incrementaron hasta

representar alrededor de un 47% del total. Después de 1970, el Congreso de los Estados Unidos se comprometió a fortalecer la defensa y la economía de Israel mediante un importante aumento de la ayuda exterior. En 1971, los Estados Unidos concedieron a Israel préstamos militares por valor de 545 millones de dólares, dato que contrasta con los modestos 30 millones de dólares del año previo (1970). En 1974, Israel se convirtió en el mayor receptor de ayuda exterior estadounidense. Desde 1971 hasta hoy, el promedio de ayuda estadounidense a Israel ha sido superior a los 2.600 millones de dólares anuales, correspondiendo dos tercios del total a asistencia militar (Sharp, 2016: 32-3).

102 . El tema de la normalización del colonialismo de asentamientos se analizará en el capítulo 8.

103 . "Declaración del primer ministro Eshkol ante la Knéset, 12 de junio de 1967", Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, disponible en https://bit.ly/3WYSJ7O.

104 . En referencia a la cumbre de la Liga Árabe celebrada en la capital sudanesa de Jartum el 29 de agosto de 1967, tras la derrota árabe en la guerra de 1967.

105 . "Decisions and recommendations of the Arab Summit", en Khoury (1990: 216).

106 . Esta cuestión se analizará en la segunda parte del libro.

107 . Yigal Alón (1918-80) ingresó en la Haganá en 1931 para más tarde, concretamente en 1935, ser ascendido a comandante en jefe

del Palmaj (el cuerpo de élite de la Haganá que él mismo fundó en 1941). Entre 1961 y 1927, ocupó diferentes cargos ministeriales, sirvió brevemente como primer ministro en funciones de Israel desde el 26 de febrero de 1969 hasta el 17 de marzo del mismo año y fue viceprimer ministro (1968-77). Pinchas Sapir (1909-75) comenzó a militar en el Partido Laborista de Israel tras emigrar a Palestina. Fue miembro de la Haganá y llegó a ser su contramaestre en 1948 con el rango de teniente coronel. Tras la guerra, fue nombrado director general del Ministerio de Defensa y, más tarde, asumió dos carteras ministeriales, entre ellas la de Finanzas. Sapir fue uno de los hombres más poderosos de la política israelí de la época. Abba Eban (1915-2002) nació en Sudáfrica y se crio en Inglaterra. En 1946, trabajó para la Agencia Judía como agente de información política. Sirvió también en el Ejército británico en Egipto y en el Mandato de Palestina. En 1949, Eban se convirtió en el primer representante permanente de Israel en la ONU, puesto que ocupó hasta 1959. Simultáneamente, desempeñó el cargo de embajador de Israel en los Estados Unidos desde 1950 hasta 1959. En 1959, fue elegido miembro de la Knéset por el Partido Laborista de Israel y ocupó varios cargos ministeriales entre 1960 y 1966. Desde 1966 hasta 1974, asumió la cartera de Asuntos Exteriores.

108 . Yisrael Galili (1911-86), de origen ruso, fue un miembro político de la Haganá, de la que fue nombrado jefe de personal en 1946. En 1948, dimitió de sus cargos en dicha organización y fundó el partido de la “Unidad de los Obreros de Sion”, que dirigió hasta su fusión con varios otros partidos en 1963, de la que resultó el Partido Laborista de Israel. Ocupó escaños en la Knéset en diferentes mandatos (1949-51 y 1955-77) y desempeñó también cargos ministeriales durante dichos periodos. Galili era considerado uno de los asesores más destacados de Golda Meir. Moshé Dayán (1915-81) fue destinado al Estado Mayor de la Haganá en 1947. También perteneció a la Policía Judía Supernumeraria (Escuadrones Nocturnos Especiales), cuerpo organizado por los británicos. Durante la guerra de 1948, desempeñó un importante papel sobre el terreno y en las negociaciones con los jordanos y los egipcios durante los Acuerdos de Armisticio de 1949. Fue elegido miembro de la cuarta Knéset por las listas del partido gobernante, el Mapai, y

fue ministro de Agricultura (1959-64). El 1 de junio de 1967, poco antes del estallido de la guerra, fue nombrado ministro de Defensa por el primer ministro Levi Eshkol. Tras la muerte de Eshkol, Dayán mantuvo la cartera de Defensa bajo el Gobierno de Golda Meir en 1969 y siguió siendo ministro durante la guerra de 1973. Tras la guerra, pasó a formar parte del Gobierno del Likud liderado por Menájem Beguin y ostentó el cargo de ministro de Asuntos Exteriores (1977-79).

109 . Inmediatamente después de la guerra de 1967, Moshé Dayán, en aquel momento ministro de Seguridad de Israel, instauró la política de "puentes abiertos" en el marco de su programa de "gobierno indirecto" de las zonas ocupadas tras el conflicto. Su estrategia se basó en mantener el control militar y de la seguridad sobre el territorio ocupado al tiempo que mantenía a la población árabe separada de Israel. Al respecto de ella, el ex general de brigada Mordechai Gazit, el primer comandante militar de los territorios, manifestó: "Hemos decidido adoptar una política de puentes y fronteras abiertos porque creemos que beneficiará a Israel tanto en el presente como a largo plazo". La política de "puentes abiertos" permitió que la población árabe normalizase su vida bajo la ocupación, mantuviese el contacto con la región árabe y desarrollase la infraestructura económica de Cisjordania de tal forma que no se convirtiese eventualmente en una carga económica para Israel. La política concedió una relativa libertad de movimiento para entrar y salir de Jordania y permitió la exportación de determinados productos agrícolas e industriales desde Cisjordania al extranjero. De hecho, ofreció una fórmula para dar salida a los excedentes agrícolas cisjordanos. Los puentes, por supuesto, estuvieron abiertos en una única dirección; mientras que las exportaciones desde Cisjordania hacia Jordania estaban exentas de impuestos, Israel gravó fuertemente las importaciones desde Jordania. En lo que respecta a Israel, la política protegió a sus agricultores del impacto de la transferencia de los excedentes agrícolas palestinos a otros países. Los "privilegios" asociados de esta política que los palestinos obtuvieron del gobierno militar estaban sujetos a revocación en caso de que el quid pro quo para su mantenimiento —es decir, la calma política— se viese amenazada

(Ryan, 1972: 3-11, 17; Aronson, 1978: 79-98; Abdul-Hamid, 1973).

110 . Según informes y documentos pertenecientes al cofundador de Fatah, Salah Khalaf (que aún están siendo catalogados por el Arab Center for Research and Policy Studies), el Programa de los Diez Puntos (1974) se formuló en respuesta a los acontecimientos diplomáticos que tuvieron lugar poco después de la guerra de Octubre de 1973. El presidente Anwar el-Sadat manifestó a la delegación de Fatah que Israel se retiraría de los Territorios Ocupados en 1967. Bajo esta promesa, solicitó a la OLP que se sumara a Egipto en las negociaciones de paz. Anwar el-Sadat también advirtió implícitamente a los líderes de la OLP de que su reticencia a participar en la conferencia de paz permitiría al rey Husein de Jordania obtener beneficios diplomáticos, en concreto anexionarse Cisjordania (al-Taher, 2017). Según Salah Khalaf, la primera propuesta de Fatah que respaldó la creación un único Estado democrático en la Palestina histórica fue la presentada el 10 de octubre de 1968. Durante una rueda de prensa, Khalaf declaró que el objetivo estratégico de Fatah era "trabajar en la creación de un Estado democrático en el que árabes y judíos vivieran juntos en armonía como ciudadanos plenamente iguales en toda la Palestina histórica" (Khalaf y Rouleau, 1981: 139). Sin embargo, Khalaf reveló que su propuesta "desató una tormenta de protestas dentro de las filas de la Resistencia" (ibid.).

111 . El capítulo 6 contiene más información sobre esta cuestión.

112 . El 14 de septiembre de 1993, tras la firma de los Acuerdos de Oslo, los miembros palestinos de la delegación jordano-palestina se convirtieron en una entidad independiente y cada delegación siguió negociando con Israel por su cuenta de acuerdo con la fórmula de Madrid.

113 . “Palestinians Topple Gaza Wall and Cross to Egypt”, The New York Times, 24 de enero de 2008, disponible en https://nyti.ms/3dRgBDw; “Discurso del presidente Mahmud Abbas sobre la cuarta conmemoración del martirio de Yaser Arafat” [original en árabe], Journal of Palestine Studies, vol. 19, núm. 76 (otoño de 2008), p. 196.

114 . Este “descubrimiento” empujó a algunos países árabes a la estrategia opuesta de aliarse con Israel con el fin de ganar influencia dentro del Gobierno estadounidense.

115 . John B. Judis escribió que el presidente Truman era consciente de la injusticia cometida contra los palestinos y “como verdadero liberal […] tenía dudas morales sobre el sionismo”. Por esta razón, trató de presionar para el retorno de los refugiados palestinos, pero fracasó igual que otros presidentes (como Obama) que, pese a sus buenas intenciones, “abandonaron debido a la incesante presión de los simpatizantes de Israel y, después de 1948, del propio Gobierno israelí” (Judis, 2014: 7).

116 . El Gobierno israelí de Isaac Shamir. Este caso se analizará en el capítulo 7 durante la revisión histórica de las iniciativas de paz estadounidenses.

117 . Cisjordania pasó a formar parte de Jordania tras la tregua firmada en 1949 y fue anexionada formalmente el 24 de abril de 1950.

118 . Según Peres, uno de los artífices de la Declaración de Principios de Oslo, esta es la forma en que debía ser correspondido el reconocimiento de la OLP por parte de Israel (Peres, 2018: 198).

119 . La Franja de Gaza es una zona de 45 km de longitud y entre 5 y 12 km de anchura rodeada en su totalidad por un muro. Los 1,9 millones de palestinos que viven dentro hacen de ella uno de los lugares más densamente poblados del planeta. La inmensa mayoría de los habitantes de Gaza son refugiados internos de Palestina. Casi tres cuartas partes de los gazatíes (aproximadamente 1,4 millones de personas) son refugiados expulsados de lo que actualmente es Israel durante la guerra de 1948, o descendientes de ellos. A día de hoy, la población de Gaza debe hacer frente a innumerables dificultades económicas y de subsistencia, como pone de manifiesto que el 80% de la población dependa de la ayuda humanitaria internacional y que su tasa de desempleo —de más del 50%— sea una de las más altas del mundo. Véase Where We Work, Organismo de Obras Públicas y Socorro de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente (UNRWA), disponible en https://bit.ly/2QIZN8t.

120 . Según las entrevistas realizadas por Dana El Kurd a altos mandos del aparato de seguridad (El Kurd, 2020: 53, 64).

121 . Las elecciones se celebraron bajo la supervisión internacional y se consideraron legítimas.

122 . Marwan Muasher, que era en aquel momento el embajador de Jordania en los Estados Unidos, sugirió que Friedman había sacado la idea de la Iniciativa de Paz Árabe de una conversación que ambos habían mantenido mientras desayunaban el 28 de noviembre de 2001, cuando Muasher habló a Friedman de una idea similar que el rey Husein de Jordania había tenido en 1998. Muasher puntualizó que había hablado con Friedman de “la idea del rey de una paz colectiva y garantías de seguridad para Israel a cambio de la retirada total de todos los territorios árabes ocupados y una solución al problema de los refugiados”. El 6 de febrero de 2002,

The New York Times publicó una columna de Friedman en la que escribía: “Los 22 miembros de la Liga Árabe proponen a Israel retomar todas las relaciones diplomáticas, normalizar el comercio y ofrecer garantías de seguridad a cambio de su total retirada a las fronteras vigentes el 4 de junio de 1967”. Antes de que transcurriese una semana, Friedman volaba hasta Riad para entrevistarse con Abdalá. El 17 de febrero de 2002, The New York Times publicó la entrevista de Friedman al príncipe heredero Abdalá de Arabia Saudí durante la que Friedman había presentado la idea. El príncipe heredero Abdalá estaba seriamente preocupado por la imagen de su país en los Estados Unidos en aquel momento (Muasher, 2008: 116; Friedman, 2002a, 2002b).

123 . Esta cuestión se analizará en profundidad en el capítulo 7.

124 . Conferencia impartida en el Centro Saban de Políticas para Oriente Medio de la Institución Brookings de Washington el 4 de marzo de 2009 (Kerry, 2009).

125 . El 8 de febrero de 2005 asistieron a una cumbre celebrada en la ciudad de Sharm el-Sheij (Egipto) el presidente egipcio, Hosni Mubarak, el rey Abdalá II de Jordania, el primer ministro israelí, Ariel Sharon, y el presidente de la Autoridad Palestina, Mahmud Abbas.

126 . La reciente normalización de las relaciones entre Israel y los Emiratos Árabes Unidos, Bahréin, Marruecos y Sudán (distinguiendo a estos dos últimos de los dos primeros por haber firmado sus correspondientes tratados bajo chantaje) tuvo lugar al amparo de la mediación estadounidense (de las imposiciones de Trump, para ser exactos) y sin negociaciones de por medio.

127 . En 2008, se lanzó una campaña publicitaria de pago consistente en la publicación de anuncios en Yediot Ahronot, Maariv y Haaretz —tres de los principales periódicos israelíes— para promocionar la Iniciativa de Paz Árabe y convencer al público israelí de que la aceptase. Los anuncios incluían el siguiente texto en hebreo: "57 países árabes y musulmanes establecerán relaciones diplomáticas con Israel a cambio de un acuerdo de paz integral y el fin de la ocupación". Además, los mencionados diarios israelíes publicaron el texto íntegro de la iniciativa árabe con sus siete puntos. Se lanzaron campañas similares en periódicos palestinos y europeos. Véase "The Advert for the Arab Peace Plan That Appeared in Israel's Hebrew Press", BBC News, 20 de noviembre de 2008, disponible en https://bbc.in/39OfW12; "Arab Plan Explained in Hebrew Ads", BBC News, 20 de noviembre de 2008, disponible en https://bbc.in/38Ldh6Z.

128 . En 2004, la Corte Internacional de Justicia emitió un dictamen consultivo sobre la construcción del muro de separación que, posteriormente, fue adoptado por la Asamblea General de la ONU. Dicho dictamen exigía a Israel que detuviese la construcción del muro de separación, desmantelase las secciones ya finalizadas y derogase las medidas legislativas relacionadas. Además, obligaba a Israel a pagar indemnizaciones por los daños causados por la construcción del muro. De acuerdo con esto, Israel está obligado a devolver la tierra, los huertos, los olivares y demás bienes inmuebles que hubiera confiscado a cualquiera persona física o jurídica con el fin de construir el muro en los Territorios Palestinos Ocupados. Si la restitución es materialmente imposible, Israel tiene la obligación de indemnizar a las personas afectadas. Asimismo, la Corte decretó que Israel tiene, de conformidad con el derecho internacional aplicable, la obligación de indemnizar a todas las personas físicas o jurídicas que hayan sufrido cualquier tipo de perjuicio sustancial como consecuencia de la construcción del muro. Véase "Advisory opinion of the International Court of Justice on the Legal Consequences of the Construction of a Wall in the Occupied Palestinian Territory", Organización de las Naciones Unidas, disponible en https://bit.ly/32IOVdD.

129 . “Desempleo, total (% de participación total en la fuerza laboral) (estimación nacional)–Israel”, Banco Mundial, disponible en https://bit.ly/4aUlaY4.

130 . “Inversión extranjera directa, entrada neta de capital (% del PIB)–Israel”, Banco Mundial, disponible en https://bit.ly/4aXZM4u.

131 . “Crecimiento del PIB per cápita (% anual)–Israel”, Banco Mundial, disponible en https://bit.ly/3vZhZji.

132 . “Crecimiento del PIB (% anual)–Israel”, Banco Mundial, disponible en https://bit.ly/3vZhZji; “Crecimiento del INB (% anual)–Israel”, Banco Mundial, disponible en https://bit.ly/3Q801Sr; “Crecimiento per cápita del INB (% anual)–Israel”, Banco Mundial, disponible en https://bit.ly/3W4FTEK.

133 . “Desempleo, total (% de participación total en la fuerza laboral) (estimación nacional)—Israel”.

134 . “Inversión extranjera directa, entrada neta de capital (% del PIB)–Israel”.

135 . “Crecimiento del PIB (% anual)–Israel”.

136 . “Crecimiento del PIB per cápita (% anual)–Israel”; “Crecimiento del INB (% anual)–Israel”; “Crecimiento per cápita del

INB (% anual)–Israel".

137 . "Crecimiento del PIB (% anual)–Israel"; "Crecimiento del PIB per cápita (% anual)–Israel"; "Crecimiento del INB (% anual)–Israel"; "Crecimiento per cápita del INB (% anual)"; "Inversión extranjera directa, entrada neta de capital (% del PIB)–Israel"; "Desempleo, total (% de participación total en la fuerza laboral) (estimación nacional)–Israel".

138 . Para conocer en mayor profundidad las repercusiones económicas del Protocolo de París, véase Wildeman y Tartir (2013); Tartir, Bahour y Abdelnour (2012); Shikaki y Springer (2015); Arafeh (2018); Arafeh, al-Botmeh y Farsakh (2015); Nakhleh (2014); El-Atrash (2018); Dana (2014); Hawari (2021).

139 . El difunto presidente sirio Hafez Assad le dijo al autor (en una reunión en la que también estaba presente Faruk al-Sharaa, ministro de Exteriores) que, cuando Arafat lo puso al día sobre los detalles del acuerdo, él le contestó que, en su opinión, todos y cada uno de los puntos del acuerdo haría falta acordarlos por separado.

140 . Para consultar un relato pormenorizado de estos contactos, véase Melamn y Raviv (1987) y Shlaim (2007).

141 . El autor se reunía periódicamente con Arafat y estaba al tanto de su posición.

142 . "Rice appoints a Palestinian security coordinator and praises Abbas' efforts", Al Jazeera, 7 de febrero de 2005, disponible en https://bit.ly/38MS5gS.

143 . La población de colonos solamente en Cisjordania y en la Franja de Gaza (sin contar la de Jerusalén Este y los Altos del Golán) creció de 115.700 en 1993 a 203.000 para finales del año 2000 (un incremento aproximado del 75%). Cinco años después de la firma de Oslo II, el número de colonos israelíes en la Jerusalén Este ocupada había aumentado en unas 15.000 personas y se calcula que en 2002 ascendía a un total de 400.000 colonos (Le More, 2008: 47; Wilmer, 2021: 38). A principios de 2019, en Cisjordania (incluyendo Jerusalén Este) había 131 asentamientos, 110 puestos de avanzadilla y 620.000 colonos. Un informe del Consejo de Derechos Humanos señaló que la extensión de los asentamientos se había duplicado con creces después de 2016 y vaticinaba un incremento continuo. Véase "Los asentamientos israelíes en el Territorio Palestino Ocupado, incluida Jerusalén Oriental, y en el Golán sirio ocupado", Informe del Alto Comisionado para los Derechos Humanos A/HRC/37/43, Asamblea General de la ONU, 6 de marzo de 2018, disponible en https://bit.ly/3gJRAM2.

144 . Véase este artículo en el que se critica la postura de Obama desde el punto de vista de la derecha, defendiendo que la condición de detener los asentamientos era innecesaria e insólita en la política estadounidense, puesto que ninguno de los Gobiernos anteriores que habían auspiciado negociaciones había impuesto esa condición: Abrams (2011: 142-152).

145 . Esta parte se basa en una conferencia que di en el Centro Árabe de Investigación y Estudios Políticos (ACRPS) el 3 de febrero de 2020 sobre el plan del presidente Trump y el primer ministro israelí Netanyahu "para resolver el conflicto palestino-israelí" (Bishara, 2020).

146 . El 23 de octubre de 1995, las dos cámaras del Congreso

aprobaron por abrumadora mayoría la Ley de la Embajada en Jerusalén, que disponía que "la embajada de Estados Unidos en Israel debía establecerse en Jerusalén a más tardar el 31 de mayo de 1999". Sin embargo, la ley permitía al presidente invocar una exención de seis meses de la aplicación de la ley por motivos de "seguridad nacional" que podía renovarse y los presidentes Clinton, Bush y Obama lo hicieron en repetidas ocasiones. El 6 de diciembre de 2017, Trump reconoció Jerusalén como capital de Israel y ordenó el traslado de la embajada, que se completó oficialmente el 14 de mayo de 2018. Véase "S.1322-Jerusalem Embassy Act of 1995", Congress.Gov, disponible en http://bit.ly/2HOShRO.

147 . Shamir insistió en que Israel no negociaría, ni directa ni indirectamente, con la OLP ni con nadie afiliado a ella y exigió además la exclusión de las negociaciones de los palestinos residentes en Jerusalén Este. La OLP aceptó estas condiciones y se limitó a presentar una lista de palestinos de los Territorios Ocupados para participar en las negociaciones. Antes de iniciar las conversaciones, Israel exigió además que la delegación palestina reconociera formalmente que el alcance de las negociaciones se limitaba a la autonomía de los territorios palestinos. Presintiendo que este rígido enfoque imposibilitaría las conversaciones, el exsecretario de Estado James Baker envió un mensaje al Gobierno israelí diciéndole esencialmente que "nos llame cuando se tome la paz en serio" (Friedman, 1990). El presidente George H. W. Bush indicó posteriormente que estudiaría otras formas de avanzar hacia un plan de paz "porque no vamos a sentarnos aquí y no hacer nada" (Bush, 1991: 882). En septiembre de 1991, las tensiones entre Bush y Shamir llegaron a un punto de ruptura. Horas antes de que el embajador israelí en los Estados Unidos presentara una solicitud formal de garantías de préstamo, Bush dio el inusual paso de celebrar una conferencia de prensa durante la que solicitó al Congreso que pospusiera cualquier acción sobre la solicitud durante 120 días. Bush había pedido antes a Israel que congelara los asentamientos en los Territorios Ocupados y había dicho que no estudiaría las peticiones israelíes de garantías de préstamo hasta después de la Conferencia de Paz de Madrid, prevista para octubre de 1991. Bush amenazó también con ejercer su veto presidencial si

el Congreso denegaba su solicitud, lo que resultó ser innecesario. Además, se negó a prometer que las garantías de préstamo se aprobarían una vez transcurridos los 120 días y las condicionó al progreso en la Conferencia de Paz de Madrid y al fin de los asentamientos. Shamir hizo caso omiso de estas amenazas. Si bien hizo gestos "conciliadores" hacia los Estados Unidos y afirmó su apoyo a la conferencia de paz propuesta, Shamir afirmó también que Israel estaría dispuesto a librar una dura batalla si llegaba el caso. La cuestión de las garantías de préstamo se prolongó más allá de la Conferencia de Madrid, ya que Bush siguió supeditándolas al fin de la construcción de asentamientos, considerada por su administración como "un obstáculo para la paz". Finalmente, Bush retuvo las garantías de préstamo durante un año, hasta después de la elección de Rabin en el verano de 1992.

148 . Estos acontecimientos incluyen el tenso debate en torno al populismo y el neoliberalismo y su interconexión, las consecuencias de las anteriores guerras de los Estados Unidos en el extranjero y el desacuerdo sobre su significado, así como las respuestas a la elección de Trump, que a su vez fue una reacción a la presidencia de Obama. Si bien es importante entender el acuerdo Trump-Netanyahu dentro del contexto estadounidense, tal consideración queda fuera del alcance de este estudio. De hecho, la visión de Trump es el resultado de las fracturas de la política interna estadounidense, las reacciones populistas y supremacistas blancas al mandato de Obama, la creciente influencia del sionismo cristiano en el evangelicalismo estadounidense y el creciente activismo electoral y en política exterior de las iglesias evangélicas radicales y sus vínculos con el lobby israelí, con importantes implicaciones para Oriente Medio.

149 . Haciéndose eco del comentario de Abba Eban, ministro israelí de Asuntos Exteriores, de que los árabes "nunca pierden la oportunidad de perder una oportunidad", el príncipe saudí Bandar bin Sultán le dijo lo siguiente a Yaser Arafat, solamente unas horas antes de la reunión del líder de la OLP con el presidente Clinton el 2 de enero de 2001 en la que Arafat debería aceptar o rechazar los

Parámetros de Clinton para llegar a un acuerdo final: “Desde 1948, cada vez que hemos tenido algo sobre la mesa, hemos dicho que no. Luego decimos que sí. Pero cuando decimos que sí, ya no está sobre la mesa y nos tenemos que conformar con menos. ¿No es hora ya de que digamos que sí?” (Brodsky, 2011).

150 . Véase el capítulo 1.

151 . Rogers ejerció el cargo de secretario de Estado con el expresidente Richard Nixon (1969-73) antes de que lo ocupara Henry Kissinger (1973-77) a continuación.

152 . Rogers hizo público el plan de manera oficial durante el discurso que pronunció en una conferencia en Washington D.C. el 9 de diciembre de 1969. El plan también disponía la creación de zonas desmilitarizadas, garantías para la seguridad de Israel y los países árabes, libertad de navegación para Israel por los estrechos de Tirán y el canal de Suez y una solución intermedia justa para el problema de los refugiados, y exigía el acuerdo de todas las partes, en especial de Jordania e Israel, para las decisiones que incumbiesen a Jerusalén, prohibiendo la imposición de decisiones definitivas unilaterales por ninguna de las partes (Rogers, 1984: 23-29).

153 . Véase Slater (1990-91: 571-573); “Rogers Plan”, Knéset, disponible en https://bit.ly/3VkNSwD; Muhammad (2016: 43-46).

154 . Los Acuerdos de Camp David concluyeron después de que Anwar el-Sadat visitase Israel el 19 de noviembre de 1977, tras una reunión entre Moshé Dayán y el viceprimer ministro egipcio Hasan Tuhami en Marruecos. “Israeli-Egyptian Relations: Israel and Egypt Open Peace Talks in Marrakesh, December 1977”, Archivos del

Estado de Israel, disponible en https://bit.ly/3cHDsQU.

155 . Véase “Camp David Accords–17 Sep 1978”, Ministerio de Relaciones Exteriores de Israel, disponible en https://bit.ly/3eCnvvm.

156 . “Address to the Nation on United States Policy for Peace in the Middle East, 1 September 1982”, Naciones Unidas, disponible en https://bit.ly/3wXCR5l.

157 . El rechazo de Israel se basó en la premisa de que la autonomía palestina derivaría en un Estado palestino, lo que “pondría en serio peligro” la seguridad de Israel, pese a que Reagan había indicado con claridad que los Estados Unidos “no respaldarían la creación de un Estado palestino independiente en Cisjordania y la Franja de Gaza”. Reagan afirmó también que, desde el punto de vista de los Estados Unidos, la autonomía palestina se materializaría en cooperación con Jordania, lo que brindaría la mejor oportunidad posible de lograr una paz justa y duradera. Ammán había reaccionado positivamente a la iniciativa, mientras que Israel “rechazó una y otra vez las propuestas estadounidenses”. Al declarar que Israel se negaba a negociar el plan, Beguin anunció que no reanudaría las conversaciones sobre la autonomía palestina a no ser que se basaran en los Acuerdos de Camp David; esos acuerdos no incluían ninguna cláusula de paralización de los asentamientos, que Israel consideraba un derecho inalienable y un elemento indispensable de su seguridad nacional. Beguin equiparó la propuesta de Reagan con el Plan Rogers de 1969 al exigir la retirada de Israel de casi toda Cisjordania y, parafraseando a la ex primera ministra Golda Meir, afirmó que cualquiera que apoyara el Plan Reagan era un traidor (Shipler, 1982).

158 . Me llaman la atención cinco años en particular en los que

ocurrieron acontecimientos cataclísmicos que transformaron la historia de la región e influyeron también en el curso de la historia mundial: 1948 y 1967, con sus guerras; 1979, año de grandes convulsiones, entre ellas la Revolución iraní, la escalada del conflicto entre los regímenes baazistas de Siria e Irak y la paz por separado entre Egipto e Israel (que se firmó en 1979, pese a tener su origen en 1978); y 1990, cuando Irak invadió Kuwait. No cabe duda de que habría que incluir en esta lista los alzamientos de 2011, puesto que también han dado pie a grandes transformaciones, pero seguimos inmersos en esa etapa histórica.

159 . Trabajando para gabinetes republicanos y demócratas, desde la Administración Carter en la década de 1970 hasta el primer gabinete de Obama en 2011, Ross influyó sobremanera en la política exterior de los Estados Unidos en Oriente Medio, y en particular en el llamado proceso de paz. Según John Mearsheimer y Stephen Walt, "la política de Oriente Medio la definieron en gran medida funcionarios con fuertes vínculos con Israel y con organizaciones prominentes proisraelíes" como AIPAC y el Washington Institute for Near East Policy (WINEP). Mearsheimer y Walt señalan a Dennis Ross en particular —el "hombre fuerte" del lobby en Washington, que pasó a formar parte de WINEP tras dejar su cargo gubernamental en 2001—, así como a Aaron Miller, quien ha vivido en Israel y visita el país con frecuencia. Y añaden: "Estos hombres figuraban entre los asesores más cercanos del presidente Clinton durante la cumbre de Camp David de julio de 2000. Aunque los tres respaldaron el proceso de paz de Oslo y optaron por la creación de un Estado palestino, lo hicieron siempre dentro de los límites de lo que resultase aceptable para Israel". Ross fue descrito por un funcionario anónimo del gabinete estadounidense como "mucho más sensible a la política de coalición de Netanyahu que a los intereses de los Estados Unidos" (Mearsheimer y Walt, 2006: 18; Rozen, 2010; Bishara, 2016).

160 . Las declaraciones de líderes israelíes como Ariel Sharon, Ehud Olmert y Simón Peres, justificando la retirada unilateral de Gaza ante la opinión pública israelí mediante referencias a inquietudes

demográficas y estratégicas son demasiado numerosas como para citarlas. Dov Weissglass, asesor de Sharon, resumió a la perfección esta forma de pensar en una entrevista concedida al diario Haaretz que parecía diseñada para convencer al público israelí de derechas: "La importancia del plan de retirada es la paralización del proceso de paz, y cuando paralizas ese proceso, impides la creación de un Estado palestino e impides el debate sobre los refugiados, las fronteras y Jerusalén. En la práctica, ese paquete llamado Estado palestino, con todo lo que conlleva, ha sido eliminado indefinidamente de nuestra agenda. Y todo esto con autoridad y autorización. Todo con una bendición presidencial y la ratificación por parte de las dos cámaras del Congreso"; véase "Top PM Aide: Gaza Plan Aims to Freeze the Peace Process", Haaretz, 6 de octubre de 2004, disponible en https://bit.ly/2Rq90n3.

161 . "Letter from President Bush to Prime Minister Sharon", La Casa Blanca, 14 de abril de 2004, disponible en http://bit.ly/37HleK2.

162 . "Remarks by the President at Cairo University, 6-04-09", La Casa Blanca: Oficina del Secretario de Prensa, 4 de junio de 2009, disponible en http://bit.ly/39Q7XQy.

163 . Ethan Bronner, "Netanyahu Responds Icily to Obama Remarks", The New York Times, 19 de mayo de 2009, disponible en https://nyti.ms/37QP4M5.

164 . "Statement by Middle East Quartet", Naciones Unidas, 23 de septiembre de 2011, disponible en http://bit.ly/2uXJhXT.

165 . En 2016, la Administración Obama ultimó el tercer memorando de entendimiento decenal de asistencia a la seguridad

con Israel, en virtud del cual los Estados Unidos se comprometieron a destinar 38.000 millones de dólares en ayuda militar a Israel a lo largo de diez años (desde el ejercicio de 2019 al de 2028). Se trató del mayor paquete de ayuda militar de este tipo para Israel, que ya antes era el principal receptor de la ayuda estadounidense. El anterior acuerdo decenal, firmado durante la presidencia de George W. Bush en 2007, aportó a Israel un paquete de ayuda militar valorado en 30.000 millones de dólares (unos 3.000 millones al año) desde el ejercicio de 2009 al de 2018 (Sharp, 2020: 6).

166 . "Remarks on Middle East Peace", Departamento de Estado de los Estados Unidos, 28 de diciembre de 2016, disponible en http://bit.ly/2SODUDn.

167 . Pongo aquí la palabra "miedo" entre comillas porque, a diferencia de Thrall, yo me niego a aceptar la veracidad de la afirmación de la potencia ocupante de tener miedo.

168 . Thrall (2017); "PM Netanyahu addresses the 2016 AIPAC Policy Conference", Ministerio de Relaciones Exteriores de Israel, 22 de marzo de 2016, disponible en https://bit.ly/3x3NC6W.

169 . El yerno de Trump es hijo del promotor inmobiliario Charles Kushner. Se graduó en la Universidad de Harvard, a la que pudo entrar pese a sus malas notas en el instituto gracias a la donación de 2,5 millones de dólares que hizo su padre a la universidad en 1998, según el periodista y escritor Daniel Golden. Kushner se graduó en Derecho en 2007 en la Universidad de Nueva York (NYU), la cual también se beneficiaría de la generosidad de su padre en forma de subvención de 3 millones de dólares en 2001. Trump lo nombró asesor principal de la Casa Blanca, en uno de los pocos casos en los que un presidente estadounidense ha concedido un puesto de importancia a un familiar, posiblemente porque ese cargo no

requería de confirmación por parte del Senado. Kushner dirigió el equipo de abogados que redactaron la visión de paz de Trump y quienes, al igual que Kushner, no ocultaban sus orientaciones sionistas de derechas.

170 . Greenblatt, un abogado estadounidense, ejerció los cargos de vicepresidente ejecutivo y jefe de asuntos exteriores para Trump y la Trump Organization, y más adelante actuó de asesor del presidente Trump para Israel, así como de asistente del presidente y representante especial para negociaciones internacionales. En 2016, Greenblatt declaró que los asentamientos de Cisjordania "no son un obstáculo para la paz" (Eglash, 2016). Cuando Greenblatt dimitió a finales de 2019, le sucedió en el cargo el abogado Avi Berkowitz.

171 . Las únicas credenciales de Berkowitz parecen ser su amistad personal con Kushner. Estudió en una yeshivá ortodoxa en Israel y se graduó en la Universidad de Harvard en 2016, cuando trabajó para la campaña presidencial de Trump. Hizo de gestor logístico en una transmisión en directo para los medios desde la Trump Tower y ejerció de asistente de Kushner. Algunos lo llamaban el "protegido" de Kushner, mientras que otros lo describían como "su chico de los recados" (Levin, 2019).

172 . "US Ends Aid to Palestinian Refugee Agency UNRWA", BBC News, 1 de septiembre de 2018, disponible en https://bbc.in/2SOL8Hn.

173 . "Resolución 446 (1979) de 22 de marzo de 1979", Consejo de Seguridad de la ONU, disponible en https://digitallibrary.un.org/record/1696?ln=es.

174 . La carta del asesor jurídico del Departamento de Estado sobre

la legalidad de los asentamientos israelíes en los Territorios Ocupados, que pasó a conocerse como el Memorando Hansell, se publicó el 21 de abril de 1978. Herbert Hansell, quien ejerció el cargo de asesor jurídico del Departamento de Estado durante la presidencia de Carter, envió la carta al Congreso a petición de dos subcomisiones de la cámara, y se publicó también en State Magazine (Hansell, 1978: 777-779).

175 . "United States Vetoes Security Council Resolution on Israeli Settlements", UN News, 18 de febrero de 2011, disponible en https://bit.ly/2Sbhqeb.

176 . "Resolución 2334 (2016)", Consejo de Seguridad de la ONU, 23 de diciembre de 2016, disponible en https://goo.su/ad62KV; "Israel's Settlements Have No Legal Validity, Constitute Flagrant Violation of International Law, Security Council Reafirms", Consejo de Seguridad de la ONU, 23 de diciembre de 2016, disponible en http://bit.ly/2T97x0V.

177 . "Obama says Israeli settlements making two-state solution impossible", Reuters, 10 de enero de 2017, disponible en https://reut.rs/2GLM60b.

178 . "Part A: Political Framework", en The White House (2020: 21).

179 . Ibid., p. 23.

180 . Ibid., p. 35.

181 . “Part A: Political Framework”, en The White House (2020: 15).

182 . Ibid., pp. 15-16.

183 . La rama principal del judaísmo ortodoxo prohíbe subir al Monte del Templo hasta que se aprecien signos de la llegada del Mesías. Antes de sionizarse intelectualmente (y, en algunos casos, pragmáticamente, porque se vio necesitando y formando parte de determinadas instituciones del Estado judío), ni siquiera reconocía al Estado de Israel por considerarlo un Estado laico y mesiánico que interfería en la obra de Dios. El sionismo laico subyacente al establecimiento de Israel no adoptó en un primer momento ese discurso bíblico, y antes de 1967 ese discurso no se centraba ni en Jerusalén ni en el Monte del Templo. Aunque el sionismo nunca estuvo libre de referencias o símbolos religiosos (por ejemplo, para definir quién era judío), acabó incorporando aspectos del discurso político religioso a través de un proceso de sionización de los judíos ortodoxos y de religionización del discurso sionista sobre Jerusalén y Cisjordania después de su ocupación. Pese a que solamente a una minoría de la sociedad israelí le interesa rezar en el Monte del Templo, este grupo, por muy pequeño que sea, constituyó una parte importante de la coalición de Netanyahu y tuvo una influencia desmesurada en su Gobierno y en otros Gobiernos de derechas. Por iniciativa del equipo de Kushner y del sionismo cristiano evangélico estadounidense, la Administración Trump hizo suyo este discurso nacional-religioso en su totalidad.

184 . “Part A: Political Framework”, en The White House (2020: 7).

185 . Se utiliza en el texto, pero únicamente en el sentido de

“trabajo”, como aquí: “Este proyecto aumentará las tasas de colocación laboral de mujeres y jóvenes palestinos al ofrecerles asesoramiento profesional, formación especializada y servicios de colocación en un esfuerzo coordinado para darles empleo en ocupaciones mejor remuneradas y de mayor crecimiento” [énfasis del autor].

186 . “Part A: Political Framework”, en The White House (2020: 8).

187 . “Part A: Political Framework”, en The White House (2020: 18).

188 . Ibid., p. 8.

189 . Ibid., p. 12.

190 . Ibid., pp. 11-12. En este pasaje, la redacción original del documento en inglés pasa de repente de la primera persona del singular a la primera persona del plural. Este lapsus linguae, o más bien lapsus calami, es bastante revelador al dejar entrever que el documento no es una creación exclusiva de los Estados Unidos, sino un texto escrito en colaboración con Israel.

191 . “Resolución 242 (1967) de 22 de noviembre de 1967”, Consejo de Seguridad de la ONU, disponible en http://bit.ly/38ThpCF.

192 . No se habla de devolver toda la región, ya que hay partes que

están muy cerca de grandes centros urbanos de Israel y de la costa.

193 . Avigdor Lieberman es un político israelí de origen soviético que emigró con sus padres a Israel con 20 años. Es el líder del partido político nacionalista de derechas Israel Beitenu y ocupó los cargos de ministro de Asuntos Exteriores (2009-2012; 2013-2015) y ministro de Defensa (2016-2018) de Israel. En su propia condición de colono, Lieberman ha rechazado fórmulas anteriores de paz como el intercambio de territorios y, como parte de un "plan de intercambio de zonas pobladas", ha abogado por trasladar a la población árabe israelí a un Estado palestino.

194 . "Part A: Political Framework", en The White House (2020: 8).

195 . Según B'Tselem, una organización no gubernamental con sede en Jerusalén, de 2006 a 2021 se demolieron 1.756 viviendas propiedad de palestinos alegando que se trataba de construcciones ilegales y dejando sin hogar a 7.492 palestinos. De 2004 a 2018, se demolieron 1.883 viviendas por supuestos motivos militares, expulsando a 13.344 palestinos de sus hogares. Israel también demolió 263 casas de 2004 a 2021 a modo de castigo, dejando sin hogar a 1.288 palestinos. Estas cifras corresponden a Jerusalén Este, Cisjordania y Gaza. Véase "Database on Fatalities and House Demolitions", B'Tselem: The Israeli Information Center for Human Rights in the Occupied Territories, disponible en https://bit.ly/3vZ6HpH.

196. "Part A: Political Framework", en The White House (2020: 32).

197 . Ibid., pp. 31-33.

198 . “Address by PM Netanyahu at Bar-Ilan University”, Ministerio de Relaciones Exteriores de Israel, 14 de junio de 2009, disponible en https://bit.ly/3Kgh3uk.

199 . “Part A: Political Framework”, en The White House (2020: 9).

200 . “Appendix 2 C: Demilitarization Criteria and Other Security Arrangements”, Peace to Prosperity, p. 49.

201 . “Part A: Political Framework”, en The White House (2020: 13).

202 . Ibid., p. 9.

203 . Los Acuerdos de Oslo dividieron Cisjordania en tres regiones administrativas —Áreas A, B y C— a modo de medida temporal a falta de un acuerdo definitivo. Estas áreas no son contiguas y están divididas conforme a las zonas de población y las necesidades militares de Israel. En el Área A, el control civil y el control de la seguridad quedan en manos de la Autoridad Palestina; en el Área B, el control civil es palestino y el control de la seguridad lo comparten israelíes y palestinos; y, en el Área C, el control civil y el control de la seguridad le corresponden a Israel.

204 . El Ministerio egipcio de Asuntos Exteriores emitió una declaración manifestando el apoyo de Egipto a la visión de Trump, destacando al mismo tiempo los principios que contradecían su propia esencia y haciendo hincapié en “la importancia de llegar a una solución de compromiso para la cuestión palestina, de un modo que devuelva al pueblo palestino todos sus derechos legítimos

mediante la creación de un Estado palestino independiente con soberanía sobre los Territorios Palestinos Ocupados, de acuerdo con la legitimidad internacional y las decisiones internacionales". El embajador de los Emiratos Árabes Unidos en los Estados Unidos, que estuvo presente durante el anuncio del acuerdo, comentó que "este plan es una iniciativa seria que aborda muchas de las cuestiones planteadas a lo largo de los años", y añadió que el plan "ofrece un punto de partida importante para volver a las negociaciones". Véase "Comunicado de prensa" [original en árabe], página oficial de Facebook del Ministerio de Asuntos Exteriores de Egipto, 28 de enero de 2020, disponible en https://bit.ly/2WSItiz; "Ambassador Yousef Al Otaiba Statement on Peace Plan", Embajada de los Emiratos Árabes Unidos en Washington DC, 28 de enero de 2020, disponible en https://bit.ly/3cpGcCd.

205 . El presidente francés Emmanuel Macron expresó sus dudas sobre la viabilidad del plan de paz de Trump, afirmando que no podría alcanzarse prestando atención a una sola de las partes. La posición de Alemania siguió la misma línea a través de Heiko Maas, su ministro de Asuntos Exteriores, quien afirmó que el plan dejaba flecos sueltos y que una paz duradera entre israelíes y palestinos no sería posible sin una solución de dos Estados negociada. A esta posición se sumó también la Unión Europea; Josep Borrell, Alto Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, afirmó en una declaración que el plan no se ajustaba a los "parámetros acordados a nivel internacional". Asimismo, Borrell manifestó su preocupación ante las declaraciones en las que se tanteaba la posible anexión del valle del Jordán y otras partes de Cisjordania. En cambio, Boris Johnson declaró: "Ningún plan de paz es perfecto, pero este tiene el mérito de incluir una solución de dos Estados y garantizaría que Jerusalén fuese la capital de Israel y del pueblo palestino". En respuesta a las críticas de Jeremy Corbyn, líder de la oposición, Johnson dijo: "Lo invito a que, en vez de mostrarse tan negativo como siempre, se ponga en contacto con su amigo, con mi amigo, con nuestros amigos de la Autoridad Palestina, con Mahmud Abbas —por quien siento el mayor respeto — y le pida que por una vez se comprometa, que hable en lugar de dejar un vacío político". Véase "Macron says believes in 'two

sovereignties' between Israelis-Palestinians: Le Figaro", Reuters, 30 de enero de 2020, disponible en https://reut.rs/3h2wdpH; "EU rejects Trump Middle East peace plan, annexation", Reuters, 4 de febrero de 2020, disponible en https://reut.rs/3vINRTm; "Germany, Europe react to Trump's Middle East peace plan", DW, 29 de enero de 2020, disponible en https://bit.ly/3ursENo; "Boris Johnson praises Trump's Middle East peace plan at PMQs", The Guardian, 29 de enero de 2020, disponible en https://bit.ly/3ttmE5r; "EU slams Trump's Middle East peace plan", DW, 4 de febrero de 2020, disponible en http://bit.ly/2SXbMhl.

206 . Hablando de la diferencia entre reconocer y poner en práctica el derecho de retorno, Yasir Abed Rabbo, por entonces miembro del comité ejecutivo de la OLP, dijo: "[En Taba] solicitamos por principio el derecho de retorno, pero su puesta en práctica debe hablarse de un modo muy práctico e incluso pragmático, sin afectar o sin… sí, sin afectar a la naturaleza judía del Estado de Israel. Así lo dijimos. Esa fue nuestra posición" (Hill, 2008: 159).

207 . Véase Rahman (2019: 6); Azoulay y Ophir (2012: 86); "Mapping Palestinian Politics", Consejo Europeo de Relaciones Exteriores, disponible en https://bit.ly/3BQHbWU; Tartir (2017).

208 . Dana El Kurd explica al detalle que la confianza internacional en Fatah y su subsidiariedad por su apoyo al "proceso de paz" polarizó aún más al pueblo palestino. La autora expone que los responsables políticos palestinos se han ido alejando de la rendición pública de cuentas y señala a la intervención internacional como un factor crucial para la toma de decisiones. Asimismo, muestra que la consideración excesiva de las preferencias de donantes o patrones internacionales en materia de políticas hace que la AP sea más proclive a la represión y se responsabilice cada vez menos de sus actos (El Kurd, 2020: 45-66).

209 . Sayegh (1965); Maxime Rodinson, Israel: A Colonial Settler-State? (Nueva York: Monad Press, 1973). La obra de Rodinson se publicó originalmente en francés en 1967: Maxime Rodinson, “¿Es Israel un hecho colonial?” [original en francés], Les Temps Modernes, Le conflit israélo-arabe, núm. 253 (julio de 1967), pp. 17-88.

210 . Contrariamente a las observaciones de Sayegh (ibid.: 28), nunca se crearon bantustanes para los ciudadanos palestinos de Israel después de 1948.

211 . Es difícil determinar si la normalización y legitimación de esta actividad académica es un indicio de una mayor liberalización del mundo académico occidental, o si se trata de una muestra de confianza arrogante en que el debate sobre el colonialismo en las revistas académicas resulta inofensivo, o bien ambas cosas a la vez. Desde el punto de vista de la lucha contra la hegemonía ideológica del discurso sionista sobre la cuestión palestina, e incluso sobre Oriente Medio en general, se trata de un logro.

212 . Como mínimo, una objeción a esta descripción reduccionista es que deja fuera al colonialismo de asentamientos de Francia en Argelia y otros casos afines.

213 . Dov Levin, juez del Tribunal Supremo, fue contundente: “La esencia del Estado es que se trata de un Estado judío, mientras que su sistema de gobierno es democrático” (Levin: 221). Véase también Bishara (2005: 36, 82).

214 . Sobre este hecho y sus ramificaciones, véase Bishara (2017: 137-155). Por lo que respecta a la discriminación contra los árabes en la ley y en los tribunales, entre ellos en el Tribunal Supremo

durante su fase liberal y su política de activismo jurídico, véase Sultani (2017: 191-237).

215 . Se consideraban “infiltrados” según la Ley de Prevención de la Infiltración comentada en el primer capítulo.

216 . En la tarde del 29 de octubre de 1956, 49 trabajadores de la aldea de Kafr Qasim y otros 2 de un pueblo contiguo (Tira) fueron asesinados a sangre fría cuando volvían a casa del trabajo por saltarse un toque de queda del que no tenían noticia. La obra más importante sobre esta masacre es una historia reciente escrita por un historiador israelí que conecta con claridad la masacre premeditada (la orden de matar sin hacer prisioneros) con el clima antiárabe dominante y con los planes de expulsar a los ciudadanos árabes del país y despoblar algunos pueblos del Triángulo (Raz, 2018: 84, 87).

217 . De 1948 a 1966, cuando los ciudadanos árabes de Israel vivían bajo la ley marcial, se crearon estructuras jurídicas para organizar la apropiación de las tierras árabes por parte del Estado e institucionalizar la desposesión de la población autóctona. Este marco jurídico habilitó a Israel para confiscar amplias extensiones de tierra palestina y disponer de ella conforme a la agenda etnocrática del Estado. La Ley de Planificación y Construcción de 1965, por ejemplo, que regulaba aspectos de la planificación y el desarrollo de reglamentaciones, impuso una jerarquía por la que el Gobierno central autoriza los planes de zonificación nacional, mientras que el Consejo Nacional de Planificación y Construcción aprueba los planes de distrito, antes de que las instituciones locales elaboren los planes detallados para llevarlos a la práctica. Yosef Jabareen ha investigado los planes nacionales y de distrito de Israel (Jabareen, 2017: 238-65). Sobre este tema, véase también Abu Hussein y McKay (2003: caps. 3 y 4) y Masri (2017: 388-407).

218 . “Full text of Basic Law: Israel as the Nation State of the Jewish People”, Knéset, 19 de julio de 2018, disponible en https://bit.ly/3w1kkF8.

219 . Por ejemplo, véase Salamanca et al. (2015); Hawari, Plonski y Elian Weizman (2019); “Special Issue: Settler Colonialism: The Palestinian/Israeli Case”, International Journal of Applied Psychoanalytic Studies, vol. 17, núm. 2 (2020); “Special Issue: Israeli Settler-Colonialism and the Palestinian Naqab Bedouin”, Journal of Holy Land and Palestine Studies, vol. 15, núm. 1 (mayo de 2016); “Special Issue: Settler-Colonialism and Indigenous Rights in Al-Quds/Jerusalem”, Journal of Holy Land and Palestine Studies, vol. 17, núm. 1 (mayo de 2018); “Environmental Justice, Settler Colonialism, and More-than-Humans in the Occupied West Bank”, Environment and Planning E: Nature and Space, vol. 4, núm. 1 (marzo de 2021); “Special Issue: Settler Colonialism: United States, South Africa, Eritrea, and Palestine/Israel”, South Atlantic Quarterly, vol. 107, núm. 4 (2008). Véase también Tabar y Desai (2017: i-xix); Shalhoub-Kevorkian, (2015: 1-20); Shalhoub-Kevorkian y Huneidi (2017: 336-366); Sa’di (2021); Zureik (2020: 219-235); Masri (2017: 388-407); Nadine Naber et al. (2018: 62-71).

220 . Véase Sabbagh-Khoury (2021: 2); Bishara (1992: 1-30; 2002). Para conocer más sobre el movimiento sionista como un movimiento colonial de asentamientos que creó un Estado afín, véase Bishara (1997: 11-20; 2005).

221 . Concuerdo aquí con Mamdani, quien define el derrocamiento del régimen del apartheid en Sudáfrica como “la descolonización de lo político” (Mamdani, 2020: 18).

222 . Aquí es donde discrepo de Mehran Kamrava, aunque estoy de

acuerdo con su presentación del significado del término “población autóctona”: “Estas civilizaciones indígenas fueron conquistadas por intrusos con una industria mucho más avanzada que trajeron consigo una organización superior”. Lo anterior contrasta con casos como el Tíbet y Polonia, donde la población autóctona “no se extinguió por completo, ni renació del todo”. Es lo mismo en el caso de los palestinos (Kamrava, 2016: 219). Parece entonces que hay más de un modelo entre las poblaciones autóctonas desaparecidas y las renacidas por completo en un Estado nación. El caso palestino es distinto al de las poblaciones autóctonas de Norteamérica y Australia, aunque todas ellas sean víctimas del colonialismo de asentamientos.

223 . El Partido Nacional ganó las elecciones en Sudáfrica el mismo año en el que se creó Israel. En la guerra de 1948, Sudáfrica envió 1.000 voluntarios a luchar en las filas del ejército israelí. En 1953, Daniel F. Malan, a la sazón primer ministro sudafricano, visitó Israel y se convirtió en el primer jefe de Estado en hacerlo. Tras la guerra de 1967, los blancos sudafricanos vieron la victoria israelí como una inspiración, lo que aumentó las posibilidades de cooperación en el futuro. Los judíos sudafricanos enviaron a Israel 20,5 millones de dólares estadounidenses en divisas para sufragar la guerra. Además de aeronaves de repuesto y material militar, también enviaron voluntarios a Israel y algunos se incorporaron a unidades militares. La cooperación con Sudáfrica aumentó de manera considerable. Simón Peres, David Ben-Gurión y el general Jaim Herzog visitaron Sudáfrica. Desde la década de 1970 y hasta el desmantelamiento del régimen del apartheid, visitaron Sudáfrica todos los ministros de Defensa de Israel y algunos altos funcionarios y agentes de inteligencia. En esas visitas, además de los fines declarados de recaudación de fondos, se reunieron con sus homólogos sudafricanos para hablar sobre la venta de armas y otras vías de cooperación. Durante la guerra de Octubre de 1973, también volaron voluntarios sudafricanos a Israel. Además, se facilitaron las transferencias de divisas a Israel (Joseph, 1988: 10; Adams, 1984: 5, 12-14, 17, 43-44; Chazan, 1983: 172; Ainslee, 1981: 6; Brecher, 1974: 173).

224 . “Convención Internacional sobre la Represión y el Castigo del Crimen de Apartheid, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 30 de noviembre de 1973”, Naciones Unidas, p. 2, disponible en https://bit.ly/3yIYZ9q.

225 . Ibid.

226 . Ibid., p. 2.

227 . Joseph y otros investigadores proporcionan un registro detallado de la cooperación militar entre ambos países, véase Adams (1984: 38-71, 80, 179) y Joseph (1988: 47-53).

228 . Véase “Artículo 7 1) j): Crimen de lesa humanidad de apartheid”, Elementos de los crímenes (La Haya, Corte Penal Internacional, 2013), disponible en https://bit.ly/4azhQBj.

229 . “Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial”, Naciones Unidas, 7 de marzo de 1966, disponible en https://bit.ly/3VbfVyn.

230 . Nota personal: cuando ejercí de representante del partido Asamblea Democrática Nacional (Balad) en la Knéset, me encargué de una campaña contra lo que entonces llamábamos “la confiscación de las tarjetas de identidad azules de los jerosolimitanos”, es decir, la revocación de su residencia en su propia ciudad. Mientras planteaba el problema de unos jóvenes académicos a los que se les había revocado la residencia porque

trabajaban en el extranjero y no pudieron volver para visitar a sus familiares durante tres años consecutivos, conocí a Anatoly Sharansky, quien por aquel entonces ocupaba el cargo de ministro de Interior (1999-2000). Sharansky, disidente soviético, era un activista sionista perseguido por la KGB que llegó a Israel en 1986. Es decir, me encontré intentando convencer a un hombre que había llegado al país en 1986 y ya había sido ministro durante dos mandatos para que no revocase la residencia de jerosolimitanos autóctonos procedentes de familias que llevaban siglos viviendo en la ciudad. No demostró ningún tipo de comprensión hacia sus difíciles situaciones, ni mucho menos compasión. Esta es solamente una de las muchas cosas extrañas que viví durante el cumplimiento de esa ingrata función.

231 . Por otra parte, del Acuerdo de Oslo surgió una estructura política similar a los bantustanes del apartheid sudafricano.

232 . En este contexto, hubo tres acontecimientos importantes en 2021. A principios de marzo, los fiscales de la Corte Penal Internacional anunciaron el inicio de una investigación sobre la situación en Palestina. Véase “Statement of ICC Prosecutor, Fatou Bensouda, respecting an investigation of the Situation in Palestine”, Corte Penal Internacional, 3 de marzo de 2021, disponible en https://bit.ly/3w1pUHp. En segundo lugar, un informe de Human Rights Watch puso el foco sobre la discriminación racial y las prácticas de apartheid israelíes tanto dentro como fuera de Israel: Human Rights Watch (2021). En tercer lugar, B’Tselem, la organización israelí de derechos humanos, publicó un informe en el que se describía como apartheid el régimen supremacista judío que se extiende desde el río Jordán hasta el Mediterráneo. Véase “A regime of Jewish supremacy from the Jordan River to the Mediterranean Sea: This is apartheid”, Documento de posición, B’Tselem, Centro de Información Israelí para los Derechos Humanos en los Territorios Ocupados, 12 de enero de 2021, disponible en https://bit.ly/3uTiip6.

233 . Según Salah Khalaf, la primera propuesta de Fatah favorable a un único Estado democrático en la Palestina histórica se remonta al 10 de octubre de 1968, cuando declaró en una conferencia de prensa que el objetivo estratégico de Fatah consistía en "trabajar en pos de la creación de un Estado democrático en el que árabes y judíos convivan en armonía como ciudadanos en pie de igualdad en toda la Palestina histórica" (Khalaf y Rouleau, 1981: 139). Sin embargo, Khalaf comentó que esta propuesta "desató una tormenta de protestas dentro de las filas de la Resistencia" (ibid.). Más adelante, en la sexta sesión del Consejo Nacional Palestino (septiembre de 1969), este órgano debatió la adopción de un nuevo documento que afirmaba lo siguiente: "La lucha armada palestina busca acabar con la entidad sionista en Palestina, garantizar el regreso del pueblo palestino [de los refugiados a su patria] y establecer un Estado democrático en todo el territorio palestino, libre de cualquier forma de discriminación racial o fanatismo religioso" (Hourani, 1980: 164). Sin embargo, después de una cuidadosa deliberación, se sustituyó esa declaración por otra que establecía que "la lucha armada busca liberar toda Palestina [para convertirla en] una sociedad en la que todos los ciudadanos convivan en igualdad de derechos y obligaciones [de un modo acorde con] las ambiciones árabes de unidad y progreso" (ibid.: 167).

234 . Usher (1995: 43-48). Véase también: "Bridging the Green Line: The PA, Israeli Arabs, and Final Status. An Interview with Azmi Bishara", Journal of Palestine Studies, vol. 26, núm. 3 (primavera de 1997), pp. 67-80. Véase también la respuesta de Uri Avnery a ese artículo (Avnery, 1999: 55-60). El debate sobre el Estado binacional discurrió en los márgenes del discurso político israelí durante la segunda Intifada, cuando el periodista Ari Shavit publicó en agosto de 2003 un artículo llamado "Cry, the Beloved Two-State Solution" en el diario israelí Haaretz. El artículo incluía una entrevista conjunta a Meron Benvenisti y Jaim Hanegbi en la que defendieron la creación de un único Estado democrático para dos pueblos y el completo abandono de la solución de dos Estados. Véase Shavit (2003).

235 . Véase la página web One Democratic State Campaign, disponible en https://bit.ly/2PycFhr.

236 . Véase la página web The Association for One Democratic State in Israel/Palestine, disponible en https://bit.ly/3aNUFak.

237 . Véase la página web One State Foundation, disponible en https://bit.ly/3nDnDyP.

238 . El plan de Sharon para retirarse de Gaza incluía la anexión del valle del Jordán y de los bloques de asentamientos. Ehud Ólmert lo explicó con claridad como una "retirada a las líneas que hemos elegido" para evitar el modelo sudafricano, pese a que ya habíamos empezado a apuntar a Sudáfrica para describir las realidades presentes en Palestina (Landau, 2003).

239 . En este sentido, concuerdo con Mehran Kamrava en que las perspectivas de una solución justa en un futuro cercano son más bien sombrías (Kamrava, 2016: 216-23).

240 . Véase el apéndice "Opinión pública árabe sobre la cuestión palestina".

241 . Esta era la tesis central de mi artículo "'El árabe israelí': Una lectura en un discurso político roto", (Bishara, 1995: 1-30).

242 . Este era el proyecto político y cultural de lucha nacional que defendí anteriormente para los ciudadanos palestinos del Estado de Israel y para los demócratas israelíes no sionistas. Este modelo no incluye a los palestinos de Cisjordania y Gaza porque fue concebido como un programa para la lucha de los palestinos dentro de Israel y, aunque me opuse a los Acuerdos de Oslo, no quise contradecir a la OLP y al consenso palestino sobre la cuestión del Estado palestino. Sin embargo, ya en 1995 manifesté que este programa podía ampliarse a un Estado binacional que englobara a la población palestina de Cisjordania y Gaza. No veía entonces y no veo ahora una contradicción entre el binacionalismo y un Estado de todos sus ciudadanos en el que también se reconozcan los derechos nacionales colectivos, un programa que contradiga el sionismo. Fuera de este contexto, desde el principio de mi primer mandato en la Knéset, critiqué sistemáticamente la exigencia de igualdad en un Estado judío como una exigencia de igualdad con los opresores de los palestinos de Cisjordania y Gaza. Las leyes que sugerí combinaban el reconocimiento de los derechos colectivos nacionales de la minoría palestina en el marco de un Estado de todos sus ciudadanos. Es probable que Mahmood Mamdani no entendiera esto, como transmite en su libro, tal vez porque insiste exclusivamente en el modelo sudafricano y no puede percibir un programa democrático que combine los derechos civiles individuales y los derechos colectivos nacionales en un solo Estado, o porque no lee árabe ni hebreo y no pudo leer mis escritos y entrevistas sobre la materia (Mamdani, 2020: 312-17).

243 . El asesinato político de Rabin, que se atrevió a confiar en cinco votos árabes en la Knéset para aprobar una decisión de devolver tierras a los árabes, y la crisis de la coalición israelí de 2020-21, cuando los derechistas radicales se negaron a unirse a una coalición con Netanyahu porque contaba con el apoyo de cuatro árabes miembros de la Knéset y Haim Ganz dudó en formar una coalición contra Netanyahu con un apoyo árabe similar, son pruebas suficientes de todo esto. En la lectura final de este libro antes de que fuera remitido para su publicación, se constituyó una coalición israelí de 58 miembros de la Knéset de extrema derecha, centro-derecha e izquierda para derrocar a Netanyahu. La coalición

requería el apoyo de una lista árabe de cuatro miembros, pero no tomará ninguna decisión sobre los asentamientos o los Territorios Ocupados apoyándose en estos votos árabes. Tampoco lo esperan los cuatro miembros árabes de la Knéset (que aceptaron formar parte del Gobierno de la ocupación). Sus demandas se centran exclusivamente en los servicios a la población árabe dentro de Israel.

244 . “Presidente Mahmud Abbas: Nunca aceptaré la anexión de Jerusalén a Israel”, Wafa, 1 de febrero de 2020, disponible en https://bit.ly/3iqQo0Y.

245 . El CNP, parlamento en el exilio del pueblo palestino, celebró su vigesimoprimera sesión en la ciudad de Gaza del 22 al 25 de abril de 1996 (la primera sesión se celebró tras la firma de los Acuerdos de Oslo). En una sesión extraordinaria, el CNP decidió que la “Carta Nacional Palestina queda enmendada mediante la anulación de los artículos que son contrarios a las cartas intercambiadas entre la OLP y el Gobierno de Israel los días 9 y 10 de septiembre de 1993”. Las nuevas enmiendas eliminaron todos los artículos que llamaban a la lucha armada, negaban la legitimidad de Israel y condenaban el sionismo como movimiento político racista, imperialista y colonialista que debía ser eliminado. Véase “Carta del Presidente Yasser Arafat al Presidente Clinton”, Miftah, The Palestinian Initiative for the Promotion of Global Dialogue and Democracy, 13 de enero de 1998, disponible en https://bit.ly/3xjJHTu.

246 . Véase el apéndice “Opinión pública árabe sobre la cuestión palestina”.

247 . El IOA es una serie de encuestas que lleva a cabo periódicamente el Centro Árabe de Investigación y Estudios

Políticos desde 2011 para sondear la opinión pública árabe sobre distintas cuestiones políticas, culturales y sociales relevantes para el mundo árabe. Los resultados están basados en las conclusiones extraídas de entrevistas cara a cara con personas elegidas a través de una metodología de muestreo aleatoria, estratificada, multifase y autoponderada con un margen de error total entre ±2% y ±3% para las muestras nacionales individuales. El muestreo total garantiza una probabilidad proporcional al tamaño para que la representación de los distintos segmentos demográficos sea justa. El IOA sigue siendo la mayor encuesta de opinión pública que se lleva a cabo en el mundo árabe por lo que respecta al tamaño de la muestra, el número de países participantes, el número de variables analizadas y el volumen de datos recopilado. Para consultar más información, véase "Arab Opinion Index 2019/2020", Index, Arab Center for Research and Policy Studies, disponible en https://bit.ly/3pylEwL.

248 . No se hicieron encuestas del IOA ni en Bahréin ni en los Emiratos Árabes Unidos.